

Jacques Loew

**EN LA ESCUELA DE LOS
GRANDES ORANTES**

(segunda edición)



© Fayard

Título original: *La prière à l'école des grands priants*

Traduce: Mercedes Pastor

Portada original de Francisco Alvarez

© Narcea S.A. Ediciones

Doctor Federico Rubio y Galí, 89. Madris-20.

Depósito legal: M. 31.525.-1979

ISBN: 84-277-0626-0

Impreso en España. Printed in Spain

Imprime: Artes Gráficas Benzai-Virtudes, 7-Madris-3

Santo Domingo Tandil

Pozos 635, Tandil (Buenos Aires) Argentina - tel +54 249 4443056 / 58
vidaengracia@domingo.org.ar - www.domingo.org.ar



EGO 00 PROLOGO

Un artículo del P. Daniélou sobre los grandes orantes me indujo a buscarlos yo también y me inspiró el título de este libro, que en su origen fueron reflexiones espirituales hechas semanalmente en la Escuela de la Fe, de Friburgo. Aunque retocadas, conservan el modo sencillo de su origen de conferencia hablada. No soy un erudito, ni un exégeta, ni un teólogo, pero tengo el deseo de buscar a Dios y de decir después con Felipe: «He hallado a aquel de quien escribió Moisés en la Ley y los Profetas: a Jesús, hijo de José, de Nazaret», y añadir con la Samaritana:

«¿No será el Mesías?» Para ello he bebido en las fuentes que me han parecido mejores.

Para escribir este libro me he ayudado de algunas obras que he meditado con frecuencia y que han sido alimento de mi oración. Sus autores, a quienes tanto debo, me perdonarán que no mencione detalladamente sus referencias. Si algunas de sus expresiones han pasado a mi texto sin darme yo cuenta, vean en ello una asimilación rebosante de agradecimiento.

También me he servido de:

— El maravilloso libro de Suzanne de Diétrich: *Le dessein de Dieu, itinéraire biblique*,¹ uno de los primeros, si no el primero, en abrir la pista de la historia de la salvación a través de la Biblia.

— Las traducciones de la Biblia².

— La ayuda constante del *Vocabulario de teología bíblica*³.

¹ *Delachaux et Niestlé*. Suiza. 254 págs.

² En la presente edición hemos seguido la traducción de Alonso Schókel-Mateos, Ed. Cristiandad, Madrid, 1974, y la de Nácar-Colunga, B. A. C., Madrid, 1971.

³ *Vocabulario de teología bíblica*. Herder. Barcelona, 1973.

Santo Domingo Tandil



EGO 00 INTRODUCCIÓN

«Señor, enséñanos a orar», decía a Jesús un discípulo, mantenido en el anonimato, cuyo deseo levantó como una ola la oración más universal del mundo, el *Padrenuestro*, repetido cada día, de siglo en siglo, y musitado tantas veces en secreto o cantado por un pueblo en fiestas a plena voz.

Bueno es que este discípulo no tenga nombre ni rasgos personales. Como el soldado desconocido, su anonimato nos representa a todos. Nuestra multitud anónima, que tiene conciencia de no saber orar, está presente y viva en este orante desconocido. Se reconoce en él: «Señor, enséñanos a orar.»

Pero antes de ser palabra o silencio, clamor o murmullo, salmo milenario o inspiración espontánea escapada hoy del corazón, la oración es la entrada para un encuentro cara a cara con Dios. Jesús se lo reveló a la Samaritana. Cuando, al encontrarla junto al pozo de Jacob, le dijo: «Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, tú le pedirías a él, y él te daría agua viva»⁴. Jesús nos da la Clave más esencial de la actitud orante.

La iniciativa primera viene de Dios: él, el primero, pide de beber, tiene sed de nosotros. Al empezar por las palabras «dame de beber», Jesús marca el orden esencial de la oración: Dios empieza, siempre es el primero en hablar. Nuestra vida espiritual con Dios no es una especie de solitario, en que combinamos, solos y lo mejor posible, las cartas sobre la mesa. Es una partida que se juega entre dos, y siempre Dios tiene la iniciativa.

Sólo después, cuando ya tenemos conciencia del amor de Dios, del Dios que viene a mendigar nuestro amor para darnos mejor el suyo—«Si conocieras el don que Dios te da», entonces oramos. La oración llega con toda naturalidad en el momento en que presentimos el don de Dios:

«Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice:

"*Dame de beber*", tú le habrías pedido a él.» Notemos la palabra *pedido*: la oración llega en ese momento, porque entonces tenemos conciencia de que Dios quiere darnos algo inmenso.

Sólo entonces la oración viene, por fin, a «rectificarnos», a ponernos de alguna manera al nivel de Dios, siempre más allá de nuestro mismo deseo. Nos lleva al manantial de agua viva, opuesto a las aguas contaminadas y estancadas. Llegamos a la fuente que brota del pozo «profundo», la que veníamos buscando: «tú se la habrías pedido y él te daría a ti agua viva».

Para aprender a orar, no estamos solos ni sin guías: además del discípulo desconocido y de la Samaritana, una inmensa escuela de oración está abierta hace miles de años: la escuela de los Grandes Orantes. Mirando cómo oran los Grandes Orantes del Antiguo Testamento, después Jesús, sus discípulos inmediatos y los santos de todos los tiempos, encontraremos la base de nuestra oración: el Espíritu Santo que ora en nosotros, el mismo Espíritu, sopro primero que «se cernía sobre las aguas» antes de la creación del mundo, la misma «Virtud del Altísimo que cubrió a María con su sombra».

⁴ Jn., 4, 10



Pero Dios, que creó el cosmos y que un día «pondrá su tienda entre nosotros», nos hace comprender que nuestra oración debe tener sus raíces en las circunstancias de tiempo y de espacio, de cada tiempo y de cada espacio de nuestra vida. Bajo pena de ser una flor artificial, nuestra oración no puede germinar, ni florecer, ni dar fruto, si no está inserta en la trama de nuestra existencia diaria. Pero a condición—volvemos a la Samaritana—de que sea iluminada desde arriba por la luz de la Palabra, que quiere «iluminar a todo hombre que viene a este mundo».

Y así, debemos considerar cada acontecimiento o personaje—ya sea Abraham, Moisés o Jesús—no en sí solo, sino unido e inserto en el dinamismo global del designio de Dios.

Ahora bien, este designio—el «Misterio», como le llama san Pablo—no nos está oculto. Se lee en la Biblia y continúa en la historia de la Iglesia.

En tiempos del, antiguo Israel y de Moisés vemos un pueblo que huye de la esclavitud, en marcha hacia una tierra prometida, marcha erizada de fatigas, murmuraciones, desalientos; sostenida, a veces, por una esperanza más fuerte. Pero apenas poseída la tierra maravillosa, ese mismo pueblo cae en la trampa de los ídolos y se envilece. La ruina de Jerusalén y la deportación a Babilonia son consecuencias inevitables. En contacto con el reino totalitario de los Faraones, un pequeño resto exiliado descubre de nuevo la grandeza única de su misión: conoce al verdadero Dios, y este Dios verdadero lo ha escogido para darse a conocerla los hombres por medio de ellos. Cuando vuelve del exilio, este puñado de hombres sólo quiere estar al servicio y culto de su incomparable Dios. Pero se anquilosa en prácticas y prescripciones, cuya letra carecía de espíritu.

Mientras durante casi dos milenios se suceden estos acontecimientos, el curso de otra historia va rodando dentro de la primera. Las promesas, las alianzas, que marcaron la existencia de Abraham, Moisés, Josué y Josías, y las profecías de Isaías, Amos, Jeremías, Ezequiel y Oseas sobre hechos aparentemente humanos; toda esta historia de un pueblo en marcha se revela como la historia de un hombre que explicará el porqué de tantos siglos de lágrimas y de espera: un enviado de Dios, segundo Moisés, cien veces más extraordinario y maravilloso, pero también hijo de Dios y marcado con una unción divina de fuerza, de sabiduría y consagración. «Un día, al amanecer», un día tan vulgar como los otros, un tal Andrés encuentra a su hermano Simón: «Hemos encontrado al Mesías, que quiere decir Cristo.» Lleva a su hermano ante este hombre de unos treinta años, que conoció hace dos días, pero al que esperaba su pueblo desde dos mil años atrás, y que se llama Jesús.

Pasan menos de tres años y el sueño maravilloso y bimilenario se derrumba: Jesús muere crucificado después de un juicio expeditivo. Simón Pedro, el hermano de Andrés, reniega mientras tanto de este Cristo, a pesar de ser su hombre de confianza desde el día en que le dijo:

«Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.» Los pocos que le fueron fieles tuvieron que enterrarlo, a él, de quien habían creído que era «el liberador de Israel»⁵.

Pero casi dos mil años después de estos acontecimientos, siguiendo a Pedro y a los otros que dieron su sangre para expiar el extravío de una noche, nosotros, es decir, el nuevo Israel: italianos, suizos, belgas, mejicanos, japoneses, indios, africanos, franceses, españoles, etc., gentes de todos los países, de todas las razas y de todas las naciones, de todas las lenguas y de todas las culturas, bajo todas las latitudes, y a quienes la Biblia esperaba casi en cada página, nosotros afirmamos que aquel Jesucristo es Aquel en quien se cumplió todo lo que

⁵ Lc., 24, 21



estaba dicho en las Escrituras, «la ley de Moisés y en los profetas y salmos»⁶. Con el primer gran convertido. Pablo de Tarso, decimos que ese Cristo no sólo está vivo⁷, sino que en él se regeneró el mundo, es decir, se engendró de nuevo, y que por él los límites del tiempo y del espacio no tienen ya sentido: «Para conocer, aunque sobrepasa todo conocimiento, el amor que Cristo nos tiene, llenándonos de la plenitud total de Dios»⁸. Para un creyente, estas no son palabras vacías. Pero ¿cómo entrar en estas etapas de la Biblia que hablan de Cristo y hablan de nuestra vida al mismo tiempo, sino pidiendo al Señor: «Señor, enséñanos a orar»?

⁶ Lc., 24, 44.

⁷ Cfr. Hch., 25, 19

⁸ Ef., 3, 19.

Santo Domingo Tandil



EGO 01 ABRAHAM: La entrada en el misterio de Dios

Hay ríos que nacen arroyuelos, apenas localizables entre la hierba de una pradera. Otros brotan en manantial exuberante, porque una barrera subterránea acumula una presión formidable de agua. Así ocurre en el Antiguo Testamento. Lo corriente son las entradas lentas y progresivas, y hasta titubeantes, en el misterio de Dios. Pero a veces, a través de un hombre o de algún acontecimiento, surge una densidad y un caudal de fe inagotable. Tal es Abraham, nuestro padre en la fe, que aparece en los meandros del Génesis como una fuerza incomparable. Siglos y milenios de búsqueda balbuciente se concentran en él y surgen impetuosos.

En apariencia no hay nada extraordinario. «Abraham atraviesa el país hasta el lugar santo de Siquem, hasta el encinar de Moréh. Yavé se apareció a Abraham y le dijo: "A tu descendencia daré yo esta tierra." Abraham alzó un altar a Yavé donde se le había aparecido y saliendo hacia el monte que está enfrente a Betel asentó allí sus tiendas, teniendo a Betel al occidente y a Haí al oriente, y alzó allí un altar e invocó el nombre de Yavé»⁹.

Abraham levantó unos altares y no precisamente para decir que hay que construir oratorios. Significa mucho más. Significa que encuentra a Dios en su ruta de nómada; a través de su vida ordinaria e inestable, a través de sus peregrinaciones, encuentra a Dios. Más adelante se lee: «Se volvió hasta el lugar del altar que allí alzó al principio e invocó el nombre de Yavé»¹⁰. Para Abraham, el mundo entero es catedral—una encina, unas piedras—, el mundo entero es templo de Dios.

Esto significa que hemos de vivir en un estado de oración. No se trata de actos de oración, sino de un estado de oración que nos hace encontrar a Dios en todas partes. Si la oración es el encuentro de la presencia de Dios, tenemos que estar atentos y en vela. En estado de amistad obediente, porque esta ruta de nómada fue una orden de Dios: «Abraham, sal de tu tierra...» Abraham encontrará a Dios en la tierra prometida, después de su acto de obediencia.

Su primera oración, a lo largo de los días y de los caminos, es la atención callada, la adhesión a Dios que concretará Jesús en las palabras: «Mi Padre no me ha dejado solo—el encuentro es continuo—, porque yo hago siempre lo que le agrada a él»¹¹.

Cuando experimentamos un gran dolor—la muerte de un ser querido, una traición—, todo lo que hacemos, ir, venir, la vida ordinaria, todo está envuelto en la presencia de este dolor y en la pena de esa ausencia. Lo mismo pasa cuando tenemos una gran alegría: sea lo que fuere lo que hagamos o queramos, en todo, hasta en la misma cocina, las cacerolas se llenarán de nuestra alegría. Igual lo experimentamos en un estado de tristeza y de dolor que en uno de alegría. Así encontró Abraham a Dios en todas partes, realizando ya la frase tan clásica de santa Teresa de Avila, que nunca podrá ser superada: «Un encuentro de amistad con quien sabemos nos ama.» Abraham tiene el corazón dispuesto, porque ya ha escuchado a Dios y le

⁹ Gn., 12, 6-8.

¹⁰ Gn., 13, 4

¹¹ Jn., 8, 29.



ha obedecido. Todo lo contrario de Adán, que se esconde y huye del encuentro divino. Abraham vive en un estado de deseo de encontrar amistad.

«Y allí invocó su nombre.» La oración de Abraham es toda ella esta invocación. Sin palabras. No es una oración subjetiva que pida algo o se «anonade» ante este Dios tan grande. Fiel a Jesús, por adelantado, no es «palabrero»¹². Invoca el nombre altísimo, reconoce a Dios como Dios y vive en su presencia. Le adora, pero no bajo la forma de una idea: «Tú no eres otro sino Dios.»

Sin embargo, para Abraham, Dios es un desconocido:

El *Shaddai*, «Dios de las montañas», que reside en las altas cumbres. Después de Moisés, el nombre de Dios será infinitamente más rico, pero ¿qué importa? Lo importante, al invocar su nombre, es llegar a Dios en lo más personal de su ser. Incluso si no sé nada de este Dios tan grande, el hecho de decir «Dios mío», «Jesús» o «Espíritu Santo, ¡ven!» nos hace entrar en la total intimidad de Dios, no sentida, sino real. Pero nosotros podemos invocar a Dios, no ya sólo como el Dios de las montañas inaccesibles, a la manera de Abraham, sino al modo de san Pablo, como el «Padre de Nuestro Señor Jesucristo»; el que Jesús nos enseñó a llamar Padre: «Padre, glorifica tu nombre», ese nombre por el que Jesús va a morir.

Invocar el nombre de Dios es afirmar la intervención, siempre presente, del amor de Dios: «He manifestado tu nombre a los hombres»¹³, este nombre que es Amor: «Amó tanto Dios al mundo que le dio su único Hijo»¹⁴. ¡Oh Padre de Nuestro Señor Jesucristo, tú, que mejor aún que Abraham y que Isaac no perdonaste por nosotros a tu propio Hijo, ¿cómo por él no nos darás todo favor?¹⁵

Los santos nos dicen que si cuando nos sentimos tentados invocamos el nombre de Jesús, no se desvanecerá la tentación, pero él nos dará la fuerza de su Espíritu, porque «nadie puede decir: "Jesús es el Señor", si no es impulsado por el Espíritu Santo»¹⁶. En estas alturas la oración se acerca a la predicación apostólica, que consiste en llevar a los hombres el nombre de Jesús.

Sin embargo, honradamente, tenemos que señalar nuestra desventaja frente a Abraham: no iba demasiado deprisa, no corría detrás de un «Boeing» para alcanzarlo antes que cerraran la puerta. Iba al paso de sus corderos, de sus camellos y de sus mujeres. No hay que ir deprisa si queremos encontrar a Dios. Cuando sólo se tienen tres minutos para coger un tren, con peligro de perderlo, es lo mismo decir ante el semáforo rojo: «¡Dios mío!», «Jesús», o simplemente «¡caray!», pues todo tiene el mismo significado. Para invocar el nombre de Jesús, Hijo de Dios vivo, para estar en «estado de oración», hay que ir al paso de Dios y desembarazarse de la propia vida.

Mirando a Abraham hacemos un segundo descubrimiento: el encuentro con Dios es un diálogo a partir de la Promesa, un diálogo construido sobre la Promesa: «Después de estos sucesos—la historia de los reyes de Sodoma—habló Yavé a Abraham en una visión diciéndole: "No temas, Abraham, yo soy tu escudo, tu recompensa será muy grande." Abraham le contestó: "Señor Yavé, ¿qué vas a darme? Yo me iré sin hijos." En seguida le respondió Yavé: "Mira al

¹² Cfr. Mt., 6; 7.

¹³ Jn., 17, 4.

¹⁴ Jn., 3, 16

¹⁵ Cf. Rm., 8, 32

¹⁶ I Co., 12, 3



cielo y cuenta, si puedes, las estrellas; así de numerosa será tu descendencia." Y creyó Abraham a Yavé, y le fue reputado por justicia»¹⁷.

También Dios tuvo aquí la iniciativa. Cada vez que vamos a orar, vamos a encontrar a un Dios que nos espera. «Habló Yavé a Abraham.» Dios habla el primero. Nuestras palabras son sólo respuestas a una palabra, a una espera de Dios. Y la primera palabra de Dios, desde Abraham hasta María, y a lo largo de la historia, es y será siempre una palabra de paz: «No temas»¹⁸. Esto significa hoy día mucho para nosotros. No temas, olvida tus congojas, aun metafísicas. «No temas, Abraham, yo soy tu escudo, tu recompensa.» No debemos entender esta última palabra en un sentido vulgar, sino queriendo decir: «Lo que se espera es algo inmenso.»

Cuando Abraham habla, expone sencillamente el callejón sin salida en que se encuentra. Es un verdadero intercambio, intercambio del hombre con su Dios: «Señor Yavé, ¿qué vas a darme? Yo me voy sin hijos.» Este es su problema, preguntará; lo mismo que María en el momento de la Anunciación. Es el mismo tipo de diálogo, porque el corazón de los dos no murmura contra la Palabra de Dios, sino que la recibe y acoge: «¿Cómo puede ser eso?»¹⁹. No es una duda, ni es poner en tela de juicio la Palabra de Dios. Es exponer la dificultad, y Dios confirma su Promesa: «Uno salido de tus entrañas, ése te heredarás»²⁰. «¿Es posible? Señor, ves que yo soy...» Y Dios confirma:

«Mira al cielo y cuenta, si puedes, las estrellas; así de numerosa será tu descendencia.» Creyó Abraham, y creyó ni una promesa humanamente imposible. San Pablo, comentando magníficamente esta situación, dice: «Contra toda esperanza, creyó.» Este es el estado por el que entramos en la fe. Creyó y fue padre de muchas naciones, y no flaqueó en la fe al considerar su cuerpo sin vigor —pues era casi centenario—, ni que el seno de Sara estaba ya sin vida, Sino que ante la promesa de Dios no vaciló²¹.

¿Estamos convencidos de que este diálogo parte de la promesa de Dios y no de las dificultades de Abraham? Esto es ya el acto de esperanza: creo porque lo has prometido.

«La incredulidad no lo hizo vacilar; al Contrario, su fe se reforzó reconociendo que Dios decía verdad y convenciéndose plenamente de que tiene poder para cumplir lo que promete»²². Así es la oración plenamente convencida, la firme seguridad en Dios. Antes de ser un clamor y una llamada, es la seguridad de que Dios cumplirá lo que ha prometido, porque ese es su timbre de gloria. Los Salmos y los profetas lo repetirán sin cesar: «No nos dejes sucumbir, los paganos se reirían de nosotros; sálvanos por el honor de tu nombre.»

Así, pues, como Abraham, para entrar en oración hay que entrar en la promesa. Hago oración apoyado en la promesa de Dios: «La incredulidad no le hizo vacilar.» Es lo que contesta Jesús al padre que le pide la curación de su hijo epiléptico:

—«Si algo puedes, ten lástima de nosotros y ayúdanos.»

Jesús replicó:

—«¡Ese "si puedes"! Todo es posible para el que tiene fe.»

Entonces el padre del muchacho gritó:

¹⁷ Gn., 15, 1-6

¹⁸ Lc., 1, 30

¹⁹ Lc., 1, 34

²⁰ Gn., 15, 4.

²¹ Cfr. Rm., 4, 18-20.

²² Rm., 4, 20.



—«¡Fe tengo; ayúdame tú en lo que me falte!»²³.

Jesús dio la vuelta, en cierta manera, a la súplica del padre: «"Si puedes". No es Jesús el que puede, es la fe del que cree la que lo puede todo.»

Ciertamente Jesús sabe que su Padre le escucha siempre. Por eso, nuestra permanente preparación para la oración es apoyarnos en Dios, en sólo Dios, y en las promesas de Dios. Orar es ir al encuentro de las promesas de Dios. Idéntica situación aparece más adelante²⁴: «Yo soy Yavé, que te saqué de Ur Casdim para darte esta tierra en posesión.» Abraham respondió: «Señor Yavé, ¿en qué conoceré que he de poseerla? Dímelo, dame una señal.» Esta señal, María, confiada en Dios e instruida en las Escrituras, ni siquiera la pedirá; pero Dios se la da a pesar de ello: «Tu pariente, Isabel, a pesar de su vejez, ha concebido un hijo»²⁵.

«Y creyó Abraham a Yavé y le fue reputado por justicia.» Se puede entender con un sentido muy sencillo esta palabra abstracta: «justicia». Abraham se ajusta a Dios exactamente, como una pieza se ajusta a otra. Por eso, como Isabel a María, podemos decir a Abraham: «Dichoso el que ha creído que se cumplirá lo que le ha dicho el Señor.» El mismo Jesús dirá: «Abraham, vuestro padre, se regocijó pensando en ver mi día, lo vio y se alegró»²⁶ Una vez más, orar no es entrar en una iglesia, es entrar en una promesa y apoyarse en ella.

Tercer descubrimiento sobre la oración, siempre en el mismo capítulo 15 del Génesis, y a través de una frase misteriosa que se ha traducido en distintas maneras:

«Cuando estaba ya el sol para ponerse, cayó un sopor sobre Abraham y fue presa de gran terror, y le envolvió densa tiniebla»²⁷. En todas las religiones, el contacto con Dios, con lo sagrado, con el misterio, perturba al hombre, provocando el miedo. El sol se va a ocultar. Un sopor—algunos lo traducen por éxtasis—cayó sobre Abraham: «Fue prosa de gran terror y le envolvió densa tiniebla.»

Al parecer, hay dos razones para esta tiniebla: la presencia divina y la obra que había de cumplirse. La primera es el peso demasiado abrumador de la existencia divina, que hace desfallecer a la fragilidad del hombre. Lo que la Biblia llama la Gloria de Dios—su presencia y su majestad temibles—es en la lengua original, una palabra derivada del término «peso». Bueno es sentir esta distancia entre el hombre y Dios. El que quizá vaya más adelantado en el camino entra, como Abraham, en un momento difícil: una gran oscuridad cae sobre él, un sopor le invade.

No hay que extrañarse si al entrar en oración, entramos en la noche. Es porque entramos en la fe.

San Juan de la Cruz, en el poema *La noche oscura*, habla del alma que cae en la dichosa ventura de pasar por la noche oscura de la fe, porque de esa noche pasará a la unión con el amado.

En una noche oscura
con ansias en amores inflamada,
¡oh dichosa ventura!,
salí sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada.

²³ Mc. 9, 23-24

²⁴ Gn., 15, 7-8.

²⁵ Lc., 1, 36

²⁶ Jn., 8, 56

²⁷ Gn., 15, 12.



A oscuras, y segura,
por la secreta escala disfrazada,
¡oh dichosa ventura!,
a oscuras y en celada,
estando ya mi casa sosegada.
En la noche dichosa,
en secreto, que nadie me veía
ni yo miraba cosa,
sin otra luz ni guía,
sino la que en el corazón ardía.

«En la noche dichosa, en secreto», es exactamente la entrada en la oración de fe. La oscuridad de que habla san Juan de la Cruz no la experimentan sólo los místicos como él. Una brasileña, Gisah, que perteneció a la primera generación de la Escuela de la Fe, de Friburgo, conoció esta oscuridad, que describió de esta sencilla manera:

«Mi estreno en la Escuela no me ha sido fácil. Si al final me encontré con algunas personas, al principio estuve en la más absoluta carencia de todas ellas. Cuando llegué, yo estaba bastante segura de mí, pero pronto empecé a sentirme insegura. Creí que podría ayudar y servir a los otros, pero me encontré sola, sin hallar alegría en nada. Siempre sola. Un verdadero desierto me rodeaba.»

El desierto, la noche, es lo mismo.

«Entonces puse mi atención en el que siempre está presente. Dios empezó a adquirir una dimensión distinta. Antes, yo leía la Biblia como un libro histórico, ligado al pasado, pero ahora cobraba vida. Abraham se convirtió en alguien que venía a anunciarnos un Dios que decía: "Yo soy tu escudo." Es verdad que Abraham entró en la noche, pero al mismo tiempo seguía apoyándose en la promesa de Dios: "Yo soy tu escudo." Jacob me descubrió a este Dios que es fiel, aun cuando le imponemos condiciones: "Yo estoy contigo. Yo estaré contigo".»

Y todo cobra vida. Sigamos escuchándola, pero no olvidemos que es brasileña y que un paisaje de nieve es para ella algo maravillosamente espléndido:

«Puedo explicar esto mediante una reflexión que hice en un viaje de noche.»

«Era invierno. Sentada en un departamento muy iluminado, miraba yo por la ventanilla, aunque por la luz del coche no veía el paisaje exterior, sólo me veía a mí y a las otras personas reflejadas en el cristal del vagón. En un momento dado apagaron la luz; entonces todo se iluminó fuera: la nieve y la noche. Era necesaria la noche sobre mí misma y en torno mío para descubrir tantas maravillas. Lo relacioné con la Biblia. La pedagogía divina no ha cambiado: siempre el hombre encuentra a Dios en el desierto.»

«Le envolvió una densa tiniebla.» Si en la oscuridad sufrimos, sencillamente, como Abraham, apoyados en la promesa, sepamos que el encuentro de Dios no puede hacerse de otra manera. Mucho antes que san Juan de la Cruz, el clamor de Juan Evangelista hablando de Jesús:

«Es la luz verdadera que alumbr a todo hombre»²⁸, nos dijo que las tinieblas permanecen.

²⁸ Jn., 1, 9.



Veamos la segunda causa de la oscuridad y del miedo que nos invade. Abraham había preparado un sacrificio que lo había pedido Dios:

«Señor Yavé, ¿en qué conoceré que he de poseer esta tierra? Yavé contestó: Elígeme una ternera de tres años... Abraham le llevó los animales, los partió por medio y puso, de cada uno, una parte frente a la otra, según el rito del sacrificio antiguo, en señal de la alianza entre dos hombres. Pero bajaban aves rapaces sobre las carnes muertas y Abraham las espantaba»²⁹.

Abraham preparó el sacrificio pedido por Dios, y durante todo el día tuvo que luchar con las aves rapaces, que eran de mal agüero en el pensamiento de aquella época. Esta es la segunda dificultad que se apodera del apóstol.

El primer miedo era el que invade al contemplativo ante la majestad de Dios. Este segundo miedo invade al apóstol: ha trabajado durante todo el día, siguiendo las órdenes de Dios, pero cada vez más fuertemente tiene que luchar contra las aves rapaces, contra todo lo que se opone e impide la realización de este sacrificio de la voluntad de Dios. Abraham no puede más, el miedo y el sopor le invaden. Los tres apóstoles de Getsemaní se dormirán también de tristeza en la hora de la suprema oración.

El mensaje que Abraham va a recibir de Dios no arregla nada: «Has de saber que tu descendencia será extranjera en una tierra no suya, y estará en servicio y la oprimirán durante cuatrocientos años; pero yo juzgaré al pueblo que la esclavizará, y saldrá de allí... Pero tú...» Este mensaje que es cruel—tus descendientes, descendientes que aún no existen, serán extranjeros, esclavos y oprimidos, durante cuatro siglos—; al mismo tiempo es para Abraham mensaje de aliento y de consuelo: «Tu irás a reunirte en paz con tus padres, y serás sepultado en buena ancianidad»³⁰.

El sopor y la oscuridad no impiden la paz. La noche de los contemplativos—los cartujos y los trapenses lo dicen y lo viven—excede a todo lo que podemos imaginar. Estos grandes contemplativos no ven la televisión, que nos presenta miserias, hambres y guerras, pero penetran más hondamente en la intimidad del hombre, en su miseria y en su posible grandeza. Están presentes en la fuente misma de todas las imágenes de la televisión, han penetrado en el interior de todo lo que origina las tragedias de la condición humana.

La noche del apóstol son las heridas de la humanidad, las esclavitudes, los abortos, la demografía galopante, las situaciones límite.

Orar es aceptar la noche de la fe, la de las contradicciones y los sufrimientos. ¡Cuidado con mandar todo a paseo demasiado pronto! Como dice san Juan de la Cruz:

«Muchos no adelantan; habiendo emprendido el camino de la virtud, y queriendo Nuestro Señor ponerlos en esta noche oscura, para llevarlos por ella a la unión divina, no pasan adelante porque se detienen en las tinieblas.»

La última actitud de Abraham, relativa a la oración, la hallamos en su intercesión por Sodoma³¹. También aquí Dios toma la iniciativa. Es el que plantea la cuestión:

«¿He de encubrir yo a Abraham lo que he de hacer?» Le expone la situación, y es él, Dios, el que va a suscitar la intercesión de Abraham. Dios le dice: «El clamor de Sodoma y Gomorra ha crecido mucho, y su pecado se ha agravado en extremo.»

²⁹ Gn., 15, 9-11

³⁰ Gn., 15, 15

³¹ Gn., 18, 17-32



Cuánto hay que señalar aquí. Ante todo, el corazón de Abraham, humilde y osado al mismo tiempo. El pecado de Sodoma le lleva a la oración de intercesión. Abraham dice: «Te ruego, ya que he empezado a hablar yo, que soy polvo y ceniza.» Humilde, sabe de «qué tierra somos», como dice el salmo. Pero el conocimiento de nuestra miseria le permite toda su osadía para hablar a Dios.

Comparemos ahora la actitud de Abraham en este recateo sagrado que sostiene con Dios, con su actitud frente a Lot o ante los tres reyes, vecinos suyos. Entonces era un asunto personal. No pide nada: «Nada para mí.» Pero ahora, con Sodoma, se trata de un pueblo entero. Ahora es para los otros. Y Dios quiere que Abraham interceda por el pueblo.

Con Lot no inventó una oración del tipo «oración universal», en la que habría dicho: «Dios mío, ilumina a este pobre Lot, me parece que esto... y que lo otro...»; no hizo una de esas oraciones astutas, en las que se da una lección al otro bajo pretexto de hablar a Dios. No. Va directo: deja que Lot elija el primero. No dice nada a Lot, porque sólo él, Abraham, es el interesado en el asunto. Pero ahora, con Sodoma, se trata de un pueblo entero. Comienza entonces el regateo de misericordia, que eso es la oración de intercesión. Es tan hermoso. Lo recordaréis:

«Lejos de ti obrar así. Si hubiera cincuenta justos en la ciudad, ¿no perdonarías al lugar por los cincuenta justos?» «Lejos de ti matar al justo con el malvado, y que sea oí justo como el malvado. Lejos eso de ti. El juez de la tierra toda, ¿no va a hacer justicia?»

De nuevo, Abraham se apoya en la promesa de Dios. No en sí mismo, y aún menos en los méritos de los hombres. No. De aquí se deduce que los justos pueden obtener el perdón para los culpables: es la gran lección que nos da este texto. ¿Pueden los justos obtener el perdón para los culpables? Sí, puesto que Dios acepta el regateo de misericordia.

«Mira, te ruego, ya que he comenzado a hablar a mi Señor, aunque soy polvo y ceniza: si de los cincuenta justos faltaran cinco, ¿destruirías por los cinco a toda la ciudad?

—No la destruiría si hallase allí cuarenta y cinco justos.

—¿Y si hubiese cuarenta?

—Tampoco por los cuarenta lo haría.

—No te incomodes, Señor, si hablo todavía. ¿Y si hubiese allí treinta justos?

—Tampoco lo haría si hubiese treinta.

—Señor, ya que comencé, ¿y si hallase allí veinte justos?

—No la destruiría por los veinte.

—Perdona, Señor, sólo una vez más, ¿y si hallase allí diez?

—Por los diez no la destruiría»³².

Abraham no se atrevió a ir más lejos. Hubiera debido continuar aún más. No se atrevió a bajar hasta uno... Jeremías lo afirmará: «Un solo justo habría bastado.» «Recorred las calles de Jerusalén, dijo; ved e informaos; buscad por las plazas a ver si halláis un varón; uno sólo, que obre según justicia, que guarde fidelidad, y la perdonaré, declara Yavé»³³.

Abraham se paró en el camino. Hubiera debido bajar hasta uno. Ezequiel abunda en el mismo sentido: el pueblo había multiplicado el bandidaje y la violencia; había oprimido al pobre y maltratado al extranjero. Entonces habla Yavé: «De entre ellos busqué quien levantara muro y

³² Gn., 18, 23 ss.

³³ Jr., 5, 1.



se pudiese a la brecha frente a mí en favor de la tierra, para que yo no la devastase, y no lo hallé»³⁴

Así lucha el intercesor: «de pie, en la brecha», y clama porque comprueba que: «nadie invoca tu nombre, nadie despierta para apoyarse en ti»³⁵.

¿Podemos reprochar a Abraham haberse quedado en la cifra *diez*? Incluso si hubiera bajado hasta *uno*, no hubiera encontrado a nadie, porque, en último término, lo que se necesitaba era un único intercesor: Jesús. Nosotros, en nuestras grandes ciudades, anónimas y frías, cuando entramos en una iglesia, debemos estar ciertos de que el Justo que salva la vida está allí, presente en la Eucaristía.

Saquemos una conclusión. La oración de intercesión no tiene la loca y absurda pretensión de influir sobre Dios y de hacerle cambiar de opinión, sino que consiste en entrar en la órbita de Dios, en la zona de atracción divina en la que se produce la acción recíproca entre Dios y nosotros. Todo viene por libre decisión de Dios, que quiere que mi oración sea la causa de un efecto. Dios dice a Abraham lo que ocurre, para que Abraham interceda. Y la realización de lo que Dios quiere o promete está ligada a mi fidelidad. Incluso un astro inmenso recibe el influjo del pequeño planeta que gira en torno suyo.

Tal es la oración en la escuela de Abraham: encontrar a Dios en todas partes, un Dios sin fronteras; invocar el nombre de Dios, entrar en la promesa, aceptar la noche de la fe y la oscuridad, e interceder entonces por los hombres.

³⁴ Ez., 22, 30

³⁵ Is., 64, 6.



EGO 02 JACOB: El combate con Dios

Quisiera hablar de la lucha de Jacob, de la lucha de la oración, y en especial de las características de toda oración y de toda lucha: la paciencia, la perseverancia y la constancia en la prueba del tiempo. Tres palabras duras, aunque las tres son el camino de una esperanza que «no defrauda»³⁶.

Estoy dudando, sin saber por dónde empezar. Como en todo misterio cristiano, hay un lado doloroso y otro glorioso: muerte y resurrección. Si empiezo por las palabras perseverancia, o constancia, abordo el tema por el lado difícil. Si empiezo por Jacob, veremos en seguida los resultados de la lucha. Es verdad que el lector de un libro tiene siempre la posibilidad de saltar algunas páginas para ir a buscar la parte más amena. Empecemos, a pesar de todo, por la parte más austera. La esperanza, incluso cuando está muy lejana, es la razón de ser de estas palabras y realidades de la misma familia: resistencia, fortaleza de corazón. Santiago dice que el discípulo debe vivir de estas verdades hasta la venida del Señor³⁷, pues son inseparables de la oración y la sostienen. Si la paciencia, la perseverancia y la constancia llevan a la esperanza, ésta, en la Biblia, está ligada a la oración. Esperanza-oración.

El combate de la oración

Consideremos estas palabras más de cerca. Paciencia viene de la palabra latina *pati*, que significa sufrir, soportar. Paciencia no es sólo esperar, sino sufrir, soportar, y *patientia*, *impatientia*, significan la aptitud o ineptitud para soportar. Si se es apto para soportar, se es paciente. Si se es inepto, se es impaciente.

La palabra «perseverancia» incluye la palabra «severo, *severus*», que originalmente quería decir inflexible, austero: perseverar quiere decir continuar, persistir, ser inflexible. En cuanto a la constancia, es la cualidad de un ser que se mantiene en pie—*stare*—, derecho, con aplomo. Evoca la idea de estabilidad, de estado permanente. Lo que «consta»—de la misma raíz, *stare*—es lo que está bien establecido. Luego la palabra constante quiere decir «firme», y constancia, «firmeza». Esta misma raíz dio origen a la palabra «estatua», «estatura», una persona en pie. *Stare* es también el origen de la palabra filosófica «sustancia», que para los antiguos filósofos lo expresaba todo. La sustancia no es algo vago o nebuloso, sino lo que es permanente en un ser que cambia y al cual sostiene.

Estas tres palabras, paciencia, perseverancia, constancia, que se encuentran tantas veces en los Evangelios, son, por tanto, palabras que indican fuerza y duración.

La Escritura puede informarnos sobre las realidades que sustentan estas palabras. Como siempre que abrimos la Biblia y que «escrutamos las Escrituras», cabe enfocarlas desde dos puntos de vista. Primero, nuestra mirada ahonda en el misterio de Dios: ¿cuál es el sentido de

³⁶ Rm., 5, 5.

³⁷ Cfr. St, 5, 8.



estas palabras humanas en el misterio del mismo Dios? Después, partiendo de esta mirada, en la que descubrimos a un Dios que se da a conocer, buscamos la actitud del hombre, que trata de modelarse conforme a Dios. No vamos a descubrir las virtudes de constancia y perseverancia en algún sabio o filósofo, sino a buscarlas en Dios. Mirándole, ¿qué nos ha dicho de sí mismo?, y partiendo de él, ¿qué descubrimos para nuestra conducta? Esta mirada sobre Dios se subdivide en una mirada sobre «el Dios de nuestros padres, Abraham, Isaac, Jacob», el Dios de los profetas y de los escritores inspirados del Antiguo

Testamento, y en una mirada sobre el Verbo hecho carne, Jesucristo.

Tenemos, pues, tres miradas o tres niveles: el misterio de Dios revelado en la Antigua Alianza, el misterio de Dios revelado en Jesucristo y, por último, nuestra propia actitud, la que Dios nos enseña partiendo de él y del Señor Jesús. Estas realidades descubiertas en la Biblia adquieren de golpe una magnitud distinta de las virtudes humanas o ejercicios de ascetismo: la de la imitación amorosa de Dios.

En el Antiguo Testamento esta mirada nos descubre que Israel, poco a poco, a través de los años y de los siglos, adquiere la conciencia de que su historia, esa larga historia desde el diluvio y la salvación de Noé, es «el tiempo de la paciencia divina». San Pablo define así la larga duración del Antiguo Testamento: «El tiempo de la paciencia divina»³⁸. Durante ese tiempo, en previsión de la cruz de Jesucristo y de la justificación por la fe en Jesús, Dios detuvo su cólera por misericordia y dejó impune el pecado. Ante nuestras miserias. Dios espera, no responde inmediatamente, como lo merecían los hombres. Revela así su amor: «Yavé, Yavé, Dios misericordioso y clemente, tardo a la ira, rico en misericordia y fiel, que mantiene su gracia por mil generaciones y perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado...»³⁹

Así es el tiempo en todas las épocas del Antiguo Testamento, tiempo de la paciencia divina, como lo expresan los Salmos: «Es Yavé piadoso y benigno, tardo a la cólera, clementísimo. No está siempre acusando, ni su ira es para siempre»⁴⁰. Isaías transmite la misma realidad divina: «Yo, por la honra de mi nombre, contengo mi ira; por amor de mi gloria, te doy largas»⁴¹. Y Jeremías, delante de sus perseguidores, se queja incluso de que Dios es demasiado paciente: «No contengas tu ira. No dejes que por alargarse tu ira sea yo arrebatado»⁴². Esta paciencia no tiene sentido, sino a la vista de Jesús, «sacrificio de propiación por su propia sangre mediante la fe»⁴³, aunque ya estaba presente, dirá Pedro, «cuando en los días de Noé esperaba la paciencia de Dios, mientras se fabricaba el arca, en la cual pocos se salvaron por en medio del agua; a ésta corresponde ahora el bautismo, que os salva»⁴⁴. Sí, Dios contemporiza queriendo salvar no ya a los hombres del diluvio, sino a toda la humanidad.

Paciencia no es debilidad. En el libro de Jonás descubrimos también que la paciencia de Dios se aplica igualmente a los paganos hasta su conversión. Esto es lo que debemos admirar y en lo que hemos de inspirarnos: la incansable paciencia de Dios, que espera: «No quiero yo la muerte del que muere; convertíos y vivid»⁴⁵.

³⁸ Rm., 3, 26.

³⁹ Ex., 34, 6-7.

⁴⁰ Sal., 103, 8-9.

⁴¹ Is-, 48, 9

⁴² Jr., 15, 15.

⁴³ Rm., 3, 25

⁴⁴ 1. P., 3, 20-21

⁴⁵ Ez., 18, 32



El mismo Jesús es «paciencia de Dios», la paciencia de Dios que se hace visible. Sus parábolas son frecuentemente parábolas de paciencia. Por ejemplo, la higuera estéril⁴⁶, a la que se va a probar todavía un año, cuidándola más para ver si produce fruto; el hijo pródigo, al que espera su padre sin cansarse; el siervo despiadado⁴⁷, con el que se ha tenido paciencia.

Jesús, en su Pasión, se inscribe en la larga serie de los que sufren, de los perseguidos por la justicia, por la Palabra de Dios. Es perseguido, dice él mismo, por «los hijos de los que mataron a los profetas. ¡Colmad, pues, la medida de vuestros padres!»⁴⁸. Porque esta paciencia, que es una larga espera, es también un sufrimiento: «Hijo y todo como era, sufriendo aprendió a obedecer»⁴⁹, y fue «obediente hasta la muerte, y muerte de cruz»⁵⁰. Jesús sabe que su Pasión es misteriosamente necesaria: «¿No era preciso que el Mesías—dijo a los dos discípulos de Emaús—padeciese esto y entrase en su gloria?»⁵¹. Todo esto es la paciencia de Dios hecha visible. Jesús es «conocedor de todas las dolencias», de la traición de Judas, de la negación de Pedro, del abandono aparente de Dios.

Esta paciencia de Cristo debe pasar a nosotros. La cuaresma es tiempo para meditar esta paciencia, que llamamos «Pasión», y que es capaz de romper todas nuestras resistencias.

¿Cómo podemos imitar esta paciencia de Dios y de Jesús? En esta búsqueda descubrimos dos clases de paciencia necesarias: la primera, ante el escándalo y las demoras en la realización del Reino y en la segunda venida de Jesús: «¿Por qué. Señor, por qué estas demoras? ¿Por qué tardas en hacer justicia al oprimido?» Esta tardanza actual es la continuación, en nuestro tiempo, de la paciencia de Dios en el Antiguo Testamento: Dios sigue siendo paciente hoy y el apóstol Pedro nos da la razón: «Una cosa no podéis ignorar, queridos: que ante el Señor un día es como mil años, y mil años como un día. No se retrasa el Señor en lo que prometió, aunque algunos lo estimen retraso; es que tiene paciencia con vosotros, porque no quiere que nadie perezca, quiere que todos tengan tiempo para convertirse.» Es la espera de la conversión, hasta que la medida se colme, bien llena: «Y creed que la paciencia del Señor es nuestra salvación, según os escribió nuestro amado hermano Pablo con el saber que Dios le dio»⁵².

La segunda paciencia es la que exige nuestra dimensión cristiana: es algo de nuestro ser puesto que «somos hijos de Dios, y si hijos, también herederos, herederos de Dios, coherederos de Cristo, ya que sufrimos con él para ser también con él glorificados»⁵³.

De este modo la paciencia se une al sufrimiento y es su prueba: «Tened, pues, paciencia, hermanos, hasta la venida del Señor. Ved cómo el labrador, con la esperanza de los preciosos frutos de la tierra, aguarda con paciencia las lluvias tempranas y las tardías. Aguardad también vosotros con paciencia, fortaleced vuestros corazones, porque la venida del Señor está cercana... Tomad, hermanos, por modelo de tolerancia y de paciencia a los profetas, que hablaron en nombre del Señor, Ved cómo ahora aclamamos bienaventurados a los que sufrieron con paciencia. Conocéis la paciencia de Job en el sufrimiento, el fin que el Señor le

⁴⁶ Cfr. Lc., 13, 6-9

⁴⁷ Cfr. Mt., 18, 23-35

⁴⁸ Mt, 23, 31-32.

⁴⁹ Hb., 5, 8.

⁵⁰ Flp., 2, 8.

⁵¹ Le., 24, 26.

⁵² II P., 3, 8-9, 15

⁵³ Rm., 8, 17



otorgó, porque el Señor es compasivo y misericordioso»⁵⁴. Y también: «Teneos por muy dichosos, hermanos míos, cuando os veáis asediados por pruebas de todo género, sabiendo que esa piedra de toque de vuestra fe engendra constancia»⁵⁵.

Comprobamos hasta qué punto las palabras paciencia, sufrimiento, constancia, se repiten sin cesar: Pablo y Bernabé advertían a los nuevos conversos que no se sorprendieran: «Fortalecían el corazón de los discípulos y los estimulaban a perseverar en la fe, porque, decían, "hay que pasar por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios".» Pablo repetirá a los Tesalonicenses: «..enviamos a Timoteo para confirmaros y exhortaros en vuestra fe, a fin de que nadie se inquiete por estas tribulaciones. Bien sabéis que ese es nuestro destino, pues estando con vosotros ya os lo prevenimos, que nos esperaban dificultades, como sucedió y bien lo sabéis»⁵⁶.

Vivir en la tribulación es para Pablo la condición normal de los cristianos hasta la venida definitiva de Cristo. Las palabras constancia, paciencia, sufrimiento, son correlativas de prueba, desamparo, tribulación. Es lo que Jesús nos dice: «Os he dicho estas cosas para que tengáis paz en mí. En el mundo tendréis tribulación. Pero, ¡ánimo!, yo he vencido al mundo»⁵⁷. La Epístola a los Hebreos nos dice lo que es esta victoria de Cristo: «Rodeados como estamos por tal nube de testigos de la fe, sacudámonos todo lastre y el pecado que se nos pega. Corramos con constancia en la competición que se nos presenta, fijos los ojos en el pionero y consumidor de la fe, Jesús, que, por la dicha que le esperaba, sobrellevó la cruz, despreciando la ignominia, y está sentado a la derecha del trono de Dios. Meditad, pues, en el que soportó tanta oposición de parte de los pecadores, y no os canséis ni perdáis el ánimo.»

«Aún no habéis resistido hasta la sangre en vuestra lucha»⁵⁸. Lo vemos: Cristo es «signo de contradicción», como se lo profetizó en el templo el viejo Simeón a la madre del Niño. Si miramos a Cristo, él es la tierra donde tienen sus raíces las fuerzas de la paciencia y de la perseverancia.

He ahí el lado más duro de estas palabras, que si no entran en nuestra vida, nos harán caer en la ilusión. Pero también hay que mantener vivo, despierto y gozoso un aspecto luminoso y de certezas. En esto se produce una reacción en cadena. San Pablo nos dice dónde conducen en la fe todas estas tribulaciones, desamparos, paciencias y constancias: «Nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce la paciencia; la paciencia, una virtud probada; la virtud probada, la esperanza, y la esperanza no falla, pues el amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por la virtud del Espíritu Santo»⁵⁹.

Tenemos, además, una firme certeza: que algo muy grande ocurre en el grano de trigo caído en la tierra, que muere para dar fruto y no permanecer solo. Estas pruebas nos llevan al manantial del agua viva, abriendo el camino. Volviendo a san Pedro leemos: «Carísimos, no os sorprendáis, como de un suceso extraordinario, del incendio que se ha producido entre vosotros, que es para vuestra prueba; antes, habéis de alegraros en la medida en que participáis en los padecimientos de Cristo, para que en la revelación de su gloria exultemos de gozo. Bienaventurados, vosotros, si por el nombre de Cristo sois ultrajados, porque el Espíritu

⁵⁴ St., 5, 7-8, 10

⁵⁵ St., 1, 2-3.

⁵⁶ I Ts., 3, 2-4

⁵⁷ Jn., 16, 33.

⁵⁸ Hb., 12, 1-4.

⁵⁹ Rm., 5, 3-5.



de la gloria reposa sobre vosotros»⁶⁰. Y más adelante añade: «Resistid a vuestro adversario, el diablo, firmes en la fe, considerando que los mismos padecimientos soportan vuestros hermanos dispersos por el mundo. Y el Dios de toda gracia, que os llamó en Cristo a su gloria eterna, después de un breve padecer, os perfeccionará y afirmará, os fortalecerá y consolará»⁶¹.

Siempre estamos en esta desproporción, como dice san Pablo, entre: «las momentáneas y ligeras penalidades que nos producen una riqueza eterna, una gloria que las sobrepasa desmesuradamente»⁶².

El combate de Jacob

Todo esto es verdad, lo comprendemos y lo sabemos, pero ¿no es demasiado duro para nosotros? ¿Está a nuestro alcance? Como respuesta os propongo que miréis a Jacob y trabéis amistad con él. Yo le he mirado durante mucho tiempo con poca simpatía: un tramposo y astuto, que con un tejemaneje suplantó a su hermano. Es verdad que Esaú tampoco es muy interesante, sino más bien algo bobo. Pero, a pesar de todo, Jacob se pasa de la raya cuando le roba la bendición del viejo Isaac, que no ve bien lo que pasa. Más tarde, se enriquece a expensas de su suegro, Labán, con una historia de ovejas bastante turbia. Al fin, cuando veinte años más tarde se reconcilia con Esaú, mediante grandes saludos y ricos regalos, antes, con todo cuidado, ha puesto a buen recaudo parte de su ganado. En general, cuenta con una lengua muy expedita para salir de apuros. Todo esto es cierto.

Pero también es verdad que Jacob había sido engañado con frecuencia. Recibe la bendición de Isaac, pero tiene que huir porque Esaú ha jurado arrancarle la piel cuando muera su padre: «Cerca están los días de duelo de mi padre; después mataré a Jacob, mi hermano.» También le engaña su suegro, cuando la mañana siguiente a la boda se encuentra en sus brazos a Lía en lugar de Raquel. Según una homilía judía del siglo IV, bastante pintoresca, Jacob dijo a Lía: «Hija de bribón, ¿por qué me has engañado?» Y Lía contestó: «Y tú, ¿por qué engañaste a tu padre cuando te preguntó: "¿Eres mi hijo Esaú?"» De este modo, Jacob tuvo lo que merecía. Explotado por su suegro que le hace trabajar dos veces siete años y después otros siete años, pasará aún por pruebas muy duras: primero, la esterilidad de Raquel; después, la deshonra de Dina, su hija; la pérdida de José, su preferido; de Simeón; de Benjamín. A este Jacob tan humano, tan excesivamente humano, lo sentimos muy cerca de nosotros. Abraham y Moisés son demasiado grandes; en Jacob podemos reconocernos.

Pero si miramos desde más arriba y del lado de Dios, dominando sus trapacerías y sus expiaciones, comprobamos que Jacob es dos veces el padre de Israel. Primero, por la sangre y por sus doce hijos, es el antecesor de las doce tribus. De él también tiene su nombre el pueblo de las doce tribus, el nombre de Israel, que él mismo recibió de Dios. Dos veces padre: una por la sangre, otra por el nombre. La tradición judía guarda de Jacob, sobre todo, el recuerdo de su grandeza: ve en él al hombre que optó por el mundo futuro, mientras que Esaú optó por el mundo inmediato. Esaú estaba cansado, tenía hambre y pidió el plato de lentejas; más tarde se casará con mujeres extranjeras. La Biblia le llama «el profanador», porque despreció su

⁶⁰ I P., 4, 12-14

⁶¹ I P., 5, 9-10

⁶² II Co., 4, 17; Rm., 8, 18

Santo Domingo Tandil



derecho de primogenitura⁶³, que era don sagrado de Dios, tanto más cuanto que debía ser el depositario de la Promesa.

Para nosotros, Jacob es el hombre cuya visión y cuyo combate iluminan nuestras luchas. Somos los hijos de este vencedor de Dios: Israel, «el que luchó con Dios». Toda la vida de Jacob está contenida entre dos encuentros con Dios, está cogida entre dos momentos de encuentro:

el sueño de Betel y el combate del vado de Jaboq. Veinte años separan estos dos hechos. Las dos veces fueron tiempo de prueba y de noche. Jacob está solo las dos veces. Un hombre presa de la turbación las dos veces. La primera huye solo, con sólo su cayado, y tiene que andar mil kilómetros hasta encontrar a su familia lejana y elegir esposa. La segunda vez va a enfrentarse a Esaú, que llega hasta él con cuatrocientos hombres armados.

El primer encuentro es el sueño misterioso de un hombre que parece muy poco digno de ser el hombre de Dios, y que va a serlo. San Pablo ha dicho: «Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?» Yo diría: «Si Jacob ha sido escogido por Dios, ¿por qué no yo?» Somos de la misma raza. ¡Igual de poco dignos!

Jacob va hacia Harán, en la tarde de una de sus primeras etapas. Declina el sol. Coge una piedra, la pone bajo su cabeza y se tiende. Sueña con una escala que, apoyándose en la tierra, tocaba los cielos y por ella subían y bajaban los ángeles del Señor. Junto a él estaba Yavé, que le dijo: «Yo soy Yavé, el Dios de Abraham, tu padre; el Dios de Isaac... Yo estoy contigo y te bendeciré adondequiera que vayas, y no te abandonaré»⁶⁴. Jacob no está ya solo. Dios cuida de él, está con él, no lo abandona. El invisible se hace visible en la prueba. Un magnífico texto del cardenal Newman comenta este suceso:

«Jacob no pensaba que hubiera nada maravilloso en este sitio. Era un lugar como los otros, solitario e incómodo. No había ninguna casa. Llegaba la noche y había que dormir sobre la roca desnuda. Y, sin embargo, ¡qué diferente era la realidad! No veía más que el mundo visible, pero el mundo invisible estaba allí.»

Esto es lo que nos enseña el sueño de Jacob: Dios está ahí. Y Dios habla. En lo alto de la escala está Dios. Pero el texto dice mucho más: Yavé estaba junto a Jacob durante su sueño. Dios no está solo en lo alto de la escala, sino precisamente «junto a Jacob». No son los ángeles los que bajan hasta Jacob, sino el mismo Dios. Este Dios, que es el único, el todopoderoso. Los ángeles, que suben y bajan, como una correa de transmisión; ese funicular, si así puede decirse, que va del cielo a la tierra, y que sube de la tierra al cielo; esta relación constante es, en verdad, Dios-con-nosotros, que llega hasta Jacob. Es una revolución espiritual cuyo hondo sentido conviene desentrañar.

Para los hombres de aquellos tiempos, para todos los pueblos, no existía esta relación constante, Dios no se cuidaba del hombre. Dios podía venir, pero era el destino, la fatalidad, el Dios de los filósofos, no un Dios que trata de igual a igual a su criatura y que se pone «junto a ella». Con Jacob se marca una relación misteriosa, real, entre la criatura y el creador, una corriente de gracia, y esto no después de un sacrificio en el que Jacob hubiera ofrecido algo a Dios. Ni siquiera se trata de una alianza. No. Estamos en el orden de la amistad. Hay que señalar el contraste entre la torre de Babel, cuyo vértice quiere penetrar los cielos—una arrogancia—y la escala fija en la tierra, cuyo extremo está en el cielo. Dios toma la iniciativa de bajar. En la torre de Babel, el hombre quiere hacer algo; en el sueño de Jacob es la gracia. En

⁶³ Gn., 25, 34.

⁶⁴ Gn., 28, 13-15



un caso es el afán desmedido del hombre; en el otro, es la misericordia de Dios que realiza lo que el hombre no puede hacer. En un caso, Dios es un rival por lo que se cae en el pecado, en la discordia; en el otro, Dios es Padre y hace entrar al hombre en su alianza, en su propia vida. A propósito de los ángeles que suben y bajan. Jesús dirá a Natanael: «Os aseguro que veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar por este Hombre»⁶⁵. Jesús será la escala verdadera cuando sea «elevado» sobre la cruz.

Al mismo tiempo que le manifiesta su presencia. Dios renueva su alianza con Jacob: «Yo, Javé, Dios de tu padre Abraham, Dios de Isaac, te daré a ti y a tu descendencia la tierra sobre la cual estás acostado. Será ésta como el polvo de la tierra y te ensancharás a Occidente y a Oriente, al Norte y al Mediodía.» Es la grandeza y el fin de la tribulación: «Y en ti y en tu descendencia serán benditas todas las naciones de la tierra. Yo estoy contigo y te bendeciré adondequiera que vayas, y volveré a traerte a esta tierra y no te abandonaré hasta cumplir lo que te digo.» Jacob se despierta de su sueño y dice: «Ciertamente está Yavé en este lugar, y yo no lo sabía.» Y a este Dios —es el gran místico judío Bahya Ibn Paquda quien lo dice—, que le da y le descubre el porvenir, «a este Señor, que corona de estrellas su frente, Jacob sólo le pide una cosa: un pedazo de pan para comer y un vestido para cubrirse, abandonando todo lo demás a su bondad»⁶⁶.

Esta es la versión noble; y, además, es cierta. Sin embargo, hay que reconocer que flotan aún en las palabras de Jacob cierto número de «sies» todavía inquietantes: "Si Yavé está conmigo..., si me protege en mi viaje..., si me dan pan que comer..., si" me da vestidos que vestir y vuelvo, Yavé será, para mí, mi Dios.» Quizá no sea aún la conversión total. Dios se compromete con él: «Yo te daré todo.» Jacob tiene todavía cierto número de «sies» por formular.

Veinte años después tiene lugar la conversión definitiva. el combate final. La vuelta al vado de Jaboq. Veinte años en los que Dios ha cumplido su promesa. El vagabundo de Betel vuelve convertido en patriarca. Tiene rebaños e hijos. Le queda por pasar la temida prueba de la edad madura. Antes, cuando pasó la primera vez por este lugar, tenía que ganarlo todo, sólo poseía su cayado. Ahora le queda todo por perder. La gracia de este momento va a ser el miedo y la angustia de enfrentarse con Esaú. Jacob ora. Por primera vez ora de verdad, no se deja llevar de sus valores personales, demasiado grandes: «Dios de mi padre Abraham y Dios de mi padre Isaac, Yavé, que me dijiste: "Vuelve a tu tierra, al lugar de tu nacimiento, que yo te favoreceré", soy indigno de todos los favores y de toda la bondad que has tenido con tu servidor.» Jacob se humilla. Por primera vez se siente a cero, ha tocado su límite. Hasta ahora había pensado que su habilidad podía sacarle adelante, incluso había ideado toda una diplomacia con Esaú; ahora está solo. Se prepara a la lucha con un hombre que es, además, su hermano, con el que son aún posibles la astucia y la seducción. Quiere afrontar la cólera de su hermano y los cuatrocientos hombres armados que llegan con él. Pero lo temible no es su hermano, ni los soldados que le acompañan, sino la cólera de Dios. No son los obstáculos, las guerras, la enfermedad o la muerte lo que hay que vencer, sino la oposición de Dios. Este Dios que «si abre, nadie cierra; si cierra, nadie abre. Y Dios va a cruzarse en su camino cuando sólo le queda un torrente por atravesar.

¡Cómo nos cuesta comprender esto! Detrás de las circunstancias, de las cosas, de los hombres, del azar, la suerte o la desgracia, los esfuerzos y los trabajos, es con Dios con quien

⁶⁵ Jn., 1, 51

⁶⁶ BAHYA IBN PAQUDA: *Les devoirs du coeur*. Desclée de Brouwer. París.

Santo Domingo Tandil



Jacob tiene que vérselas, con Dios solo, con Dios en persona. Todo lo demás no son sino trazas visibles de un Dios invisible. El Dios oculto irrumpe esta vez no como un sueño, sino como un combate.

Jacob se queda solo. Un hombre lucha con él hasta rayar la aurora. Este hombre, viendo que no puede vencer a Jacob, le toca en la articulación del muslo, que se desencaja al relajarse el tendón. El hombre le dice: «Déjame ya que me vaya, que sale la aurora.» «No te dejaré ir si no me bendices.» El le preguntó: «¿Cuál es tu nombre?» Jacob le contestó: «Jacob.» «No te llamarás ya en adelante Jacob, sino Israel, luchador con Dios, porque has luchado con Dios y con los hombres.» Jacob, a su vez, le preguntó:

«Dame, por favor, a conocer tu nombre.» Pero él contestó:

«¿Por qué me preguntas por mi nombre?» Y le bendijo.

¿Quién es este hombre? ¿Quién se opone a la vuelta de Jacob a la tierra prometida? ¿Quién quiere matarle? Jacob está solo, como se está siempre solo en la prueba del desamparo, de la enfermedad o de la muerte. El gran combate de Jacob será para todos los hombres su último combate. Y Dios será quien le diga: «Has luchado con Dios.» No luchas con las pruebas inmediatas, sino con el mismo Dios. Jacob dirá: «He visto a Dios cara a cara.» Pero ¡qué cara a cara! ¡Es un cuerpo a cuerpo toda la noche! Uno y otro rodaron por el polvo y no en película o jugando. Jacob no dice: «Hágase tu voluntad.» Lucha hasta el amanecer terriblemente. ¿Es más fuerte que Dios? No es posible. Dios no sería ya Dios. ¿De dónde viene la fuerza de Jacob, que puede sostener una lucha toda la noche y al que otro no puede vencer? Jacob lucha—esto es lo que nos han enseñado—con las armas del mismo Dios. Estas armas son la promesa y la fidelidad de Dios. Es lo que dirá Job: «Aunque me matara creería en él», y lo que repetirá Teresa del Niño Jesús. Mientras hay esperanza no se puede ser vencido. Jacob vence por su esperanza: «Guarda el amor y la justicia y pon siempre en Dios tu esperanza», dirá Oseas. La esperanza de Jacob es su fuerza, y no su astucia ni su trabajo, que son medios humanos. «Porqué tú lo has prometido»: Jacob no tiene otra arma, y a ésa ni el mismo Dios puede vencerla. La Sabiduría dirá de Jacob: «Le dio el premio en un duro combate para que aprendiera que la piedad es más fuerte que todo»⁶⁷. Al amanecer le es dado el nombre de Israel: «Fuerte en la lucha con Dios y con los hombres.»

Veamos el simbolismo de este nombre, que pasará de Jacob a su pueblo. Es el hombre que se adhiere a Dios, como se adhiere uno en un combate cuerpo a cuerpo;

el hombre que, en la misericordia de Dios, se adueña, en cierta manera, de la fuerza de Dios por la esperanza y que le arranca su protección porque lucha «hasta el fin»; esto es lo que hará Jesús. En definitiva, en él se revela Dios más débil que el hombre, porque la debilidad de Dios es su respeto ante nuestra libertad.

Se podría decir, como escribe el padre Molinié: «El amor de Dios a los hombres, como todo amor grande, es, a la vez, tímido y totalitario»⁶⁸. Son expresiones humanas, pero dicen algo de la verdad. Un Dios que ama se hace tímido, porque a la vez que lo quiere todo, lo da todo, lo pide todo y lo espera todo de nuestra libertad. El peligro mayor para Jacob sería cesar en la lucha; como se dice en términos militares, romper el combate. Jacob venció porque Dios le dijo en Betel: «Estoy contigo adondequiera que vayas.» Incluso en este combate que Dios sostiene *contra* Jacob, en definitiva. Dios no puede estar *contra* Jacob, porque faltaría a su promesa de estar *con* él. El monje Gueric d'Igny decía en un sermón:

⁶⁷ Sb., 10, 12.

⁶⁸ MOLINIÉ, M. D.: *Le combat de Jacob*. Le Cerf. París.

Santo Domingo Tandil



«¡Oh bondad llena de astucia! Con qué amor luchas contra los mismos en favor de quienes luchas... Por tanto, no desesperes, resiste, alma feliz, que has entrado en lucha con Dios. Sí, le gusta que le hagas violencia y desea ser vencido por ti. Aunque está irritado y extiende la mano para golpearte, busca, como él mismo confiesa, un hombre, como Moisés, que le oponga resistencia. No lo encuentra y se queja diciendo: "No hay nadie que se alce y me detenga".»

Dios, hasta el amanecer, hora en que debe marcharse para que Jacob no vea su rostro, será prisionero de su fidelidad. A Jacob se le pide también que resista toda la noche hasta el alba. Jesús hará de esto la regla para sus discípulos: «El que persevere hasta el fin, se salvará»; el que ha luchado con Dios, y al que Dios no ha vencido. Es la prueba desconcertante de la fidelidad de Dios.

Así, después de haber dicho y de haber cantado «Sí, tú eres un Dios fiel», el hombre debe vivir esta prueba de la fidelidad de Dios en el combate. Entonces, la certeza de que Dios es Dios, que nos ama y que no puede abandonarnos, encuentra una prueba que se vive en una lucha cuerpo a cuerpo. Sin tregua. Es lo que nos dice san Pablo: «Que os robustezca el Señor con su poderosa fuerza —vais a sostener un combate, pero con la fuerza de Dios—, poneos las armas que Dios da—no las vuestras, o las de Goliat—para resistir a las estratagemas del diablo; porque nuestra lucha no es contra hombres de carne y hueso, sino contra las soberanías, contra las autoridades, contra los jefes que dominan en estas tinieblas, contra las fuerzas sobrehumanas y supremas del mal.

Por eso os digo que cojáis las armas que Dios da para poder hacer frente en el momento difícil y acabar el combate sin perder terreno»⁶⁹. Volvemos a encontrar las palabras austeras del principio, pero en un himno de victoria:

«Conque en pie: abrochaos el cinturón de la verdad—Cristo: "Yo soy la Verdad"—; por coraza poneos la honradez; bien calzados, dispuestos a dar la noticia de la paz. Tened siempre embrazado el escudo de la fe, que os permitirá apagar todas las flechas incendiarias del malo. Tomad por casco la salvación y por espada la del Espíritu», la espada de dos filos, es decir, la palabra de Dios.

Y añade san Pablo: «No perdáis ocasión de orar, insistiendo en la oración y en la súplica»⁷⁰, porque oración y combate son inseparables.

Somos llamados a este combate de Jacob: «No temáis, yo he vencido al mundo», porque he luchado con Dios, como Jesús lo hizo en la noche de Getsemaní.

⁶⁹ Ef., 6, 10-17

⁷⁰ Ef., 6, 18.



EGO 03 MOISÉS: De la adoración a la intercesión

Después de Abraham, maestro de oración, y de Jacob, el que luchó con Dios, abordamos a Moisés. Abraham es el Cristóbal Colón de la fe desnuda, el hombre que parte, fiado en una palabra, hacia un país que no conoce y hacia un futuro también desconocido. Abraham sale de su tierra apoyado sobre la sola fragilidad de una palabra interior, pero con una confianza limpia y total. Avanza por donde no hay camino. En la oración hay siempre algo de Abraham: siempre es una marcha en lo desconocido, una confianza.

Moisés es el hombre al que le va a ser revelado y dado por el mismo Dios el contenido de la fe. Abraham marchó sin camino, a través de un desierto, hacia un país cuya dirección se la va indicando Dios día a día: «El país que yo te mostraré.» A Moisés, Dios le da los materiales para construir el camino, le da la *thora*, que traducimos —mal—por la ley. «Porque—dice el gran escritor judío Neher—la *thora* en hebreo no es orden, sino orientación; no es la ley, sino el camino, la senda por la que es posible una marcha en común»⁷¹. La palabra *thora* evoca, por tanto, la idea de camino, la ruta a seguir, no por un hombre! solo, sino por todo un pueblo. «Andad por mi senda», dice el Levítico⁷², y de los discípulos de Jesús se dirá que habían sido «instruidos en el camino del Señor»⁷³.

Con Moisés, como con Abraham, Dios sella una alianza. Lo esencial de la alianza con Abraham era la promesa de la creación de un pueblo, la de una nueva relación con Dios—«Yo seré tu Dios»—y la de la posesión de una tierra. Para establecer esta alianza, Dios pide a Abraham que «ande en su presencia» y que se apropie los dones divinos prometidos por el cumplimiento de un signo: la circuncisión. Pero esto no es aún más que una promesa, a la que debe adherirse por la fe. Israel no llegará a ser el pueblo de Yavé hasta la revelación de la *thora*, que es la alianza de Dios con Moisés en el Sinaí.

En esta alianza, Dios revela a Moisés un secreto desconocido, inimaginable: Dios viene hasta el hombre, hace una alianza con él, se compromete con él por un contrato para conducirlo hacia la tierra prometida antaño a Abraham, la tierra del descanso, que, en definitiva, no será nada menos que el mismo Dios, la vida con él.

Cuando Pablo habla del «misterio escondido durante siglos y revelado en Jesucristo», habla de la Nueva Alianza, realizada por Jesús con todos los hombres y no con un pueblo. Pero la alianza con Moisés es ya el primer paso hacia esta revelación.

Los cuatro libros del Pentateuco que hablan de Moisés le muestran como un hombre de oración, de una oración que se manifiesta de diversas formas, pero que es «una» y constante en su ser. Moisés es el contemplativo lanzado a la acción, y este contemplativo lanzado a la acción es apóstol y profeta. Es el profeta por excelencia del Antiguo Testamento, al que el mismo Dios le da este título⁷⁴; el profeta más grande hasta Juan Bautista, que será, según palabras del mismo Jesús, «más que un profeta».

⁷¹ NEHER, A.: *Moisés y te vocación judía*. Aguilar, Madrid.

⁷² Lv., 18, 3, 4.

⁷³ Hch., 18, 25.

⁷⁴ Cfr. Dt., 18, 15, y 34, 10.



Moisés, en su vida, nos enseña tres actitudes del hombre respecto a Dios, tres formas y tres realidades de la oración porque es el hombre de la adoración, el hombre de la intercesión y de la acción, y el hombre de la alabanza.

La adoración

Moisés está solo más allá del desierto, cerca del monte Horeb, apacentando los rebaños de su suegro. Ha huido de Egipto hace «mucho tiempo»⁷⁵. Esteban, en los *Hechos de los Apóstoles*, dirá: «... pasados cuarenta años», queriendo significar con esto que iba a empezar un nuevo período en la vida de Moisés. A pesar del tiempo, el recuerdo de sus hermanos que «gemían» allá, y por los que sufría y se había desterrado, le atormentaba en la soledad de su retiro del desierto. Humanamente, y en apariencia, aquel destierro era sin esperanza, lo mismo que eran sin esperanza las penalidades de los hijos de Israel: ¿quién era él ante el faraón y tan lejos?

Entonces, como con Abraham, y como siempre, Dios toma la iniciativa e interviene. Dios siempre llama el primero. Así obrará Jesús: «Yo os he elegido», y «llamó a los que quiso».

«Se le apareció el ángel de Yavé en llama de fuego en medio de una zarza. Veía Moisés que la zarza ardía y no se consumía»⁷⁶.

La visión inaugural de Moisés, como la de san Pablo, empieza por algo extraordinario y fuera de lo corriente. Como Isaías, cuyos labios son purificados con el carbón encendido del serafín, mientras una nube llena el templo, o Pablo, cegado por la luz en el camino de Damasco. Siempre hay algo extraordinario. La cercanía de Dios en la oración, aun en la oración diaria, debe ir precedida por algo así.

«Cuando Moisés vio que la zarza ardía y no se consumía, dijo: "Voy a dar una vuelta para ver este suceso extraño"»⁷⁷.

«Dar una vuelta». Hay que dejar el camino; si queremos entrar en oración tenemos que dejar el camino. Jesús dirá: «Entra en tu cuarto.» Y no quiso decir con esto que para orar hay que salirse de la vida. No. La vuelta de Moisés no le sitúa fuera de la vida, ni mucho menos. Las peripecias del Éxodo lo mostrarán. Pero hay que desviarse inicialmente. Y este acto de desviarse, notémoslo, la Biblia dice que Dios lo «vio»: «Vio Yavé que Moisés se acercaba.» Dios «ve» las vueltas que damos para acercarnos a él. Y en seguida «le llamó en medio de la zarza:

"¡Moisés! ¡Moisés!" "Heme aquí, respondió él".»

«Heme aquí.» Es la respuesta de Abraham a la llamada de Dios antes del sacrificio de Isaac. Será también la respuesta de María. Es la única actitud que hace entrar en oración, la del corazón dispuesto a escuchar. Moisés está pronto a escuchar la llamada de Dios. Y, sin embargo, le dijo:

«¡No te acerques! Quitate las sandalias de los pies, pues el lugar en que estás es tierra santa»⁷⁸. Es decir: deja fuera tus miserias y tus impurezas. La oración debe ir precedida de un tiempo de decantación. Cuando el agua ha estado revuelta, poco a poco, si se la deja en reposo, se va poniendo límpida. Las impurezas y el cieno se posan en el fondo. Hay que llevar

⁷⁵ Ex., 2, 23

⁷⁶ Ex., 3, 2.

⁷⁷ Ex., 3, 3.

⁷⁸ Ex., 3, 5.



a la oración, que es un don de Dios; el corazón limpio y apaciguado. Por eso se necesita tiempo para orar; el tiempo de poder apaciguarse. Sabemos muy bien que hay días y momentos en los que sólo al cabo de media hora empezamos a, serenamos. La primera media hora nos domina la agitación interior, por mucho que haga nuestra buena voluntad. Por eso también, tres veces un cuarto de hora no serán nunca tres cuartos de hora seguidos, porque apenas da tiempo para serenarse. Quizá un cartujo, cuando vuelve a su oración interrumpida, en seguida se sitúa en ella. Quizá. Pero sea cual fuere nuestra forma de vida, el corazón humano, por naturaleza, no está nunca totalmente sereno.

El cardenal Mercier decía: «Os voy a revelar un secreto de santidad y de felicidad: todos los días, durante algunos momentos, acallad la imaginación, cerrad los ojos a las cosas sensibles y los oídos al ruido para entrar en vosotros mismos—"quita las sandalias de tus pies"—, y ahí, en el santuario del alma, que es el templo del Espíritu, hablad a ese Espíritu.»

Cuando Jesús hable de la oración dirá sólo esto: «Perseverad.» Nunca dijo: «Que vuestra oración sea agradable, serena o de tal manera», sino sólo «perseverad». Si hay una continuidad, se llega a la decantación.

Por tanto, primera actitud que prepara la adoración: me desvío para escuchar, y me quito las sandalias para acercarme a él. Dios mismo nos lo ha enseñado así: no nos acerquemos a él impunemente ni de cualquier modo. la adoración de Moisés no es una adoración «salvaje».

Entonces, el Dios invisible y presente, sin embargo, bajo la forma de una llama de fuego, se revela a Moisés:

«Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob.» Y en seguida, cuando Moisés se cubre el rostro, le dice: «He visto la aflicción de mi pueblo. Ve, pues. Yo te envío.»

«He visto», dice Dios. Como Moisés en su destierro, el hombre se cree solo en su yo: piensa, recuerda, se inquieta, sufre. Solo. Es con frecuencia nuestro estado: no sabemos—o no sabemos ya—que Dios está ahí.

«Dios estaba ahí y yo no lo sabía.» El gran descubrimiento de Jacob, que se repite en Moisés ante la zarza ardiendo y que con frecuencia debemos hacerlo también nosotros. Moisés responde a la primera llamada de Dios:

«Heme aquí.» Dios le manifiesta entonces que está muy cerca de él, que conoce, tanto como Moisés, la miseria de su pueblo.

«Yo soy el Dios de tu padre.» Después de haber mostrado a Moisés que él era el Santo, el único Dios quiere hacerse muy próximo a Moisés, «acercarse» de alguna manera a él, darse a «conocer». «A este hombre de la tribu de Leví, el Dios de nuestros padres, se le revela en perfecta conformidad con una larga tradición». Dirá Neher:

«Hay en el texto, en segundo plano, como una familiaridad con Dios, porque han pasado ya generaciones—Abraham, Isaac, Jacob—que le han conocido y adorado.» Quizá le han olvidado durante estos siglos de esclavitud y, sin embargo. Dios no duda en presentarse a Moisés como el «Dios de tu padre». El recuerdo de los patriarcas permanece vivo.

«Ve, pues. Yo te envío». Moisés dice entonces: «Sea. Voy a los hijos de Israel y les diré: "El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros." Si me preguntan cuál es su nombre, ¿qué les diré?»

El Nombre divino

Como Abraham, aunque mejor. Moisés escucha el Nombre divino. Dios se había

Santo Domingo Tandil



nombrado ante Abraham como El Sadaï—Dios de la montaña—. Y El Sadaï fue para Abraham durante el largo caminar, en su presencia, su Señor y su Dios con tanta fuerza que el mismo Dios se presenta a Moisés bajo el nombre de Dios de Abraham.

Pero Moisés quiere conocer con un conocimiento personal al Dios de su padre; desea este conocimiento para él y para sus hermanos. Moisés empieza en ese momento a orar en verdad. Es cierto que Dios llama y entra en diálogo el primero, pero no existe este diálogo hasta que el hombre lo desea. Dios respeta la voluntad del hombre en lo que tiene de más íntimo. Dios no revela su Nombre espontáneamente, ni de cualquier modo; espera a que se le desee conocer y a que se le busque.

Dios dijo entonces a Moisés: «Yo soy el que soy.» Esta revelación del Nombre de Yavé es la respuesta a un deseo de Moisés; respuesta verdadera, no enigmática. Sin embargo. Dios es el Innombrable, el Indefinible; por lo mismo este Nombre divino es a la vez una revelación de Dios y una revelación del misterio de Dios. Dios se revela y se descubre en su Nombre, aunque este Nombre permanezca misterioso. Hay diversas traducciones posibles y cada una aporta una luz sobre ese Nombre insondable: «Yo soy el que soy.» «Yo soy quien soy.» «Yo seré quien seré.» «Yo soy aquí.»

Orar es abrir la inteligencia o, más exactamente, dejar que ese Nombre divino abra nuestra inteligencia y nuestro corazón al verdadero sentido de los valores: la trascendencia de Dios, ante la cual descubrimos nuestros límites, y la llamada de Dios, que quiere que nos superemos para ir hacia él. Tenemos que conocer nuestros límites, aceptarlos y, al mismo tiempo, estar impacientes por superarlos. La oración es este incesante movimiento de lo más íntimo de nuestro ser.

El diálogo: tú y yo

A partir de este momento empieza un diálogo constante entre Yavé y Moisés. Este se pone en camino a través del desierto, «con el cayado de Dios». A lo largo de esta ruta, sembrada de maravillas y de dificultades, que te conducirá al Sinaí, Moisés entra cada vez más en la intimidad con Dios, deseando que esta presencia no le abandone ya nunca. No va a cesar de orar, de implorar, de insistir incluso—como el amigo importuno del Evangelio—, y toda su oración, como la de Abraham, se apoyará desde este momento únicamente en la palabra misma de Dios: «Tú me dices...»⁷⁹.

La grandeza de Moisés no consiste en el poder que Dios le da para vencer al faraón o para guiar al pueblo a través de tantas dificultades, ni aun tan siquiera en el hecho de ser profeta. Su grandeza radica en amar a su Señor por encima de todos los dones que de él ha recibido; en ser voluntariamente y de corazón, y no por la misión recibida, el siervo de Yavé. La grandeza de Moisés nos la revela el mismo Dios:

Si hay entre vosotros un profeta,
en visión me revelo a él,
y hablo de él en sueños.
No así con mi siervo Moisés,
él es de toda confianza en mi casa.
Cara a cara hablo con él, no en enigmas,

⁷⁹ Ex, 33, 12.



y contempla la imagen de Yavé⁸⁰.

La grandeza de Moisés es la de su intimidad con el Señor. Si Moisés ha sido permanentemente en la casa de Dios su «siervo fiel», «Cristo está en calidad de Hijo», nos dice la Epístola a los Hebreos. Y nosotros, también por la oración, no sólo por la oración, pero principalmente por la oración, debemos «estar permanentemente en la casa de Dios en calidad de hijos»⁸¹.

Otro pasaje del Éxodo nos revela la intimidad de Moisés con Dios. Es el momento de la Alianza. Se describe la preparación para sellar esta Alianza: «Subió Moisés a la montaña. La nube la cubría. La gloria de Yavé estaba sobre el monte Sinaí, y la nube la cubrió durante seis días. Al séptimo llamó Yavé a Moisés de en medio de la nube. La gloria de Yavé parecía a los hijos de Israel un fuego devorador sobre la cumbre de la montaña. Moisés penetró dentro de la nube y subió a la montaña, quedando allí cuarenta días y cuarenta noches» 82.

Moisés ha esperado seis días. Dios no le llamó hasta el séptimo. Seis días a disposición de Dios. Moisés penetra cada vez más en la nube, va subiendo la montaña—no hay que detenerse subiendo la montaña de Dios—y permanecerá allí cuarenta días y cuarenta noches—no nuestros limitados cuartos de hora—. La Biblia respeta el secreto de este diálogo de cuarenta días.

Por último, citamos este pasaje, cargado de intimidad asombrosa, al que, desgraciadamente, estamos demasiado acostumbrados: «Moisés cogía la tienda de la reunión y la ponía fuera del campamento, a cierta distancia del campo», donde habitaba el pueblo que había prevaricado, y «la columna de fuego bajaba y se paraba a la entrada de la tienda, y Yavé hablaba con Moisés. Hablaba a Moisés cara a cara, como habla un hombre a su amigo»⁸³.

Hemos llegado a la cumbre de la oración de adoración porque Dios no es un Dios cuya trascendencia aniquila y que nos pide que nos anonademos ante él, sino un Dios que nos habla como un hombre habla a su amigo. Aquí se aplican ya a Moisés las palabras de Jesús: «Ya no os llamaré siervos, sino amigos.»

En su magnífica obra—*Moisés y la vocación judía*—, libro tanto más apasionante cuando que ha sido escrito después de las matanzas de Auschwitz y otras. André Neher, judío, describe admirablemente el carácter de Moisés: «Moisés—dice— es el hombre del primer mandamiento, el hombre que Dios busca, designa y domina: «"Yo soy tu Dios".»

Hay que destacar esta palabra: «tu Dios». Dios no dice a Moisés sólo: «Yo soy Dios», sino: «Yo soy tu Dios.» Es cierto, como lo notó Neher, que Moisés entendió este tuteo divino no como una llamada dirigida a su persona individual, sino como la Palabra dicha para siempre al pueblo judío. Porque Moisés, como veremos, nunca se disoció del pueblo, sino todo lo contrario. Quiso tomar sobre sí todas las murmuraciones y las desconfianzas contra Dios de la multitud. Moisés, el primero que escuchó ese «tu Dios», lo acogió y lo vivió en grado eminente, como siglos después María pudo ser, ella sola, toda la Iglesia en un momento. En Moisés, el «tú» colectivo y el «tú» personal fueron uno sólo en el primer instante de la revelación en el Sinaí. Pero de Moisés, y a partir de Moisés, ese «tu Dios», poco a poco y ¡con cuánta lentitud! —hay tantas cervices duras...—, se extendió a todos.

⁸⁰ Nm., 12, 6.

⁸¹ Cfr. Hb., 3, 2-5.

⁸² Ex., 24, 15.

⁸³ Ex., 33, 7-11.



Porque Moisés, desde su encuentro con Yavé en la zarza ardiendo, no está solo en su yo: «Nunca está solo en sí mismo», dice Neher. La oración debería ser así. Moisés, que había reconocido en Yavé al Dios de sus padres, cantó, después del paso victorioso del mar de las Cañas;

«El es mi Dios, yo lo alabo.» Dios se hace cada vez más íntimo, empleando este tuteo divino: «Yo soy tu Dios.»

Yo soy tu Dios, él es mi Dios. La oración es este tú y yo: un diálogo de amor. «Hoy tú dialogas en amor con Dios, y Dios dialoga en amor contigo hoy»⁸⁴. Es lástima que una mala literatura, falsamente piadosa, haya saboteado esta realidad primordial, pero no por eso es menos cierta. Nosotros comprendemos por qué Dios se presenta como «fuego devorador», como «un Dios celoso»; es ese exceso mismo de amor lo que le lleva a estar celoso.

Conocer a Dios = don del Nombre + diálogo

El don del Nombre divino y el diálogo con Dios, el tú y el yo con él, llevan a conocer a Dios cada vez mejor y a querer conocerle cada vez más. La oración en esta aceleración del deseo de conocer a Dios.

Una sed de Dios se apoderó de Moisés. En medio de sus trabajos—en esto también es nuestro maestro—, Moisés está perpetuamente entregado a la búsqueda del rostro de Dios, del Dios en el que ha hallado gracia y que le conoce por su nombre⁸⁵.

Cada vez más sediento del conocimiento de su Señor, su oración se vuelve osada: «Hazme ver tu gloria.» En la tierra, el hombre no puede desear nada más grande que la participación de la intimidad divina; en la fuerza y en la pureza de este deseo reside nuestra nobleza. Por este deseo, el hombre recobra su semejanza con Dios. Verle es hacerse semejante a él: «Seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es»⁸⁶. Todas las aspiraciones del hombre, no sólo las del hombre creyente, sino todas las aspiraciones del hombre de hoy hacia el conocimiento de sí mismo y de las maravillas del mundo que le rodea, son este clamor, a veces deformado e inconsciente: «Hazme ver tu gloria.»

Tu gloria, es decir, tu esplendor en todo su brillo. Hazte conocer por mí, tal como eres. Dios mío, y no como yo te empequeñezco. En otro manuscrito se dice: «Muéstrate a mí.» Este deseo permanente de Moisés le abre cada vez más al sentido de la grandeza eminente de Dios:

«Hazte conocer.» ¡Qué lejos estamos de la contemplación de nosotros mismos!

Dios escuchó esta súplica: «Yo haré pasar ante tu vista todo mi esplendor y pronunciaré ante ti mi Nombre, Yavé»⁸⁷. Este Nombre, que deseáis conocer, vais a oírlo de la boca misma de Dios; no sólo conoceréis su esplendor, sino que conoceréis su Nombre. Conoceréis la incomparable riqueza de su Nombre. Tendrá lugar entonces la gran revelación, que no sólo da su Nombre, sino que descubre todo lo que este Nombre contiene: amor, piedad, suavidad, gracia, fidelidad.

«Pero mi faz no podrás verla, porque no puede verla hombre y vivir.» La tensión de la oración consiste en oír decir a Dios al mismo tiempo: «Voy a pasar delante de ti» y «tú no puedes ver mi faz». Pero Yavé escucha la súplica de Moisés: «Hay aquí un lugar cerca de mí;

⁸⁴ Dt., 26, 17-18.

⁸⁵ Ex., 33, 12-17

⁸⁶ I Jn., 3, 2

⁸⁷ Ex., 33, 19.



tú te pondrás sobre la roca. Cuando pase mi gloria, yo te pondré en la hendidura de la roca y te cubriré con mi mano mientras paso; luego retiraré mi mano y me verás las espaldas, pero mi faz no la verás»⁸⁸.

El deseo de Moisés de ver a Dios ha sido escuchado: de espaldas, pero a Dios. Está aquí descrita toda la dialéctica y toda la mística del encuentro con Dios, y lo que crea en nosotros la sed de Dios. Está aquí Dios al que sólo se le capta imperfectamente «a tuestas», como diría san Pablo, o «como en un espejo», que dice también. El deseo del cara a cara se acelera y crece en el diálogo de la oración y en el conocimiento cada vez más íntimo del Nombre divino.

El descubrimiento que lo transforma todo

Una mirada sobre los títulos de las revistas de un quiosco nos puede mostrar miserias y dramas. Entre esos títulos también podría haber uno que dijera: «El descubrimiento que lo transforma todo.» Este descubrimiento de Moisés es que el hombre pueda amar a Dios. Que Dios ame al hombre es ya bastante, ¡pero que el hombre pueda amar a Dios!... Neher dice; Que Dios ame al hombre, que sea su Padre y su protector, lo habían presentado otros genios. de la antigüedad, si bien no llegaron a expresarlo con claridad. Pero que los hombres estén llamados a amar a Dios, transforma la estructura religiosa del mundo. Ya no es el solo temor lo que sella la alianza, sino el amor.

«Entonces Moisés invocó el nombre de Yavé, y mientras pasaba Yavé delante de él exclamó: "Yavé, Yavé, Dios misericordioso y clemente, tardo a la ira, rico en misericordia y fiel"»⁸⁹.

Todo sucede en la Biblia como si Dios no revelara su exigencia de amor—«Soy un Dios celoso»—, sino porque necesita ser amado, porque espera ser amado. De este modo, la oración no es un impuesto que se paga a Dios, ni una obligación que se ha prometido cumplir. Es la búsqueda amorosa del rostro de Dios. Amorosa no quiere decir que todo transcurre en medio del gozo. No. Sino que yo le busco, voy hacia él, me desvío de mi camino, me acerco a él, deseo conocerle. «Yavé hablaba a Moisés cara a cara, en la nube oscura, como un hombre con su amigo.» La oración es escuchar a Dios, que me habla cara a cara, como un amigo habla a su amigo. Y si Dios me habla así, yo le hablaré también así.

La intercesión

La oración de adoración y el diálogo nos conducen a la intercesión. Hay que respetar este orden. Lo mismo que el primer mandamiento es amar a Dios, y que el segundo, que es amar al hermano, lo que no es poca cosa, tiene su origen en el primero, la intercesión procede de la adoración.

Prosiguiendo con el texto de la aparición divina, leemos: «Yavé, Yavé, Dios misericordioso y clemente, tardo a la ira, rico en misericordia—esta es la razón de la intercesión—, que mantiene su gracia por mil generaciones y perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, pero no los deja impunes, y castiga la iniquidad.» Al momento. Moisés cayó de rodillas postrándose en tierra. Después pronunció estas palabras: «Señor, si he hallado gracia a tus ojos, dignate. Señor, marchar en medio de nosotros, porque este pueblo es de dura cerviz. Perdona nuestras

⁸⁸ Ex., 33, 21.

⁸⁹ Ex., 34, 6.

Santo Domingo Tandil



iniquidades y nuestros pecados y tómanos por heredad tuya»⁹⁰. La adoración—«Muéstrame tu gloria», «hazme conocerte»—se transforma en intercesión.

«Señor, perdona y tómanos por heredad tuya», es una constante en la vida de Moisés. La adoración hace de él el siervo de sus hermanos y de su Dios. Lo ha transformado en mediador y siervo. Dios le reveló su Nombre en la zarza ardiendo y le dijo: «Ve, reúne a los ancianos de Israel y díles: "Yavé se me ha aparecido".» Lo que es a la vez revelación y adoración. Además, este «ve» sostuvo toda la vida de Moisés: «Ve a hablar al Faraón.» «Ve, yo te envío al Faraón.» «Di a los israelitas que cambien de rumbo.» «Di a los israelitas que se pongan en marcha.» «Ve a buscar al pueblo y santifícalos.» «Hablarás así a los israelitas.» «Harás un altar.» «Esta es la ley que les darás.»

El invento más hábil del diablo, en los últimos veinte años, consiste en decir que la adoración no se integra en la vida. ¿Cómo es posible pensar que la adoración nos aísla de la vida? Nos lanza a ella. «Ve, hablarás, harás; estas son las leyes que les darás.» Desde luego, la adoración no se integra en la vida si adoro a mi yo insignificante, si toco sinfonías para mí y sobre mí. Pero si es adoración de Dios, ésta nos lanza brutalmente a la vida. Leamos todos los relatos en los que la aparición de Dios a un hombre determina la vocación de éste:

Isaías: Ve la santidad de Dios. Se hará el siervo y el profeta de la santidad de Dios.

María Magdalena: «¡María! ¡Raboni! ¡No me toques! Ve a tus hermanos.» La palabra de Dios nos envía a la lucha como servidores suyos.

San Pablo: «Ve, tú eres para mí vaso de elección... Sabrás cuánto has de padecer por mi Nombre.»

Dios no tiene otro modo. La adoración lleva a la intercesión. Cada etapa de la vida de Moisés va a estar marcada por una oración de intercesión.

Desde la vuelta de Moisés a Egipto y desde su intercesión ante el faraón para protestar por el aumento del trabajo impuesto al pueblo israelita y de las recriminaciones de que era objeto, se repite continuamente esta palabra, que es la palabra de la intercesión: «Señor, ¿por qué?»

Jesús dirá: «¿Por qué me has abandonado?» Es la interrogación.

El pueblo está irritado contra Moisés porque los egipcios le oprimen. Moisés no se disculpa, se dirige a Dios:

«¿Por qué promueves contra mí estos clamores?» El pueblo murmura porque las aguas eran amargas después del paso del mar Rojo. Moisés clama de nuevo ante Yavé y el agua brota de la roca. Moisés ha intercedido.

Las críticas de María y de Aarón... No ha sido fácil la vida de Moisés con sus hermanos María y Aarón, enfadados a causa de su mujer cusita: «¿Acaso sólo con Moisés habla Yavé? ¿No nos ha hablado también a nosotros?»⁹¹. Pues bien, Moisés intercede por ellos a pesar de la envidia que le demostraban. Primero se calla humildemente, y a causa de su silencio, el mismo Yavé le defiende.

Por último, la gran intercesión de Moisés—tan repetida por los predicadores cuando ya no saben qué decir— durante la decisiva batalla contra los amalecitas, es modelo de intercesión: «Josué hizo lo que le había mandado Moisés y atacó a Amalec. Aarón y Jur subieron con Moisés a la cima de la colina. Mientras Moisés tenía alzadas las manos, llevaban la ventaja los

⁹⁰ Ex., 34, 6-9.

⁹¹ Nm., 12, 2



israelitas, y cuando las bajaba prevalecía Amalec»⁹².

La eficacia de la oración y la justificación de los contemplativos, en cuanto a la acción, no pueden expresarse mejor: «Se le cansaron las manos a Moisés. Entonces ellos cogieron una piedra y se la pusieron debajo. El se sentó mientras Aarón y Jur le sostenían las manos, uno a un lado y otro al otro. Y así resistieron hasta la puesta del sol.» Si Moisés escogió la oración, en vez de la espada, no fue por pereza: «El suegro de Moisés, Jetró, viendo el trabajo que se imponía su yerno por el pueblo, le dijo:

«Acabarás agotándote, porque este trabajo es superior a tus fuerzas»⁹³. En este mismo pasaje hay una frase característica de la función de intercesión: «Sé tú el representante del pueblo ante Dios, y lleva ante él los asuntos»⁹⁴.

La oración de intercesión no es una oración platónica. Va a ser preciso, después de haber orado, lanzarse con todas las fuerzas al conflicto de los prevaricadores y no a lavarse las manos. Gandhi vivió este gesto de modo extraordinario, castigándose cuando sus discípulos se deshonraban. Habría que llegar a esto. La oración de intercesión no se contenta con lavarse las manos, como Pilatos. Veamos el episodio del becerro de oro en toda su dimensión intercesora⁹⁵.

Empieza este episodio como una escena de familia:

«Yavé dijo entonces a Moisés: "Ve, baja, que *tu* pueblo, el que tú has sacado de la tierra de Egipto, ha prevaricado"»⁹⁶. (Algo así como cuando la mujer dice a su marido: «Tu hijo».) «Muy pronto se han desviado del camino que les prescribí. Se han hecho un becerro fundido.» Y añadió: «Ya veo que este pueblo es un pueblo de dura cerviz. Deja, pues, que se desfogue contra ellos mi cólera y los consuma. De ti, en cambio, haré un gran pueblo.»

Dios propone a Moisés desolidarizarse de su pueblo de dura cerviz y hacer de él una gran nación. Pero Moisés lo rechaza y se esfuerza por aplacar a Yavé. Aún es más hermoso literalmente: «Moisés imploró a su Dios, Yavé —oración de intercesión—, diciendo, como Abraham en favor de Sodoma: "¿Por qué, oh Yavé, ha de encenderse tu cólera contra tu pueblo, el que tú sacaste de la tierra de Egipto? ¿Van a poder decir los egipcios: por malicia los ha sacado, para matarlos en las montañas y exterminarlos de la faz de la tierra? Abandona el ardor de tu cólera y renuncia a lanzar el mal contra tu pueblo. Acuérdate de Abraham, de Isaac y de Israel, siervos tuyos, a los cuales juraste por ti mismo: Multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo"»⁹⁷.

Moisés es el hijo amado, que confía en su padre e intercede por sus hermanos. Entonces Dios le dijo: «Pues bien, ve a tu pueblo.» Volvióse Moisés encendido en cólera, les reprendió y les anunció el castigo. También Jesús se sintió en el Templo presa de indignación porque habían hecho de la casa de Dios casa de comercio.

Moisés habla al pueblo: «Habéis cometido un gran pecado», porque el intercesor se pone del lado de Dios: «Yo estaba entonces entre Yavé y vosotros para traerlos sus palabras»⁹⁸. Necesita todo su valor para decir a los hombres la verdad: «Ahora voy a subir a Yavé. Acaso

⁹² Ex., 17, 10-14.

⁹³ Ex., 18, 18.

⁹⁴ Ex., 18, 19

⁹⁵ Ex., 32.

⁹⁶ Ex., 32, 7

⁹⁷ Ex., 32, 11-13

⁹⁸ Dt, 5, 5.



pueda obtener la expiación de vuestro pecado.» Volvió, pues, a Yavé y le dijo: «¡Ay!, este pueblo ha cometido un gran pecado: se han hecho un dios de oro. Con todo, ¡si te dignaras perdonarle!, y si no bórrame del libro que has escrito»⁹⁹. Una vez más, Moisés subió a la montaña para interceder por ese gran pecado del pueblo: «Estuve en la montaña, como anteriormente, cuarenta días y cuarenta noches. Y Yavé me escuchó esta vez también y renunció a destruirte»¹⁰⁰.

La oración de adoración da al hombre el sentido de los verdaderos valores, pero la intercesión brota de las profundidades de un mundo pecador.

Alabanza == adoración + intercesión

La alabanza bíblica es adoración asociada a la intercesión, porque es una alabanza que está arraigada en la vida y en los acontecimientos. Una intercesión sin adoración previa es amarga y desesperada: se va de mal en peor, hay demasiados fracasos.

Porque Moisés, día a día, experimentó su vida como una serie continuada de fracasos. A veces sucumbe: es el momento de sus iras. Por temperamento estalla, actúa, tiene sed de lo absoluto. Siendo joven sintió la sed por la justicia de los hombres: mató al capataz, separó a unos hebreos que se peleaban, protegió a los pastores de Madián contra otros que acudían a molestarles. Más tarde tendrá que habérselas no sólo con hombres, sino con la resistencia humana. Esto le llevará a la alabanza.

Primero tropieza con su propia resistencia en el episodio de la zarza ardiendo: «Ve, yo te envío...» «¿Y quién soy yo?... No, envía a otro, yo no sé hablar, no soy hombre de palabra fácil...; te ruego que encomiendes a otro esta misión.» Esta es su primera resistencia, aunque probablemente la experimentará más amargamente después. Tropieza también con la más viva y pesada resistencia de los suyos, con las murmuraciones a través del desierto y la prevaricación de la idolatría del pueblo.

Muere frustrado en su supremo bien, ese bien por el que había trabajado toda su vida: la entrada en la tierra prometida. Y, sin embargo, la alabanza brota en su corazón y en sus labios resuenan los más hermosos textos del Deuteronomio: «Entonces pedí yo misericordia diciendo:

"Señor, Yavé, tú has comenzado a mostrar a tu siervo tu grandeza y su potente brazo, pues ¿qué dios hay en los cielos y en la tierra que pueda hacer las obras que tú haces y tan poderosas hazañas? Déjame, te pido, pasar y ver esa espléndida tierra de allende el Jordán, esa hermosa montaña y el Líbano." Pero Dios dijo: "¡Basta ya! No vuelvas a hablarme de eso. Sube a la cumbre del Pisgá; alza los ojos al Occidente, al Norte, al Mediodía y al Oriente, y contempla con tus ojos, porque no pasarás ese Jordán"»¹⁰¹.

Expresa otra vez su deseo, pero de nuevo sólo ve de lejos la tierra hacia la que ha llevado a su pueblo con tantas dificultades, como sólo vio a Dios a través de la mano divina en la hendidura de la roca.

⁹⁹ Ex-, 32, 32.

¹⁰⁰ Dt., 10, 10.

¹⁰¹ Dt, 3, 24-27.



«Allí, en la cima del monte Nebo, murió Moisés, el siervo de Dios, en tierra de Moab», «en un abrazo de Dios»¹⁰². «Tenía Moisés ciento veinte años cuando murió, y no se habían apagado sus ojos, ni se había agotado su vigor.»

La conjunción inextricable de malogro y de adoración, de buen grano y de cizaña, de adoración y de intercesión por el pecado, condujo a Moisés a la alabanza, al *Te Deum* del gozo, de la aclamación, de la liberación, que llenaron su vida. Porque a la vez adora y está mezclado en la masa humana, es por lo que entra en la alabanza de Dios, una alabanza síntesis de toda su vida:

Yavé es mi fortaleza y el objeto de mi canto.

El fue mi salvador.

El es mi Dios, yo le alabaré.

Es el Dios de mi padre, yo le exaltaré.¹⁰³

Con cuánto júbilo cantará todavía, al final de su vida, este himno de acción de gracias por el paso del mar Rojo:

Escuchad, cielos, y hablaré.

Oiga la tierra las palabras de mi boca.

Caiga a gotas como la lluvia mi doctrina.

Destile como el rocío mi discurso.

Porque voy a celebrar el nombre de Yavé.

¡Dad gloria a nuestro Dios!

¡El es la Roca! Sus obras son perfectas.

Y esta alabanza, síntesis de toda su vida:

Es un Dios fidelísimo y no hay en él iniquidad. Es justo, es recto.

Indignamente se portaron con él sus hijos.

La alabanza de Dios brota de su intercesión; es toda la historia de ese pueblo, de esa generación «malvada y perversa», y, sin embargo, siempre guiada, protegida y amada por Dios:

¿Y así pagas a Yavé?

Pueblo loco y necio.

Trae a la memoria los tiempos pasados,
pregunta a tu padre y te enseñará.

Cuando distribuyó el Altísimo su herencia entre las gentes...

Pues la porción propia de Yavé es su pueblo,
su lote hereditario es Jacob.

Le halló en tierra desierta,
en región inculta, entre aullidos de soledad.

Le rodeó y le enseñó,
le guardó como a la niña de sus ojos.

Como el águila que incita a su nidada,
revolotea sobre sus polluelos;
así, él extendió sus alas, lo cogió,
y lo llevó sobre sus plumas.
Sólo Yavé le guiaba¹⁰⁴.

¹⁰² Dt., 34, 5-7, en traducción de Neher.

¹⁰³ Ex., 15, 2.



Toda la vida de Moisés se resume en esta última certeza: muere a pocos pasos de la tierra prometida, pero no duda de la promesa de Dios; está seguro de que nada puede aminorar la fidelidad irreducible de Dios ni su inconmensurable amor.

¹⁰⁴Dt., 32, 1-12.



**EGO 04 DAVID:
El miserere**

«Muéstrame tu rostro», decía Moisés a Dios, tan entrañable con él. Pero eso era imposible, aun para Moisés:

«No podrás ver mi faz, porque no puede verla hombre y vivir»¹⁰⁵. Pasa el tiempo—un cuarto de milenio—y, sin embargo, Israel no cesa de buscar la faz de Dios. Descubre que sólo los rectos de corazón contemplarán el rostro de Dios, porque Dios es santo y justo y exige nuestra semejanza con él.

Y he aquí que entre los grandes magnánimos de este pueblo de Israel aparece David. Canta a su Señor y quiere construirle una morada porque no puede soportar vivir él en una casa de cedro cuando el Arca de Dios habita bajo la tienda. Pero Dios no quiere aún un templo construido por mano de hombre. En cambio, él, Dios, edificará la casa y la realeza de David, que subsistirá para siempre. David da entonces gracias al Señor: «¡Oh mi Señor, Yavé! Tú eres Dios y tus palabras son verdaderas; has prometido a tu siervo hacerle esta gracia»¹⁰⁶.

Este mismo David, tan favorecido y tan magnánimo; el muchacho que se había enfrentado con el gigante Goliat y que había aceptado perdonar a Saúl, que le perseguía; este David va a cavar un abismo de pecado. Era preciso un hombre muy grande para que el pecado pudiera ser tan copioso: la gente mediocre peca mediocrementemente. Moisés cargaba con el pecado de su pueblo; David tiene que cargar con el suyo él sólo.

En un Salmo atribuido a David se dice que: «Un abismo llama a otro abismo a la voz de tus cataratas; todos tus rompeolas y tus olas pasan sobre mí»¹⁰⁷. El alma humana, decía san Agustín en sus *Confesiones*, es un abismo, y cuando se habla a un alma humana de cosas divinas, se hace bajar al abismo del alma el abismo de las cataratas de Dios. Pero el alma humana puede hacerse también un abismo de pecado. Dios se precipita también en este abismo, pero con una condición: que se humille y reconozca su miseria.

Los físicos de tiempos pasados decían que la naturaleza tiene horror al vacío. Dios también, cuando ve un alma vacía de sí misma se precipita en ella para colmarla. Aprendamos hoy esto, en la escuela de David y de los Salmos, lo mismo que en el siglo de san Agustín.

La hija de Stalin, Svetiana Alliluyeva, hizo esta experiencia y dio de ella un magnífico testimonio. Svetiana creció en el Kremlin y en el ateísmo más riguroso que jamás haya existido. Como mujer conoció mejor que ninguna otra los dramas de este régimen inhumano: el drama de su propia madre, empujada al suicidio; el drama de ser la hija de Stalin. A los treinta y cinco años se preguntó, a su vez, si el suicidio no es una solución. Encuentra a André Syniavsky, un convertido. Influida por él, llegó a conocer los Salmos. Desde ese momento, según sus palabras: «la vida se llenará cada día en un manantial inagotable, fuerte como un sol»:

«Buscaba yo palabras que me hicieran comprender mejor lo que sentía. Por fin, las encontré en los Salmos de David.

David canta con el corazón abierto y latiendo hasta romperse. Se asombra de la vida,

¹⁰⁵ Ex., 33, 18,20

¹⁰⁶ II S., 7, 28.

¹⁰⁷ Sal., 42, 8



y en la vida ve a Dios. Cuando, a veces, se siente flaquear, pide a Dios que le ayude; cuenta entonces esta flaqueza, busca en qué ha errado, se reprocha sus fallos; después se reconoce muy poca cosa, un átomo en el universo, pero con razón: un átomo, pero a pesar de todo, da gracias a Dios por todo el mundo que le rodea y por esta *luz de su alma*.

Nunca he encontrado palabras que obren con tanta seguridad como las de los Salmos. Su ardiente poesía, limpia, infunde valor, hace ver con claridad en uno mismo en qué se ha errado y volver a empezar. Los Salmos son una llamada de amor y de verdad»¹⁰⁸.

¿Cuál es el secreto de esta fuerza operante de los Salmos? En este lenguaje, que Dios nos enseña para que le hablemos, hay sólo dos caminos—lo mismo dirá Jesús—: «Hay dos caminos. No tres o cuatro, o todos los que se quieran.» Lo explica André Chouraqui, gran conocedor de los Salmos: «Ya estamos advertidos: el mundo está dividido en *dos*, y es necesaria la elección... El camino de las tinieblas y el camino de la luz se reparten la universalidad de lo real.» Notemos que los ordenadores más modernos se basan en un principio tan sencillo como éste: la corriente pasa o no pasa; sólo hay dos cifras, el uno y el cero, que repetidas indefinidamente son suficientes hasta para cálculos astronómicos.

En los Salmos se menciona el camino del Príncipe de las Tinieblas. Chouraqui¹⁰⁹ recuerda que se dan ciento doce nombres, apodos, títulos y cualidades al Réprobo, Opresor, Autor de la nada, al que Jesús llama el «Raka». Por otro lado se habla del camino del Justo, el Tsadik, el Inocente. El es el Artífice de lo real y recibe también un centenar de nombres: el Humilde, el Pobre, el Fiel, el Temeroso de Dios...

Se puede hacer otra división de los Salmos, también binaria: los Salmos se reparten entre la adoración y la pobreza. La adoración se expresa y culmina en una palabra: *Alleluia*. Y la pobreza, *anawah*, es el estado a que se llega «gracias a cierto número de experiencias de miseria y de fracaso humano», según 1.ª definición de A. Gelin¹¹⁰.

Toda nuestra vida de hombre, y nuestra oración de hombre, transcurre entre estos dos polos: la adoración y la pobreza.

«Bendice, alma mía, al Señor,
y todo mi ser su santo Nombre»¹¹¹.

«¡Clamad para el Señor, tierra entera,
resonad, exultad;
que brame el mar y cuanto contiene,
el universo y todos sus habitantes,
batan palmas los ríos y
canten a la vez los montes! ¡Delante del Señor!»¹¹².

Alegarse de que el Más allá de Dios esté siempre más allá de nuestras palabras y esto infinitamente: «Por mucho que digas, nunca llegarás a decirlo todo.»

La otra experiencia, inseparable de la primera, es la pobreza, una pobreza toda vehemencia. Gide llamaba a la gente de los Salmos «los tuteadores de Dios», los que no se

¹⁰⁸ ALLILUYEVA, S.: *Vivir como un ser Libre*. Aymá. Barcelona, 1970.

¹⁰⁹ CHOURAQUI, A.: *introduction aux Psaumes*. P. U. F. París.

¹¹⁰ GELIN, A.: *Espiritualidad del exilio*. Marova. Madrid, 1969.

¹¹¹ Sal., 103, 1

¹¹² Sal., 98, 4-9.



ponen guantes con Dios y le tutean directamente, como Jeremías: «Tú me sedujiste y fui vencido..., ¡maldito el día en que nací!»¹¹³. En estos Salmos de pobreza, de desamparo y de miseria, en estos grandes Salmos, va a precipitarse nuestra miseria de hombres, nuestro pecado.

«Señor, Dios de mi salvación,¹¹⁴
día y noche clamo ante ti,
llegue mi oración a tu rostro,
inclina tu oído a mi clamor,
porque mi alma está harta de males,
Me has rechazado hasta el abismo sin fondo,
entre las tinieblas abismales,
mis ojos languidecen;
has alejado de mí al amigo, y son mis íntimos las tinieblas»¹¹⁵.

Este es el pobre. Implora: «El Señor le oye y le libra de todas sus angustias», y este pobre, aunque proteste, acaba diciéndose: «Espera al Señor en silencio, ten paciencia»¹¹⁶. Si no fuera pobre, no hablaría así; pero porque es pobre, sabe que Dios irá a él: «Renuncia a la cólera, depón el enojo, deja tu camino en manos del Señor»¹¹⁷. «Ser pastor de fidelidad», este es el silencio de un alma aquietada.

Este vínculo, que llevará al *Magnificat* a medio camino, entre la admirable santidad de Dios y la humildad del hombre, lo experimentó Isaías en su vocación. Ve a los ángeles de Dios, que claman: «¡Santo, santo, santo es Yavé; su gloria llena toda la tierra!» «Los quicios de las puertas temblaban a la voz del que gritaba y el Templo se llenaba de humo—es la adoración, la visión de la santidad y de la grandeza divinas—, y dije: «¡Ay de mí, perdido estoy!, pues soy un hombre de impuros labios, que habita en medio de un pueblo de labios impuros»¹¹⁸. Así es la conciencia de su pobreza.

Conocedores ya de estas dos realidades, la adoración y la pobreza, podemos leer el Salmo más sublime de David, el *Miserere*. Si este salmo es de David o no, o si es de un discípulo de Ezequiel, no interesa aquí. Si lo escribió un discípulo de Ezequiel, ha expresado con fuerza y verdad extraordinarias lo que sintió un día David y lo que todavía siente la humanidad. David ha caído en el pecado, pero tiene verdadero amor a Dios y a la grandeza divina y una conciencia viva de su condición de hombre, por muy rey que sea. Cuando Natán le reprochó su falta, al momento confesó: «He pecado ante el Señor»¹¹⁹. Por eso, el Salmo 51 es el grito de un pecador y, a la vez, de un justo.

La doctrina de la conversión se contiene entera en este texto: «¡Misericordia! ¡Piedad, Dios mío! ¡Piedad, Señor!» Ya por sola esta palabra salimos de la zona del remordimiento y del pesar y entramos en la zona de la penitencia: «¡Piedad, Dios mío!» El remordimiento no pasa del sentimiento doloroso de vergüenza causado por la conciencia de haber obrado mal. Permanece orientado hacia el pasado, vinculado a uno mismo, a la propia acción, al orgullo

¹¹³ Jr., 20, 7 y 14

¹¹⁴ La traducción literal es "luz de mi clamor"

¹¹⁵ Sal., 88.

¹¹⁶ Sal., 37, 7

¹¹⁷ Sal., 37, 8.

¹¹⁸ Is., 6, 2-5.

¹¹⁹ II S., 12, 13



quizá, a la desesperanza. Judas, que no se abrió más, fue la desesperación, el remordimiento puro, el pesar; permaneció sin pasar de aquí, orientado hacia el pasado, sin poder ya cambiar. Por más que hagas, lo que fue no volverá.

La penitencia, por el contrario, consiste en decir, como David: «¡Piedad, Dios mío!» Con una esperanza en alguien; son las lágrimas de Pedro: «Misericordia, Dios mío, según tu piedad; según la muchedumbre de tu misericordia, borra mi iniquidad.» Surge en seguida la súplica de purificación: «Lávame más y más de mi culpa.» Aquí rebosa ya la esperanza: «Límpiame de mi pecado. Pues conozco mis crímenes, mi pecado está siempre ante mí.» Sí, David ha sido un adúltero, y su adulterio le ha arrastrado al asesinato; pero tiene un conocimiento de Dios lo bastante profundo para poder decir a su Señor: «Contra ti, contra ti solo he pecado; he hecho lo que está mal a tus ojos»¹²⁰.

El pecado no es una culpabilidad más o menos mórbida, y menos aún, una culpabilidad más o menos sexual. Es, ante todo, la ruptura de una relación personal con Dios, incluso cuando es un asesinato. No hay pecado, ni habrá penitencia, sino con relación a Dios, de quien sé que me ama, que espera algo de mí y que me invita a amarle. «Adán, ¿dónde estás?» Estas fueron las palabras de Dios después del pecado de Adán. Y nosotros decimos:

«He oído en el jardín tu paso, y temeroso me escondí»¹²¹. Es la ruptura de la relación personal con Dios: me escondo de Dios. Circunstancias humanas darán forma al pecado, y una coloración especial, pero siempre será, ante todo, el rechazo de Dios.

Isaías lo dice muy bien al principio de su libro: «Oíd, cielos; tierra, escucha; que habla Yavé. Yo he criado hijos, los he engrandecido, y ellos se han rebelado contra mí.» Esta rebelión es el pecado. El texto juega con la oposición de dos palabras, rebelión y conocimiento: «Conoce el buey a su dueño, el asno conoce el pesebre de su amo. Israel no tiene conocimiento, mi pueblo no entiende nada.» El conocimiento es la intimidad casi conyugal, por la que se conoce totalmente: «¡Ay, pueblo pecador! Me han abandonado, me han vuelto la espalda» 122. Así, la rebelión contra Dios va contra el conocimiento de Dios. Y por eso, a la inversa, cuando Oseas va a hablar de la vuelta de Israel a Dios—«Yo seré tu esposo en fidelidad»—, que se opone a la rebelión—«Y tú conocerás a Yavé»¹²³—, emplea la palabra conocimiento.

Este oscurecimiento de la luz de Dios, si permanecemos en el pecado, es grave porque el pecado se endurece, como una corteza que se adhiere a la piel como un caparazón de basura. Jeremías decía: «¿Mudará, por ventura, su tez el etíope, o la pantera su piel? Y vosotros, ¿podréis obrar el bien, tan avezados como estáis al mal?» Pero el pobre y el humilde sabe que puede cambiar siempre de rumbo, volverse, desandar lo andado y cambiar de corazón en dos actos diferentes e inseparables. En esto consiste la firme esperanza de los cristianos. Citando a Pascal, en su obra *Le mystère de Jésus*: «Si conocieras tus pecados, te descorazonarías—en efecto, me descorazonaría, Señor—. ¡No!, porque, yo te lo aseguro, te quiero curar de ellos y lo que te digo es señal de que quiero curarte.»

David, con una sola mirada, descubre a Dios y descubre su mal: «Misericordia, Elohim; según su piedad borra mis crímenes, lávame de mi culpa, porque conozco mis crímenes. Contra ti, contra ti solo he pecado; he hecho lo que está mal a tus ojos.» Ante la misericordia de

¹²⁰ Sal., 51, 3-6

¹²¹ Gn., 3, 10.

¹²² Is., 1, 2-4.

¹²³ Os., 2, 22.



Dios, David descubre su miseria de hombre, el extremo opuesto, pero con firme esperanza, según dice en otro Salmo:

«En tu luz veremos la luz.»

Resuena de nuevo la llamada a la renovación interior: «Dame a sentir el gozo y La alegría, que exulten los huesos que tú humillaste»¹²⁴. David ha salido del silencio cerrado en sí mismo, ese silencio que no quiere declarar en voz alta su pecado: «Mi silencio consumía mis huesos»¹²⁵.

San Francisco de Sales, que tenía unas ideas bastante pintorescas sobre la historia natural, pero que sacaba de ellas unas parábolas muy buenas, cuenta que cuando el lobo quiere apoderarse de una oveja, si la coge por las patas, la oveja bala y el pastor acude corriendo y ahuyenta al lobo. Pero si el muy astuto coge a la oveja por el cuello, ésta no puede balar y se la lleva tranquilamente. Pues bien, «el silencio consume mis huesos» cuando no quiero confesar mi culpa, pero se convierte en una magnífica alabanza cuando vuelvo a la fidelidad: «El silencio es alabanza para ti, Dios mío»¹²⁶.

David, poseído ya por el agradecimiento, exclama: «Aparta tu faz de mis pecados, borra todas mis culpas.» Emplea entonces una palabra extraordinaria: «Crea en mí, ¡oh Dios!, un corazón puro.»

El verbo «crear», empleado aquí, en la Biblia sólo se aplica a Dios: sólo Dios es sujeto de creación, nunca un hombre. Esto significa que esta nueva creación que pide David no puede ser obra humana, ni el fruto de sacrificios, ni el resultado de expiaciones: cambiar el corazón es una obra que corresponde al Dios del Génesis, creador del cielo y de la tierra, y sólo a él.

«No me rechaces.... no retires de mí el espíritu de tu santidad. Devuélveme el gozo de tu salvación, líbrame. Señor, abre mis labios... No te agrada el sacrificio que yo ofrezco, tú no quieres holocaustos. Un espíritu contrito, un corazón contrito y humillado, tú no lo desprecias»¹²⁷.

Detengámonos aquí. Había en Israel una gran cantidad de sacrificios expiatorios para las faltas más variadas, pero no existía ninguno para el adulterio ni para el homicidio. Para estas faltas sólo se prescribía la muerte del culpable, nada más. Pero ¿qué tribunal podía juzgar al rey, un rey teocrático, a la vez el jefe político y ungido de Yavé? No se puede pensar en que fuera lapidado o degollado. David se encuentra cogido en un dilema sin solución: está obligado a una expiación y se sabe imposibilitado de ofrecerla. Es verdad que hay muchos castigos anunciados por Natán, pero no se aplicarán a él directamente; los sufrirá indirectamente en su corazón de padre y de esposo. Aspira a la reparación personal, pero ¿qué muerte personal va a expiar su falta, cuando ningún tribunal puede condenarle? David descubre entonces un camino desconocido y extraordinario: «Un espíritu contrito, un corazón contrito y humillado, Señor, tú no lo desprecias.» La ofrenda interior va a sustituir al sacrificio de expiación. No basta, naturalmente, con una contrición pasajera—un momento de vergüenza pasa pronto—; pero el sacrificio por excelencia, aceptado por Dios, es la contrición del corazón acompañada de una humilde confesión.

Ciento cincuenta años más tarde, una situación análoga—aunque muy diferente exteriormente—presenta el mismo dilema. Sedecías, último descendiente de David, ha sido

¹²⁴ Sal., 51, 10

¹²⁵ Sal., 32, 3

¹²⁶ Sal., 65, 2

¹²⁷ Sal., 51, 11-19



hecho prisionero y enviado al cautiverio después de haberle sacado los ojos. Fueron también deportados a Babilonia los artesanos, los jóvenes, entre ellos Ananías, Azarías y Misael, y los hombres aptos para el trabajo de Israel. Estos tres jóvenes, y sólo ellos, se negaron a adorar la estatua de Nabucodonosor.

Fueron arrojados a un horno encendido aparentemente por haberse negado a obedecer a Nabucodonosor, pero realmente, y en verdad ante Yavé, a causa de los pecados de Israel. Ellos también podían decir: «Contra ti, contra ti solo hemos pecado.» Es cierto que se negaron a adorar a los ídolos; pero, solidarios de su pueblo, llevan la vergüenza de todos: «Porque conforme a la verdad y al derecho nos has tratado así a causa de nuestros pecados. Sí, hemos pecado y hemos cometido la iniquidad apartándonos de ti. Sí, hemos pecado mucho. No hemos escuchado tus preceptos ni los hemos observado, no hemos cumplido lo que nos estaba mandado para nuestro bien... No repudies tu alianza, no nos retires tu favor, por el amor de Abraham, tu amigo—el más hermoso título de Abraham—, y de Isaac, y de Israel... Nos vemos hoy humillados por toda la tierra a causa de nuestros pecados»¹²⁸.

Pero Misael, Ananías y Azarías, lo mismo que David, están ante la imposibilidad de ofrecer sacrificios expiatorios. Se encuentran deportados y donde están no hay templo ni sacerdote: «No hay en este tiempo ni jefe, ni profeta, ni príncipe, no holocausto, ni sacrificio, ni oblación, ni incienso, ni lugar donde ofrecerte las primicias y hallar misericordia ante ti.»

También ellos, frente a la muerte, se encuentran en una situación sin salida ante Dios. Quieren expiar por todo el pueblo, pero su deseo es irrealizable: no pueden ofrecer sacrificios expiatorio?. Queda entonces la solución divina, la de David. Azarías, con idéntico pensamiento que David, y empleando las mismas palabras, dice: «Pero acepta un alma contrita y un espíritu humillado.» Azarías explica: «Como los holocaustos de los carneros y de los toros, como los millares de corderos cebados, sea hoy nuestro sacrificio ante ti, y sea de tu agrado el que te sigamos fielmente, porque no serán confundidos los que en ti esperan»¹²⁹.

«Un corazón contrito y humillado, Señor, no lo rechazarás.» Para Azarías, como para David, el deseo de expiar según las reglas es irrealizable. Ofrece entonces su alma contrita y su espíritu humillado, repite la oración del Salmo y su humildad compensa los millares de corderos cebados. Sabe que su confianza no será defraudada, porque va a dar lo que David no podía ofrecer, el don de la vida de los tres. «Sea cual fuere hoy nuestro sacrificio ante ti». Sí, a la vez, el corazón contrito y su presencia en el horno.

También nosotros podemos obrar así. En el sacrificio de la Eucaristía, Cristo no se ofrece solo—¡cuánto nos cuesta entenderlo!—: todo el Cuerpo de Cristo, todo su Cuerpo Místico, se ofrece para ser con Cristo «hostia viva para alabanza de la gloria de Dios».

¿Cómo está esto expresado en cada Eucaristía? ¿Cómo es el don de nosotros mismos, la participación de cada uno en el sacrificio?; la palabra participación dice muy poco, pero ¿qué otra emplearíamos? Repitamos, palabra por palabra, la oración de Azarías: «*In spiritu humilitatis et in animo contrito, suscípíamur Domine a te*»... El texto latino es el de Azarías, y el mismo de David. En cada Eucaristía 1 nos volvemos a encontrar con Azarías en el horno, y con David y su pecado, repitiendo las mismas palabras...! pero las traducciones han desvirtuado el texto y apenas se le reconoce.

¹²⁸ Dn., 3, 28-37,

¹²⁹ Dn., 3



Indudablemente es más fácil decir: «Humildemente te suplicamos, Señor»; pero en verdad tendríamos que volver a las palabras de Azarías: «Que un alma contrita y un espíritu humillado sean acogidos por ti, que sea este hoy nuestro sacrificio y haz que te agradecemos totalmente.»

Así entramos en la serie de estos grandes hombres y penetramos en el acto de Cristo: hoy supliquémosle también nosotros que nos dé un corazón contrito, humillado, triturado, roto—coger la palabra que queráis—, el sacrificio interno del corazón.

Esta es la herencia que nos ha dejado David: por encima de nuestras faltas, el verdadero sacrificio es el del hombre cuando todo él se ofrece a Dios, pero presentando sólo su miseria y la esperanza de una renovación total:

«Crea en mí un corazón puro... Un espíritu contrito, un corazón contrito, tú no lo desprecias.» Son palabras que expresan una gran certeza: nada, ninguna falta, por muy grave que sea, podrá separar de Dios un corazón arrepentido.

El cordero pascual debía ser un cordero sin mancha, sin defecto; pero Dios, si le ofrecemos un corazón arrepentido y contrito, acepta la miseria del hombre. Quizá no lleguemos a tener un corazón contrito hasta que hayamos descubierto nuestra propia miseria. Los santos la descubrían sin pecar mucho; pero nosotros necesitaremos quizá caer muy bajo. Quizá sea lo que nos falte, caer tan bajo que clamemos: «Crea en mí un corazón puro.» Sin embargo, no hagamos demasiado esta experiencia.

Con esta oración que repetimos en espíritu de humildad cada Eucaristía, después de haber ofrecido el pan y el vino, tratamos de expresar nuestra participación y nuestra entrada en el sacrificio. De hecho, entramos en la actualidad más trágica. Cuando consideramos el aborto, la demografía galopante, los campos de concentración, las espantosas angustias del hambre o de la sed, aunque lo veamos de lejos, se despierta nuestra conciencia adormecida. ¿Qué hacer? ¿Condenar? Se dice pronto: condenar. ¿Condenar a la mujer que se hace abortar?, ¿disculparla? —también es fácil—. Pero ninguna solución es fácil. No hay opción sin tacha. Por uno y otro camino, los dos desviados, nos mancharíamos las manos, a no ser, como decía Péguy, que no tengamos manos. Y el mal menor no es nunca un bien.

La lucha de clases, las subversiones, las insurrecciones, los secuestros, la pena de muerte, todo el cortejo de violencia, nos aprisiona por todas partes, participemos o no en ello. También nosotros conocemos el dilema sin salida de David y de Abarías.

Con la muerte en el alma podemos a la vez afirmar la ley de perfección dada por Cristo—¿estamos seguros de nuestras motivaciones profundas cuando nos indignamos?—, y también con la muerte en el alma nos callamos ante situaciones angustiosas sabiendo que nos exponemos a contribuir a que estos hechos, realmente trágicos, pasen a una degradación general. Por eso, ya disculpemos, ya condenemos, pecamos. Un médico, amigo mío, me escribía: «Nuestra condición humana es la de asumir serenamente este enfrentamiento y este reajuste permanente. Es nuestro destino conflictivo, que nunca se cierra si lo aceptamos con lucidez, sin complacencia ni hastío, cargado de nuestras miserias.»

En este momento, una oración, «Dios te salve, María», alcanza toda su dimensión. Después del saludo del ángel y de las palabras de Isabel—«bendita tú eres entre todas las mujeres»—llega, como el rugir de los grandes oleajes, la oración de la humanidad entera: «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pobres pecadores.»

Pidamos a la Madre de Cristo esta toma de conciencia de nuestro pecado. No el remordimiento, sino la penitencia y el sacrificio interno. «Querer lo excelente lo tengo a mano, pero el realizarlo, no; no hago el bien que quiero, el mal que no quiero, eso es lo que ejecuto...

Santo Domingo Tandil



¿Quién me libraré de este ser mío, instrumento de muerte? Pero ¡cuántas gracias le doy a Dios por Jesucristo Señor nuestro!»¹³⁰.

¹³⁰ Rm., 7, 18-19 y 24-25



EGO 05 LOS ANAWIN: La oración de los pequeños y de los pobres

Después del hombre de la fe, Abraham, que sale de su tierra apoyado sólo en la palabra de Dios; después del hombre de la intercesión, Moisés, que reúne a su pueblo, y después de la oración del penitente, David, vamos a echar una mirada ahora a la inmensa muchedumbre de los pequeños y de los pobres, los anónimos, los sin oficio, los que tienen bastante con hacer lo necesario para vivir sin emprender grandes trabajos, los que dicen en el Salmo: «Señor, no se ensoberbece mi corazón, no corro detrás de grandezas demasiado altas para mí»¹³¹. Son los humildes de la tierra, aquellos cuya oración no está escrita en nuestros libros «espirituales», y, sin embargo, aquellos por los que alienta todavía la fe a través de los siglos.

A juzgar por lo que dicen los historiadores—y no quiero disgustar con esto a ningún amigo de la Reforma—parece que cien o doscientos años después de la muerte de Lutero muchos pastores no estaban ya muy seguros de la realidad de Jesucristo: ¿era verdaderamente Dios? A fuerza de estudios, empezaban a dudar. Pero había entonces gentes muy buenas que amaban al Señor sencillamente; que cantaban himnos, o las corales de Bach, en los cultos del domingo, y leían devotamente su Biblia: a través de ellos se conservó la fe en Jesucristo. Son los perdidos, los ignorados, los que se desconciertan con las sutiles y sabias disputas que le sobrepasan. No quiere decir esto que los sabios quedan excluidos de la categoría de los pequeños y de los pobres. A nadie se le rechaza, tampoco a los sabios, pero a condición de que sean, aunque sabios, enseñables y dóciles.

Tratemos de descubrir la callada oración de los pequeños y de los pobres, la de la inmensa muchedumbre en oración, aun cuando no sepa que ora.

Ser pobre es depender de otro. Ser pobre y enfermo es depender del médico, de la enfermera del hospital, de la Seguridad Social y de qué sé yo. Si tiene frío, alguien tiene que darle con qué abrigarse, él es indigente. Ser pobre es depender de otro y, por tanto, recibir de otro, en mayor o menor grado, pero siempre.

Si ser pobre es recibir de otro, es evidente que uno mismo no puede hacerse pobre, sería una contradicción. No se puede «hacer uno mismo» y al mismo tiempo «recibir de otro»; o yo me hago o recibo. Si ser pobre es recibir y depender de otro, no puedo hacerme pobre por mí mismo. La pobreza siempre «se recibe», la pobreza espiritual, se entiende. Es cierto que siempre podré despojarme, dar mi ropa y mis bienes a otros. Pero hay que profundizar más. Se recibe la pobreza a fuerza de mirar y a fuerza de escuchar. No es que no se haga nada; en realidad, se mira y se escucha.

Mirar y escuchar son dos actitudes que nos hacen salir de nosotros mismos: cuando miro, salgo de mí; cuando escucho, salgo de mí. Las cosas vienen a mi vista y a mi oído, que las reciben, y yo no me cierro en mí. Escuchar y mirar ¿qué? y ¿a quién? A Jesús, que se dice «modesto y humilde de corazón»¹³². Notemos el lugar de esta afirmación de Jesús: viene inmediatamente después de la acción de gracias, tan palpante, de Jesús a su Padre, porque

¹³¹ Sal, 131, 1

¹³² Mt 11,29



«se revela a la gente sencilla» y se «oculta a los sabios y entendidos»¹³³. La mansedumbre es consecuencia y señal de la modestia interior: Jesús es manso y humilde de corazón porque es modesto. El, el Verbo, es todo lo contrario al «quítate para que yo me ponga».

Para ser pobre hay que mirar, por decirlo de alguna manera, los modos divinos, la mentalidad y las actitudes divinas. Es justamente lo que el pobre y humilde busca, encuentra y recibe en la Biblia. Cuando Jesús dice; «Aprended de mí», significa a la vez escuchar y hacer como él. Jesús, modesto y humilde de corazón, nos hace modestos y humildes de corazón. Dios perdona todo, lo hemos visto: David es adúltero y asesino, el publicano de la parábola es traidor y explotador. Dios no es «tacaño», coge todo el paquete, aunque no todo esté en muy buenas condiciones. Pero hay una cosa que Dios no puede tolerar y que le bloquea—y como no tiene sicoanalistas a quienes consultar queda bloqueado—. Dios queda bloqueado por una sola cosa: que nos creamos más de lo que somos. Lo mejor de los meridionales es que tomando con frecuencia las cosas por lo trágico—y esto es un género literario—, no se toman en serio a sí mismos. Dios los ama por eso. Pero cuando nos creemos algo, Dios se desconcierta ante cosa tan estúpida. Entonces, lo dice la Biblia, o «se enoja» o envía a su Hijo, como en la parábola de los viñadores homicidas.¹³⁴

El Salmo 95, que cantan cada mañana la Iglesia y la Sinagoga, solemne invitación a la oración humilde, nos lo recuerda cada día: «Postrémonos, inclinémonos de rodillas ante el Señor, nuestro creador; él es nuestro Dios. No endurezcáis hoy vuestro corazón.» Si no encuentra esto, el Señor se hastía o se enoja: «He dicho: es un pueblo de corazón extraviado, por eso he jurado en mi cólera que no entrará en mi descanso.» En un pasaje del Deuteronomio, el Señor nos enseña también a no «ensoberbecernos en nuestro corazón»¹³⁵.

¿Cómo lo consigue Dios? ¿Cuál es su pedagogía para hacernos pobres de corazón? Dios actúa a la vez en dos planos. Primero obra por medio de un escaso número, y de ese escaso número no deja sino un «resto». Después obra sobre pequeñas posibilidades, por la indigencia de cada uno. La doctrina del «pequeño resto» es una ley, una constante divina, un mensaje básico, que nos enseña a través de toda la Escritura. Esta ley tiene dos lados: uno es catastrófico: sólo subsistirá un pequeño resto de Israel, un brote minúsculo, un retoño. Pero el otro lado está lleno de promesas: un resto volverá. Dios insiste siempre en esto: el sentido catastrófico—aparentemente catastrófico— el hecho de que no subsistirán muchos es primordial, pero no único. En este sentido, Isaías tiene una frase extraordinaria: «Aunque fuera tu pueblo, Israel, como las arenas del mar, sólo un resto volverá. Decretada está la destrucción que acarreará la justicia»¹³⁶; pero también, al mismo tiempo, Dios da un nombre simbólico al hijo de Isaías, un nombre de esperanza: «un resto volverá»¹³⁷.

Sólo quedaron «dos huesos pequeños y la punta de la oreja», que el pastor salvó de las fauces del león; muy poca cosa, lo demás lo devoró; pero queda la punta de la oreja. Con esto Dios hará grandes cosas¹³⁸. Como con las dos aceitunas en lo alto del árbol: de todo el olivar sólo quedan dos tristes aceitunas pequeñas. Sin embargo, todo renacerá de ellas¹³⁹. Queda el

¹³³ Mt 11,25

¹³⁴ Cfr. Mt., 21, 33.

¹³⁵ Dt, 8, 11-17.

¹³⁶ Is., 10, 22

¹³⁷ Is., 7, 3

¹³⁸ Am., 3, 12, y 5, 3

¹³⁹ Is., 17, 6



tronco del árbol, del que se han cortado las nueve décimas partes ¹⁴⁰. Pero—este es el aspecto de esperanza—siempre queda algo. Ese resto pequeño producirá nuevas raíces, nuevos frutos; llegará a ser fuerte como un león: será el cordero inmolado de que habla el Apocalipsis.

Esta es la primera lección que Dios nos hace adivinar y comprender. Siempre el hermano menor es preferido al mayor: Abel a Caín, Isaac a Ismael, Jacob a Esaú, Raquel a Lía, José y David a todos sus hermanos. El que no tenía derecho, el que era el último, al que su padre había dejado sin pastos, es elegido por Dios para salvar a todo el pueblo. San Pablo, el hombre modelado por la Biblia, descubre la gran ley: «Lo necio del mundo se lo escogió Dios para humillar a los sabios; y lo débil del mundo se lo escogió Dios para humillar a lo fuerte; y lo plebeyo del mundo, lo despreciado, se lo escogió Dios. Lo que no existe para anular a lo que existe, de modo que ningún mortal pueda engallarse ante Dios»¹⁴¹.

Israel sabe muy bien que ha sido escogido. Por eso Moisés le advierte: «Si Yavé se ha ligado con vosotros y os ha elegido, no es por ser vosotros los más en número entre todos los pueblos, sino porque Yavé os amó»¹⁴². Es la constante divina, es la «operación Gedeón». Gedeón tiene demasiados soldados para dirigir el combate en nombre de Yavé. Dios tiene que inventar una serie de sistemas para eliminar a gran número de ellos. Al final quedará apenas un puñado, y con ellos se irá al combate, porque en ese momento ya Israel no puede hacerse ilusiones: Dios es el que salva y nadie más. Yavé dijo a Gedeón:

«Demasiada gente tienes contigo para que yo entregue en sus manos a Madián, y se gloríe luego Israel frente a mí diciendo: ha sido mi mano la que me ha librado»¹⁴³. Hemos entrado en la primera ley, la del escaso número, la del resto, para que se manifieste sólo la fuerza de Dios.

Veamos la segunda ley, la de los restos pequeños y muy pobres. En el Salmo 119, Dios nos dice por qué nos empobrece, en tres versículos muy luminosos: «Antes de ser humillado estuve descarriado, pero ahora guardo tu ley»; «bien me ha estado ser humillado para aprender tus mandamientos»; «conozco Yavé que con razón me afligiste»¹⁴⁴. Así hay que orar. Cuando nos hacemos pobres por obra de Dios, es el momento en que todo va a poder hacerse. «Por fidelidad, tú, el Dios fiel, me has empobrecido.» Estos tres versículos son la cumbre de la pobreza espiritual, y ésta constituye la espina dorsal del Antiguo y del Nuevo Testamento.

Antes, en latín, para designar estas realidades—«pobre», «humilde», «manso»—se empleaba las palabras *mansuetas*, *mansuetudo*: mansedumbre. Ya no se utiliza, pero es una palabra muy bonita, que viene del verbo *mansuesco*, que literalmente quiere decir: «acostumbrarse a la mano» de alguien, como el caballo a la mano del jinete, de ahí la palabra «amansar». El pobre es el que está en la mano de Dios, al que Dios ha logrado amansar, que ya no tiene miedo ni trata de escaparse y se queda en la mano de Dios.

La Biblia, por boca de un profeta, nos da la relación entre el pueblo de Dios y los pequeños, los pobres. Pero no por Isaías, ni por Jeremías, ni Ezequiel, por ninguno de los profetas «mayores», aunque evidentemente hablan de esta relación. Uno de los profetas «menores» es precisamente el que nos transmite este mensaje. Un profeta menor que Oseas y que no leemos con frecuencia. Menor que Amos, que Oseas y que Joel. Debe ser muy pequeño

¹⁴⁰ Is., 6, 13

¹⁴¹ Co., 1, 27-20.

¹⁴² Dt, 7, 6-8.

¹⁴³ I Je., 7, 2.

¹⁴⁴ Sal., 119, 67-71-75.

Santo Domingo Tandil



para que no lo conozcamos... Es Sofonías. Se dice que son menores porque no escribieron mucho y llenan menos las imprentas, pero no porque fueran menos grandes que los otros; Sofonías, hacia el año 640, identificó por primera vez el pueblo del futuro, el pueblo mesiánico, el pueblo de Dios—el pueblo que queremos ser—, con un pueblo de pobres: «Aquel día no tendrás ya que avergonzarte de todas las rebeldías con que te rebelaste contra mí, porque entonces quitaré yo de en medio de ti a tus fanfarrones jactanciosos y no volverás a engréerte en mi santo monte. Yo dejaré en medio de ti un pueblo humilde y pobre, y en el Nombre de Yavé se cobijará el resto de Israel»¹⁴⁵.

Es la primera vez que la idea del resto de Israel aparece ligada a la de un pueblo pequeño, pobre y humilde. Porque Israel está dominado por Asiría, porque está humillado, por eso va a surgir la posibilidad de un pueblo nuevo. Lo que Dios espera para actuar, para ejercer su fuerza y salvar a su pueblo—«podrán apacentar y descansar sin que nadie les turbe»¹⁴⁶—es un pueblo humilde, de modestos recursos; no precisamente pobres sin dinero, sino un pueblo humilde y de posibilidades limitadas.

Fueron varias las etapas por las que pasó el pueblo de Israel hasta llegar a ser el «pequeño resto», según el pensamiento de Yavé.

Primera etapa: Sólo la humildad hace a los profetas, a los que pueden hablar en nombre de Dios; sólo la humildad hace a los pobres, a los *anawín* (palabra intraducible y que emplearemos en adelante). Moisés es «el muy modesto», su modestia es absoluta. Los otros profetas no serán tan modestos como Moisés, «el hombre más humilde que la tierra haya dado» y «no ha vuelto a surgir en Israel profeta semejante a Moisés»¹⁴⁷. Por eso la personalidad de estos profetas no se realizará totalmente. La modestia es un impulso hacia la propia aceptación, por el que el hombre, al alcanzar su plenitud y realizar totalmente su personalidad, llega al supremo grado de profecía. Al mismo tiempo, esta humildad y modestia transforman al pobre en hombre de Dios. Sin estas virtudes, el pobre no pasa más allá. La Biblia emplea muchas palabras para nombrar al «pobre»: indigente, desmedrado, mendigo hambriento y hombre humillado, son palabras hebreas que significan todas «el pobre», el hombre que sufre, el abatido, el afligido. Pero si no hay humildad, que es lo que le constituye en *anawín*, de nada le aprovecha, como dice San Pablo refiriéndose a la caridad.

Y el gran Isaías declara expresamente: «Así dice el Altísimo: yo habito en la altura y en la santidad, pero también con el corazón contrito y humilde. La tierra es el escabel de mis pies, pero mis miradas se posan sobre los humildes»¹⁴⁸.

San Agustín comentará con este texto la primera bienaventuranza del Sermón de la Montaña: «¿Quiénes son los pobres de espíritu: los humildes, que confiesan sus pecados, que no se jactan de su mérito ni de su justicia? ¿Quiénes son los pobres de espíritu: los que alaban al Señor cuando obran bien, y se acusan cuando obran mal?» Cita entonces a Isaías¹⁴⁹: «¿Sobre quién reposará mi Espíritu? —dice el poeta—, sino sobre el humilde, el hombre de la paz, el que tiembla a mi palabra.»

¹⁴⁵ So., 3, 11-13

¹⁴⁶ So., 3, 13

¹⁴⁷ Dt., 34, 10.

¹⁴⁸ Is., 57, 15

¹⁴⁹ Is., 66, 2.



En resumen, los *anwín*, tan mencionados en la Biblia, son aquellos cuya única abundancia es la indigencia y su sola riqueza es carecer de ella. Son hombres probados por el sufrimiento, hombres que han logrado la madurez y que conocen, por este hecho, la verdadera humildad y el abandono en Dios. En la prueba saben con seguridad que Dios está cerca de ellos. Esta es la primera etapa: la humildad, que transforma al pobre en hombre de Dios, en un «hombre piadoso», como dice la Escritura.

Segunda etapa: La humildad hace de los pobres, de los *anawin*, el núcleo místico de la nación. Forman el pequeño resto que salva, son la levadura en la masa, y, a pesar suyo, se enfrentan con multitud de gentes. Ellos, que tienen ya bastante con sus propios problemas, porque han entrado en el camino de Dios, están en pugna con los que no escuchan, con los poco fervorosos, que dicen: «No hay' que exagerar»; con los que se les van los ojos tras el poder, el dinero, la cultura, es decir, con el «político, ante todo».

Se percibe muy bien el drama de este enfrentamiento en el Salmo: «Dios se acuerda del pobre y no olvida el clamor de los humildes, de los *anawin*.» Frente a ellos, los otros, los arrogantes: «¿Por qué, ¡oh Yavé!, te mantienes tan alejado y te escondes en el tiempo de la calamidad? Por la soberbia del impío se consume el desdichado, cogido en los lazos que le tiende.» Sí, el arrogante, el réprobo, dice: «No hay Dios.» Estos son sus pensamientos. Siempre se afianzan sus caminos. Son para él tus juicios muy lejanos, como venidos de la altura; a cuantos se le oponen pretende apartarlos con un soplo. Y se dice en su corazón: «No vacilaré nunca»; él, sin desgracias, maldice¹⁵⁰

El pobre permanece atrapado en las redes del réprobo y de su arrogancia, y el réprobo, no pudiendo matar a Dios, mata al pobre.

La condición de los *anawin* de la primera etapa—la humildad que constituye al pobre—, y la situación de los de la segunda etapa— el ambiente más o menos irónico y hostil que rodea a los *anawin*—, les induce a unirse. Quizá sea para consolarse. Poco importa. Porque los *anawin* se aman unos a otros. Tienen una sensibilidad comunitaria: les gusta reunirse, agruparse: «Quiero alabar a Yavé con todo mi corazón en la congregación, en la gran asamblea de los justos»¹⁵¹. Por eso también la exclamación: «¡Qué bueno y hermoso es estar los hermanos unidos!» A los pobres les gusta reunirse en grupos, organizados o no. Lo vemos en los países que aún son pobres, donde la vida fraterna, la vida social, las largas conversaciones, tienen mucha más consistencia que en nuestros países ricos. Por ejemplo, en el Brasil, en África, en todo el Tercer Mundo. «Qué bueno y qué agradable es para los hermanos estar unidos, es como el perfume del óleo derramado, el óleo de alegría...». San Agustín decía que las palabras de este Salmo dieron origen a los monasterios.

Jesús estaba rodeado de *anawin*, de un pueblo pequeño de pobres, que le proporcionaban una buena ocasión de dar gracias al Padre: «Te doy gracias, Padre, porque has revelado esto a los pobres y pequeños.» Ellos nos van a enseñar a orar. No hay que buscar ningún método, basta ..con abrir la Biblia y mirar a Zacarías y a Isabel, a Simeón y a Ana, a Juan Bautista, a los pastores, a la Samaritana, gente toda que esperaba la consolación de Israel. Su pobreza los hace aptos para recibir el don de Dios, que esperan sin saber del todo lo que es: «Si conocieras el don de Dios.» Todos son, unos más y otros menos, humildes y poco favorecidos. Isabel y Zacarías son justos a los ojos de Dios, irreprochables incluso; pero es una

¹⁵⁰ Sal., 9 y 10

¹⁵¹ Sal., 111.

Santo Domingo Tandil



humillación grande para una mujer, y una gran pobreza para un hombre, no tener hijos, carecer de descendencia: Isabel es estéril y Zacarías de edad avanzada. Simeón y Ana, dos buenos viejecitos, y ella viuda y sola. Los pastores, gente humilde, que creen en las palabras de los ángeles. La Samaritana, tan pecadora, y, sin embargo, esperaba oscuramente al Mesías, que tenía que venir y que enseñaría todo.

Todos éstos nos enseñan a orar: están tallados a la medida del Antiguo Testamento, pero le hacen florecer con algo nuevo. Con ellos, orar no es inventar cosas nuevas, sino hacer jóvenes las cosas antiguas. Leamos con atención el Benedictus¹⁵²; por él desfila todo el Antiguo Testamento: los Salmos y los profetas—si se miran las referencias del margen se encuentran cinco o seis profetas diferentes, el Génesis, el Levítico, los Números, etc.—. Todo reaparece en esta oración, alienta en ella la tradición con sus palabras propias: Dios visita a su pueblo, el poder de Dios, el poder de salvación, la casa de David, la Alianza, el juramento, el viejo Abraham, todo está ahí, y, además, las entrañas de misericordia, el tiempo mesiánico, el sol naciente, las tinieblas, la sombra de la muerte, todo va saliendo de los labios de Zacarías como canto de vida y de juventud, porque es algo que se realiza en ese momento, que se está realizando, que surge como nuevo. Cuando decimos el Benedictus, también nosotros podemos darle de nuevo toda su vida, pero hay que detenerse para admirarlo. Después se tiene hambre de volver a encontrarse con este viejo amigo. ¡El viejo Benedictus! Qué bueno es decir: «Bendito sea el Señor, Dios de Israel, que ha venido a liberar a su pueblo.» Sí, pero hay que entrar ahí. No es necesaria otra oración, porque todo esto se realiza en el hoy de Dios.

En la Samaritana¹⁵³ está representado un inmenso cortejo, el cortejo de los mal vistos, de los marginados: su oración brota de la pobreza. Se nos dice con frecuencia que hay que «estar en la vida» y toda esta gente está en la vida, y su oración brota de la vida: «Señor, dame de esa agua para que no sienta más sed ni tenga que venir aquí a sacarla.» Es verdad que nosotros no sabemos ya, en Europa, lo que es ir a buscar agua a la fuente con el cántaro en la cabeza, pero muchas mujeres por el mundo lo saben todavía.

Y el leproso impuro... Sería demasiado largo, no se puede decir todo. Hay que volver a abrir el Evangelio repitiendo sencillamente los gritos de la gente, las oraciones de todos esos pobres anónimos, de los que ignoramos todo, salvo su grito. El leproso impuro, que cae de rodillas con la cara pegada a la tierra y gritando¹⁵⁴: «Señor, si quieres, puedes limpiarme.» El funcionario real, otro hombre impuro, vive la pobreza más grande de un hombre maduro, la muerte de su hijo¹⁵⁵: «Señor, baja antes que mi hijo muera.»

Y el gran hallazgo, que se repetirá hasta el fin de los siglos en la liturgia: «Señor, yo no soy digno de que entres en mi casa, pero di una sola palabra...» He aquí la oración de los humildes, que nace de su propia vida¹⁵⁶.

Hay también oraciones de vocación: «Maestro, ¿dónde moras?»¹⁵⁷. Así podemos empezar a orar: «Maestro, ¿dónde moras?» En mi corazón, en mis hermanos, aquí. Y todas las vocaciones que nacen, todas las oraciones que surgen en medio del bullicio de la despedida, cuando Jesús anuncia que se marcha a tierras paganas: «Maestro, te seguiré adondequiera

¹⁵² Lc., 1, 67-79

¹⁵³ Jn., 4, 1-42

¹⁵⁴ Lc., 5, 12.

¹⁵⁵ Jn., 4, 46-53.

¹⁵⁶ Lc., 7, 6 y Mt., 8, 8

¹⁵⁷ Jn., 1, 38.

Santo Domingo Tandil



que vayas. Las raposas tienen cuevas, y las aves del cielo nidos»...¹⁵⁸.

«Señor, permíteme ir primero a sepultar a mi padre. Sígueme y deja a los muertos sepultar a los muertos»¹⁵⁹. Para cada una de estas oraciones tenemos la respuesta de Jesús. Es también la respuesta a nuestra oración. La sabemos.

Los gritos, las lágrimas durante la tempestad: «Auxilio, Señor, que nos hundimos»¹⁶⁰. «Maestro, ¿no te importa que nos hundamos?»¹⁶¹. Notemos la diferencia entre Mateo y Marcos, debida, sin duda, al mejor o peor talante. Cuando todo va bien, cuando estamos de buen humor, decimos:

«Auxilio, Señor, que nos hundimos.» Pero si estamos descontentos y nerviosos decimos: «¿En qué piensas? ¿No te das cuenta? ¿No te importa que nos hundamos?» Jesús nos dice la actitud acertada: «¿Por qué teméis, hombres de poca fe?»¹⁶². Bastan estas palabras para situarnos en la oración; después podemos decir: «¿Quién es éste, a quien hasta los vientos y el mar obedecen?»¹⁶³.

El salvamento de Pedro es también una buena oración. Es la oración del misionero, el símbolo de la misión: «Señor, si eres tú, mándame ir a ti andando sobre las aguas»¹⁶⁴. Oración para el momento en que nos comprometemos en algo y damos los primeros pasos. Pero después sopla el viento, viene la inquietud, no se está seguro, la Congregación está arruinada..., ¡qué sé yo! Entonces: «Señor, sálvame.» Esta es la oración y el grito del pobre que ha perdido la seguridad. Y la respuesta: «Hombre de poca fe, ¿por qué has temido?» «Verdaderamente, tú eres el Hijo de Dios.» Es la oración de los pobres y humildes.

Otro día, Pedro también, recordando la primera llamada del Señor, acude a él con otra oración misionera:

«Maestro, toda la noche hemos estado trabajando y no hemos pescado nada. Mas, porque tú lo dices, echaré las redes.» Y en seguida, ante la pesca extraordinaria, exclama:

«Señor, apártate de mí, que soy hombre pecador.» «No temas: desde ahora lo que pescarás serán hombres»¹⁶⁵. Oración también los gritos del dolor y de la miseria;

«Señor, hijo de David, ten piedad de mí», de la cananea porfiada y humilde, comparándose con los cachorrillos¹⁶⁶. «Señor, ten piedad de mi hijo», clama el padre del hijo paralítico¹⁶⁷. La llamada de socorro del paralítico abandonado y solo: «No tengo a nadie que al moverse el agua me meta en la piscina»¹⁶⁸. La de los ciegos del camino: «Señor, hijo de David, ten piedad de nosotros.» «¿Qué queréis que os haga?» «Que se abran nuestros ojos... Señor, que vea.» «Ve, tu fe te ha hecho salvo»¹⁶⁹. La súplica de los apóstoles:

¹⁵⁸ Lc., 9, 57-58; Mt., 8, 19

¹⁵⁹ Mt., 8, 21-22

¹⁶⁰ Mt., 8, 25.

¹⁶¹ Mc., 4, 38-40.

¹⁶² Mt., 8, 26.

¹⁶³ Mt., 8, 27; Me., 4, 41; Lc., 8, 25.

¹⁶⁴ Mt., 14, 28-33.

¹⁶⁵ Lc., 5, 4-11

¹⁶⁶ Mt, Lc., 9; Me., 9; Mt., 17.

¹⁶⁷ Jn.15, 22

¹⁶⁸ Jn., 5, 7.

¹⁶⁹ Lc., 18; Me., 10; Mt., 20

Santo Domingo Tandil



«Acrescencia nuestra fe»¹⁷⁰. El grito de los diez leprosos pidiendo juntos: «Jesús, Maestro, ten piedad de nosotros», pero sólo uno, únicamente uno, uno de diez, volvió sobre sus pasos para glorificar a Dios a voces¹⁷¹. El ciego de nacimiento, que no pidió nada explícitamente y, sin embargo, Jesús escuchó su llamada, vio su pobreza: «¿Crees en el Hijo del Hombre?» «¿Quién es para que crea en él?»

«Lo estás viendo, es el que habla contigo.» «Creo, Señor», y se postró ante él.

Esta es la oración de las masas, de los anónimos, de los que encontraron a Cristo, quizá una sola vez, cuando pasaba por el camino. ¿Qué diremos entonces de las grandes adhesiones a Cristo, de la fuerza de la oración de los que ya le conocían mejor? Marta: «Señor, el que amas está enfermo... Si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano»¹⁷². Son también oraciones, y oraciones de vida: «... pero sé que cuanto pidas a Dios, Dios te lo otorgará.»

Cuando nosotros decimos: «Señor, ven en mi auxilio. ¡Oh Dios!, date prisa en socorrerme», con la misma seguridad que Marta, tenemos que añadir: «Sí, Señor, yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios que ha venido a este mundo.» Y María repite como un eco lo que Marta decía: «Señor, si hubieras estado aquí no hubiera muerto mi hermano.»

Y los que escucharon el discurso del Pan de vida: «Señor, danos siempre este pan.» Tenemos todo lo necesario para orar. «¿Qué haremos para hacer obras de Dios? La obra de Dios es que creáis.» «Señor, tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros hemos creído que tú eres el Santo de Dios»¹⁷³. «Señor, enséñanos a orar»¹⁷⁴. «Señor, muéstranos al Padre y nos basta»¹⁷⁵. «Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo»¹⁷⁶.

Entre los *anawin*, María, la Reina de los humildes: porque en ella se unen «las dos acepciones de la palabra. Todos los *anawin* del Antiguo Testamento se sintetizan de alguna manera en ella sola: «Dios Padre reunió las aguas, en el Génesis, y las llamó mar. Reunió todas las gracias, y las llamó María», dice admirablemente Grignon de Monfort. En María escuchamos la oración, las aspiraciones y hasta la respiración de todos los *anawin*, de todos los pobres y los humildes del mundo.

En María, la tradición del pasado florece en nueva primavera: María es el término y la cima de todas esas gentes que esperaban y escuchaban con toda su potencia de acogida. Cada *anawin*, miembro del nuevo y verdadero Israel, preparaba y anunciaba a María. Vivía en Nazareth con Jesús: «¿De Nazareth puede salir algo bueno?»¹⁷⁷. Siempre encontramos lo mismo. Un lugar sin pasado, sin gloria, pero ella trae la mirada de Dios. Berulle dice—en un lenguaje elocuente, pero bonito—: «¿Por qué el ángel, olvidando la victoriosa Roma, la sabia Atenas, la magnífica Babilonia y hasta Jerusalén la santa, se dirige a esta aldea desconocida y despreciada?» Hay ahí algo misterioso. Ahí encuentra un silencio, un vacío, una llamada, una mujer modesta ante Dios y ante los hombres que va a preguntarse qué significa el saludo del ángel. El ángel quiere engrandecer a la Virgen, y la Virgen se humilla. Berulle dice: «Dios la

¹⁷⁰ Lc., 17, 5.

¹⁷¹ Lc., 17, 12-19

¹⁷² Jn., 11, 21.

¹⁷³ Jn., 6, 26-71

¹⁷⁴ Lc., 11, 1

¹⁷⁵ Jn., 14, 8

¹⁷⁶ Jn., 21, 17

¹⁷⁷ Jn., 1, 46.

Santo Domingo Tandil



esconde a los mortales por el secreto de su virginidad, la oculta más a ella misma por el peso de su humildad.»

Tenemos que terminar con la más sublime oración de los *anawin*, la que contiene a todas: el *Magnificat* de María, que es el código de la oración; no hay otro. Es un abandono radical por el que todo se hace posible y todo está dicho en las cinco estrofas divididas en dos partes. Expresa primero la alegría del corazón humilde, que se estremece ante la grandeza de Dios. Se estremece como los «temerosos de Dios» de los Salmos: «Ha mirado la pobreza de su sierva» La palabra que emplea, «pobreza», es la misma palabra de los *anawin*. Jesús, que tanto recibió de María, repetirá esta estrofa del *Magnificat*: «Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque ocultaste estas cosas a los sabios y discretos y las revelaste a la gente sencilla»¹⁷⁸. María se alegra de su condición de sierva, ella, la Madre del Siervo de Dios, porque va a dar al mundo al Siervo: «Mi alma magnifica al Señor y exulta de júbilo mi espíritu en Dios, mi Salvador, porque ha mirado la humildad de su sierva.»

María repite la profecía de Isabel, porque las dos son profetisas: «Bendita tú entre las mujeres. ¿De dónde a mí que la Madre de mi Señor venga a mí? Dichosa tú...»¹⁷⁹. María dice lo mismo, pero dirigiéndolo al Todopoderoso:

«Sí, desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada porque ha hecho en mí maravillas el Todopoderoso.»

¡Las maravillas de Dios! Más grandes que el paso del mar Rojo, más grandes que el Éxodo, el maná y la Alianza en el desierto. Todo el canto culmina en el tercer versículo: «Y su Nombre es santo.» «Santificado sea tu Nombre», dirá Jesús¹⁸⁰. El Nombre divino, revelado a Abraham y a Moisés, es la cima desde la que María va a ver a toda la humanidad.

Empieza ahora la segunda parte, el canto de la Encarnación. Frente a las tres grandezas, frente a las tres suficiencias humanas que todo lo estropean—el orgullo, el poder, la riqueza—, María nos pone en guardia contra el orgullo: «dispersó a los que son soberbios en su propio corazón»; contra el poder: «derribó a los potentados de sus tronos»; contra la riqueza: «y despidió a los ricos sin nada».

Frente a las pseudo grandezas que Dios derriba, María emplea el lenguaje de los *anawin*: «Su misericordia se derrama de generación en generación sobre los que le temen.» Este temor es un temor rebosante de amor y de seguridad de ser escuchada: «El pobre grita, Yavé le escucha»¹⁸¹. Y llegamos al último versículo, el cumplimiento comunitario de la salvación de Israel: «Acogió a Israel, su siervo.»

Es el nuevo Israel. «Cantad, cielos; tierra, salta de júbilo. Porque Yavé ha consolado a su pueblo y ha tenido misericordia de sus pobres», decía Isaías¹⁸². Y ahora es ya una realidad: «Acogió a Israel, su siervo, acordándose de su misericordia en favor de Abraham y de su descendencia para siempre.»

Los *anawin* son el pequeño resto, pero el pequeño resto salvador del mundo entero.

Y cuando el Hijo de María venga y reúna a sus discípulos, les dirá él, el *Anawin* por excelencia, más humilde aún que María entre los *anawin*. y el Pobre por excelencia:

«¡Bienaventurados los *anawin*, bienaventurados los pobres!»

¹⁷⁸ Mt., 11, 25; Lc., 10, 21

¹⁷⁹ Lc., 1, 42-45.

¹⁸⁰ Lc., 11, 2; Mt., 6, 9

¹⁸¹ Sal-, 34, 7

¹⁸² 2 Is., 44, 23



Acerquémonos ahora a Jesús, el Gran Orante. Como siempre que se trata de Jesús, nada hay más sencillo y nada más insondable que mirarle. Nada más sencillo: frases cortas del Evangelio conocidas de todos, y actitudes al alcance de todos. Jesús ora, eleva las manos, levanta los ojos. Y nada más insondable, porque estas palabras y estos movimientos nos hacen presentir un más allá de amor y de transparencia, y una plenitud de don inagotable. Por eso no podemos penetrar en la oración de Jesús sino orando y dejando que El nos modele a su imagen. Para tratar de penetrar en toda su hondura, la oración del Hijo de Dios, e Hijo del Hombre, consideremos las grandes «horas» de la vida de Jesús.

Se puede decir que en los momentos en que Jesús se vuelve hacia su Padre, el «realismo» de su humanidad se manifiesta a través de dos grandes realidades vividas intensamente por él: su angustia y su oración.

En primer lugar, su angustia, su tristeza. Él mayor misterio de Jesús es su angustia, su turbación, esa angustia de que habla él mismo: «Con un bautismo tengo que ser bautizado y ¡qué angustiado estoy hasta que se cumpla»¹⁸³. El discípulo amado lo hace notar a lo largo de su Evangelio. Si admitimos que Jesús es el Hijo de Dios, y Dios mismo, es mucho más misterioso verlo esclavo y sufriendo, que verlo transfigurado. La transfiguración es su «estado normal». Pero verlo llorando sobre Jerusalén, que no ha comprendido su mensaje¹⁸⁴; verlo «conmovido hondamente» ante el dolor de Marta y de María, y «turbado y emocionado» en la tumba de Lázaro¹⁸⁵; oírle decir: «Ahora mi alma se siente turbada. ¿Qué diré? ¡Padre, líbrame de esta hora?»; verlo anunciar la traición de uno de los doce¹⁸⁶; verlo «entristecerse y angustiarse»¹⁸⁷, y oírle el grito que lanza al morir¹⁸⁸, es un misterio para nuestra razón.

Lo extraordinario, como dice el padre De Lubac, no es que Jesús sea Dios, no es que Dios sea Dios, sino que Dios se haya hecho hombre, en todo semejante a los hombres, excepto en el pecado. Cuando Pilato diga: «He aquí al hombre»¹⁸⁹, estará plenamente en la verdad. El realismo de la humanidad de Jesús se hace patente en su angustia.

Pero se hace igualmente patente en su oración, que es, por lo menos, tan asombrosa como su angustia. Gandhi dio una definición muy buena de la oración: «La oración es la aceptación diaria de nuestra flaqueza.» Jesús nos da la experiencia diaria de esta flaqueza, una flaqueza escogida, voluntaria, es cierto—de la que habla san Pablo a los Filipenses¹⁹⁰—, pero real, sentida, porque el Evangelio está tejido con su oración. Tenemos que darnos cuenta de la continuidad de la oración de Jesús.

¹⁸³ Lc., 12, 50.

¹⁸⁴ Lc., 19, 41

¹⁸⁵ Jn., 11, 33-38

¹⁸⁶ Lc., 22, 21

¹⁸⁷ Mt, 26, 37.

¹⁸⁸ Mc., 15, 37

¹⁸⁹ Jn., 19, 5

¹⁹⁰ Cfr. Flp., 2, 6-8



Lucas muestra la angustia y la oración íntimamente unidas en el alma de Jesús en el monte de los Olivos, en el pasaje en que por tres veces se dice que oraba: «lleno de angustia oraba con más insistencia», implorando a su Padre que le librara de esa copa; «pero no se haga mi voluntad, sino la tuya»¹⁹¹.

Esta última frase nos revela que toda la vida de Jesús está sostenida por su oración y tejida por ella. Y lo que da vida y aliento a esta oración lo expresa él mismo: «Mi aliento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a cabo su obra»¹⁹². Sea cual fuere su oración, este pensamiento es su constante fundamento y la razón de ser de su existencia humana; llevar a cabo su obra, realizar la obra del Padre, es culminar, revelándose él mismo, la gran obra comenzada en Abraham: la revelación inagotable del Padre.

Estas palabras: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado», les dijo Jesús a sus discípulos inmediatamente después de su encuentro con la Samaritana, junto al pozo de Jacob. Es un alimento que los apóstoles no conocen, no conocían aún...; es con el que acaba de alimentarse. Al revelarse a esta mujer de Samaria realizó y llevó a su cumplimiento la Revelación: «El Mesías soy yo, el que te está hablando»¹⁹³. El alimento, la hartura de Jesús, es revelar lo que es el don de Dios y así glorificar al Padre, reconciliando la humanidad con él. Cuando ore será por «estas obras que el Padre le ha encomendado».

Los «momentos» de oración en la vida de Jesús hay que mirarlos siempre bajo esta luz: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra.»

Su primera palabra, a los doce años, en el Templo fue: «¿No sabíais que yo tenía que estar en la casa de mi Padre?»¹⁹⁴, la dijo Jesús justamente en la casa de su Padre, que es casa de oración; en ella estaba totalmente ocupado de Dios. Importa, sobre todo, no quitar la fuerza a estas palabras, que proceden del mismo pensamiento que las más elevadas afirmaciones que hará más tarde: «Mi Padre y yo somos uno»¹⁹⁵. Es, en un niño de doce años, la misma realidad que ya se presente. Y qué oportunas eran en aquella situación: «Tu padre y yo te buscábamos», dijo María. Y Jesús, al oír la palabra padre, aplicada a José, piensa en su Padre—cómo se sobrepone una imagen a otra—. «Tu padre y yo te buscábamos.» Mi Padre, tengo que estar en su casa, me tengo que ocupar de él. Nos eleva hasta su Padre a través de la intimidad de su persona. Toda la vida de Jesús revelará la profundidad de esta palabra misteriosa. Desde este momento su alimento es ya «las cosas de su Padre».

Se nos ofrece aquí otro aspecto de la oración de Jesús. Antes de sus oraciones «públicas». Jesús ha sido un niño judío fiel. Durante treinta años, Jesús ha rezado como un niño, como un judío, es decir, incesantemente. En el libro *Los años oscuros de Jesús*, Aron¹⁹⁶ nos introduce en este tiempo oculto de la oración de Jesús. Era, ante todo, el saboreo, la asimilación de la palabra de Dios en la Escritura. Lo demuestran las respuestas a Satanás en el desierto, donde oró Jesús. La palabra de Dios era ya alimento de Jesús Niño; antes de enseñarnos a orar, oró él con las mismas palabras del Antiguo Testamento que nosotros.

Después, veinte años de silencio. Cuando tenía «unos treinta años», como dice el Evangelio, realizó Jesús su primer gesto mesiánico, rodeado de oración e incluido en una

¹⁹¹ Lc., 22, 39-45

¹⁹² Jn., 4, 34.

¹⁹³ Jn., 4, 26

¹⁹⁴ Lc., 2, 49.

¹⁹⁵ Jn., 10, 30

¹⁹⁶ ARON, R.: *Los años oscuros de Jesús*. Taurus. Madrid, 1963



oración: «En el instante en que salía del agua»¹⁹⁷, «orando», precisa Lucas ¹⁹⁸, se abrió el cielo y vio al Espíritu Santo descender sobre él en forma de paloma. Aquí también «orando». Es el gran momento, el fin de la vida oculta, de la vida sedentaria de su oficio de hombre, y el comienzo de la gran aventura, que cierra todo el Antiguo Testamento: «cuando se cumplieron los tiempos».

Pensemos que cuando Jesús recibe este bautismo de agua sabe que terminará su vida en el bautismo de sangre, y que este primer acto de su vida pública le conducirá al desenlace final de su Pasión. Esta oración de Jesús al salir del Jordán está iluminada por el diálogo que precedió al bautismo. Juan Bautista se niega a bautizar a Jesús porque sabe o presiente quién está ante él, pero Jesús le dice: «Déjame hacer ahora, pues conviene que cumplamos así todo lo que Dios quiere»¹⁹⁹. «Déjame hacer», «conviene», es un orden establecido por Dios. Juan y el mismo Jesús deben cumplirlo cuidadosamente. Desde ese momento, la oración de Jesús está en el clima de una total conformidad con la voluntad de Dios.

Esto se dice pronto, pero si pensamos que es un hombre—Dios hombre, desde luego— y que, por tanto, es nuestra humanidad la que con él va a realizar esta pura, total y dócil conformidad con lo que quiere el Padre, comprenderemos la importancia de esta actitud de Jesús. Mientras está en oración, en esta oración de conformidad, en este bautismo con el que quiere cumplir «toda justicia», «los cielos se abren». «Derribando en su carne el muro de separación, la enemistad, tenemos acceso al Padre»²⁰⁰. En este momento se abre en el cielo una brecha, que exigirá la cruz. La brecha está ya abierta, la cruz la sellará. Incluso me atrevo a decir es una brecha hasta en la altísima y santa Trinidad. Entramos desde ese momento en el secreto de Dios, en el misterio del Dios que es la Trinidad. «Bautizado y orando, se abrió el cielo y descendió el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma, sobre él, y se dejó oír del cielo una voz: "Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco"»²⁰¹.

Todos nuestros estudios de filosofía o de teología, a cualquier nivel que sean, no tienen otro fin que el de hacernos atentos a palabras y acontecimientos como éstos. Y no es inútil hilar muy fino para gustar mejor la longitud, la anchura, la altura y la profundidad de estos textos. Después de haberlos trabajado, descubriremos la profundidad de las frases, sencillas en apariencia: los cielos se abren y aparece la Trinidad. Jesús lleva viva en su ser la divinidad, que le penetra e ilumina, y al mismo tiempo «porque es hombre verdadero, semejante a nosotros, no sólo ante Dios, sino ante los hombres», este bautismo es como un nuevo crecimiento de una realidad que ya existe en él.

Jesús vive este gran acontecimiento de oración en el primer acontecimiento de su vida pública. Cada vez que tenga que realizar después un acto decisivo se retirará al monte para tratar con su Padre esta decisión, uniendo su voluntad a la de él, porque la oración de Jesús es total y únicamente esto: abrazar hasta el fondo la voluntad del Padre.

Así ora Jesús ante de la elección de los doce y antes de proclamar las bienaventuranzas, como lo declara san Lucas, el evangelista que habla con más frecuencia de la oración de Jesús: «Aconteció, por aquellos días, que salió hacia la montaña para orar, y pasó la noche orando a

¹⁹⁷ Mc., 1, 10

¹⁹⁸ Lc., 3, 21

¹⁹⁹ Mt., 3, 15

²⁰⁰ Ef., 2, 14-18

²⁰¹ Lc., 3, 21-22.



Dios. Cuando llegó el día llamó a sí a los discípulos y escogió a doce»²⁰². Bajando entonces con ellos, se detuvo en un llano y allí proclamó las Bienaventuranzas. El *Padrenuestro* tiene el mismo origen. También lo recuerda Lucas, siempre constante en mostrar a Jesús como maestro de oración: «Una vez estaba él orando en cierto lugar; al terminar, uno de sus discípulos le pidió: "Señor, enséñanos a orar"»²⁰³. Y cuando Jesús anuncia su marcha para predicar en Galilea, Marcos dice: «A la mañana, mucho antes de amanecer, se levantó, salió, se fue a un lugar desierto y allí oraba»²⁰⁴.

Si en esos momentos de oración Jesús se une a la voluntad del Padre, no hay que olvidar que «conocía lo que hay en el hombre»²⁰⁵. Cuando pasa la noche en oración, antes de elegir a los apóstoles, sabe ya lo que hay en el corazón de cada uno de ellos. Vio sus rivalidades y sus lentitudes en creer²⁰⁶. Las noches de oración de Jesús, en la soledad del desierto, apartado de todo, o en la montaña, no eran noches de éxtasis. Las noches de sus grandes decisiones eran, como en Getsemaní, noches de angustia ante la salvación del mundo, que había de realizar por la cruz.

En la noche que precedió a la elección de los apóstoles vio a Pedro, a quien Satanás podrá cribar como trigo. Pedro será un nuevo Job, pero con una llaga distinta, la llaga del miedo. Por él orará Jesús: «Yo he rogado por ti para que tu fe no desfallezca»²⁰⁷. Orará también por Santiago y Juan, porque sabe que los va a llamar al día siguiente. Para consuelo de algunos diremos que Juan en su juventud era como los cardos, que pinchan cuando son jóvenes, aunque cuando son viejos se vuelven suaves y blancos. Este Juan pidió fuego del cielo para la ciudad que no se abrió a Jesús. El y su hermano Santiago pedirán: «Que nos sentemos uno a tu derecha y el otro a tu izquierda en tu gloria»²⁰⁸.

Jesús veía todo esto cuando oraba, antes que esos mismos hombres hubieran escogido. Sabía todo lo que tendría que sufrir de ellos y con ellos. Podríamos seguir la lista. Estos apóstoles que se disputarían por saber cuál era el mayor²⁰⁹: Tomás, a quien le costará tanto rendirse a la verdad²¹⁰; Felipe, que no habrá comprendido que viendo a Jesús se ve al Padre²¹¹; Judas también. Judas nos representa a todos, en diferentes grados, es cierto, y en momentos distintos.

Esa noche de oración antes de la elección de los apóstoles fue una noche de combate. San Nicolás de Flue decía: «A la oración se va algunas veces como a la guerra.» y san Pablo exhorta: «Luchad, juntamente conmigo, en vuestras oraciones»²¹². La oración de Jesús incluye la lucha. Es verdad que su actividad externa está amparada y rodeada de silencio interior, pero este mismo silencio interior es un combate. Su actitud interna de oración prepara el gran

²⁰² Lc., 6, 13

²⁰³ Lc., 11, 1

²⁰⁴ Mc., 1,35

²⁰⁵ Jn., 2, 25

²⁰⁶ Lc., 24, 25

²⁰⁷ Lc., 22, 31-32

²⁰⁸ Mc., 10, 37.

²⁰⁹ Mc , 9, 33

²¹⁰ Jn. 20, 24-25

²¹¹ Jn. 14, 8-9.

²¹² Rm., 15, 30



momento en que el Hijo del Hombre será elevado como la serpiente de bronce²¹³. En la oración de Jesús, la amorosa adhesión al Padre y el combate humano están indisolublemente unidos.

Porque la oración de Cristo estaba acompañada de gestos muy humanos: sube a la montaña, suspira al curar a un sordo²¹⁴, toma los panes y los peces, levanta los ojos al cielo, los bendice²¹⁵.

Jesús nunca descalificó, ni siquiera minimizó, la oración de petición. Yo me pregunto si tiene sentido en Jesús la distinción entre la oración de petición y la que llamamos de adoración. «Hay que orar siempre y no desfallecer», dijo una vez. En toda verdadera oración, sea de petición o de adoración, el hombre se abre a Dios y le escucha. Lo importante no está en las categorías de la oración: súplica, intercesión o adoración. La escala de valores no va por ahí; está en el corazón del hombre. Jesús pedirá curaciones maravillosas y cosas muy humildes, muy materiales, pero todo será efecto del mismo acto, y este acto será siempre de adoración.

Sean cuales fueren las acciones de Jesús, el eje de su vida fue siempre la sumisión amorosa del Hijo a su Padre. Jesús se aplicó a vivir lo que decía a sus discípulos: «No digáis "Señor, Señor", sino haced la voluntad de mi Padre del cielo. Su estremecimiento de gozo cuando, «bajo la acción del Espíritu Santo», Jesús «alabó a su Padre», tiene por origen «el beneplácito» del Padre²¹⁶.

Otro gran momento de la oración de Jesús es la Transfiguración. También aquí Lucas nos da una descripción mucho más íntima que Marcos y Mateo. Jesús ora. Dos veces lo dice Lucas: «Aconteció, como unos ocho días después, cogió a Pedro, a Juan y a Santiago, y subió a un monte a orar. Mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió y sus vestidos refulgían de blancos»²¹⁷. Para Lucas, la Transfiguración que ven los apóstoles es la invasión de la visión de gloria de Jesús. Esta Transfiguración no procede del exterior, es fruto de la unidad de Jesús con su Padre.

San Juan no habla de la Transfiguración, pero tiene un pasaje considerado por los exegetas como su equivalente, en el sentido de que es también una preparación a la Pasión. Lo mismo que la Transfiguración prepara a los apóstoles al duro golpe de la Pasión, en el pasaje de san Juan, Jesús prepara también todo su entorno.

«Entre los peregrinos de la fiesta había algunos griegos; se acercaron a Felipe, el de Betsaida de Galilea, y le dijeron:

—Señor, quisiéramos ver a Jesús.

Felipe fue a decírselo a Andrés, y Andrés fue con Felipe a decírselo a Jesús:

El les contestó:

—Ha llegado la hora de que este Hombre sea glorificado. Sí, os lo aseguro, si el grano de trigo cae en tierra y no muere, queda infecundo; en cambio, si muere, da fruto abundante... Ahora me siento agitado; ¿le pido al Padre que me saque de esta hora? ¡Pero si para esto he venido, para esta hora! ¡Padre, glorifica tu nombre! Entonces se oyó una voz del cielo:

—¡Lo he glorificado y volveré a glorificarlo!»²¹⁸.

²¹³ Jn. 3, 14.

²¹⁴ Mc, 7, 34

²¹⁵ Lc. 9; Mc., 6; Mt., 14.

²¹⁶ Lc., 10, 21

²¹⁷ Lc., 9, 28-36

²¹⁸ Jn., 12,20-28



También aquí esta glorificación de Jesús por el Padre tiene lugar durante una oración de Jesús: «Padre, líbrame de esta hora. Padre, glorifica tu Nombre.»

Cuando Jesús está ante la tumba de Lázaro dice también una frase muy corta, que nos descubre algo de la oración de Jesús: «Padre, te doy gracias porque me has escuchado. Yo sé que siempre me escuchas»²¹⁹. Jesús sólo quiere esto: «Mi alimento es hacer tu voluntad.» La oración de Jesús es la disposición muy humilde de todo su ser ante el amor y la voluntad del Padre, en un grado de adhesión que jamás llegaremos a expresar. Esto lo vive una humanidad de hombre, nuestra humanidad también puede entrar por este camino. Esta frase: «Padre, te doy gracias porque me has escuchado, yo sé que siempre me escuchas», es el prefacio que nos introduce en Getsemaní, en el Calvario. De nuevo estamos frente al misterio; «A quien no conoció el pecado, le hizo Dios pecado por nosotros, para que en él fuéramos justicia de Dios»²²⁰, «haciéndose por nosotros maldición»²²¹. Joachim Jeremías dice que es un texto de la Escritura²²², pero que san Pablo no se atrevió a transcribirlo como es y lo tradujo por «maldición por *nosotros*».

Desde este momento, antes también, pero ahora es cuando todo se cierra y se hace más denso, el corazón y la mente de Jesús tienen la total experiencia del pecado, del sufrimiento del mundo y de la injusticia dolorosa, agolpándose en lo más hondo de su ser.

Siempre recordaré un hecho que presencié una mañana en un autobús. Era muy temprano, había en el autobús cuatro o cinco personas. Entre ellas, un niño no sé de cuántos años—tres o cuatro quizá—, un niño precioso, el Mozart niño de Saint-Exupéry, simpático, acogedor, abierto. No sé lo que le pasaba a su madre ese día, pero estaba francamente de mal humor. Y daba pena, sí, mucha pena; no es que fuera una cosa dramática, pero daba tanta pena ver a este niño tan confiado, tan abierto a su madre, queriendo hablar con ella y acariciarla, y cada vez ella le respondía ásperamente. El niño tenía las lágrimas a punto de saltar. Este sufrimiento pequeño, de un niño pequeño, también Cristo lo padeció, como padeció los grandes sufrimientos de militantes torturados y de tantos hombres asesinados. Jesús está en un estado de maldición, no por un pecado personal, sino como consecuencia de una sustitución de amor: se ha hecho «maldito por nosotros». «El, que no conoció el pecado, se ha hecho pecado por nosotros, para que en él fuéramos justicia de Dios.»

Con esta luz tenemos que leer el pasaje de Getsemaní:²²³ «Comenzó a entristecerse y a angustiarse. Entonces les dijo: "Triste está mi alma hasta la muerte. Quedaos aquí y velad conmigo", y cayendo en tierra sobre su rostro—el gesto del cuerpo que acompaña al alma— oraba diciendo: "Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz; sin embargo, no se haga como yo quiero, sino como quieres tú".» Contemplemos este estremecimiento, esta angustia; su naturaleza, hecha para la vida y no para la muerte, cargada con nuestro dolor y con nuestra muerte²²⁴.

La clave de la oración de Cristo en este abandono nos la da la Epístola a los Hebreos: «Y aunque era Hijo, aprendió por sus padecimientos la obediencia»; «él, que habiendo ofrecido en los días de su vida mortal oraciones y súplicas a gritos y con lágrimas—tal era la oración de

²¹⁹ Jn., 11, 41-42.

²²⁰ II Co., 5, 21

²²¹ Gal., 3, 13

²²² Dt., 21, 23.

²²³ Lc., 22; Me., 14; Mt., 26.

²²⁴ Is., 53, 4.

Santo Domingo Tandil



Cristo en ese momento—al que podía salvarle de la muerte, fue escuchado por su piedad»²²⁵; por su piedad, por su reverencia, por su adhesión al Padre. Esta palabra, piedad, que ha perdido su fuerza, tiene aquí todo su sentido.

Hay una oración de Cristo que tiene algo extraordinario, porque subsistirá siempre sobre la tierra. Un día, la oración de Cristo se hizo sacramento: la Eucaristía, que no es sólo presencia de Cristo con nosotros hasta el fin del mundo, sino oración de Cristo.

No fue efecto del azar el que Jesús repitiera la oración y la cena conmemorativa de la salida de Egipto con el cordero pascual²²⁶. Jesús va a injertar su propia oración, su última oración, que va a ser un hecho, sobre esta oración fundamental y estos hechos de la Antigua Alianza. Sobre el viejo tronco de la oliva va a brotar el olivo nuevo. Jesús injerta su oración, que no es inerte, sino viva. Además de las palabras, unas imágenes nos podrían ayudar: esta oración de Jesús, la Cena, fue como un inmenso choque que levantó un oleaje, cuyas olas elevarán cada día, en cada Eucaristía, el océano humano.

«Mientras comían. Jesús tomó pan, lo bendijo—cantó el *Hallel*, las grandes alabanzas de Dios—, lo partió y dándose lo a sus discípulos dijo: "Tomad y comed, éste es mi cuerpo".» Se entrega por nosotros, pero es un hecho que no tendrá fin, un hecho que renovamos cada día, una Eucaristía que contemplamos. «... tomando un cáliz, y dando gracias, se lo dio diciendo: "Bebed de él todos, que esta **es** mi sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por muchos para remisión de los pecados"»²²⁷.

Esta ola nos viene de la primera Cena y levanta cada momento el inmenso oleaje, jamás agotado, de la celebración eucarística. Hoy Cristo sigue celebrando por medio de su instrumento visible, el sacerdote. Esta ola, que nos llega de aquel primer día, va a perpetuarse hasta el día en que: «yo os lo digo, no beberé más de este fruto de la vid hasta el día en que lo beba con vosotros nuevo, en el Reino de mi Padre»²²⁸. Esta oración, que se hizo sacramento, podemos hacerla nuestra: nos introducirá en la oración de Cristo. Con El podemos ofrecer, con El podemos ofrecerla al Padre, ¡qué maravilloso descubrimiento!

Penetremos, por fin, en la última profundidad de Cristo, su última gran oración: «Esto dijo Jesús, y levantando los ojos al cielo añadió: "Padre, llegó la hora; glorifica a tu Hijo"». Hay que leer en silencio este capítulo diecisiete del Evangelio de san Juan, porque es el eco más fiel de los vínculos eternos del Padre y del Hijo. Estas estrofas —acompañadas por las palabras Padre, Padre santo, Padre justo—, esta gran oración de Jesús, son la expresión de la gloria del Padre, de la gloria de Yavé. En el Antiguo Testamento, la gloria de Yavé era el esplendor resplandeciente, la presencia de la irradiación de santidad de Dios, de su poder, que se manifiesta rebosante en la creación —«los cielos cantan la gloria de Dios»²²⁹— y en la historia de Israel: «Dad gracias a Yavé porque es bueno»²³⁰.

«Padre, llegó la hora; glorifica a tu Hijo para que tu Hijo te glorifique a ti, pues le diste autoridad sobre todos los hombres para que dé vida eterna a todos los que le has confiado... Ahora tú, Padre, glorifícame con la gloria que tenía junto a ti, antes que el mundo existiese.»

²²⁵ Hb., 5, 7-8

²²⁶ Ex., 13.

²²⁷ 2 Lc., 22; Me., 14; Mt., 26

²²⁸ 3 Mt., 26, 29

²²⁹ Sal., 19, 2

²³⁰ Sal., 106, 1

Santo Domingo Tandil



Descubrimos con Cristo que por nosotros Dios hizo todo para su gloria. Porque esta gloria de Dios debe reflejarse sobre nuestro rostro, a fin de que, transformándonos en su misma imagen, lleguemos a ser gloria de Dios ²³¹.

La gloria que Cristo quiere dar a su Padre consiste para El, hombre, en ir a la muerte puro, dócil, en un consentimiento absoluto, en medio del abandono de todos sus amigos. «Padre—esta es la glorificación que pide el Hijo—, llegó la hora, glorifica a tu Hijo, para que el Hijo te glorifique. He llevado a cabo la obra que me encomendaste..., mi alimento es hacer tu voluntad.» Ahora está todo terminado.

Esta obra terminada, de la que hace el objeto de su oración, es la revelación del Padre, de su Nombre, el gran alimento de Jesús: «La vida eterna es que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado... He manifestado tu Nombre a los hombres que de este mundo me has dado... Tuyos eran... Ahora saben que todo cuanto me diste viene de ti.» Mostrándose Hijo, Jesús ha dado a conocer al Padre.

Siempre en cumplimiento de su obra, Jesús entrega sus discípulos al Padre, porque también la gloria del Padre y los discípulos son una misma cosa. Jesús da de ello varias razones. La primera: son tuyos, como míos. Eran tuyas antes que me los dieras: «Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que tú me confiaste, porque son tuyos, y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío, y ellos son mi gloria.»

De este modo. Jesús, cuando va a dejar a sus discípulos, los entrega a su Padre. «Son su gloria», ha sido glorificado en ellos.

Como Jesús va a dejarlos, los tiene que guardar el Padre. Ya no van a tener con ellos la presencia visible de su Hijo.

«¡Padre santo!, protege tu mismo a los que me has confiado... Ya no estaré más en el mundo. Para que sean uno como lo somos nosotros. Mientras estaba con ellos, yo los protegía en tu lugar; tú me los confiaste, yo los tuve seguros y ninguno se perdió, excepto el que tenía que perderse para que se cumpliera la Escritura. Ahora me voy contigo, y hablo así mientras estoy en el mundo para que los inunde mi alegría. Yo les he transmitido tu mensaje y el mundo los odia porque no le pertenecen, como tampoco yo. No te ruego que los saques del mundo, sino que los protejas del Malo» ²³².

Desde este momento, los discípulos, relevando a Jesús, serán los enviados: van a continuar la obra y a «completar lo que falta a la Pasión de Cristo en su cuerpo, que es la Iglesia». «Santificalos en la verdad.» «Como tú me enviaste al mundo, así yo los envié a ellos al mundo—ahora prosiguen ellos—. No ruego sólo por éstos, sino por cuantos crean en mí.» Estas últimas palabras prueban que cada uno de nosotros es objeto de esta oración.

Ultimo eco de su última oración: la unidad del amor. Después de la revelación del Padre a los discípulos y de entregarlos en manos del Padre, ahora llegamos al punto culminante: «Que todos sean uno, como tú, Padre, estás conmigo y yo contigo; que también ellos estén con nosotros para que el mundo crea que tú me enviaste. Yo les he dado a ellos la gloria que tú me diste, la de ser uno como lo somos nosotros, yo unido con ellos y tú conmigo, para que queden realizados en la unidad; así sabrá el mundo que tú me enviaste y que los has amado a ellos como a mí» ²³³.

²³¹ II Co., 3, 18

²³² Jn., 17, 9-15.

²³³ Jn., 17, 21-23



Si Jesús murió para realizar la unidad, no nos extrañemos de que sea tan difícil de lograr entre los hombres. Con frecuencia nos preguntamos: «¿Vale la pena, de verdad?» Sólo hay una respuesta: «Que sean uno.» Pero esto costó la vida a Cristo. Viene entonces esta palabra extraordinaria de Jesús, que después de haber buscado toda su vida abrazar la voluntad del Padre, empieza ahora a decir *quiero*: «Padre, los que tú me has dado, *quiero* que donde esté yo, estén ellos también conmigo, para que vean mi gloria, que tú me has dado, porque me amaste antes de la creación del mundo.» La oración de Cristo se ha transformado en un «quiero»: «Yo les di a conocer tu Nombre y se lo haré conocer, para que el amor con que Tú me has amado esté en ellos, y yo en ellos.» Esta es la unidad en el amor, la comunicación total.

Santo Domingo Tandil

Pozos 635, Tandil (Buenos Aires) Argentina - tel +54 249 4443056 / 58
vidaengracia@domingo.org.ar - www.domingo.org.ar



EGO 07 LA VERDADERA BIENAVENTURANZA: La palabra escuchada, guardada y vivida

Una fuerte llamada o, más exactamente, una violenta corriente cruza hoy las iglesias de todas las confesiones: la llamada a la oración. No se preveía ni era previsible hace diez años, cuando la oración—¿era oración o prácticas de piedad?—era asunto cuestionable justamente en donde hubiera debido florecer: los seminarios y los noviciados. Hoy surgen grupos de oración, de renovación espiritual, reuniones carismáticas. La oración reúne a gentes de toda edad y condición, sin barrera alguna. Pero, sobre todo—y este es el sentido más profundo de la «renovación»—, se reza con las palabras de la Biblia y no con las nuestras.

Jesús nos dio, breves pero inquietantes, algunas indicaciones precisas sobre el uso de la palabra de Dios en nuestra vida de hombres; tanto más valiosas cuanto que no fueron objeto de un discurso, sino que surgieron de las circunstancias de la vida misma del Señor y de su entorno familiar. Como consecuencia lógica, estas indicaciones, nacidas de la vida, conducirán nuestra oración a la vida.

Oigamos al Señor decirnos lo que la Biblia de Jerusalén llama, a continuación de las Bienaventuranzas del Sermón de la Montaña, la «verdadera Bienaventuranza»: «Estando diciendo estas cosas alzó la voz una mujer de entre la gente y dijo: "Dichosos el seno que te llevó y los pechos que te criaron." Pero El dijo: "Dichosos más bien los que oyen la Palabra de Dios y la guardan"»²³⁴.

Escuchar y guardar.

Poco antes de este episodio, siempre en san Lucas, leemos: «Vino su madre con sus hermanos y no lograron acercarse a él a causa de la muchedumbre, y le comunicaron: "Tu madre y tus hermanos están ahí fuera y desean verte." El contestó diciéndoles: "Mi madre y mis hermanos son los que oyen la Palabra de Dios y la ponen por obra"».²³⁵ Teníamos: *escuchar, guardar; ahora es escuchar, poner por obra.*

Estas palabras son eco de las que vimos en Navidad:

«María, por su parte, guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón», nos dice Lucas²³⁶—*conservar y meditar*—, y prosigue, «bajó con ellos y vino a Nazaret, y siguió bajo su autoridad. Su madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón.» *Guardar fielmente.*

Escuchar, guardar, poner por obra, conservar, meditar, guardar fielmente: no es indiferente que todos estos modos de oración se hayan dicho a propósito de la Virgen María y se refieran a ella, a la vez Madre del Señor y modelo y madre del cristiano, del discípulo y de la Iglesia. Ella es la realización de la «verdadera bienaventuranza»; ella, la que dijo: «Hágase en mí según tu palabra.»

²³⁴ Lc., 11, 28.

²³⁵ Lc., 8, 19-21.

²³⁶ Lc., 2, 52.



Estudiemos estas tres actitudes, las tres fundamentales para la oración y, sobre todo, inseparables. Tienen fuerza cuando las tres se unen como en un haz: escuchar, guardar, poner por obra. Cada una es sencilla. Ninguna exige una inteligencia sutil. Comprender cada una de estas palabras: escuchar, guardar, poner por obra, no pide tampoco una técnica sabia, pero lo difícil es no separarlas. No eliminar a una en favor de otra. Guardar siempre el equilibrio: «No separe el hombre lo que Dios ha unido.» La calidad de nuestra vida dependerá de la unidad en nosotros de estas tres realidades. Podemos vivirlas mediocrementemente, y podemos vivirlas con esplendidez.

Escuchar

Escuchar. ¿Cuál es la etimología de esta palabra? Hay otra semejante, pero más culta: «auscultar». Las dos tienen el mismo origen y vienen de la palabra latina aurícula

—oreja—. Escuchar, según la definición del diccionario, es «aplicar el oído para oír», «prestar un oído atento». Jesús nos dice que si alguien viene a pedirnos prestado el manto, le demos también la túnica; del mismo modo tenemos que prestar al hermano un oído atento, tender el oído hacia él. Esto es lo que significa la palabra «escuchar».

Es algo cierto e importante, y hasta bonito, que en la fe del Antiguo Testamento oír es antes que ver. Para los griegos del tiempo de Jesús, y más tarde para los que desearán una religión más sabia, más sutil, profunda e intelectual que la de aquellos pobres cristianos, con frecuencia* esclavos, para estos griegos y para las gentes de la *gnosis* de la sabiduría oriental, incluso para los que se llamaban místicos, la visión, la mirada, tenía la primacía. Querían *ver* el misterio de Dios, ver con los ojos del cuerpo y con los de la inteligencia.

Mientras que en la Biblia, aunque no hay que oponer las dos tendencias, lo esencial es oír, la audición. La relación del hombre con Dios está fundada, en primer lugar, en la audición: «La fe viene de la predicación», dirá san Pablo²³⁷. Esta frase evoca la idea de un predicador en un pulpito pronunciando su sermón. No. La verdadera traducción es: «La fe viene de lo que se escucha»; la fe viene de lo que nos entra por el oído, de lo que escuchamos.

¿Por qué esta primacía dada a la audición? Porque Dios —recordemos la ironía de los Salmos— no es como los ídolos mudos que «tienen boca y no hablan». Nuestro Dios nos ha hablado. «Yavé habla», por eso escuchar a Dios es lo esencial. Dios es la Palabra creadora del Génesis. Dijo, y las cosas fueron hechas. «Dijo» es la primera palabra que se nos ha dicho de Dios. «Es la palabra viva y eficaz», como dirá san Pablo. «Es la Palabra que no vuelve a Dios de vacío», como dice Isaías en el pasaje tan conocido²³⁸:

«Como desciende la lluvia y la nieve de los cielos y no vuelven allá, sino que empapan la tierra, la fecundan y la hacen germinar para que dé simiente al sembrador y pan para comer, así será mi Palabra, la que salga de mi boca, que no tornará a mí de vacío, sin que haya realizado lo que me plugo y haya cumplido aquello para lo que la envié.»

Y cuando san Juan empiece con el gran prefacio su maravilloso prólogo: «En el principio era la Palabra, el Verbo», quiere mostrarnos que lo que estaba dicho en el Génesis y en Isaías, se cumplió entonces en la Palabra viva, que es Jesucristo.

Estamos con Dios en la relación de la boca al oído. Jeremías y Amos no cesan de decir: «Escuchad», «oráculo de Yavé». El Sabio de los Proverbios dice: «Escucha, hijo», y el israelita

²³⁷ Rm., 10, 17.

²³⁸ Is., 55, 11.



piadoso repetirá cada día: «Escucha, Israel, el Señor, Dios tuyo, es uno.» Cuando Jesús comience su predicación sobre las parábolas dirá: «Escuchad», y añadirá al terminar la parábola: «El que tenga oídos, oiga.» Siempre oír. Más tarde, el apóstol Santiago dirá: «Que todo hombre sea pronto para oír.» Es el *leitmotiv* de la Biblia.

Pero ¿qué quiere decir escuchar? Primero, hacer silencio. Segundo, estar disponible. Tercero, abrir el corazón. Aunque los enumeremos en tres tiempos, es una misma y única respuesta a Dios que llama. Es la respuesta del *Cantar de los Cantares*: «Vedle, que llega saltando por los montes, triscando por los collados», y llama a la puerta. Es la respuesta del Apocalipsis: «Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él.» Es la respuesta también de la parábola de las diez vírgenes: «Ahí está el Esposo, salid a su encuentro.» Escuchar es la respuesta a la acción de Dios que llama: es abrir la puerta, estar en estado de abrir la puerta.

Volvamos sobre cada aspecto; primero, el del silencio. Puede parecer una tautología: escuchar y hacer silencio van juntos. Pero, conviene recordarlo, el silencio es la ayuda que prestamos a Dios para que venga a nosotros, es el agua agitada que se aquieta y se calma; el silencio responde a una ley fisiológica del hombre. Si la vida muscular necesita movimiento y ejercicio, la vida del espíritu necesita silencio. No inacción, sino silencio interior. No un silencio rígido, obligado, un amaestramiento en silencio, sino el lenguaje que prepara al amor. El silencio mismo de Jesús, expresión visible de la Palabra eterna. En dos líneas san Juan de la Cruz nos da toda la hondura del silencio: «El Padre dice una Palabra, es su Verbo, su Hijo. La dice en un silencio eterno, y en silencio la oye el alma.»

Segundo: estar *disponible*. Es casi lo mismo, pero va un poco más lejos. La palabra de Dios sólo puede penetrar en seres vacíos o despojados. Difícilmente el rico está disponible. Tiene demasiadas preocupaciones, demasiados quehaceres: comprarse un coche, arreglar el teléfono, cambiar la nevera, que baja la Bolsa, que sube el oro. Por eso es más difícil que un rico entre en el Reino, que un camello pase por el ojo de una aguja. Posee demasiadas cosas y tiene abarrotados el corazón, la mente y los sentidos.

La Palabra penetra en seres que no se sienten ya embarazados por sus aptitudes y tampoco por sus ineptitudes. Triste es sentirse molesto por las aptitudes, aunque es algo consolador, pero sentirse molesto por las ineptitudes es desolador; «No sirvo para nada», «esto no me saldrá bien», etc. Si estamos vacíos no nos sentiremos molestos ni agobiados ni por nuestras aptitudes ni por nuestras ineptitudes. La Palabra es recibida por los que esperan y llaman.

¿Por qué los atenienses dijeron a san Pablo: «Vete a paseo», cuando les predicó? Sin embargo, Atenas era el lugar del mundo más abierto al pensamiento: florecía la filosofía, había escuelas de sabiduría, bibliotecas maravillosas, era la noble civilización de la inteligencia y no se menospreciaban las ideas. Incluso había en Atenas, mucho más que en Corinto, una cultura moral: se valoraba el orden, la belleza, la armonía; no había intolerancia, eran abiertos. Pero no fue una cuestión de doctrina—¡habían oído tantas!—, lo que detuvo a los sabios de Atenas. El padre Festugiére dice: «Fue el trasfondo mismo de sus almas lo que les impidió admitir a Pablo. Escuchaban, sí, escuchaban, pero como aficionados y curiosos, no como "hombres de deseos". A sus ojos. Pablo podía ofrecerles una sabiduría nueva, materia de disputa, pero nada más.

No estaban disponibles.»²³⁹

²³⁹ FESTUGIÉRE, A. J.: *Le sage et le saint*. Plón, París.



En cambio, las gentes de Corinto... El verbo griego *corintianizar* significaba—ejemplo expresivo—«hacerse mujer de mala vida». Pero los mozos de cuerda y las prostitutas de Corinto estaban más nuevos. Eran gente disponible. A ninguno de ellos se les ocurriría decir: «ya conocemos eso». No se les ocurriría hacer comparaciones ni ergotizar. Escuchar no es sólo estar vacíos, sino estar dispuestos a recibir.

Por último, *abrir el corazón*. Es consecuencia de las dos actitudes anteriores, cuando la gracia de Dios se apodera de ellas. Yo puedo escuchar, incluso estar vacío, pero Dios abre el corazón. Leamos dos versículos de los Hechos de los Apóstoles, maravillosamente inagotables, que relatan la conversión de Lidia en Filipos de Macedonia.

«El sábado salimos a las afueras y fuimos por la orilla del río a un sitio donde pensábamos que se reunía gente para orar; nos sentamos y trabamos conversación con las mujeres que habían acudido. Una de ellas que se llamaba Lidia, natural de Tiatira, vendedora de púrpura, adicta al judaísmo, estaba escuchando, y el Señor le abrió el corazón para que hiciera caso a lo que decía Pablo.»²⁴⁰

Todo está dicho aquí: escuchar—«estaba escuchando—, el resultado de escuchar—«el Señor le abrió el corazón»— y la necesidad de un mensajero—«lo que decía Pablo»—.

Ya Moisés había dicho: «Dios nos ha dado un corazón para conocerle.»²⁴¹

Guardar la palabra

La segunda actitud fundamental es: guardar la palabra, conservarla, meditarla. Con Lidia—toda oídos—comprendemos que escuchar lleva inmediatamente a «guardar», a meditar. Claudel, el poeta de las grandes intuiciones, ese «temblor de tierra», decía: «Muchos sabios nos habían dicho que para oír bastaba quizá con escuchar. ¡Qué verdad! Pero ahora no es con el órgano del oído ni con la inteligencia tensa como nos ponemos a la escucha: es con todo nuestro ser como oímos existir al Ser.»

«Guardar la palabra» es exactamente el enterramiento y la siembra en nosotros no ya de palabras, sino de la vida del Verbo de Dios. Es la parábola del sembrador, que quizá es menos una parábola de la calidad del terreno —nosotros mismos—, bueno o pedregoso, que una parábola de la conservación. Se trata menos de la capacidad de recibir, que de la capacidad de guardar la simiente. Los pájaros del cielo y los transeúntes destruyen el grano apenas sembrado; el terreno de poca tierra, en el que la simiente ha brotado pronto, se seca, falto de humedad: es «el hombre de un momento», dice Jesús mismo²⁴². En la tierra ahogada por las espinas, la palabra germina, arraiga y se desarrolla; pero «ahogada al crecer», no «llega a madurar»²⁴³. A través de estas gestaciones más o menos duraderas de la palabra, llegamos a la tierra buena: «Estos oyen la palabra con corazón generoso y bueno, la retienen y dan fruto por su constancia»²⁴⁴. El tiempo desempeña aquí un papel importante. Marcos añade—el único—la parábola de la simiente que germina sin que el hombre haga nada y que «noche y día» se desarrolla. Jesús describe sus etapas: el grano germina, crece, se hace hierba, espiga, después trigo que llena la espiga.

²⁴⁰ Hch., 16, 13-14

²⁴¹ Dt., 29, 3.

²⁴² Mt, 13, 21.

²⁴³ Lc., 8, 14.

²⁴⁴ Lc., 8, 15

Santo Domingo Tandil



Hay que hacer que esta palabra escuchada dure en nosotros. Sin esterilizarla en un refrigerador, dejarla crecer durante las sucesivas estaciones de nuestra vida. El refrigerador, según dice Josef Reding, en la oración que compuso con ocasión del Sínodo de la Iglesia Católica de Alemania Federal, consiste interponer papeles y libros entre la palabra y nosotros:

Señor,
se han estado relevando
para interponer papeles
entre nosotros dos.
Tengo miedo
de no verte ya,
en seguida.
¿Sería posible
que una centella de tu espíritu
prendiera en este papel,
y que por encima
del montón de ceniza
te hicieras de nuevo
visible?

¿Qué es meditar? Para nosotros, cerrar los ojos, fruncir las cejas y después, con grandes trabajos, sacar algo de nuestra cabeza. Pero en hebreo, el verbo «meditar» significaba musitar, susurrar, divulgar, hablar. Es un estado de receptividad contemplativa global, en que el hombre se repite a sí mismo, musita, recita en voz baja, la *torah*, la palabra eterna del Eterno que no está ahí para ser conservada en una vitrina de museo, como la pobre *Gioconda*, detrás de su triple cristal a prueba de balas, sino como el aldeano que mete la mano en el montón de grano y lo hace pasar entre sus dedos para admirarlo y poseerlo.

Habría que citar aquí tantos Salmos que nos dicen esto... El Salmo 1, prefacio de todo el Salterio, nos da la clave:

Bienaventurado el varón
que no anda en consejo de impíos,
ni en la senda de los pecadores se detiene,
ni se sienta en tertulia de mofadores.
Antes bien, tiene en la ley de Yavé su complacencia
y en ella medita día y noche²⁴⁵
En mi lecho me acuerdo de ti;
en ti medito en mis vigiliass...
Mi alma está apegada a ti,
y tu diestra me sostiene²⁴⁶.

Y también:

Medito en todas tus obras
y reflexiono sobre tus hazañas²⁴⁷.

Este murmullo de la meditación se hace grito en los momentos de angustia:

A voz en grito clamo hacia Javé,

²⁴⁵ Sal., 1, 1-2.

²⁴⁶ Sal., 63, 7 y 9.

²⁴⁷ Sal., 77, 13.



y él me responde desde su santo monte²⁴⁸.

Hay momentos para susurrar plegarias y momentos para pedir auxilio:

¡Oh Yavé! escucha mi palabra, repara en mi lamento, atiende a la voz de mi clamor,
¡oh mi Rey y mi Dios!²⁴⁹

El acto más significativo de la guarda de la palabra —como se dice del centinela que guarda un punto codiciado por el enemigo— es «hacer memoria», palabra de Jesús que se repite en cada Eucaristía. «Hacer memoria» no es repetir de memoria ni recordar algo pasado, sino hacer durar el suceso, hacerle renacer hoy, actualizar la palabra. Volver a darle vida. Una palabra que fue dicha por el salmista recobra vida en mí cuando la medito y hago resurgir vivo el acontecimiento que significa. «Haced esto en memoria mía» debe traducirse por: «Haced esto como memorial mío», como un monumento que hace presente y actual, ante Dios y ante los hombres, algo o a alguien. Entendido así. «hacer memoria» nos compromete a la acción, Chouraqui²⁵⁰ nos explica que hay gran diferencia entre la noción que nosotros, los occidentales, tenemos de duración y la de los hebreos. Tenemos que entrar en su mentalidad para aprender de ellos algo muy importante en la oración. Para un hebreo y para el hombre de la Biblia, el tiempo de la acción—pasado, presente, futuro—, esencial para nosotros, «no tiene sino una importancia secundaria, que nunca está explícita». Lo importante es que un acontecimiento—pasado—vuelva a existir en el momento que se expresa por la palabra. «La frase hebrea describe situaciones y cada una de sus palabras proyecta una imagen.

Va desarrollándose como una película, en la que cada letra del texto, cada acento, cada aliento, cada silencio, son otros tantos elementos constitutivos. En una palabra, nosotros situamos los acontecimientos con relación a nosotros mismos, de ahí la importancia del pasado, del presente y del futuro, Ante un monumento a los muertos, yo evocaré el sacrificio de los héroes de *otro tiempo*. El semita entrará como presente en ese acontecimiento: como san Pablo. Entra en la carrera, pone en tensión su cuerpo con todas sus fuerzas. No será un espectador, y eso hace su oración viva y eficaz. En vez de especulaciones espirituales: «He aquí lo que ocurrió hace tres mil años, en tiempo del Éxodo»—¿pero son cuatro mil o tres mil?—, el hebreo vive el Éxodo, hoy está en el Éxodo. Y si no comprende el sentido de un acontecimiento—para nosotros pasado o actual—, sabe que en un momento—pero no ahora—comprenderá lo que es incomprensible. Este es el sentido de la frase de Lucas: «María guardaba todo esto y lo meditaba en su corazón»²⁵¹.

Encontramos en el Génesis una fórmula análoga: «Sus hermanos le envidiaban, mientras que a su padre le daba esto qué pensar»²⁵², y en Daniel, después de su visión:

«Yo, Daniel, me turbé en mis pensamientos, mi rostro cambió y guardé estas cosas en mi corazón.» Estas palabras indican que el depositario de la Revelación la guardaba para el futuro. No comprende el sentido del momento presente, pero sabe que en un punto dado de la trayectoria, este momento presente será explicado. Vive en el presente. Lucas quiere expresar así la reflexión de María sobre los hechos, cuyo sentido no será manifestado con claridad sino en la Revelación de Pascua. En ese momento, lo que había meditado y guardado en su corazón, como algo vivo, hallará su sentido.

²⁴⁸ Sal., 3, 5

²⁴⁹ Sal., 5, 2.

²⁵⁰ CHORAQUI, A.: *Los judíos*. Mensajero, Bilbao.

²⁵¹ Lc., 2, 19.

²⁵² Gn., 37, 11.

Santo Domingo Tandil



Estamos lejos de una reconstrucción intelectual. Meditar así, es mezclarse con la multitud que rodeando a Jesús, quién más, quién menos, espera de El un milagro. Meditar la condenación de Jesús es entrar en el tribunal de Pilatos no como un espectador, sino como testigo y hasta como juez, que tendrá que responder de la condenación de Jesús. Es asociarse a la «nube de testigos» de que está llena la Biblia. Y el único modo de saber si tienen razón esos testigos es exponerse a la acción de esta Biblia. Muchas cosas nos resultan incomprensibles, no llegamos a asimilar todo, pero encontramos a una persona que nos pide una decisión: Jesús. Miramos a Jesús desde el mismo punto de vista que los evangelistas y los apóstoles.

Poner por obra

Si «escuchar», si «guardar la Palabra», significan vivir los acontecimientos y dejar que nos transformen, esto se convierte en «poner por obra». Comprendemos por qué y hasta qué punto los «contemplativos» de que habla la Biblia, los buscadores de Dios, son activos. Con ellos nos comprometemos de lleno en los problemas y en los combates de este mundo. Pero es necesario que estos problemas y estos combates sean antes vividos en la interioridad de nuestro ser para poder llevarlos después al campo de batalla de cada día. Cuando escuchamos, cuando meditamos, cuando musitamos durante todo un año: «El que quiera ser mi discípulo tome *su* cruz cada día y sígame»; cuando estas dos palabras, «su cruz», *mi* cruz, la mía personal, y «cada día y sígame» hayan sido susurradas y meditadas, podrán aclarar mi propia situación. No son ya palabras vagas, son palabras de mi vida, que entran en mi sangre y en mi carne si soy leal, o que me harán sentir un ansia vital y clamar con todo mi ser si les soy infiel. Esto nos hace comprensible el sentido de la espada de doble filo de que habla la Epístola a los Hebreos:

«Viva es, en efecto, la Palabra de Dios, enérgica y más cortante que espada de dos filos.» De dos filos, «ya vaya hacia adelante para cortar el obstáculo o hacia atrás para triunfar de la resistencia» (Claudel). Esto son los dos filos. Penetra hasta dividir alma y espíritu. Pasa por una criba los movimientos y los pensamientos del corazón. Es evidente que no es sólo escucharla. Ha germinado en nosotros como en la parábola. «No hay para ella criatura invisible, todo está desnudo y patente a sus ojos, subyugado por su mirada»²⁵³. La palabra griega expresa esto mejor: todo está «subyugado, como cogido por el cuello», como el luchador que ha cogido al otro por el cuello y lo reduce a la impotencia.

Citaremos aquí a Madeleine Delbrél: no era ni religiosa, ni estaba especializada en ciencias religiosas, ni diplomada en ciencias humanas. Asistente social, se verá metida en las mil acciones y preocupaciones de su profesión. Vive, como una cristiana, «una vida ordinaria y unas ocupaciones ordinarias». Pero ¿de dónde le viene la gracia que transforma su vida en oración? ¿Y la mirada sobre el mundo en que está inmersa, que hace de ella guía para muchos? Un día escribe esto para ella. No necesita comentario; una mujer de nuestro tiempo escuchó, guardó y vivió el Evangelio, el «libro del Señor», como ella lo llama:

El Evangelio es el libro de la vida del Señor. Está hecho para ser el libro de nuestra vida.

No está hecho para ser comprendido, sino para ser abordado como umbral de misterio.

No está hecho para ser leído, sino para ser recibido por nosotros.

²⁵³ Hb., 4, 13.



Cada una de sus palabras es espíritu y vida. Ágiles y libres, esperan la sed de nuestra alma para irrumpir en ella. Vivas, son como la levadura inicial que se mezcló en nuestra masa y la hará fermentar con un modo de vida nuevo.

Las palabras de los libros humanos se comprenden y se juzgan.

Las palabras del Evangelio se experimentan y se reciben.

Asimilamos las palabras de los libros. Las palabras del Evangelio nos modelan, nos modifican, nos asimilan a ellas, por decirlo así.

Cuando Jesús nos dice: «No reclames lo que has prestado» o «sí, sí, no, no, lo demás es del Maligno», sólo nos pide obedecer, y no son los razonamientos lo que nos ayudará a ello.

Lo que nos ayudará es llevar, «guardar» en nosotros, al calor de nuestra fe y de nuestra esperanza, la palabra que queremos obedecer. Se establecerá entre ella y nuestra voluntad como un pacto de vida.

Cuando tenemos en la mano el Evangelio deberíamos pensar que habita en él el Verbo que quiere encarnarse en nosotros, para que con su corazón, unido al nuestro, con su espíritu en contacto con el nuestro, volvamos a empezar su vida en otro lugar, en otro tiempo, en otra sociedad humana.

Profundizar así en el Evangelio es renunciar a nuestra vida para recibir un destino cuya única forma es Cristo.»²⁵⁴

²⁵⁴ DELBREL, M.: *La joie de croire*, Le Seull París.



**EGO 08 SAN PABLO:
«Vivir es Cristo»**

Son múltiples las vías de acceso al pensamiento y a la oración de san Pablo. Propongo dos frases. La primera, de Jesús, es la que le llevó a su conversión. Camina hacia Damasco para buscar allí, apresarse y llevarse «encadenados» a Jerusalén a los discípulos del Señor. Al oír la voz que le dice: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?», pregunta: «¿Quién eres?» Y la respuesta, que transformó su vida, llega incisiva: «Soy Jesús, a quien tú persigues»²⁵⁵. Estas breves palabras de Jesús, tan terminantes, quedan grabadas para siempre en el corazón de Pablo.

La otra frase es del mismo Pablo: «¡Ay de mí si no evangelizare!»²⁵⁶. La palabra que emplea, «¡ay de mí!», es la que pronunciaban los espectadores cuando un gladiador iba a ser vencido: «¡*Vae victis!*!»—¡ay de los vencidos!—. «¡Ay de mí!», me ocurrirá una desgracia si no anuncio el Evangelio, y san Pablo comenta: «Predicar el Evangelio no es para mí un motivo de orgullo, ese es mi sino. Sí, ¡ay de mí si no predico el Evangelio!» Además emplea la palabra «sino», que en las tragedias griegas significaba lo que no se podía evitar del destino, la «*ananké*». Es una necesidad, yo no puedo obrar de otro modo. Sí, ¡ay de mí!

Estas dos frases van a preparar e hilar la oración de san Pablo. La frase de su conversión es el origen de sus dos intuiciones fundamentales: «No hay ya judío o griego, no hay siervo o libre, no hay varón o hembra, porque todos sois uno en Cristo Jesús»²⁵⁷. El Reino, el Cuerpo de Cristo engloba a toda la humanidad y transforma las categorías sociales y humanas.

La segundo gran intuición de san Pablo es la salvación por la fe en Jesucristo y no por la ley. Hay que tener esto muy presente para captar toda la hondura de la oración apostólica y evangélica de este hombre. La salvación por la fe en Jesucristo y no por la ley se repite en todas sus cartas: «Por Jesucristo perdí todo aquello y lo tengo por basura con tal de ganar a Cristo e incorporarme a él, no por tener la propia rectitud que concede la ley, sino la que viene por la fe en Cristo, la que concede Dios como respuesta a la fe»²⁵⁸. Esta salvación por la fe en Jesucristo y no por la ley marcará en san Pablo la primacía de lo interno sobre lo externo. Jesús había dicho: «Nada hay fuera del hombre que entrando en él pueda hacerle impuro, sino lo que sale del hombre, eso es lo que le hace impuro»²⁵⁹. No es lo que entra en el hombre, sino lo que sale de su corazón, lo que cuenta. Es la primacía del espíritu sobre la letra: el espíritu vivifica, la letra mata. Es la primacía de la gracia sobre las observancias externas. Todo esto nos conduce a lo más íntimo de la oración, a la primacía de la pureza del corazón sobre las purificaciones legales, la primacía de la fe sobre las obras. No obstante, san Pablo no desprecia nada. Sigue «hebreo, hijo de hebreo», y en cuanto a la ley, fariseo²⁶⁰. Pero todo, tanto lo sagrado como lo

²⁵⁵ Hch., 9, 5

²⁵⁶ I Co., 9, 15.

²⁵⁷ Ga., 3, 28.

²⁵⁸ Flp., 3, 7-11.

²⁵⁹ Mt., 15, 17-20; Mc., 7, 15 y sig

²⁶⁰ Flp., 3, 5



profano, es campo para la santificación interior por el Espíritu: «Ya comáis, ya bebáis o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios»²⁶¹.

A causa de estas dos intuiciones, si la base de su vida de apóstol es la elección gratuita, la llamada, la vocación que viene de Dios; si el punto de apoyo, la seguridad del apóstol Pablo, es ser «apóstol por la gracia de Dios», la palanca con la que va a levantar el mundo no puede ser sino la oración. La oración no es para él un ejercicio que hay que hacer, ni sencillamente un encuentro con Dios —digo «sencillamente», como si la oración fuera algo sencillo—, sino que se inscribe en el descubrimiento que hizo de Jesucristo en el camino de Damasco: es apostólica.

¿Cuáles son los rasgos más característicos de la oración de Pablo? El primero, el que Pablo va a vivir y va a recordar a todos con insistencia, es la palabra de Jesús, que nos transmitió Lucas: «Les dijo una parábola, mostrando que era preciso orar siempre sin desfallecer», es la parábola de la viuda y del juez que no atendía a nadie²⁶². Algunas traducciones subrayan la relación entre Lucas y Pablo, diciendo que el lenguaje de Lucas—«les dijo una parábola, mostrando que era preciso orar siempre»—está tomado de Pablo.

Orar sin cesar, sin cansarse nunca: toda la enseñanza de Pablo está contenida en estas palabras. Jesús no nos ha dejado un tratado sobre la oración, pero nos dijo: «Perseverad en la oración.» Los primeros cristianos recordarán esta enseñanza de Jesús y «perseveraban en la oración». Por eso, lo primero que Pablo recuerda—y nos enseña con su vida, porque tampoco escribió ningún tratado sobre la oración—es: «Orad sin interrupción.» Lo mismo que dijo Jesús. No tenemos que cansarnos leyendo y volviendo a leer las frases en las que Pablo repite que hay que orar sin desfallecer, sin desalentarse. La palabra que se repite en sus cartas una y mil veces es justamente «sin cesar»: «orad sin cesar», «orad en todo tiempo», «orad noche y día», «orad en todo momento».

Por ejemplo, a los romanos: «Incesantemente me acuerdo de vosotros, rogando siempre en mis oraciones»²⁶³. Pablo no ha sido deformado por el estilo eclesiástico, ni por los seminarios ni la burocracia piadosa. Sin embargo, escribe: «Incesantemente me acuerdo de vosotros, rogando siempre en mis oraciones.» Si dice esto debe ser verdad y no demasiado exagerado, aunque sea hombre del Mediterráneo.

«Hermanos—escribe también a los romanos—, el deseo de mi corazón y mi petición es que se salven»²⁶⁴. Esta súplica, deseo de su corazón, es incesante porque brota de un corazón, que late con esta obsesión. «No ceso de dar gracias por vosotros y de hacer memoria en mis oraciones por vosotros»²⁶⁵.

Hay en la continuidad de esta incesante oración dos elementos que siempre se dan juntos en san Pablo: la súplica y la alabanza. Para él, súplica y alabanza son dos realidades en una sola, que llama: «oración penetrada de acción de gracias». Escribiendo a los filipenses dice: «Doy gracias a Dios—doy gracias es la alabanza—, rogando siempre y en todas mis oraciones con alegría por vosotros»²⁶⁶.

La súplica apostólica de Pablo está siempre unida a su oración.

²⁶¹ I CO., 10, 31.

²⁶² Lc., 18, 1.

²⁶³ Rm., 9, 10.

²⁶⁴ Rm., 10, 1.

²⁶⁵ Ef., 1, 16

²⁶⁶ Flp., 1, 3-4.



Con mayor precisión les dice: «En toda ocasión presentar a Dios vuestras peticiones mediante la oración y la súplica, acompañadas de la acción de gracias»²⁶⁷. Es importante, porque esto nos dará alegría. Si sólo hiciéramos oración de petición y súplica, acabaríamos por estar tensos, sombríos, poco simpáticos. Pero la oración, la súplica, que Pablo no cesa de vivir, va siempre acompañada de alegría. Es el secreto de Pablo, el recurso de la unión con Dios y de la alegría, aun en el sufrimiento: «Damos gracias sin cesar a Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, por vosotros en nuestras oraciones»²⁶⁸. No se contenta con orar, da gracias a Dios, como el leproso que volvió, el único de los diez que fueron curados por Jesús, para darle gracias. Cuando Pablo ora, al mismo tiempo da gracias.

Lo que dijo un día Jesús: «Padre, te doy gracias porque sé que siempre me escuchas»²⁶⁹, Pablo lo repite y podemos repetirlo también nosotros. A los tesalonicenses les dice: «En todo momento damos gracias a Dios por vosotros, recordándoos sin cesar en nuestras oraciones»²⁷⁰. Siempre la alegría y la alabanza desbordan de su corazón.

Se puede decir que la acción de gracias en san Pablo incluye los otros elementos de su oración, los reúne todos. A causa de lo que hemos recibido una vez para siempre en Jesucristo—«si conocieras el don de Dios»—tenemos una mina inagotable de acción de gracias. No podemos ya orar sin partir de ese don.

Es muy significativo que para Pablo la colecta por la Iglesia de Jerusalén—algo muy material, reunir dinero para ayudar a esta Iglesia—sea también motivo de acción de gracias: «Sois ricos en todo para toda largueza, la cual provocará, por vuestro medio, acciones de gracias a Dios».²⁷¹

Súplica y alabanza, unidas siempre, son en Pablo una sola oración.

Dice también a los tesalonicenses: «¿Cómo podremos agradecer a Dios—dar gracias—por vosotros, por todo el gozo que por vuestra causa experimentamos ante Dios? Noche y día le pedimos insistentemente poder ver vuestro rostro y completar lo que falta a vuestra fe»²⁷². Pablo no desprecia la oración de súplica, quiere volver a ver a esos seres queridos, desea estar con ellos. Hay que señalar que no sólo no desprecia las peticiones, sino que también pide para él. No duda en pedir verse libre de ese misterioso agujijón de la carne «clavado en él»: «Por tres veces he suplicado al Señor que se alejase de mí este agujijón.» Pide para él, pero su oración no es escuchada, puesto que el Señor le responde: «Te basta mi gracia.» Pablo, escuchado tantas veces, ahora, visiblemente, no lo ha sido:

«Te basta mi gracia»²⁷³. Es duro para él este rechazo, pero si el poder de Dios se manifiesta así, Pablo se alegra, a pesar de todo: «Me complazco en mis flaquezas..., pues cuando soy débil, entonces es cuando soy fuerte»²⁷⁴.

Su oración de acción de gracias le lleva a pedir lo que es necesario para el bien de todos: una vez será la colecta, otra volver a verlos o, como algunos traducen, «hacer memoria». Esto es otra expresión muy característica de la oración de Pablo. En el culto de los judíos de su tiempo «hacer memoria» era un acto religioso capital: era la revivificación de un acontecimiento

²⁶⁷ Flp., 4, 6.

²⁶⁸ Col., 1, 3

²⁶⁹ Jn., 11, 41-42.

²⁷⁰ I Ts., 1, 2.

²⁷¹ I Co., 9, 11

²⁷² I Ts., 3, 9-10

²⁷³ II Co., 12, 8-9.

²⁷⁴ II Co., 12, 10.



pasado, actualizándolo de nuevo. Esto estaba tan grabado en Pablo, que espontáneamente «hace memoria» de sus hermanos, reactualiza en él el recuerdo de ellos: «Doy gracias a Dios —siempre en la trama de su oración—, a quien sirvo, a ejemplo de mis mayores—también aquí habla de sus antepasados—, con pura conciencia, y sin cesar—¡sin cesar!— noche y día hago memoria de ti en mis oraciones»²⁷⁵.

Al hacer memoria de las personas, las revive en él, y así en la breve carta a Filemón dice: «Haciendo sin cesar memoria de ti en mis oraciones, doy gracias al Señor.» Otro ejemplo de la continuidad de la oración de san Pablo.

El segundo rasgo de la oración de san Pablo es ser apostólica, vinculada al misterio de Cristo, que ha descubierto, y al Evangelio, que quiere anunciar. En él, la oración y la obra apostólica es una sola cosa. Por esto mismo, la oración se convierte para él en una lucha, será un combate. Estamos lejos de los sonidos acompasados y armoniosos de los cánticos—ciertamente, el canto es una manera digna y hermosa de alabar a Dios, como el salmista lo prueba—; para Pablo, su oración, porque es apostólica, es, ante todo, un combate: «Os suplico que luchéis juntamente conmigo en vuestras oraciones, rogando a Dios por mí»²⁷⁶.

Exhorta a los colosenses, recordándoles que no está solo, que otros hermanos lo han comprendido: «Epafras, que en todo momento combate por vosotros en sus oraciones»²⁷⁷.

Es un combate por todos, En esta misma epístola, Pablo se vale de su propia lucha apostólica: «Quiero que sepáis qué lucha sostengo por vosotros, por los de Laodicea y por cuantos no me han visto personalmente»²⁷⁸. La vida apostólica es una batalla, pero la oración es el salto de esta batalla apostólica.

La oración apostólica es una batalla, una lucha, porque es un alumbramiento. Es el alumbramiento del Cuerpo de Cristo por la predicación, por el anuncio de la Buena Nueva: «Sólo tenéis un padre, que os engendró en Cristo por el Evangelio»²⁷⁹. Y dice a los gálatas: «Hijos míos, por quienes sufro de nuevo dolores de parto hasta ver a Cristo formado en vosotros»²⁸⁰.

La epístola a los tesalonicenses tiene un pasaje en que Pablo se compara a la vez al padre y a la madre: «Nunca hemos usado de lisonjas con vosotros, Dios es testigo, antes bien nos hicimos pequeñuelo en medio de vosotros». Porque se hace pequeño va a poder ser padre y madre: «Como una madre que alimenta y cuida con cariño a sus hijos—hay algo maternal en este alumbramiento de Cristo en los cristianos—, tal era nuestro amor por vosotros, que queríamos no sólo daros el Evangelio de Dios, sino incluso nuestro propio ser, porque habíais llegado a sernos muy queridos. Ya os acordaréis de nuestras penas y fatigas y cómo día y noche—como una madre, que no descansa, hay que estar levantado tanto de noche como de día—trabajamos para no ser gravoso a ninguno de vosotros.» Al mismo tiempo, Pablo es un padre: «Como un padre a sus hijos, lo sabéis bien, os exhortamos—si la madre es la ternura, el padre es padre a pesar de todo— a cada uno de vosotros, alentábamos y quizá reprendíamos para que llevarais una vida digna de Dios, que os ha llamado a su Reino y a su gloria»²⁸¹.

²⁷⁵ II Tm., 1, 3.

²⁷⁶ Rm., 15, 30

²⁷⁷ Col., 4, 12

²⁷⁸ Col., 2, 1

²⁷⁹ I Co., 4, 15

²⁸⁰ Gá., 4, 19

²⁸¹ I Ts., 2, 12

Santo Domingo Tandil



En este contexto se sitúa la oración de Pablo, una lucha, un alumbramiento: «De modo que la muerte actúa en nosotros; en vosotros, la vida», dice a los corintios²⁸². Lo mismo dirá san Juan: «Si alguno ve que su hermano comete un pecado, pida y le dará la vida»²⁸³. La vida del hermano procede de la oración, Juan lo ha experimentado también.

Abramos un paréntesis. No soy contrario-a nada, pero las cosas de Dios son tan grandes y nos sobrepasan tanto, que no tienen medida común con las cosas humanas por buenas que sean. Pues bien, tenemos que comprender que los métodos, las técnicas, todo lo que se pueda encontrar: el zen, el yoga, el loto, nada de esto puede sustituir a la quemadura incandescente de un corazón poseído por una pasión fuerte. Porque Pablo, a la vez padre y madre, sufre los dolores del alumbramiento por Cristo y por los miembros del Cuerpo de Cristo, su oración tiene toda esta fuerza. Podremos buscar todos los métodos, pero siempre nos quedaremos en el plano de la técnica.

Lo que nos hace falta es prender el fuego en nosotros. Sin esto volveremos a caer en las observancias que Pablo no quería. Entre una loba madre, que aúlla ante su lobezno muerto, y un empleado de pompas fúnebres que os estrecha la mano al daros el pésame, con la factura en la otra, hay un amplio margen. La oración es la quemadura, es la loba que aúlla. A esto hay que tender, a prender la llama en nosotros. Entonces la oración alcanzará su vitalidad. Vale lo que pesa la pasión que la inspira. «¿Quién nos separará del amor de Cristo? Sí, estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni criatura alguna, ni la turbación, ni la angustia, ni el hambre..., podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús»²⁸⁴.

Cuando Pablo expresa así, a gritos, su fe, su certeza, no necesita métodos para gritar, quema por sí solo. Pero ese alumbramiento no es uno solo. Pablo pide las oraciones de sus hermanos, y cada vez que se las pide es para que el Evangelio realice su obra. Es para que la imprecación «¡hay de mí si no evangelizare!» se cumpla. «Hermanos, orad por nosotros para que la palabra del Señor siga propagándose»²⁸⁵. Y a los efesios: «Orad también por mí para que me sea dada la palabra al abrir mi boca»²⁸⁶.

Hay en San Trófilo de Arles, en Provenza, una estatua de san Pablo muy antigua y estropeada por el tiempo. No le queda intacta más que la boca. Tiene la nariz rota y las orejas desgastadas. Pero su boca abierta impresiona, tanto más cuanto que no queda casi más que ella. Muy buena ilustración para lo que decía Pablo a los efesios: «Orad por mí para que me sea dada la palabra al abrir mi boca y pueda dar a conocer con valentía el misterio del Evangelio, del cual soy embajador entre cadenas, y pueda hablar de él valientemente, como conviene.» Tal es la petición del apóstol Pablo, su oración y la que solicita de sus hermanos.

Tercer rasgo de la oración de Pablo: no podemos ponerle título, porque nos encontramos ante una paradoja. Dice a los romanos: «Siento una gran tristeza y un dolor incesante en el corazón, pues desearía ser yo mismo anatema por mis hermanos»²⁸⁷. Está en plena lucha y sufre en el combate. Esta es la paradoja: al mismo tiempo este hombre, que está en un dolor incesante, tan incesante como su oración, puede decir: «Sobreabundo de gozo en todas mis

²⁸² II Co., 4, 12.

²⁸³ I Jn., 5, 16.

²⁸⁴ Rm., 8, 35-39

²⁸⁵ II Ts, 3, 1.

²⁸⁶ Ef., 6, 19

²⁸⁷ Rm., 9, 2.



tribulaciones»²⁸⁸. He oído esta frase una vez, y era verdaderamente oírla a san Pablo vuelto a la vida, en boca de Pablo VI. Estábamos mano a mano. El papa me decía sus tristezas, que son los dolores de la Iglesia. No es precisamente saber si tiene artrosis o no lo que le preocupa, son los sufrimientos, las miserias de la Iglesia: «A pesar de todo—decía—, hay cosas grandes en la Iglesia.» Y de pronto se le iluminó la cara: «¡Ah!, sí, reboso también de gozo en estas tribulaciones cuando veo cosas tan hermosas.» Yo no sabía ya si oía a Pablo VI o a san Pablo.

La paradoja de san Pablo es esta mezcla de sufrimiento y de alegría. «Me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros y completo en mi carne lo que falta a la Pasión de Cristo en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia. Trabajo, luchando con la fuerza de Cristo, que actúa poderosamente en mí»²⁸⁹. Es la realización de lo que decía el Señor: «Hay que orar siempre sin jamás desfallecer.» Es el *leitmotiv* de san Pablo en todas sus cartas, ya sea a los corintios, a los gálatas, a los tesalonicenses, a los efesios: «En cuanto a vosotros, hermanos, no os canséis de hacer el bien. No digáis "ahora ya basta, estoy harto". Por eso, misteriosamente investidos de este ministerio, no desfallecemos»²⁹⁰. Y «no nos cansemos de hacer el bien»²⁹¹. A los efesios les dice:²⁹² «Os pido que no os desaniméis a causa de las tribulaciones que padezco.»

Encontramos aquí una de las características del Antiguo Testamento, expresada por una palabra que habitualmente se aplica a Dios, pero que llega a ser una virtud del hombre de oración, la *hesed*. La *hesed* del Antiguo Testamento es el afecto que se siente hacia alguien, pero ese afecto implica la mutua ayuda y una abnegación fiel y eficaz. Respecto a Dios, la *hesed* es la alianza, fruto de la fidelidad de Dios, del amor misericordioso de Dios a Israel, su primogénito. Pero respecto al hombre es una amistad afectuosa, una amistad tímida a la vez, porque teme hacer algo que desagrade al que ama. Este es el clima de la oración en san Pablo.

El *hassid*, el hombre que vive en este clima y en este estado de oración, tiene un amor a Dios que es al mismo tiempo afectivo y respetuoso. El *hassid* reúne el sentido de las palabras "afecto", «amor», «culto». Este sentimiento fundamental de afecto amoroso a Dios transforma los deberes de la vida cristiana a la luz del misterio del amor de Dios hacia nosotros.

Tal es esta virtud en el hombre. Y Cristo es la imagen, el ícono perfecto del *hesed* de Dios y de su plenitud en el hombre. Pero ¿cómo traducir esta palabra? Temo que la empleada habitualmente nos desilusione. Hay que entenderla bien.

San Pablo emplea una palabra muy particular, *eusebia*, que se ha traducido, no encontrando cosa mejor, por «misterio de la piedad». Pero «piedad» evoca aquí algo muy distinto a una buena religiosa, muy piadosa, que enciende las velas y hace muy bien las genuflexiones. Hemos usado mucho esa palabra—«es tan piadosa...»—y no vale gran cosa. Hay que devolverle su dimensión verdadera. Para san Pablo es el clima fundamental de la oración, con la caridad, desde luego. San Pablo habla de ella, sobre todo, en las epístolas pastorales; llueven los textos: «Para llevar a los escogidos de Dios a la fe y al conocimiento de la verdad ordenada a la piedad», y a Timoteo: «Para que podamos vivir tranquila, apaciblemente, con toda piedad y dignidad».²⁹³

²⁸⁸ II Co., 7, 4.

²⁸⁹ Col., 1, 24-29.

²⁹⁰ II Co., 4, 1

²⁹¹ Gá., 6, 9; II Ts., 3, 13

²⁹² Ef., 3, 13

²⁹³ Tm., 2, 2

Santo Domingo Tandil



No se trata de «ejercicios» de piedad. Es un clima. Pablo pide a Timoteo: «Ejercítate en la piedad»²⁹⁴, como una de las cosas capitales que debe hacer. Quitemos a esta palabra todo el equívoco de empalago: «La piedad—dice Pablo—tiene la promesa de la vida, de la vida presente y de la futura. Es provechosa para todo... Obrando así te salvarás a ti mismo y a los que te escuchen»²⁹⁵. Hay que restituir esto al clima de la *hesed*. El alma piadosa en el Antiguo Testamento es la que cree en Dios único y se apoya sólo en Él. Conviene a los *anawin*.

Este es, según el padre Spica, el clima de la «piedad»: creer en un Dios santo, todopoderoso, amante; reverenciarle, «temerle», someterse a él totalmente, conformar la propia voluntad con la de él y observar sus preceptos, no por temor, sino con la intención de honrarle. Toda la vida moral y la vida humana se convierten en un cielo y en un servicio religioso. La cumbre, para san Pablo, es Cristo, el «misterio de la piedad», dice él.

Esta piedad aflora en nuestra vida y en nuestra acción. Para Pablo tiene dos consecuencias: primera, libera al hombre del amor a la ganancia, le desprende de los bienes terrenos y del afán de lucro. En sus cartas a Timoteo, Pablo insiste en esto: «Esto debes enseñar y recomendar..., la doctrina que es conforme a la piedad...; ciertamente es un gran negocio la piedad, con tal de que cada uno se contente con lo que tiene...; mientras tengamos comida y vestido, estemos contentos. Los que quieren enriquecerse caen en la tentación»²⁹⁶.

La piedad es también el clima y el mantillo en los que arraiga la oración y da fuerza para sobrellevar las contradicciones. «Tú, en cambio—dice Pablo a Timoteo—, me has seguido en mis enseñanzas... Todos los que quieren vivir en Cristo con piedad—comprendida con todo lo que hemos dicho como acompañamiento de esta palabra— sufrirán persecuciones»²⁹⁷. Y los otros—dice san Pablo— «son malos y charlatanes». La piedad lleva al apóstol al desprendimiento, que libera, y a la fuerza, que resiste a las contradicciones.

¿Por qué impregnar con la oración toda la vida apostólica? Hay cinco razones, por lo menos.

La primera, porque sólo Cristo da el crecimiento. Pablo plantó, otro regó; pero Pablo y Apolo no son sino cooperadores, jardineros, y Dios, sólo Dios da el crecimiento²⁹⁸. Son arquitectos, pero no hay otro fundamento que Jesucristo. Oramos porque sólo Jesucristo puede hacer que crezca la obra apostólica y que germine el grano.

La segunda razón es la siguiente: «Para que la fe se apoye en el poder de Dios y no sobre la sabiduría de los hombres. Hablamos, por el contrario, de una sabiduría divina, misteriosa, escondida»²⁹⁹. Esta sabiduría sólo puede darla Dios, y Pablo se presenta tímido y temeroso ante los otros.

Tercera razón: «Porque nuestra lucha no es contra la carne ni la sangre», no sólo con hombres que predicán tal o cual régimen político. Esos combates son sólo signos, símbolos, la parte visible de todo lo invisible: «No es nuestra lucha contra la carne ni la sangre, sino contra los espíritus del mal»³⁰⁰.

²⁹⁴ Tm., 4, 7.

²⁹⁵ I Tm., 4, 8-16.

²⁹⁶ I Tm., 6, 3-10.

²⁹⁷ II Tm., 3, 10-12.

²⁹⁸ Cfr. I Co., 3, 5-11

²⁹⁹ I Co., 2, 5-7

³⁰⁰ Ef., 6, 12



Cuarta razón: «Porque somos ministros de Jesucristo para los gentiles.» Es la fuerza invencible de Pablo: «Os he escrito con cierto atrevimiento en virtud de la gracia que me ha sido otorgada por Dios de ser para los gentiles ministro de Jesucristo, ejerciendo el sagrado oficio del Evangelio de Dios, para que la oblación de los gentiles sea agradable, santificada por el Espíritu Santo»³⁰¹.

Quinta y última razón: Porque el cristiano es así. ¿Por qué era san Pablo? ¿Por qué nos dice todo lo que acabamos de leer en sus cartas? Porque, Pablo lo sabe, en el cristiano su ser de hijo es la causa de su oración. «Cuando llegó la plenitud de los tiempos—es un credo lo que aquí se nos dice—, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido sujeto a la ley, para rescatar a los sujetos a la ley y conferirnos la adopción filial.»

La oración es el lenguaje de los que han recibido el espíritu de adopción. Para ellos hablar es orar: «La prueba de que son hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: "Abba, Padre". De modo que ya no eres esclavo, sino hijo, y si hijo, también heredero por voluntad de Dios»³⁰². Si el cristiano ora, no es para que avance la obra apostólica, sino porque su ser de hijo de Dios se expresa por la oración: el Espíritu que ha recibido es el que le hace orar.

Con Pablo, y como él, oremos unos por otros, oremos sin cesar, oremos audazmente para abrir la boca que anuncie el Evangelio.

³⁰¹ Rm., 15, 15-16

³⁰² Gá., 4, 4-7.



Hay textos de la Escritura que no podemos leer sin sentirnos angustiados. Son tan verdad, tan sencillos y tan hermosos..., y, sin embargo, nos vemos tan lejos de ellos. Por ejemplo, el himno de la caridad de san Pablo; ante todas las cualidades que enumera del amor fraterno, tan necesarias en la vida, nos avergonzamos de nuestras insuficiencias. Algo semejante se apodera de los santos cuando piensan en María. Expresan su confianza y su gozo inmenso en ella, pero hay, como en voz baja, una queja sentida. Nadie lo ha dicho mejor que san Grignon de Monfort:

«Me dirijo a ti un momento, amado Jesús, para quejarme amorosamente de que la mayoría de los cristianos, incluso muy sabios, no conocen el vínculo necesario que existe entre ti y tu madre»³⁰³.

Esta es la angustia de Monfort, la ignorancia del nexo necesario entre Jesús y su madre. Se queja también de que tampoco conocemos el vínculo que existe entre Jesús y nosotros: «Si conociéramos el vínculo entre Jesús y nosotros, conoceríamos el que existe entre Jesús y su madre.»

Hoy, la oración de María y la oración a María son una verdadera cuestión de actualidad, porque me parece que una parte de la Iglesia—como decía Maritain, «la Iglesia y su personal»—no sabe ya muy bien qué es lo que piensa respecto a María. Por un lado, en Lourdes se bate el récord de afluencia—no sé si es sólo turismo o algo más—y al mismo tiempo se apropia casi por todas partes cierto «minimalismo» respecto a María. Se minimizan sus prerrogativas y se nota cierta incomodidad respecto a ellas: su Inmaculada Concepción, su virginidad perpetua, su maternidad, su Asunción en cuerpo y alma.

Todo esto da actualidad y fuerza a la exhortación apostólica de Pablo VI del 22 de marzo de 1974. Es un texto magnífico, titulado: «Para el ordenamiento y el desarrollo del culto a la Bienaventurada Virgen María». Habla el Papa valientemente sobre lo que él llama el desgaste de las formas de expresión y de piedad respecto a la Virgen María:

«En nuestra época, los cambios en las costumbres, en la sensibilidad de los pueblos, en los modos de expresión de la literatura y de las artes y en las formas de comunicación social han influido en las manifestaciones del sentimiento religioso. Ciertas prácticas, que hace todavía poco tiempo se estimaban aptas para expresar el sentimiento religioso de los individuos y de las comunidades cristianas, parecen hoy insuficientes o inadaptadas porque son esquemas socioculturales del pasado, y ahora se buscan para todo formas nuevas.»

El Papa lo repite después:

«Como se sabe, la veneración de los fieles a la Madre de Dios ha revestido múltiples formas según las circunstancias de tiempo, de lugar, de sensibilidad de los pueblos y de sus diferentes tradiciones culturales. De donde se sigue que las formas de expresión de esta piedad, sujetas al desgaste de los siglos, exigen ser renovadas, reemplazando sus elementos caducos, valorando los que han pasado por la prueba del tiempo e incorporando los datos doctrinales adquiridos por la reflexión teológica...

³⁰³ GRIGNION DE MONFORT, L. M.: *Obras*. B. A. C., Madrid.



Esto supone una actividad creadora auténtica, con el fin de proceder a una revisión asidua de los ejercicios de piedad hacia la Virgen.»

El Papa habla del desgaste de las formas de expresión y de la necesidad de una actividad creadora auténtica. Pero ¿de dónde viene ese malestar difuso respecto a la Virgen María? Parece como si estuviéramos pagando unas separaciones contrarias a la palabra de Jesús: «No separe el hombre lo que Dios ha unido.» Porque hemos separado lo que Dios ha unido tratándose de la Virgen. La hemos aislado, en todo el sentido de la palabra—como una isla— y pagamos ahora las consecuencias de unas actitudes que no eran bastante correctas. Habíamos hecho de María una realidad en sí misma: era hermosa; era santa; era buena, venerable y compasiva, y Dios sabe que lo es infinitamente más de lo que podamos decir, pero habíamos separado a María de su contexto: Cristo. Es verdad que veíamos a Jesús niño y a Jesús muerto en sus brazos, pero para muchos, teológicamente hablando, María no estaba ya ligada a Cristo. En las fiestas en que era honrada, como en todo lo que de ella se decía, faltaba esta relación. Santa Teresa del Niño Jesús tuvo en este punto, como en otros muchos, una intuición teológica extraordinaria para su tiempo al decir que «María era más Madre que Reina», cuando todo el entorno de Teresa honraba más a María Reina que a María Madre, minimizando así, de hecho, el vínculo con su Hijo. Aún más, en la devoción del siglo XIX y de los comienzos del XX no sólo se consideraba a María separada de Cristo, sino que el mismo Cristo era separado del Padre. Cristo era el amigo, el hermano, el alimento del alma. Todo esto es más cierto de lo que podamos decir, pero a este Cristo no se le veía suficientemente vuelto hacia el Padre, El, que es por esencia la imagen del Padre: «Felipe, quien me ve a mí, ve al Padre.» Hay que confesar que en cada época somos herejes, según el sentido etimológico de la palabra—herejía == doctrina separada de la fe total—. En cada época nos separamos, dejamos caer un aspecto del misterio, y al separar una parte del conjunto cometemos una «herejía». Magnificamos una idea exacta, pero olvidando la relación de esta realidad con las otras. Hoy, a fuerza de poner al Espíritu Santo por todas partes—y Dios sabe que está en todas partes y más de lo que nadie pueda decir nunca—, cuidemos de no caer en el absurdo que sería separarlo del Padre y del Hijo, a El, que «procede del Padre y del Hijo».

Jesús sin María o María sin Jesús. Quizá en otro tiempo fue María sin Jesús. Hoy, que corremos el riesgo de hablar de Jesús callando a su Madre, caeríamos en un Cristo mutilado y truncado, un Cristo que perdería en seguida su verdadera identidad. El padre Bouyer³⁰⁴ escribía:

«La historia lo demuestra: un cristianismo que no quiere rendir a María el homenaje que la Iglesia le tributa es un cristianismo mutilado. Durante algún tiempo puede parecer que ha guardado lo esencial conservando a Cristo, pero esta apariencia se revela en seguida como ilusoria. Cuando se rechaza lo que tiene de único su Madre, el Cristo que ese cristianismo creía guardar es un Cristo . desfigurado. Dios y la humanidad no se encuentran ya en él.»

Es lo que puede pasar hoy. Glorificamos a Cristo, lo exaltamos y está bien. Pero Cristo sin María perderá pronto su humanidad, lo queramos o no.

La exhortación de Pablo VI insiste magistralmente en la relación entre Cristo y María. Expone todo lo que en María hay de trinitario: María inseparable del Padre y de Cristo. Es, además, la obra más maravillosa del Espíritu Santo y, por el mismo Espíritu, es un vínculo de unión irrompible con la Iglesia.

³⁰⁴ BOUYER, L.: *Le trône de la sagesse*. Le Cerf, París



Todo en la Virgen se relaciona con Cristo, depende de él. «Si queréis comprender a la Madre, comprended al Hijo», decía Grignon de Monfort. Para Cristo eligió Dios Padre desde toda la eternidad a María como Madre. «Antes que el mundo fuera, yo existía en el pensamiento de Dios. Este texto de los Proverbios, relativo a la sabiduría de Dios, la liturgia lo aplica a María y es profundamente verdadero. La Encarnación de Cristo estaba ya ligada a este pensamiento, a esta espera, a la presencia de María. Para Cristo, Dios escogió a María y la adornó con los dones del Espíritu. Un mismo pensamiento de Dios quiso al Verbo hecho carne y a María. Así, María llegó a ser la «morada del Rey», el lugar de descanso del Verbo: «plantó su tienda entre nosotros». Ella es el tabernáculo. La idea de tabernáculo aplicada en la Escritura a Jerusalén, la ciudad santa, tiene idéntico sentido en María. María es la Iglesia. Nacemos en la doble maternidad de María y de la iglesia, como decía Isaac de l'Etoile hace mucho tiempo: «Una y otra—María y la Iglesia—son Madres del Cuerpo de Cristo, pero ninguna engendra sin la otra todo el Cuerpo de Cristo.» María es la palabra que termina el misterio de Cristo.

Entre los grandes remedios que propone Pablo VI para «devolver su sentido al culto de María», indica con precisión la orientación bíblica:

«El desarrollo de los estudios bíblicos, el ejemplo de la tradición y la acción íntima del Espíritu llevan a los cristianos de nuestro tiempo a valerse cada vez más de la Biblia, como del libro fundamental de la oración, y a encontrar en ella inspiración y modelos incomparables.»

A través de la Biblia, María adquirirá «un vigor nuevo y una imagen nueva».

Yo quisiera exponeros sencillamente el misterio de María, tal como yo lo he recibido. No invento nada. Lo he recibido de un dominico, el padre Rogatien Bernard ³⁰⁵.

Con María no forjamos un mito, no exaltamos un ídolo—aun cuando ha habido excesos al separar a María de Cristo y a Cristo del Padre—, sino que descubrimos un misterio admirable: en esta doncella habita el Verbo, Hijo de Dios, no sólo en el alma, sino corporalmente, «*in útero*», dice santo Tomás de Aquino, que no tiene, miedo a las palabras. Ahí está, en su útero, en su seno. Es la Virgen del Adviento. Y esta presencia de Cristo en María no era una maravilla inconsciente en ella: el ángel le pregunta si acepta comprometerse en este asunto, y el *Magnificat* prueba hasta qué punto tuvo conciencia del misterio: «Mi alma engrandece al Señor..., ha mirado a su esclava, ha hecho en mí maravillas.» Lo sabe. Seguramente no sabe todo, pero «conscientemente» aceptó esta maternidad. Recibe y contiene a Cristo en nombre de todos y antes que el mundo entero.

Me maravillo con santo Tomás de Aquino de este «conscientemente» en sus cuatro dimensiones: en primer lugar, María concibió al Verbo inconscientemente por su fe, antes de concebirlo en su carne. Es la exclamación de Isabel y de toda la tradición de la Iglesia: «Dichosa tú, que has creído.» San Agustín decía:

«María es más dichosa por comprender la fe en Cristo que por concebir la carne de Cristo. Su vínculo materno no le hubiera servido de nada si no hubiera sido más feliz por tener a Cristo en su corazón que por llevarlo en su seno,»

María recibe a Cristo conscientemente para poder ser así su testigo seguro, testigo con pleno conocimiento de causa. Tenemos todo derecho a pensar que fue María quien dio los detalles concretos de la infancia de Jesús del Evangelio de Lucas, aunque Lucas los revistiera con lenguaje bíblico. Cuando se nos dice que María conservaba todas estas cosas en su corazón, se trata menos de ella que de Cristo, de quien iba a ser el primer testigo.

³⁰⁵ BERNARD, R.: *Le mystère de Mane*. Desclée de Brouwer. París.

Santo Domingo Tandil



Añadiremos que es consciente de éste hecho para que haya una expresión auténtica de su obediencia. Lo que Eva había destruido con su desobediencia, María lo reconstruye con su obediencia libre: «He aquí la esclava del Señor.»

Por último, es consciente de este hecho para demostrar que «entre el Hijo de Dios y la naturaleza humana se consagraba como un matrimonio espiritual». Son en verdad los desposorios del Verbo y de la naturaleza humana, del Verbo y de cada uno de nosotros. Santo Tomás de Aquino escribe: «De este modo, el consentimiento de María, aun siendo el de una sola persona, era esperado como si fuera el de la humanidad entera.»

Con frecuencia admiramos a Abraham, pero María es el nuevo Abraham e infinitamente más que Abraham. Abraham salió de su tierra sin saber adonde iba, en una marcha que le llevaba más allá de todo camino previsible y trazado. Para María se abría un camino y un itinerario fuera de todas las rutas imaginables; verdaderamente inimaginables sin tener fe. Abraham marcha confiado en una palabra, en una promesa, en unos verbos en futuro.

María parte también confiada en una sola palabra, pero mucho más extraordinaria: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti.» Todo lo que admiramos en Abraham lo encontramos en María, e infinitamente más, porque se trata de una aventura infinitamente más alta. Uno y otra tienen una fe y un amor que les llenan lo suficiente como para no pensar en sí mismos ni en el futuro. María no piensa en ella y esto es lo más íntimo de su virginidad: está poseída por el amor y por el que va a recibir. Está entregada también a la fe, porque si está exenta de toda falta en su concepción inmaculada, no está libre de ignorancia: las cosas se revelan poco a poco. ¿Cómo puede ser esto? «Hijo mío, te buscábamos desde hace tres días.» Ha vivido más que nadie una vida de fe. Sabe lo que es el progreso espiritual, las esperas, las preparaciones y el gozo de la plenitud. Ha conocido la aurora, el deslumbrante mediodía y la noche también, cuando una espada de dolor le atravesó el alma al pie de la cruz.

Dos cosas tan sencillas como sublimes se reparten la actividad de la Virgen, y en ellas es soberanamente nuestra ante Dios. También en esto si Jesús es inseparable de su 'Madre, María es inseparable de nosotros; también ella ha sido creada «por nosotros y por nuestra salvación». «Pone la sustancia más pura de nuestra humanidad a disposición de Dios», escribe el padre R. Bernard. Esta doncella, preservada de toda mancha justamente para esto, pone su humanidad de mujer—y a través de su humanidad, la de todos los hombres—a la disposición de Dios:

«He aquí la esclava del Señor.» «Y pone al Hijo de Dios, hecho hombre y hecho hijo suyo, a disposición de la humanidad.» En este doble movimiento, en el que da nuestra humanidad a Dios a través de la suya, y Dios a nuestra humanidad, es Arca de la Alianza y el arco iris que une el cielo con la tierra. Desde el instante de la Anunciación, María es toda de la Iglesia. Hubo un momento en que toda la Iglesia era sólo la Virgen. El futuro entero estaba comprendido en ella. No es poesía, es teología, y mejor que teología, es nuestra vida.

Cuando pronunciamos la palabra Iglesia—que con frecuencia empleamos tan mal—tenemos que ver a la Virgen. En un momento preciso de la historia de la Revelación, ella es todos los hombres y toda la Iglesia. La Iglesia quedará iluminada con esta luz, no sólo en esta vida, sino perpetuamente.

Escuchemos a san Juan de la Cruz, porque sólo tres categorías de personas hablan bien de María: los poetas —los verdaderos poetas—, los teólogos—también los verdaderos—y los santos, porque la gracia hace poeta y teólogo:

Entonces llamó a un arcángel
que San Gabriel se decía,

Santo Domingo Tandil



y enviólo a una doncella
que se llamaba María,
de cuyo consentimiento
el misterio se hacía;
en la cual la Trinidad
de carne al Verbo vestía,
y aunque tres hacen la obra,
en el uno se hacía;
y quedó el Verbo encarnado
en el vientre de María.
Y el que tenía sólo Padre,
ya también Madre tenía,
aunque no como cualquiera
que de varón concebía;
que de las entrañas de ella
El su carne recibía:
por lo cual «Hijo de Dios»
y «del hombre» se decía.

Después del santo poeta, el santo teólogo, santo Tomás de Aquino:

«En María, Cristo toma el cuerpo que necesita, de ella recibe la naturaleza humana, con la que quiere vestirse. Ella recibió en su ser al que es la plenitud de la gracia, de cuya sobreabundancia vivimos nosotros. Ella, al darlo después al mundo, derivó sobre nosotros el manantial mismo de la gracia»³⁰⁶..

María es la humanización de Dios. No da a Jesús una naturaleza humana de conveniencia, sino que le da todo lo natural, todo lo «humano» que necesita para ser verdaderamente un hombre—hebreo, galileo, nazareno—; todos los detalles que dan las Escrituras, «para que tenga en todo la condición de los hombres, salvo el pecado», como dice san Pablo. Todos Sus cromosomas, Jesús los recibe de María, y no sólo las células, sino las actitudes, las entonaciones, los gestos, todo lo que un niño toma de su madre y que hace de él un hombre verdadero.

Le ofrece también, pero recibéndolo de El, porque ella es la primera en beneficiarse, «todo lo sobrenatural que necesita encontrar en nosotros para sentirse como en su morada». Ella naturaliza a Dios, le da su tarjeta de identidad humana, terrestre, y al mismo tiempo—y es la divinización del hombre—ofrece a la humanidad y lo propaga el incendio que Jesús vino a prender en la tierra. Nos incorpora a él. Dé aquí que María sea modelo de todo cristiano y de todo misionero. Un cristiano, sea quien fuere, casado o soltero, religioso o laico, en un país lejano o en su pueblo natal, está encargado de «humanizar» a Dios: es, o procura serlo, el Cristo particular, el rostro de Cristo para los que le rodean. No es esto sentimentalismo, es el realismo de la Encarnación.

Se puede decir que, la maternidad de gracia de María **se** resumen en dos frases; estas dos frases del padre Bernard, tan densas: «Desde la Anunciación, María pertenece toda a su Hijo, pero se hace patente en seguida, desde la Anunciación, que su Hijo es de todo el mundo.»

El Niño que María lleva en su seno es para nosotros. Ella le lleva, pero El dirige a su Madre. Pensemos que María es la única madre en el mundo que ha sido escogida por su hijo.

³⁰⁶ TOMAS DE AQUINO: *Suma Teológica*, III. Q. 30. B. A. C., Madrid.

Santo Domingo Tandil



Nunca un hijo ha escogido a su madre. Jesús, Cristo y Señor, hace de María la primera cristiana inigualable a causa de esta maternidad. Mejor que san Pablo puede decir: «Por Jesucristo, mi Señor, perdí todas las cosas, y las tengo por basura para ganar a Cristo y ser hallada en Él, no por tener la rectitud que concede la ley, sino la que viene por la fe en Jesucristo»³⁰⁷. Lo que san Pablo puede decir y vivir, mucho más lo vive María, la justicia que viene de Dios y se apoya en la fe.

«Conocerle a Él—es lo que ella vivió—, el poder de su Resurrección y la comunión en sus padecimientos, hasta hacerme semejante Él en su muerte, tratando de llegar a la resurrección de entre los muertos»³⁰⁸. María será la primera resucitada de entre los muertos.

Podemos decir que ella también amó tanto al mundo que le dio su único Hijo, el Cordero de Dios. Y que «completa en su carne lo que falta a los padecimientos de Cristo en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia». En el Calvario, la compasión de María, que recuerda la profecía de Simeón, se pierde en la Pasión de Cristo. Es lo que dice Claudel: «La cruz no es para ella el momento de llorar, sino de aprender una lección de catecismo.» Jesús, al dar en la cruz María a Juan y Juan a María, no crea los vínculos espirituales que quiere ver entre María y nosotros, sino que consagra los que ya se crearon en la Encarnación. María es Madre nuestra desde el instante en que fue Madre del Emmanuel del Dios con nosotros.

María es, como criatura, la primera redimida. Como dice san Francisco de Sales: «Jesús es el abogado de justicia» por su sangre y su divinidad; María, con los santos, es «abogado de gracia», pide por la Pasión del Salvador. «Pide, como nosotros, por la virtud de su Hijo.» Por esta razón tenemos en María el modelo de lo que es la obra de la gracia de Dios en el hombre. Por eso también no son inútiles la filosofía ni la teología. Cuando durante días enteros, por la lectura, la oración y el estudio de los filósofos y de los teólogos, hemos intentado penetrar en las grandezas de Dios, más grande que todo lo que podamos pensar, imaginar o concebir de Él, el Ser más allá de todo e indecible; cuando nos hemos quedado abrumados por el Ser de Dios origen de todo ser, en quien tenemos la vida, el movimiento y el ser, el que se explica por sí mismo y es explicación de todo; cuando hemos querido abrir los ojos de la fe y dilatar el corazón y la inteligencia; cuando hemos dicho las letanías, inagotables e insondables, de Dios; cuando hemos hecho todo esto, y añadimos después estas cortas palabras: «Santa María, Madre de Dios», ¡qué asombro Después de haber visto las grandezas de Dios, poder decir: «Santa María, Madre de Dios», Madre del que hemos considerado en su grandeza y que es más grande de lo que podemos decir de Él; Madre de Dios, del «que es», del que «está con nosotros», que se ha hecho- hombre en María, ¡qué prodigio maravilloso! «El que la tierra no puede contener, el que ha creado los, cielos y los astros: María, en tu seno se ha hecho hombre.»

Desde esta altura tenemos que contemplar la humildad de María, una humildad «humilde» y discreta, porque sólo con una humildad así se puede recibir la luz absoluta sin quemarse y sin guardarla para sí. Porque María no se mira a sí misma, su humildad y su oración son una sola cosa. La oración de María es como un espejo purísimo que no guarda nada de la luz, sino que la refleja toda. Toda la luz de Dios desciende hasta María, que, según la antigua invocación de las letanías de la Virgen, es «Espejo de justicia». Es una expresión antigua renovada hoy, cuando se sabe cómo los astrónomos modernos hacen telescopios con espejos. Las gentes de la Edad Media, al invocar a María con este título, no pensaban en eso. Pero para nosotros la

³⁰⁷ Flp., 3, 8

³⁰⁸ Flp., 3,10

Santo Domingo Tandil



expresión «Espejo de justicia» es rica de sentido. Para hacer un telescopio de espejo, que pesará varias toneladas, hay que verter cristal o un producto absolutamente puro sin la más mínima burbuja de aire dentro de la masa y sin nada que pueda enturbiar en manera alguna la pureza absoluta. Esta operación exige meses para el enfriamiento del espejo, y después años para acondicionarlo y pulirlo, con el fin de que ninguna mancha, ningún defecto ni error en su superficie pueda deteriorar o deformar la luz de las estrellas y de las galaxias más lejanas. Pues bien, la Santísima Virgen ha sido y es ese espejo sin mancha, ese espejo que no deforma nada, y que al recibir el esplendor de la divinidad no retiene nada para sí, todo lo devuelve a Dios. No hay oración más elevada: un espejo así es oración.

También en la historia de la Iglesia descubrimos la discreción y la humildad de María, pero sólo poco a poco y gradualmente. En algunas épocas, la Iglesia exalta a María, le canta el *Magnificat*, construye en su honor magníficas catedrales. Pero vienen después tiempos de silencio, tiempos de olvido, tiempos de adolescencia, en los que un hijo no sabe ya reconocer la grandeza de su madre. Habrá presencias calladas y reconocimientos explícitos. Efeso con la *Theotokos*³⁰⁹ cuando toda la cristiandad, llena de gozo, la exalta con la proclamación de Madre de Dios. Habrá momentos de controversia y María estará al pie de la cruz. Habrá también exageraciones de los oradores y de los artistas y la teología de los gemidos y de las lágrimas de María que disfrazan su grandeza creyendo exaltarla. Y a consecuencia de todo esto, hoy las reacciones en sentido inverso.

San Bernardo decía que nunca se habla bastante de María. Y es cierto que nunca nos extasiaremos bastante ante la maternidad divina. Un texto del siglo XVI exalta así esta maternidad de María:

«Ella, la Señora elevada sobre el cielo y la tierra, debe olvidar todos sus bienes y tener un corazón tan humilde que no se avergüence de lavar los pañales ni de preparar un baño a Juan Bautista, como una sirvienta, en el cuarto de Isabel. ¡Qué humildad! Hubiera sido más justo preparar una carroza dorada tirada por 4.000 caballos y orar y cantar delante de esta carroza: "Ved que pasa la mujer elevada por encima de todas las mujeres, por encima de todo el género humano." Pero no, hizo a pie un largo camino y es ya la Madre de Dios. Hubiera sido más justo que todos los collados saltaran y bailaran.»

Este texto es de Lutero. Hermoso, aunque algo oratorio. Puede ser un documento de ecumenismo. Y Gregorio Palamas escribirá: «Colocándose sola entre Dios y toda la raza humana, hizo de Dios un Hijo del Hombre y transformó a los hombres en hijos de Dios.» Siempre se vuelve a lo mismo. Sólo la Virgen María se halla en los límites de las naturalezas creadas e increadas; los que conocen a Dios, reconocen en ella la morada del infinito. «Santa

María, Madre de Dios.» Nadie puede ir a Dios sino por ella, puesto que sólo por medio de ella Dios vino al mundo.

María es la causa de los acontecimientos anteriores a ella, la larga subida de la historia de Israel. Es guía de todos los acontecimientos que la seguirán, la larga historia, de la Iglesia. Es pura potencia receptiva, sin poder añadirle nada, sino solo una inmensa esperanza. Es la Virgen del Adviento, de la esperanza. Es virgen y quiere permanecer virgen; lo espera todo de Dios, nada de su fecundidad; es el receptáculo de la fecundidad del Espíritu Santo para

³⁰⁹ NICOLÁS, M. J.: *Theotocos, el misterio de María*. Herder. Barcelona, 1967. Véase también para todo el capítulo: LAURENTIN, R.: *La cuestión mariana*. Taurus. Madrid, 1964

Santo Domingo Tandil



engendrar al Verbo en su carne humana. María no es una santa «especializada», es la Madre, y su única función es unir a Dios y al hombre.

María es el extremo del misterio de la Encarnación. Nos coloca frente al «hasta el fin» de la humanidad de Cristo. «Jesús, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.» Este «hasta el fin» se descubre en la Cena, pero es total desde el *Fiat*. Dios amó hasta nacer de una mujer. Este es el «hasta el fin» de Cristo. Cuando aislamos a María, aunque la hagamos una isla maravillosa, nos equivocamos. María es el cabo más avanzado del continente de la humanidad. Es el cabo, la roca, la punta de la tierra más avanzada, la que está ya plenamente en el océano de la divinidad. No es una isla en medio del mar; pertenece al continente, pero es el promontorio que esta en el extremo mas audaz de la tierra, el «Finisterre» que avanza elevado en medio de las aguas. María es esto, y por lo mismo podemos encontrar siempre en ella el centro vivificante de nuestra fe: contemplamos a Cristo en su cuerpo y en su sangre, pero ese cuerpo y esa sangre vienen de María. Si hoy está en el sacramento de la Eucaristía es porque esta mujer le ha dado su cuerpo y su sangre.

Por eso, la palabra de Dante es inagotable:

Virgen Madre, hija de tu Hijo,
humilde y excelsa más que ninguna criatura.



EGO 10 EL EVANGELIO: Oración de la Edad Media

Hemos preguntado a san Pablo el sentido de su oración. Habría que preguntar también su secreto a los primeros cristianos, «perseverantes en oír la enseñanza de los apóstoles, en la unión fraterna, en la fracción del pan y en la oración»³¹⁰. Este texto de los Hechos, tan corto, pero inagotable, al describir la primera comunidad de Jerusalén inspirará la oración cristiana de edad en edad.

«La enseñanza de los apóstoles» es el Antiguo Testamento, que llega a su cumbre en Jesús resucitado: «Sepa, pues, con certeza toda la casa de Israel que Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado»³¹¹. Sobre la sola roca de la fe se construye la «comunidad fraterna». La unión de corazones y el compartir los bienes no son ni filantropías ni reglas jurídicas; procede de que todos han nacido de uno solo, todos son hijos de un mismo Padre, redimidos por la misma sangre preciosa. Hombres de fe, hombres de comunión, «reconciliados con sus hermanos», los creyentes pueden, como decía Jesús, «presentar su ofrenda en el altar»³¹². «La fracción del pan», la Eucaristía y la «oración» de la asamblea llevan a la incandescencia la fe en Cristo vivo, resucitado, y la comunión de los hermanos, de la que ha nacido.

De siglo en siglo, los cristianos procurarán reproducir este resumen perfecto y total del Evangelio. Veamos cómo oraban los hombres de la Edad Media. Tampoco inventaron nada: la oración de los hombres de los siglos XII y XII, el tiempo de san Francisco de Asís y de santo Tomás, procede de san Benito, en 547, o de Casiano, un siglo antes, y sin duda, de los Padres griegos. Aunque se la designa con dos palabras latinas, *Lectio divina*, esta manera de orar no ha perdido nada de su actualidad. La lectura contemplativa de la Escritura es y será la gran tradición siempre viva de los monjes.

En 1958, en la Exposición Universal de Bruselas, al visitante le esperaba una sorpresa. Por encima de los edificios y de la glorificación de las técnicas más recientes se alzaba la inmensa fotografía de un monje en oración. No era, por cierto, una manifestación del Vaticano, sino del pabellón francés. Un texto, inmenso también, de Pascal decía: "Toda la desdicha de los hombres procede de una sola cosa—y para las mujeres debe ser también igual—: de no saber morar en soledad y quietud en una habitación." El monje en oración recordaba esto. Pascal y él eran los herederos de todas las generaciones de monjes, imitadores ellos de María en el silencio de la casa de Nazaret: «María conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón».³¹³

Para encontrar el secreto de esta oración, que permite orar en el silencio de una celda, no hay como la lectura de una carta que un cartujo del siglo XII, llamado Guigue, escribía a su «querido hermano Gervais». Esta carta empieza así: «Que el Señor sea tu deleite.» Se tenían entonces fórmulas muy bonitas de saludo:

³¹⁰ Hch., 2, 42.

³¹¹ Hch., 2, 36.

³¹² Mt-, 5, 23.

³¹³ Lc., 2, 51.



«Un día, mientras me ocupaba en el trabajo manual—Guigue el cartujo no está ocioso—, me puse a pensar en los ejercicios del hombre espiritual. De pronto se presentaron a mi mente cuatro grados espirituales: lectura, meditación, oración, contemplación.»

Por esta frase distinguimos en la tradición monástica dos clases de trabajo. Primero, el trabajo corporal, mientras me ocupaba en el trabajo manual. Sin embargo, este trabajo no se reducía al manual: comprendía también las vigiliias, los ayunos, la austeridad de vida, en una palabra, todo lo que pone al cuerpo en movimiento. Venía después el trabajo espiritual, cuyos componentes enumera Guigue:

lectura, meditación, oración, contemplación, a los que llama «escala de los enclaustrados». A decir verdad, esta escala tiene muy pocos escalones, apenas cuatro, pero dice Guigue que si se suben por orden se llega muy alto. Sin embargo, la «escala de los enclaustrados» es la escala de los simples soldados. En el monasterio había tres clases de monjes: los prelados y los abades, por una partea por otra, los «oficiales», que tenían un oficio importante en la marcha del monasterio, por ejemplo, los ecónomos. y, por último, los «enclaustrados». Guigue no nos dice nada de las dos primeras clases. ¿Recorrían también la escala? ¿Tenían algún ascensor particular? Importa poco. En todo caso, nadie de la base que deseara orar estaba excluido de la escala.

La «escala» de Guigue, el cartujo, es como la de Jacob: su base se apoya en la tierra y su cima penetra en el cielo. He aquí la descripción que da de cada escalón.

«La lectura consiste en adquirir con atención el conocimiento de las Escrituras mediante la aplicación de la mente.»

Todo el espíritu entra en movimiento:

«La meditación es el acto de un espíritu ávido de conocer, que procede a una búsqueda atenta. bajo la dirección del corazón para descubrir una verdad oculta.»

Los verdaderos bienes:

«La oración es la ferviente aplicación del corazón a Dios para ser liberado de los males y adquirir los bienes.»

«La contemplación es la elevación del alma extasiada en Dios y que saborea—ya— los goces eternos.»

Guígue va a modular todo esto:

«La lectura de alguna manera lleva a la boca el alimento sólido, la meditación lo tritura, la oración lo saboreo y la contemplación es la dulcedumbre misma y el gozo que penetra hasta la medula.»

Recorramos ahora los cuatro escalones:

La lectura es más difícil para nosotros que para un cartujo del siglo XII. En nuestro mundo, invadido por la imprenta, acabamos por no leer más que por encima. Nos llegan a la vez tal cantidad de papeles, que cogemos uno, le echamos una ojeada y si la papelera no está lejos va a parar a ella. Alguna vez pensamos: «Lo leeré mañana.» Lo ponemos aparte en un rincón, pero al cabo de algunas semanas hay tal montón, que acaba también en la papelera. Mientras que en el mundo de Guigue, en el que cada manuscrito era una riqueza incomparable, la lectura tenía aires de verdadera liturgia. Para penetrar en la *Lectio divina* tenemos que reconstruir esta liturgia: leer la Palabra; coger en las manos el libro santo es ya una especie de Eucaristía. Esto lo vivían nuestros vecinos del Brasil, hombres y mujeres analfabetos que, ante todo, querían aprender a leer para contemplar la palabra de Dios con sus propios ojos y en adelante no sólo oírla de la boca de otro. La lectura de la Biblia es algo tan importante que no se puede hacer de

Santo Domingo Tandil



cualquier modo. Leer la Palabra de Dios es en sí una liturgia. Los antiguos monjes, que no tenían biblias de formato pequeño, leían en un libro colocado en un atril, y su lectura era la entrada en el recogimiento y la paz.

Un sirio del siglo IX o del X, Youssef Bousnaya ³¹⁴, nos dice cómo leer el Nuevo Testamento:

«Desde la mañana hasta la hora de tercia aplícate a la lectura del Nuevo Testamento. Aprenderás en él las acciones de Nuestro Señor en su cuerpo, el amor de Dios a los hombres, los beneficios inenarrables que ha derramado sobre nosotros al final de los tiempos.»

Esta es la razón de nuestra lectura: descubrir o volver a descubrir los beneficios inenarrables, las maravillas de Dios. Y añade—yo no digo que haya que imitarle al pie de la letra, pero nos da una idea—: «Empieza por hacer primero, ante el Evangelio adorable, diez metanías», es decir, postraciones, inclinaciones, genuflexiones. «Apresúrate en hacer delante del Evangelio las genuflexiones y las oraciones convenientes durante algún tiempo, hasta que tus pensamientos se recojan de toda distracción exterior», como lo dice el Señor: «Cierra la puerta, no sólo la puerta de tu aposento; cierra la puerta de tu corazón a todos los ruidos que lleguen.»

«Pide constantemente a Dios que ilumine los ojos de tu inteligencia y de tu alma para que captes la virtud escondida en las palabras de nuestro Señor y de los santos apóstoles. Ponte después de pie, coge en tus manos el santo Evangelio, bésalo, ponlo afectuosamente sobre tus ojos y sobre tu corazón y, suplicante y temeroso, di esto: "¡Oh Cristo, Señor Nuestro! Aunque soy indigno, te tengo por tu santo Evangelio entre mis manos impuras. Te lo suplico, dime palabras de vida y de consuelo por la boca y por la lengua de tu santo Evangelio; concédeme escucharlas con nuevos oídos interiores y cantar tu gloria con la lengua del Espíritu. Amén." Lee de pie en el Evangelio tres capítulos; en los Hechos lee dos capítulos, y en los escritos del apóstol Pablo, tres capítulos. Harás en medio de cada lectura diez metanías.»

Así leía Joussef Bousnaya. ¿Y nosotros? «¿Dónde he metido mi Evangelio?», decimos. Para los primeros cristianos «entregar el Evangelio a los catecúmenos» era ya como darles un primer bautismo.

Yo no digo que haya que hacer unas metanías, pero creo que hay una manera de prepararnos a la lectura del Evangelio. Para facilitar esta entrada, el cuerpo tiene que desempeñar una función. Se podría decir que el cuerpo calienta el corazón y lo prepara. Y es importante porque hoy se corre la aventura de ir a buscar muy lejos, en las técnicas del yoga o en otras, lo que hacían ya los monjes de Siria

«Las inclinaciones y las extensiones de los brazos durante el oficio, las genuflexiones prolongadas durante la oración, consiguen al monje la humildad de espíritu y la sumisión, el afecto del corazón, el ardor del alma, el fervor de los pensamientos. En efecto, sin las metanías, el oficio del hermano es vulgar, frío, languidece, lo mismo que las oraciones que se hallan en él.»

Es cierto, aunque nosotros nos digamos tranquilamente: «Hazme pasar el tiempo.»

Cuando Guigue el cartujo y Youssef Bousnaya se preparaban, partían de una comparación que no es exegéticamente fundada, pero sí profundamente espiritual. Partían de la

³¹⁴ Véase: DESEILLE, P.; *fevangile au désert, des premiers moines é saint Bernarct*. Le Cerf, París.



palabra del Génesis: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza».³¹⁵ Para ellos, la Escritura debía devolver a la imagen, al icono, imperfecto y desfigurado por el pecado, la semejanza divina. Porque la imagen de Dios no está clara en nosotros, la Escritura va a renovarla, como se hace con una máquina fotográfica. Después hay que dejarse impresionar, dejar que se impresione la película del corazón con la luz de la Palabra de Dios. Recordáis lo que decía Pablo a propósito de las personas—hablaba de «mujerzuelas», pero también es verdad para los hombres—, «que siempre están aprendiendo y no son capaces de llegar al pleno conocimiento de la verdad»³¹⁶. Nuestra lectura no debe «instruirnos», sino hacernos conocer la verdad por el corazón.

La lectura, la *Lectio divina*, no es leer de cualquier modo. Porque la lectura nos pone en contacto con la Palabra de Dios. Como a Moisés—«quita las sandalias de tus pies»—, como a los profetas del Antiguo Testamento, Dios nos exige un esfuerzo, algo nuevo, algo que sale de lo habitual.

Segundo escalón de los «enclaustrados»: la *meditación*. ¡Cómo ha evolucionado en trece siglos! Tenemos que considerarla en toda su amplitud. En los comienzos del monaquismo, como para el salmista de la Biblia—«medito tu ley, por la noche me deleito en repetirla»—, era una repetición incesante en voz alta o en voz baja, que se llamaba entonces meditación oculta o secreta, de un texto de la Escritura, una «rumia» incesante de la Palabra de Dios. Se decían una y otra vez las mismas palabras: «Medito tu ley; día y noche está en mis labios», o bien: «Dios mío, ven en mi ayuda; Señor, date prisa en socorrerme.» Se decía y se repetía. Poco a poco, después de mil años, esta letanía pasó a ser, según la definición que da Guigue el cartujo, «una aplicación metódica de la razón sobre un tema dado». De hecho, en la meditación se dan las dos maneras: no es sólo ir pasando sobre pensamientos relativos a un texto, sino también repetir varias veces ese texto en un verdadero ejercicio de flexibilidad: «Dichoso el que oye la palabra de Dios y la guarda»³¹⁷. Primero se la guarda en los labios y en el oído, antes de guardarla en el corazón. Y esta repetición de la palabra de Dios es ya una riqueza muy grande. Lo apreciamos cuando Guigue medita, después de haberlas leído, estas breves palabras de Dios: «Bienaventurados los que tienen el corazón puro.» Pero la verdadera meditación no se para en lo externo, no se detiene en la superficie del texto, penetra en lo más hondo, observa sus rincones y señala: «El Señor no ha dicho bienaventurados los que tienen el cuerpo puro, sino los que tienen el corazón puro; sería muy poco tener el cuerpo puro si el corazón no lo estuviera.» Guigue llega entonces a estas palabras: «¿Quién subirá al monte del Señor? ¿Quién podrá morar en su recinto santo? El de manos inocentes y puro corazón»³¹⁸. De este modo, la meditación de la palabra no la completo yo con mis pensamientos más o menos bonitos sobre ella—esto puede ocurrir—, sino que, sobre todo, la inteligencia de la Escritura se enriquece en mí al pasar de una palabra a otra. Y así, «bienaventurados los que tienen el corazón limpio», evoca el Salmo, «¿quién podrá morar en su recinto santo? El de manos inocentes y puro corazón.» La meditación considera con qué ardientes deseos el profeta pedía

³¹⁵ Gn., 1, 26.

³¹⁶ II Tm., 3, 7

³¹⁷ Lc., 11, 28

³¹⁸ Sal., 24, 3.

Santo Domingo Tandil



esta pureza de corazón al decir: «Señor, crea en mí un corazón puro»³¹⁹; o también: «Si yo en mi corazón hubiera visto iniquidad, el Señor no me habría escuchado»³²⁰.

Quedan los otros dos escalones de la escala de los «enclaustrados»: la *oración* y la *contemplación*. Guigue en todo esto parece que desglosa en actitudes diferentes lo que en realidad es para él un solo movimiento del corazón. Ahora suplica a Dios que le envíe desde el cielo lo que la lectura y la meditación no pueden realizar: «Bienaventurados los corazones limpios.» Pero ¿cómo tener el corazón limpio? Voy a pedirselo a Dios: «Ábreme la inteligencia para que comprenda las Escrituras, dame la sabiduría.» Al mismo tiempo hace esta súplica, y por ella se va trabando la conversación del alma con Dios, en la que se van a vivir todos los sentimientos de la amistad.

«Ves qué vino tan generoso sale del humilde racimo. Oué incendio se prende de una chispa.» Y hace esta comparación: «Cómo se ha alargado en el yunque de la meditación la pequeña masa de metal, aquel texto tan corto:

"Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios".» La meditación acrecienta la inteligencia de las Escrituras, y Guigue observa: «Y cuánto más crecería si la trabajara una mano experta.»

En este momento de la oración, el monje piensa: «Qué hermoso vivir en la casa del Señor», y pasa de la idea a la súplica. Ha considerado el texto, lo ha visto con los ojos del corazón, y ahora suplica espontáneamente:

«El alma deduce que sería muy bueno hacer la experiencia de la pureza, que tan agradable ha mostrado la meditación. Pero ¿cómo? Arde en deseos de poseerla y al mismo tiempo se sabe sin recursos para alcanzarla. No, ni la lectura ni la meditación le hacen saborear este bien: tiene que serle dado de lo alto.»

Entonces el «enclaustrado» se humilla y entra en la súplica: llama, pide. Detengámonos un momento. Las grandes súplicas de los pobres de Yavé suben de nuestro corazón a los labios: «Señor, que yo vea.» «Señor, que oiga.» «Señor, creo, pero ayuda mi incredulidad.» Emitimos entonces verdaderas ondas salvadoras, porque un acto de fe es una onda que parte de este mundo y va a cambiar los corazones, el nuestro y muchos otros. O es un acto de esperanza: «Tu siervo está enfermo: di una palabra y sanará.» «Señor, dame a beber de esta agua.» «Te doy gracias porque has revelado esto a los pequeños.» Todas estas palabras están siempre en función del misterio. No es nunca una oración que se mira a sí misma, es una oración que se hace poco a poco contemplación de lo que Dios nos ha dicho de su misterio.

Pero esto no es todavía contemplación, sino oración suplicante y mendicante, estimulada por la humildad o, como decían los monjes de aquella época, por la compunción. Guigue y sus hermanos distinguían dos clases de humildad: la humildad que llamaríamos razonable, porque procede de la razón, es la humildad de los teólogos, y que no está mal. Quiera Dios que tengamos ya esa humildad. Nos hace comprender que Dios es la causa primera y que todo viene de él, que yo soy una criatura, que dependo de él y, además, que soy pecador. Así razona la humildad teológica, y está muy bien.

Hay otra humildad que nos lleva a la oración, es la humildad amorosa, una humildad que nace del amor: «Señor, yo no soy nada, pero tú eres fiel, tú me amas y te has entregado por mí; entonces cuento contigo.» Esta humildad lleva a la «compunción del corazón». Es como si el corazón se sintiera atravesado por la Pasión de Cristo. La primera vez que se emplea esta

³¹⁹ Sal., 51, 12

³²⁰ Sal., 66, 18.



palabra en la Escritura es en los Hechos de los Apóstoles, después del discurso de Pedro a la multitud, y, por tanto, no es la mística de un cualquiera. Pedro habló de «este Jesús a quien habéis crucificado. Al oír esto dijeron con el corazón compungido»³²¹. Así es la compunción: el corazón compungido ante Jesús, que hemos crucificado. Es la conciencia del drama en que estamos insertos, este Cristo al que hemos costado la vida. La inteligencia de la humanidad de Cristo y de la pasión de la humildad de Cristo prenderá el fuego de la oración.

Un poema del tiempo de san Bernardo nos lleva a esta compunción:

Yo te saludo, salvación del mundo; yo te saludo, amado Jesús. Quisiera adherirme a tu cruz, tú sabes por qué. Préstame tus llagas sangrientas, tus profundas heridas, y grábalas en mi corazón para que, amándote en todo, me asemeje a ti. Tú, clavado en la cruz, mírame, amado Jesús, llévame a ti y dime: «Yo te curo y te lo perdono todo.» Poseído por tu amor, te abrazo avergonzado. Me adhiero a ti. Sabes demasiado, pero sopórtame, no digas nada. No te desagrade mi audacia; enfermo y manchado como estoy, lávame con tu sangre que gotea, cúrame y déjame sin mancha.

En este poema, la compunción del corazón brota de la mirada sobre el Crucificado, pero también de la mirada misma de Cristo sobre el poeta.

Si la humildad hace pasar de la meditación a la oración, la compunción, nacida de la Pasión de Cristo, nos llevará de la oración a la contemplación. Nuestra torpeza y nuestra somnolencia son sacudidas y pasamos a la región de la luz: «Señor, ¿cómo podemos reconocer que tú realizas esto en nosotros? ¿Cuál es el signo de tu venida?», pregunta Guigue. Es la actitud del corazón ante el recuerdo de Cristo crucificado y será la certeza de la resurrección. La compunción no se detiene ante nuestra fragilidad ni ante el temor o el abatimiento—acordaos de Abraham abatido en el momento del gran sacrificio, preludio de la Alianza—. Después de la espera y de la ansiedad vienen la seguridad y la certeza. La contemplación es entonces el conocimiento íntimo y sabroso de Dios, que nos da él mismo cuando se lo pedimos por Cristo:

«Nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quiere revelarlo.» Es un conocimiento impregnado de amor y sabroso, que no se contenta con palabras. A este conocimiento nos llama Guigue:

«El alma expresa su compunción. Llama al Señor con palabras enardecidas. Y el Señor, cuya mirada se posa sobre los justos, no sólo escucha sus oraciones, sino que no espera para escucharlas a que termine de formular sus súplicas. El Señor de pronto interrumpe el curso de esta oración: viene presuroso y acude, brillando con el rocío celestial, al encuentro del alma.»

Cómo el esposo del Cantar de los Cantares, llega de pronto impregnado del rocío de la noche. Reconforta al alma angustiada, la sacia, la rehace. Es el «conocimiento» según el sentido bíblico, un conocimiento de amor, un renacer con el otro. Guigue concluye:

«La lectura es lo primero; es el fundamento. Cuando ha dado materia para la meditación, os confía a ella.

La meditación busca afanosamente lo que hay que desear, ahonda en el terreno, descubre y muestra el tesoro. Pero incapaz de cogerlo, nos lleva a la oración.

La oración, elevándose con todas sus fuerzas hacia el Señor, pide el tesoro deseado, la suavidad de la contemplación.

³²¹ Hch., 2, 36-37.



Por último, la contemplación viene a recompensar el trabajo de las tres obras anteriores y embriaga con el rocío celestial al alma sedienta.»

Los cuatro escalones de la única escala están fuertemente unidos entre sí, prestándose mutuamente una ayuda tan necesaria que los primeros no sirven de nada sin los últimos—si es que nos quedamos en la lectura o en la meditación—. No se llega nunca, o casi nunca, a las últimas etapas sin pasar por las primeras, la larga y lenta repetición.

Guigue pone en guardia contra cuatro obstáculos: cualquier necesidad, aunque sea inevitable; la actividad que nos exige el servicio del prójimo; la flaqueza humana, y, por último, la vanidad, la vanidad humana, es decir, ocuparse en fruslerías y en naderías.

Nosotros, que queremos vivir de la Palabra de Dios, tenemos que saber que nuestra lectura de la Escritura debe transformarse en meditación, y que esta meditación nos debe hacer clamar: «Señor, ven en mi ayuda para que yo penetre en lo que quieres enseñarme.» Y que esta lectura, esta meditación y esta oración nos conducirán a la sencilla y dichosa mirada sobre Dios.

Existe, además, en este período de la Edad Media otra clase de *Lectio divina*. La que hemos visto, la de Guigue, suponía siempre que se supiera leer. Había la *lectio divina* de los iletrados, de los simples. Se llamaba el Rosario. Sí, el Rosario es la *Lectio divina* de los pobres. Pero no el Rosario-metrallera de las «Dios te salve, María; llena de gracia», de repetición acelerada y sin tomar aliento. Este es la caricatura del Rosario de santo Domingo. La verdadera forma del Rosario, que es una *Lectio divina*, es la que el padre Lacordaire expresaba así: «No hay sino un libro, el Evangelio, y el Rosario es el resumen del Evangelio.» En el Rosario, la *Lectio divina* de los pobres se consideran los grandes misterios de Cristo, inseparable de su Madre, María. Los Papas, entre ellos Pablo VI, recuerdan sin cesar el valor del Rosario, no por un tradicionalismo maniático, sino para no quitar a los pobres —y a nosotros—una profunda manera de orar.

El Rosario es Cristo: miro a Cristo en toda su vida, desde los grandes silencios de la Anunciación, desde el gozo del *Magnificat*, hasta la Crucifixión, hasta su Ascensión, hasta Pentecostés. Pero es Cristo hecho carne, inseparable de su Madre, en la que toma cuerpo, y que le acompañará discretamente, pero siempre en sus grandes horas. El Rosario con María nos introduce en las profundidades de la Encarnación. En quince misterios hay mucho que meditar. Es una meditación—como la *Lectio divina* de los monjes—, pero una meditación en la que los misterios renacen en nosotros, enriquecidos con toda nuestra existencia. Cuando rezo yo el misterio de la Resurrección, lo haré iluminado por tal día de Pascua de mi vida que haya sido para mí una alegría maravillosa. Lo mismo el Nacimiento, con el recuerdo de unas hermosas Navidades. Y así cada misterio. En esta oración—a la vez lectura del misterio y oración—cada «Dios te salve, María» adquiere, según los misterios, tonalidades distintas: gozosa, dolorosa y gloriosa. Con razón, el Rosario evoca la idea de un ramo de rosas de colores diversos. Hay en él una contemplación admirada de la divinidad de Jesús, concelebrando con su humanidad, inseparable de ella, al alcance de todos, en todo lugar y en toda circunstancia.

Cuando yo trabajaba en el muelle de Marsella como cargador, al principio oraba intensamente; yo, que nunca había cargado más de un palillo, no me sentía muy seguro llevando sacos de sesenta o de ochenta kilos. Entonces oraba clamando interiormente: «Dios mío, ven en mi ayuda, porque no llegaré a las seis de la tarde, me habré muerto antes.» Sí, rezaba y rogaba mucho con grandes voces salidas del corazón. Pero pronto, después de haber llevado sacos durante varios meses, oraba menos, porque me las arreglaba solo. Un día me di

Santo Domingo Tandil



cuenta de que no oraba en absoluto. Entonces me impuse rezar el Rosario, cinco misterios por la mañana y cinco por la tarde. Era difícil sacar el rosario del bolsillo para contar las *Avemarias*. Entonces me dije: «Este montón de sacos serán los misterios gozosos; en este montón hay quince, veinte, treinta sacos: digo el primer misterio, la Anunciación, meditando en él; después vendrá el montón de la Visitación.» Sucedió a veces que se me caía un saco o que yo tropezaba y entonces el «Dios te salve, María» salía acentuado con una exclamación más callejera que mariana, pero el misterio seguía presente.

El Rosario es, pues, la oración de las pobres gentes. Sería criminal quitar a los pobres su oración para reemplazarla por qué sé yo. Coincidimos así con el sentido de la oración del *Shema Israel* de la Biblia, esta brevísima oración: «"Escucha, Israel: Yavé, tu Dios, es el único Señor"; lo dirás de pie, acostado en tu casa, de camino, y lo repetirás a tus hijos...»³²². El Rosario es así, repetir sin descanso—no es ninguna tontería sin valor—las quince mayores maravillas que Dios ha hecho.

Youssef Bousnaya cuenta la historia de un demonio enviado al mundo para hacer que mataran a los cristianos en tiempo de las persecuciones:

«El demonio llegó a un sitio donde vivía un viejo y no pudo seguir caminando. Después de haberse quedado allí varios días, volvió al que le había enviado llena de confusión. Este le reprendió por no haber terminado su viaje en ese espacio de tiempo. El demonio le contestó: "Encontré en el camino a un viejo salmodiando y orando, y por la fuerza que sacaba de su oficio me impedía avanzar. Me retrasé varios días esperando que interrumpiera su oficio y así podría yo continuar mi viaje. Pero lo que deseaba no llegó nunca y vuelvo a ti para informarte de lo ocurrido".»

Así se llega a la oración continua del corazón, la del peregrino ruso y de tantos otros bajo formas muy diversas. Vivamos la *Lectio divina* en lo que tiene de más elevado, y también la humilde oración del Rosario.

³²² Dt., 6, 4.



EGO 11 TERESA DEL NIÑO JESÚS: La extraña alquimia de la redención

Murió el 30 de septiembre de 1897, poco antes de alborear nuestro siglo. ¿Por qué tanto ruido por una carmelita desconocida, y no sólo en ambientes piadosos o de criterio recto, sino en las esferas más apartadas? Desde el Brasil hasta el Japón está presente Teresa. Edith Piaf quemaba bosques de velas a santa Teresa del Niño Jesús, y cuando yo, incrédulo, pasé algunos días en la cartuja de la Valsainte, el padre que recibía a los huéspedes me dijo al despedirme: «Si un día da usted con un libro escrito en un estilo de burguesita del siglo pasado con grabados de otros tiempos », y como antídoto me hizo una descripción algo humorística del libro. Después añadió: «Léalo, verá usted que a través de su estilo de colegiala alienta un alma viril.» El único libro que me aconsejó fue ése. Pocos meses más tarde, al encontrar por casualidad *La historia de un alma*, quedé asombrado.

En medio del envejecimiento del mundo occidental, en medio de su cansancio y de la asfixia del cristianismo, Teresa ha sido una «hechicera»—la palabra es del padre Daniélou— que nos traslada ante la fuente escondida de los *anawim* del Antiguo Testamento.

Nos conviene aprender en la escuela de Teresa, la que cuenta que se dormía en la oración y que con frecuencia, «a falta de pensamientos elevados», repetía despacio el *Padrenuestro*. Por esto mismo, Teresa nos enseña que la oración, antes de ser método o técnica, es vida abierta y vida ofrecida. Aprenderemos infaliblemente a orar mirándola vivir.

Tuvo siempre un deseo, un deseo de niña de cuatro años, que subsistirá hasta su muerte: «Quiero ser santa, quiero ser una gran santa... Yo elijo todo.» No una santidad de obras maravillosas ni de cosas extraordinarias. Quiere una santidad escondida, en que la humildad se transforma en amor y la vida de cada día en abandono. Por lograrlo quiere desaparecer a sus propios ojos, que es lo más difícil. Cuanto más nos empeñemos en desaparecer a nuestros propios ojos, menos desapareceremos, porque nos miramos desaparecer. Teresa va a desaparecer por obra de un amor activo que se prueba en las cosas pequeñas. Más tarde dirá a sus novicias: «Hay que hacer bien la cama.» Sí, hacer bien la cama, nada más. «Hay que hacerla como si fuera la cama del Niño Jesús.» Y al mismo tiempo reprochaba a las novicias apegarse demasiado a sus trabajos. «Hay que desterrarse de nuestra tarea.» «Hacer como si no se hiciera», dice san Pablo.

En 1894 y 1895 tiene veintiuno y veintidós años, buena salud, es feliz y enérgica. Descubre entonces «el secreto de Dios»: el camino que ella había escogido era, en el fondo, el trazado por la misericordia de Dios, porque Dios busca lo pequeño para colmarlo, y en ese momento la humildad se trueca en confianza. Lo importante ya no es ser pequeño, sino mirar maravillado el amor de Dios. Esta mirada engendra en Teresa una confianza sin límites. El padre Meester ha señalado que en los escritos de Teresa anteriores a 1895, la palabra «misericordia» no aparece, salvo en dos casos, y utilizándola de una manera superficial para Teresa. Desde 1895, en su primer manuscrito está veinte veces. Se presiente ya que para ella es la palabra clave del secreto de Dios. Sólo su fe en la misericordia de Dios puede justificar su empresa.

«Cuando me pediste que contara la historia de mi alma—escribe a su hermana Paulina, entonces superiora—, me pareció que eso me disiparía ocupándome de mí

Santo Domingo Tandil



misma. Pero, por otra parte, lo único que voy a hacer es empezar a cantar lo que repetiré eternamente: las misericordias del Señor .»

Aquí está el secreto del olvido de sí y de la simplificación.

¿Dónde había bebido Teresa esta realidad de la misericordia divina, sino en el manantial de la Biblia? Y asombra saber los pocos textos que tenía a su disposición. Ni siquiera tenía una Biblia completa, sino sólo los Salmos y el *Manual del cristiano*, que contenía el Nuevo Testamento. Conservaba también dos cuadernos pequeños manuscritos, en los que Celina y una prima suya habían copiado, antes de entrar en el Carmelo, algunos pasajes que iluminaron su camino. Había en ellos trozos de los Proverbios del Eclesiastés, del Cantar de los Cantares, de la Sabiduría, de los Profetas y del libro del Apocalipsis. Estos textos, leídos a la luz de la fe, serán materia de la oración de Teresa y de sus hallazgos. Cuando dice que le hubiera gustado saber el hebreo para leer las Escrituras en la lengua de Jesús, se adivina con cuánta asiduidad ahondaría en estos pasajes de la Biblia puestos a su alcance. Como los santos, Teresa libera y da amplio curso a los torrentes de vida y de gracia contenidos en estos breves textos.

«En seguida, abriendo el santo Evangelio, mis ojos cayeron sobre estas palabras: "Jesús, habiendo subido a la montaña, llamó a los que quiso." Este es el misterio de toda mi vocación y, sobre todo, el misterio de los privilegios de Jesús con mi alma. No llama a los que son dignos de su llamada, sino a los que quiere. "Llama a El a los que quiere." O como dice san Pablo en su epístola a los Romanos: "Dios llama a quien quiere y tiene misericordia con el que quiere ser misericordioso. No es, por tanto, obra del que quiere o del que corre, sino de Dios, que tiene misericordia".»

A esta luz, Teresa encuentra la respuesta a la pregunta que se planteaba hacía tiempo: ¿por qué todas las almas no reciben el mismo grado de gracia? Traduce su respuesta con una parábola primaveral: ser azucena o rosa, margarita o violeta, importa poco, porque «el amor de Nuestro Señor se revela tanto en el alma más sencilla, que no niega nada a la gracia, como en el alma más sublime». Y termina repitiendo el porqué de su manuscrito en un canto a la misericordia.

«Seguramente te preguntas qué pretendo, porque hasta ahora no he dicho nada que se parezca a la historia de mi vida, pero me has pedido que escriba, sin forzarme, lo que se me ocurra. No es mi vida propiamente dicha lo que voy a escribir, sino mis pensamientos sobre las gracias que Dios se ha dignado concederme. Me encuentro en un momento de mi vida en que puedo echar una mirada sobre el pasado. Mi alma ha madurado en el crisol de las pruebas interiores y exteriores—Teresa ha vivido la muerte de su padre, después de los últimos años de demencia senil que padeció, con sus manifestaciones humillantes y dolorosas, y además ha encontrado en el mismo Carmelo pruebas y contradicciones inesperadas y duras—. Ahora, como la flor fortalecida por la tormenta, levanto la cabeza y veo que se realizan en mí las palabras del Salmo 22: "El Señor es mi pastor, nada me falta; me pone en verdes y fértiles pastos y conforta mi alma... Aunque pase por el valle de las sombras y de la muerte, ningún mal temeré, porque tú estarás conmigo, Señor." El Señor ha sido siempre compasivo y muy benigno conmigo, muy lento en castigarme y abundante en su misericordia. Por eso, Madre, con mucho gusto voy a cantar contigo las misericordias del Señor.»

Teresa vuelve a «leer» su vida a la luz de la teología, que acaba de descubrir y que ya había vivido antes, pero cuya textura percibe ahora. Abrirse a la misericordia, que nos colma si no nos resistimos a ella, es decir, si esperamos todo de Dios, sin bloquearnos ni sobre

Santo Domingo Tandil



nuestras debilidades, ni sobre nuestras impotencias. Lo que nos impide entrar en la misericordia de Dios es el bloqueo sobre nuestros propios obstáculos. También en este punto la teología espontánea de Teresa es guía para una oración infinitamente rica: debilidad, miseria, impotencia, sin el sol del amor de Dios serían podredumbre. Pero flaqueza e impotencia más amor de Dios, el estiércol más el sol da una vegetación maravillosa. Es una llamada a Dios y El hará la transformación. Como Dios es el primero en todo, a El le incumbe transformar; a nosotros nos toca, como a Teresa, sencillamente cooperar a la acción de otro: «Dios hará producir, El perfeccionará nuestros actos imperfectos.»

Teresa irá más lejos en la comprensión del amor de Dios. En adelante pondrá el acento no sobre su deseo de amar a Cristo, sino sobre el hecho de comprender hasta qué punto desea ser amado». Hace una transposición de la activa a la pasiva. Jesús desea ser amado, y para Teresa «amar» significa «dejarse amar». No va a esforzarse por amar. Amar para Teresa es «aceptar su amor infinito», «no detener los torrentes de infinito amor que hay en El: Jesús».

Llegamos a las dos cumbres de la vida de Teresa. Una de ellas está expresada en seis líneas y media de la *Historia de un alma*, y la otra en dos páginas y media —su acto de ofrecimiento al Amor misericordioso—. Este acto de ofrecimiento está de tal modo aclarado por las seis líneas que no puede dissociarse de ellas.³²³

«Este deseo podría parecer temerario si se considera cuan débil e imperfecta soy y cuánto lo soy aún después de siete años pasados en la vida religiosa. Sin embargo, siento siempre la misma confianza audaz de llegar a ser una gran santa, porque no cuento con mis méritos, puesto que no tengo ninguno, pero espero en el que es la virtud y la santidad misma. El solo, contentándose con mis pobres esfuerzos, me elevará hasta El, y cubriéndome con sus méritos infinitos me hará santa.»

En estas seis líneas de su manuscrito se encadenan siete cosas:

- 1) «Débil e imperfecta.»
- 2) «Deseo de ser una gran santa.»
- 3) «Su deseo es tan grande que puede parecer temerario»; insiste en esto.
- 4) «Una confianza audaz de llegar a serlo.»
- 5) «No tiene ni tendrá ningún mérito.» Añade en otra parte que tiene «las manos vacías».

Dirá también: «Incluso nuestras justicias tienen manchas.»

6) Llegamos al salto hacia adelante: «Os pido, ¡oh Dios mío!, que seáis Vos mismo mi santidad.» Sólo Dios puede ser la santidad. Es una manera ingeniosa de liberación de sí mismo. «Espero en el que es la misma santidad.» «Espero porque no cuento con mis méritos, puesto que no tengo ninguno, pero espero en el que es la virtud y la misma santidad.» Se apoya en los méritos infinitos de Cristo. Cristo es su mérito. Todo esto es una teología extraordinariamente antigua y nueva.

7) Cristo «me elevará hasta El», «cubriéndome con sus méritos infinitos». Quiere cubrirse con la misma justicia divina.

Ahora examinemos su acto de ofrecimiento al amor misericordioso de Dios. Lo escribió en la fiesta de la Santísima Trinidad de 1895, cuando redactaba el manuscrito para su hermana. Se ha dicho que el título tiene la precisión de un acta de notario: «Ofrecimiento de mí misma como víctima de holocausto al Amor misericordioso de Dios.»

³²³ Este paralelo y esta síntesis han sido hechos por el padre De Meester, de quien el autor de este estudio los toma casi literalmente. V. MEESTER, C. de: *Dynamique de la confiance*, Le Cerf, París.



«¡Oh Dios mío!, Trinidad bendita, deseo amaros y haceros amar, trabajar en la glorificación de la santa Iglesia salvando las almas de la tierra.»

Su objetivo se centra en Dios y se abre ampliamente a la misión universal de la Iglesia: «deseo amaros». Recordemos que para ella esto significa «dejarse amar» e inseparablemente trabajar en lo mismo que Jesucristo vino a hacer en la tierra. Y en seguida su deseo de santidad, que es también el de Dios, según san Pablo: «La voluntad de Dios es vuestra santificación.» «Deseo cumplir perfectamente vuestra voluntad y llegar al grado de gloria que me habéis preparado en vuestro Reino.»

La santidad de Teresa no es algo para ella, sino para que la voluntad de Dios se cumpla. Y en seguida añade:

«Deseo ser santa, pero conozco mi impotencia, y os pido, ¡oh Dios mío!, que seáis Vos mismo mi santidad.»

Este deseo de santidad no es por buscarse a sí misma, sino para responder al amor de Dios que quiere comunicarse: «Puesto que me habéis amado hasta darme vuestro Hijo único para que fuera mi salvador y mi esposo, los tesoros infinitos de sus méritos son míos.»

Evocan estas palabras la comparación de Péguy: las manos juntas son la roda del barco, y en la estela de la oración del Señor está toda la humanidad. Pero Cristo y su cuerpo, la Virgen y los santos son uno solo:

«Os ofrezco, además, todos los méritos de los santos que están en el cielo y en la tierra, sus actos de amor. Por último, os ofrezco, ¡oh Trinidad santa!, el amor y los méritos de la Santísima Virgen, mi madre querida. Abandono a ella mi ofrecimiento, rogándole que os lo presente. Su Hijo, mi Esposo amado, nos dijo en los días de su vida mortal: "Todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, os lo concederá".»

La audacia de Teresa es su fe en la palabra de Cristo. Sigue un pasaje que exige una explicación a causa de las circunstancias en que se encontraba Teresa:

«No puedo recibir la santa comunión con la frecuencia que deseo, pero Señor, ¿No sois todopoderoso? Permaneced conmigo como en el sagrario, no os alejéis nunca de vuestra pequeña hostia.»

En tiempo de Teresa, la madre priora de Lisieux decía quién podía recibir la comunión y cuándo. Esto, que nos parece ahora inconcebible, se explicaba entonces por la influencia del jansenismo. Existía un decreto del papa reprobando esta costumbre, pero la madre priora, mujer de una pieza, creía que sabía mejor que nadie lo que convenía decidir en su propio Carmelo. La elección que hacía para permitir recibir la comunión dependía a veces de circunstancias muy accesorias. Como, por ejemplo, según se dice, haber encontrado al gato, bastante vagabundo, de la misma madre priora. Con estas cosas el Señor hizo la santidad de Teresa del Niño Jesús.

Más adelante vuelven indisociables su deseo de Dios, su deseo misionero y su único recurso: «las manos vacías». Con esto se revela una teóloga por encima de su tiempo:

«Quiero trabajar únicamente por vuestro amor, con el único fin de agradaros, de consolar a vuestro corazón y de salvar almas que os amarán eternamente. En la tarde de esta vida compareceré ante Vos con las manos vacías, porque yo no os pido. Señor, que contéis mis obras. Todas nuestras justicias tienen manchas ante vuestros ojos. Yo quiero cubrirme con vuestra justicia y recibir de vuestro amor la posesión eterna de Vos mismo.»

Santo Domingo Tandil



Y esto Dios puede hacerlo en un solo instante, como con María Magdalena que «se le perdonó mucho, porque amó mucho». En un instante «a vuestros ojos el tiempo no es nada. Un solo día es como mil años. Podéis en un instante prepararme a comparecer ante Vos».

Confianza audaz. Veamos ahora el medio y la decisión, porque Teresa es mujer a la que no le bastan las consideraciones piadosas: «A fin de vivir en un acto de perfecto amor, me ofrezco como víctima de holocausto a vuestro amor misericordioso.»

El holocausto es el despojo total de uno mismo, es la víctima que se quema totalmente, sin que quede nada. Esto es lo extraordinario en Teresa, y que en ella viene de Dios, porque en su tiempo y en el Carmelo los ofrecimientos se solían hacer a la justicia de Dios. Era el ofrecimiento más generoso: ofrecer las obras, ofrecerse uno mismo en expiación por los otros. Era la teología de la Redención: como si el Padre se encarnizara con el Hijo y contara cada latigazo para comprobar si había pagado toda la deuda de la humanidad. El mismo Bossuet y otros cayeron en esta teología de contable. Teresa no, y en este sentido coincide con la casta de los *anawim* y de los pobres de Yavé. Se ofrece en holocausto, al amor misericordioso de Dios, es decir:

«Suplicándoos que me consumáis sin cesar, que hagáis desbordar en mi alma los torrentes de amor infinito que poseéis, y así llegue a ser mártir de vuestro amor, ¡oh Dios mío!»

Esto para ella no es un acto jurídico que se hace una vez por todas, es una vida que se renueva sin cesar. »

«Quiero, amor mío, renovaros este ofrecimiento en cada latido de mi corazón un número infinito de veces, hasta que disipadas las sombras pueda expresaros mi amor en un cara a cara eterno.»

Teresa llevará este acto de ofrecimiento sobre su corazón, en señal de su unión constante con Dios, después de haberlo pronunciado el 11 de junio con su hermana Celina, para quien lo escribió.

En octubre de 1895 tiene una gran alegría al poder aceptar la hermandad espiritual del padre Bellière, realizándose así su deseo de expansión misionera. Desde finales de diciembre de 1894 hasta enero de 1896 escribe el recuerdo de las «misericordias de Dios», su primer cuaderno. El 2 y el 3 de abril de 1896 tiene la primera hemoptisis. Pascua fue el 5 de abril. El mismo día 5 de abril empieza la prueba interior contra la fe y contra la esperanza, que durará hasta su muerte. Cuando se lee lo que se ha podido llamar con razón la «pasión de Teresa del Niño Jesús»—sus notas y las de las personas que asistieron a su muerte—, se ve hasta qué grado inimaginable vivió un verdadero Auschwitz y un Buchenwald de la fe. Escribe aún su carta a la madre María del Sagrado Corazón, el relato de su vida a la madre María de Gonzaga y el 30 de septiembre muere. Estos quince meses fueron la realización y el término de su ofrecimiento. Lo vivió un año y tres meses, haciendo su divisa de la frase de san Juan de la Cruz, «el amor no se paga sino con amor».

Teresa del Niño Jesús es lo infinito del deseo en lo infinito de la impotencia. Cuando envejecemos vamos empobreciendo nuestros deseos porque descubrimos que vivíamos de ilusiones. Caen las ilusiones y empequeñecemos los deseos a nuestra medida. ¡No! Hay que sostener lo infinito del deseo, pero con la sosegada certeza de la importancia total. Los jóvenes tienen lo infinito del deseo, pero no el sentimiento de la impotencia. Los viejos tienen el sentimiento de la impotencia, pero les falta ya lo infinito del deseo. Hay que poseer los dos, como Teresa.

Santo Domingo Tandil



Es también la esencia de la actitud misionera cristiana. El corazón tiene que abrirse y dilatarse ante las miserias del mundo, que sobrepasan todo lo imaginable, ya sea la tristeza del ateísmo o la falta de amor. Para superar estas angustias y miserias desesperantes hay que contar con la alquimia misericordiosa de Dios. La expone el Salmo 40. «la extraña alquimia de la redención», como dice Chouraqui, donde «la salvación surge de la prueba, y del fango del barrizal Dios nos alza hasta la roca».

En Yavé puse toda mi esperanza
El se inclinó hacia mí y
escuchó mi clamor. Me sacó de la fosa,
del fango cenagoso. Asentó mis pies sobre la roca,
consolidó mis pasos.

Puso en mi boca un canto nuevo,
una alabanza a nuestro Dios.

Dichoso el hombre que en Yavé
pone su confianza.

Teresa y el salmista son de la misma raza espiritual; tienen la misma oración.



EGO 12 Todos los Santos, o la humildad de corazón

Preguntemos a los santos, como si estuviéramos ya con ellos y entre ellos, su secreto común. ¿Cómo mujeres y hombres tan distintos, por su época, su ambiente y su edad, pudieron alcanzar el grado de sencillez y de equilibrio, en el que se conjugan y concelebran la impotencia y la audacia, la debilidad y la santidad, la indolencia y la gracia, en una palabra, la humanidad y Dios? Cada santo es un maravilloso prototipo del que aprendemos cómo Dios y el hombre trabajan juntos.

Vamos a partir de una de las últimas palabras de Teresa del Niño Jesús: «Sí, he comprendido la humildad de corazón. Me parece que soy humilde» y no es por hablar aún más de ella. Es el punto de partida de una pregunta que haremos a santos muy distintos: Teresa de Avila, Tomás de Aquino, Francisco de Sales. Sin acuerdo previo, cada uno de ellos firmaría todo lo que los otros han dicho sobre la humildad, y se reconocería en ello perfectamente. Al contestarnos, nos introducen en la oración y en la acción, porque la humildad—la palabra viene de *humus*, tierra—es la característica de la tierra buena que da fruto, y no de la tierra estéril.

En su acción con las novicias, Teresa de Lisieux comprendió la relación profunda y sutil entre la humildad y la fuerza y grandeza de alma. Con esto estamos ya de repente en el primero y más importante principio: la humildad no es ni debilidad ni falta de carácter. A Teresa no le gustaban las novicias indolentes, y con esto nos ha dejado a todos un magnífico retrato del apóstol, porque todos tenemos que serlo con alguien. Son páginas conocidas, pero viene bien leerlas con esta perspectiva:

«Sé que me encuentran demasiado severa. Pueden decir—las que ella llama sus corderos—lo que quieran, en el fondo saben que las quiero con verdadero amor, que nunca imitaría al mercenario, que viendo venir al lobo abandona el rebaño y huye. Estoy dispuesta a dar mi vida por ellas, pero mi cariño es tan puro que no deseo que lo sepan. Nunca, con la gracia de Dios, he tratado de ganarme su afecto. He comprendido que mi misión era conducir las a Dios y hacerles ver que aquí abajo era usted, madre—habla a su superiora, la madre María de Gonzaga—, Jesús visible, a quien deben amar y respetar.»

Se aprecia en este acto la humildad que no pretende nada para ella, sino que conduce a la que tiene a su cargo el monasterio.

«Le he dicho, madre, que al enseñar a otras había aprendido mucho. He visto, lo primero, que todas las almas tienen, poco más o menos, las mismas luchas, pero que, por otra parte, son tan diferentes, que no me cuesta trabajo creer lo que decía un padre: "Hay mucha más diferencia entre las almas que entre las caras." Por eso no es posible actuar lo mismo con todas.»

Oigamos la descripción de la humildad:

«Me doy cuenta de que con algunas almas me tengo que hacer pequeña, no tener miedo a humillarme confesando mis luchas, mis derrotas. Al ver que tengo las mismas flaquezas que ellas, las novicias me confiesan, a su vez, las faltas que se reprochan y se alegran de que las comprenda por propia experiencia. Con otras he visto, por el contrario, que para hacerles bien hace falta tener mucha firmeza y no

Santo Domingo Tandil



volver nunca sobre lo ya dicho. Humillarme no sería entonces humildad, sino debilidad. Dios me ha hecho la gracia de no temer la guerra, a toda costa tengo que cumplir con mi deber. Más de una vez he oído estas palabras:

"Si usted quiere obtener algo de mí cójame por el camino de la suavidad, por la fuerza no conseguirá nada." Pero sé que nadie es buen juez en su causa. Y al día siguiente vuelven a decirme, "tuvo usted razón ayer en estar severa. Al principio me sublevé, pero después lo recordé todo y vi que era usted muy justa".»

Teresa nos pone sobre la primera pista: la humildad no es debilidad. En el cristianismo, y es muy propio suyo, la humildad entra en juego cuando se aspira a grandes cosas. Es la cualidad del que tiene grandes ideales. El terreno de elección de la humildad es el de las grandes escaladas, no el de las montañas buenas para las vacas. en las que no se corre gran riesgo, si acaso algún esguince pequeño. Es la virtud no de los «dos caballos», sino de los coches de las «24 horas de Le Mans», los grandes deportivos de carreras. Es la virtud del *Magníficat*, porque si María pudo decir: «El Señor hizo en mí maravillas», es porque afirma al mismo tiempo la humildad y la pequeñez de su esclava.

Interroguemos ahora a un teólogo riguroso, a un investigador que no se contenta con palabras, santo Tomás de Aquino. Para él, la humildad es la manera de ser que entra en juego cuando se desean emprender grandes cosas. El terreno de elección de la humildad es el mismo que en el hombre da origen a la exaltación y a impulsos desmesurados: la aspiración a grandes cosas, a acciones excelentes. Cuando pretendemos realizar acciones difíciles es porque tenemos cierta conciencia de nuestras fuerzas, y como tememos volvernos atrás ante el esfuerzo, necesitamos una fuerza de resistencia suplementaria, la magnanimidad. La magnanimidad—etimológicamente significa alma grande—es la virtud que nos lleva a grandes cosas, y su cumbre es la esperanza cristiana, por la que esperamos lo más elevado que hay en el mundo. Pero al vivir la magnanimidad es necesario no perder la cabeza y saber guardar la «justa medida» ante los grandes proyectos. Y que no se nos caliente la cabeza frente a la reputación que nos rodee. Más todavía, y sobre todo, si emprendo una noble aventura, me expongo a forjarme ideas sobre mí mismo, a encontrarme grande, noble y de elevados sentimientos.

Estamos cogidos en un dilema: por un lado, hay que tender a grandes cosas, porque estamos hechos para ellas, y de ellas depende nuestra dignidad de hombres: somos responsables de nuestro destino, estamos llamados a la vida eterna, dotados de facultades espirituales y capaces de conocer a Dios; sería lamentable y deshonesto perder el tiempo en naderías y en una mediocridad vulgar. En estas alturas nace la humildad: el humilde no puede elegir motivos fuera de la verdad, pues sería opuesto a la humildad, pero tiene conciencia, no menos exacta, de su nada. Santa Teresa del Niño Jesús decía: «Soy nada, una nada muy pequeña.» El humilde, según Santo Tomás, se sabe criatura, y aunque no tiene nada por sí, aspira a grandes cosas en la Iglesia, en el mundo, como sabio, etc. Aspira a grandes cosas, y al mismo tiempo ante Dios sabe que está en estado de perpetua recepción de la gracia y aun del ser y de la vida. Su mirada es bastante lúcida para atravesar todo lo humano y para tender a todo lo grande a que aspira, pero al mismo tiempo está perpetuamente ante Dios por encima de toda embriaguez del honor y del éxito.

La humildad es la cualidad que entrando en juego en los grandes momentos hace que no nos alcemos por encima de nuestra condición de criatura. En realidad, estas dos cualidades, magnanimidad y humildad, se atraen una a otra: la magnanimidad, la de las grandes obras a

Santo Domingo Tandil



realizar, y la humildad—¿qué tienes que no lo hayas recibido de Dios?—, que es el otro lado del dilema.

El orgullo es, por el contrario, un deseo desordenado del yo. En lugar de tender hacia algo grande, sabiendo que no soy nada, me aparto de esta idea y pongo por delante mi propio yo. No es la obra lo que me mueve, sino mi miserable y estúpida grandeza. Y esto precisamente impide a Dios realizar grandes cosas. Lo maravilloso en la Virgen María fue que sabiendo que recibía en su seno al Verbo hecho carne, sabía también que no era nada y que todo lo recibía de Dios. Como el espejo, que no guarda luz alguna para él, sino que devuelve hacia el sol todo el esplendor de su luz.

El padre Rideau ha buscado en las palabras de Teresa de Lisieux todo lo que pudiera tener alguna nota de desmesura. Teresa tenía una «ambición loca»—decía ella—, un deseo de superación que le impedía «permanecer inmóvil». Quiere ser la primera; ante las hazañas de los santos quiere «escoger todo». «Yo he nacido para la gloria —decía—; me parece que el Señor me destina para cosas grandes. Siempre me he sentido atraída por lo grande y lo bello.» Su ideal tenía el sello de los ideales de la caballería, tal como los concebían las jóvenes de su tiempo:

«En mi niñez soñaba con luchar en los campos de batalla. Cuando empecé a estudiar la Historia de Francia, las hazañas de Juana de Arco me entusiasmaban, sentía en mi corazón el deseo de imitarla. Me parecía que el Señor me destinaba a grandes cosas. No me equivocaba.» Quería ser a la vez la Judit del Antiguo Testamento y la Juana de Arco de la historia. «Un corazón de fuego, un alma guerrera», decía.

Evoca aquí el padre Rideau al caballero vasco que tuvo también ambiciones desmesuradas: Ignacio de Loyola. Influidor por las novelas de caballería, que leía para ocupar los ocios de su interminable herida, soñó con grandes hazañas. Leyendo después vidas de santos, se enardeció en la ambición de éstos; y, por último, sin renunciar a sus altos ideales, purifica sus sueños de grandeza y ahonda en la humildad, que le permitió realizar la mayor de sus ambiciones.

Qué lejos estamos de los gestos fingidos, de los ojos bajos, de las ñoñeces: no se es «ñoño» cuando se es humilde. Se aspira a empresas nobles. La humildad es, en definitiva, la pobreza espiritual, la pobreza de corazón, la primera bienaventuranza. Podemos decir que todos los santos la buscan y coinciden en ella.

La santa patrona de Teresa, la gran santa Teresa de Ávila, habla incansablemente de esta virtud:

«La humildad es como la abeja, que siempre labra la miel en la colmena, que sin esto todo va perdido. Mas consideremos que la abeja no deja de salir a volar para traer flores.»

Para Teresa de Ávila es necesario el propio conocimiento, el interior, la colmena por dentro, nuestra nada; pero también lo exterior a nosotros, la mirada a Dios:

«Considerar la abeja. Así el alma en el propio conocimiento; créame y vuele algunas veces a considerar la grandeza y majestad de su Dios. Aquí hallará su bajeza mejor que en sí misma. Y créame que con la virtud de Dios obraremos muy mejor virtud que muy atadas a nuestra tierra. No sé si queda dado bien a entender, pues mientras estamos en esta tierra no hay cosa que más nos importe que la humildad.

Y, a mi parecer, jamás nos acabaremos de conocer si no procuramos conocer a Dios; mirando su grandeza, acudamos a nuestra bajeza, y mirando su limpieza,

Santo Domingo Tandil



veremos nuestra suciedad; considerando su humildad, veremos cuan lejos estamos de ser humildes.»

Mirar a Dios y su grandeza es la mirada principal del humilde. Mirando a Dios «se ennoblece nuestra inteligencia y nuestra voluntad y se hacen más capaces de toda clase de bienes», salimos «del fango de nuestras miserias» y no quedamos clavados en nuestra tierra:

«Por eso os digo que pongamos los ojos en Cristo, nuestro bien, y allí desprenderemos la verdadera humildad/y en sus santos, y ennoblecerse ha el entendimiento y no hará el propio conocimiento ratero y cobarde.»

Teresa de Ávila expresa bien lo que quiere decir: con ella quedan pocas escapatorias.

Insistamos sobre este punto: el optimismo cristiano es fundamentalmente el optimismo de la humildad. Un amigo mío, muerto hace poco, hombre extraordinario—convertido, sabio, místico, lleno de humorismo y crucificado—, el padre Fierre de Menasce³²⁴, solía decir que «hay que mirar siempre a nuestro verdadero yo. El verdadero yo es lo más alto y noble de uno mismo, aunque esto mismo sea débil y vacile en la tempestad». Decía, como Teresa de Avila: «En cuanto nos fijamos en nuestra medianía, incluso en nuestros pecados, nos exponemos a vernos como si eso fuera el verdadero yo.» El verdadero yo no es mi yo de miseria y de flaqueza, mi verdadero yo es el yo que viene de Dios. «Mientras nos miremos, no veremos nunca más que nuestra miseria, aunque en realidad sólo vemos una ínfima parte. Una sola mirada sobre el amor de Dios hacia nosotros nos hace aceptar totalmente nuestra miseria y confiar en que Dios quiere y puede librarnos de ella, a condición de que le dejemos hacer y renunciemos al veneno del desaliento.» Desalentarnos de no poder salir de nuestra miseria es el «sucedáneo de la humildad», que maneja el demonio con astucia aprovechando nuestro temperamento depresivo.

San Pablo decía: «En virtud del don que he recibido, aviso a cada uno de vosotros, sea quien sea, que no se tenga en más de lo que hay que tenerse, sino que se tenga en lo que debe tenerse, según el cupo de fe que Dios haya repartido a cada uno»³²⁵. La humildad, esa «sobria estima», es hija de la fe. Psicológicamente, lo opuesto a la humildad no es el orgullo o la vanidad, sino la inquietud. Lo dice Muy bien Teresa de Avila con su estilo lleno de fuerza:

«Creed que adonde hay humildad de veras, que aunque nunca dé Dios regalos, dará una paz y conformidad con que anden más contentas que otros con regalos.» Y añade: «Algunas veces acaece que ese sentimiento tan vivo de vuestra miseria podrá ser humildad y virtud, y otras, invención del demonio.» Dice que ha pasado por esa prueba: «Que bien sé lo que es.» «La humildad, por grande que sea —es decir, la visión de nuestra pequeñez—, no viene con alboroto, ni desasosiega el alma, ni la oscurece, ni da sequedad, antes la regala con quietud, con suavidad, con luz. En esotra humildad que pone el demonio no hay luz para ningún bien. todo parece lo pone Dios a fuego y sangre, representale la justicia, y aunque tiene fe que hay misericordia, porque no puede tanto el demonio que la haga perder, es de manera que no consuela. Esta es falsa humildad que el demonio inventa para desasosegar y probar si puede traer el alma a desesperación.»

Si lo opuesto a la humildad es la inquietud, la oposición de la inquietud es la paz, la quietud. La paz es signo y compañera de la humildad. Entramos con esto en el dominio predilecto de san Francisco de Sales. Para él, «la humildad debe ser generosa y apacible».

³²⁴ Cfr. ROCHEFORT, R.: *Souvenir du Père J. P. de Menasce*, en "Nova et vetera", núm. 2, 1974.

³²⁵ Rm., 12, 3.

Santo Domingo Tandil



«Que vuestro ánimo sea humilde y vuestra humildad animosa. Vivid esto serenamente, y no sólo serenamente, sino con alegría, gozosamente. Cuando tengáis defectos corregidos, pero procurad hacerlo con agrado, como hacen los aficionados a los ejercicios campestres, que podan los árboles de su huerto.»

Debemos corregir contentos nuestras miserias. Esto es, la «serena y apacible humildad de corazón». Por eso, los humildes no se extrañan de sus caídas ni de su lentitud. ¿Por qué las permite Dios? «Nuestro Señor—dice san Francisco de Sales—aprecia tanto la humildad, que no repara en permitir que caigamos en pecados a fin de sacar de las caídas santa humildad.» Decíamos en Marsella que dos cosas hacen crecer a un cristiano, militante o sacerdote: la Eucaristía y las «farolas del alumbrado», contra las que se rompe uno la nariz. «Vuestro pesar tiene que ser animoso y tranquilo. Vuestras miserias y vuestras flaquezas no deben extrañaros. Dios ha visto muchas», añade san Francisco de Sales.

Un cuento de Grimm, *El sastrecillo*, resulta muy adecuado para ilustrar lo que es la bondad de Dios, que no se sorprende de nada. Un sastre astuto llega, no se sabe por qué artimaña, a entrar en el paraíso. Entra cuando no había nadie. Sin duda, la corte celestial estaba de paseo. El sastrecillo ve el trono de Dios, se sienta en él. Ve también el escabel que le sirve al Señor para poner los pies. Es maravilloso. Y como está en el paraíso, ve lo que pasa en la tierra. Ve entonces que su vecina, una pobre mujer necesitada, está robando no sé qué. El sastrecillo, presa de gran indignación al ver un espectáculo tan horrible estando en el paraíso, coge el escabel y lo tira a la tierra sobre la pobre mujer. Justo en ese momento volvía la corte celestial con el mismo Dios al frente. Lleno de miedo el sastrecillo por haber entrado subrepticamente en el paraíso, se esconde lo mejor que puede detrás del trono. Pero ¿dónde está el escabel? Todos se ponen a buscarlo, y lo que encuentran es al sastrecillo temblando de miedo: «¿Qué haces?» El explica su caso. «Y el escabel, ¿dónde está?» El sastrecillo cuenta que al ver a su vecina cometer un gran pecado, se lo había tirado a la cabeza. A esto los ángeles le dijeron: «¿Has olvidado ya que con frecuencia cobrabas mucha más tela de la que necesitabas en los trajes?» Y el mismo Dios añadió: «Además, si cada vez que la gente de la tierra hace alguna tontería estuviera yo obligado a tirarles algo sobre la cabeza, el mobiliario del cielo no sería suficiente.»

Así era la bondad de san Francisco de Sales, copia de la de Dios: «Dios ha visto otros muchos pecados y su misericordia no rechaza a los miserables, la ejercita haciendo el bien.» Hay que procurar unir dos cosas: «Una atracción extraordinaria hacia el bien—hay que procurar hacer lo que tenemos que hacer y no adquirir el hábito de la negligencia—, pero sin turbarnos, inquietarnos o extrañarnos si cometemos alguna falta, porque el primer punto depende de nuestra fidelidad y el segundo de nuestra flaqueza, de la que nunca conseguiremos deshacernos durante nuestra vida mortal.»

La única falta grave, el pecado contra el Espíritu, es no querer reconocer nuestra flaqueza y empeñarnos en llamar *bien* al *mal* particular que cometemos. El mayor desorden de nuestra actual civilización es no llamar ya al bien y al mal con su verdadero nombre. Cierto es que se podría decir que esto viene de lejos, desde que Adán y Eva quisieron establecer por sí mismos, sin referencia a Dios, la frontera entre el bien y el mal.

Uno de los frutos de la humildad es la mansedumbre con los otros y con uno mismo. Soportarse primero a uno mismo, tal como se es, «sin despecharse nunca por las imperfecciones, porque de la mansedumbre interior consigo mismo nace la mansedumbre con el prójimo». Es evidente que el día que me enfadé con alguien carecía de mansedumbre conmigo mismo. No tenía la humildad de la que debía desprenderse «la serena aceptación del

Santo Domingo Tandil



otro con sus faltas». No es una exégesis muy literal, pero Francisco de Sales advierte a propósito de las diez Vírgenes del Evangelio: «Sólo había cinco que tuvieran el aceite de la mansedumbre y de la bondad misericordiosa. La igualdad de humor, la mansedumbre de corazón, es más desconocida que la perfecta castidad, pero por lo mismo es más deseable.»

No hay que confundir vaciarse de sí mismo con replegarse en sí mismo. Aparentemente están muy próximos, pero la humildad de corazón marca la frontera. En el primer caso. Dios hace y actúa en mí, Dios «poda»; en el segundo, mi dignidad ofendida—¿por qué?—cierra la puerta y se enfada.

En definitiva: ¿por qué y en qué la humildad de corazón es el origen de la acción multiforme y tan fecunda de los santos? La respuesta es sencilla: porque la humildad de corazón es fuente de libertad y de realismo y de alguna manera da luz verde a la oración y a la acción.

Libertad primero, porque nos saca de todas las preguntas que nos hacemos sobre nosotros mismos: «¿Qué piensan de mí? ¿Se fijan en mí? ¿Qué dirán? ¿Qué me pasará si emprendo tal trabajo? ¿Y si fracasó?» No sólo libertad respecto a los juicios que de mí hagan, sino, sobre todo, respecto a lo que yo me imagino que la gente imagina de mí, porque con frecuencia vivimos en lo imaginario y tenemos miedo a fantasmas. No significa esto que hagamos caso omiso de la opinión de los que nos hacen tomar conciencia de nuestros límites y de nuestras debilidades, pero sí quiere decir que no nos turbemos por lo que se pueda pensar o decir de nosotros. El mismo san Pablo se turbó por la opinión de otros, y sabiéndose atacado por los corintios dijo: «A mí me importa poco que me exijáis cuentas vosotros o un tribunal humano; más aún, ni siquiera yo me las pido, pues aunque la conciencia no me remordiese, eso no significaría que estaba absuelto; quien me pide cuentas es el Señor. Por consiguiente, no juzguéis nada antes de tiempo, esperad a que llegue el Señor: él sacará a la luz lo que esconden las tinieblas y pondrá al descubierto los motivos del corazón. Entonces cada uno recibirá su calificación de Dios»³²⁶.

Teresa de Lisieux va aún más lejos:

«Que se os reconozca sin virtud no os quita nada ni os hace más pobres, son los otros los que pierden la alegría interior, porque no hay nada más agradable que pensar bien del prójimo. Si se habla mal de mí, si es verdad, peor para mí, y si es falso, peor para el que lo dice, porque él va a ser el desdichado. Es peor para los que os juzgan desfavorablemente y mejor para vosotras si os humilláis ante Dios.»

«¿A qué llamáis espíritu grande—dice san Francisco de Sales—y a qué llamáis espíritu pequeño? No hay espíritu grande, sino el de Dios, que es tan bueno que habita gustoso en los espíritus pequeños. Le gusta la mentalidad de los niños y hace de ellos, mejor que de los espíritus viejos, lo que quiere.»

Quitar lo imaginario nos conduce al realismo en la acción. Teresa de Avila lo dice con ingenio:

«Ya os dije que algunas veces nos pone el demonio deseos grandes porque no echemos mano de lo que tenemos a mano para servir a nuestro Señor en cosas posibles y quedemos contentas con haber deseado las imposibles.»

Nos forjamos grandes ideales, nos damos cuenta de que no los alcanzamos, pero nos damos por satisfechos de haber pensado en ellos; mientras tanto hemos descuidado las pequeñas obligaciones que nos esperaban y que estaban a nuestro alcance: «Dejado que en la

³²⁶ I Co., 4, 3-5.



oración ayudaréis mucho, no queráis aprovechar a todo el mundo, sino a las que están en vuestra compañía.»

Este realismo ha sido, según Pablo VI, característico de Teresa del Niño Jesús. Le da el nombre de «paradoja de la esperanza», «en los antípodas de la puerilidad, de la pasividad y de la tristeza».

«El gran avance de santa Teresa—dice el Papa— ha sido la inserción realista en la comunidad cristiana en la que se está llamado a vivir en el momento presente. Esta inserción, que Teresa ha vivido, nos parece una gracia eminentemente deseable en nuestro tiempo. Muchos cristianos no ven cómo conciliar concretamente el crecimiento de la persona con las exigencias de la obediencia religiosa o de la vida común, la libertad con la autoridad, la santidad con la institución, la verdad en las relaciones con la caridad, la diversidad de los carismas con la unidad, el realismo diario con la contestación "profética" del presente. Santa Teresa se encontró constantemente frente a tales problemas. Sería inútil, es cierto, buscar en ella una formulación moderna de estas cuestiones, aún menos soluciones sistemáticas. Pero no se pueden negar las intuiciones luminosas que orientaron las relaciones de cada día con sus hermanas y su inserción en el estrecho cuadro de la vida conventual... No esperó para empezar a obrar hallarse en un modo de vida ideal ni en un entorno más perfecto; digamos más bien que ella contribuyó a cambiarlos desde dentro. La humildad es el espacio del amor»³²⁷.

Sin temor a equivocarnos podemos volver a leer el capítulo XIII: de la primera epístola a los corintios reemplazando la palabra "caridad" por "humildad":

«Ya puedo hablar las lenguas de los hombres y de los ángeles, que si no tengo *humildad* no paso de ser una campana ruidosa o unos platillos estridentes. Ya puedo hablar inspirado y penetrar todo secreto y todo el saber; ya puedo tener toda la fe, hasta mover montañas, que si no tengo *humildad* no soy nada...

La *humildad* es paciente, es afable, no tiene envidia, no se jacta ni se engríe, no es grosera, no busca lo suyo, no se exaspera ni lleva cuentas del mal, no simpatiza con la injusticia, simpatiza con la verdad. Disculpa siempre, se fía siempre, espera siempre, aguanta siempre.»

Conviene también volver a leer el texto de san Pablo a los colosenses, en que reúne en haz los elementos de la humildad:

«Como elegidos de Dios, consagrados y predilectos, vestíos de ternura entrañable, de agrado, humildad, sencillez, tolerancia».³²⁸

Todo está expresado en las palabras de Jesús, que han cambiado el corazón de los santos: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis el descanso para vuestras almas.»

Jesús se aplica—emplea las mismas palabras— la bienaventuranza de los pobres, la bienaventuranza de los mansos, de los misericordiosos, de los obradores de la paz. Pero esta bienaventuranza debe ser también nuestra. Pidamos la gracia de aspirar a cosas grandes, de ser magnánimos de las que quieren cambiar algo en el mundo y en la Iglesia, sabiendo que todo viene de Dios, y dejando los escabeles del cielo en manos de Dios, en vez de tirarlos a la cabeza de nuestros hermanos.

³²⁷ PABLO VI: Carta al obispo de Bayeux y Lisieux, 2 enero 1973

³²⁸ I Col., 3, 12.

Santo Domingo Tandil



**EGO 13 DIETRICH BONHOEFFER:
Orar entre los hombres**

Un Sentido a la vida

La oración, como el ministerio apostólico, pueden ser un engaño si no arraigan en una vida sencillamente humana y, ante todo, cristiana. La savia común del apostolado y de la oración es, como la de la flor, solidaria de la tierra que alimenta a la planta. De igual manera, una vida cristiana puede ser un engaño, si no es la vida de un hombre que se solidariza con los hombres y con sus problemas y responsabilidades. Si no es así, será la vida de un aficionado que se estanca en la superficie de las cosas. Un apóstol tiene que ser, ante todo, un cristiano, aunque sea papa—justamente por eso uno de ellos ha dicho: «El día más grande de la vida de un papa es el de su bautismo»—. La vida cristiana, si no está inserta en una vida de hombre, con sus limitaciones, no es verdadera. Necesitamos aprender la lección de hombres y de mujeres que han vivido estas vidas, a veces hasta en la escuela del peligro y de la muerte.

Por eso, recordando la frase de Pascal: «Sólo creo las historias cuyos testigos se dejan matar», quisiera que viéramos vivir y morir—y orar—al pastor Dietrich Bonhoeffer. No significa esto que todas las ideas de Bonhoeffer sean aceptables, pero su línea de vida tiene mucho que enseñar.

La vida de Bonhoeffer ha estado siempre pendiente de esta pregunta: «¿Cómo ser cristiano en la vida actual?»

¿Cómo testimoniar la presencia del Dios vivo, del Dios siempre presente entre los hombres? ¿Cómo participar en el encuentro alegre y doloroso, angustiado y sereno de Dios con el mundo?» Para él, en definitiva: «¿Cómo vivir como hombre ante Dios?» Todos tenemos que hacernos estas preguntas. La respuesta de Dietrich Bonhoeffer se orienta de diferentes maneras, según las etapas de su vida. Es normal, porque el encuentro con Dios se hace en medio de acontecimientos tan mudables como la historia. Bonhoeffer muere en plena búsqueda; tengámoslo en cuenta, porque no podemos situarlo en un lado o en otro. Añadiremos que mantuvo su búsqueda en circunstancias excepcionales, que al final se encontrarán con la tragedia del espionaje.

Empecemos por el final de su vida, por aquello de «los testigos que se dejan matar». Hace dos años que Bonhoeffer está en la cárcel, detenido por su resistencia a Hitler. Estamos sólo a pocas semanas del fin de la guerra y del suicidio del Führer. Debido a que las tropas aliadas avanzan a pasos agigantados, Bonhoeffer y sus compañeros han sido sacados de la cárcel. Con unos cuantos «presos notables», Bonhoeffer es llevado en camión de campo a campo. Una inmensa esperanza se apodera de ellos al entrever la posibilidad de una libertad cercana ante el derrumbamiento del hitlerismo. Hasta los carceleros son menos intratables. Pero una orden especial de Berlín alcanza a los presos cuando acaban de llegar al campo de Trossenburg. Durante la noche tiene lugar un simulacro de proceso. El médico del campo de Flossenbürg conserva y vivo el último recuerdo de Bonhoeffer:

«La mañana del 9 de abril de 1945, entre las cinco y las seis, los presos, entre los que figuraban el almirante Canaris, el general Oster, y Sack, presidente del Consejo de Guerra, fueron sacados de sus celdas para escuchar el veredicto. Por la puerta

Santo Domingo Tandil



entreabierto de uno de los barracones pude ver al pastor Bonhoeffer, aún con el traje de recluso, de rodillas, en ardiente oración con su Dios y Señor. La piedad, la evidente convicción de ser escuchado que aprecié en la oración de este hombre tan extraordinariamente atractivo, me conmovió hondamente. En cincuenta años de práctica jamás había visto morir a nadie tan abandonado en las manos de Dios.»

Un inglés, que en otra ocasión había compartido la suerte de Bonhoeffer en una de las espantosas cárceles, escribe también:

«Bonhoeffer estaba siempre sereno y normal y parecía estar a gusto... Su alma irradiaba paz en la sombría desesperanza de nuestra prisión... Era todo humildad y mansedumbre, y emanaba de él una atmósfera de felicidad y de alegría hasta en los más insignificantes acontecimientos de la vida, así como de profunda gratitud por el hecho de vivir aún. Había en su mirada algo de la fidelidad del perro cuando se le demuestra amistad. Era uno de los pocos hombres que he conocido que realmente sentía a Dios próximo a él.»

Se ha dicho tanto de Bonhoeffer en tantos sitios, que conviene recoger lo poco que sabemos de sus últimos días. La víspera de su muerte, el grupo de presos se había reunido para el traslado de un campo a otro. Varios le pidieron la celebración de un culto por la mañana. Bonhoeffer no quería imponerse a la mayoría, que era católica, sobre todo a causa de un joven prisionero ruso. Pero éste se declaró de acuerdo y Bonhoeffer leyó y comentó el texto del antiguo domingo de Cuasimodo: «Con sus heridas hemos sido curados.»

Al día siguiente, desnudo, bajo la horca, Bonhoeffer se arrodilló para orar por última vez.

Era Bonhoeffer hombre de una osamenta extraordinaria, inmenso, ancho de hombros, de salud inquebrantable, con unos bíceps que cuando era muchacho movía ante su hermana Sabina para impresionarla, muy atractivo y de una vida intensa: pianista, teólogo, humanista, políglota, un magnífico tipo de hombre. Había vivido una infancia feliz en una familia acomodada; el padre era médico, profesor de psiquiatría y neurología. Tenía cinco hermanos mayores que él, su gemela Sabina y la pequeña Susana. En resumen, era una excelente familia alemana en la que la música, el teatro, el amor a la naturaleza y todo contribuía a la formación de los hijos. Hay que añadir que tenían un gran entusiasmo por las fiestas del año, sobre todo Navidad. Entonces se leía la Biblia y se cantaban corales. Además, practicaban una fuerte moral cristiana, pero nunca se pisaba el templo. El padre era agnóstico y también alguno de los hermanos.

Un día, cuando tenía diecisiete años, declara públicamente en clase, porque se le ha preguntado, que quería ser teólogo—ante el asombro de todos—, lo que significaba ser pastor. Ni siquiera se había puesto de pie, la frase se le había escapado. Todas las miradas se clavaron en él. En el ambiente en que estaba, aquello no era normal ni corriente, sobre todo en un alumno bien dotado. Más tarde escribiría³²⁹:

«El muchacho saboreó profundamente este breve instante. Algo extraordinario había ocurrido y paladeaba ese momento, aunque experimentando alguna vergüenza. Ya todos lo sabían. Estaba solemnemente ante Dios y ante su clase, él era el centro. ¿Tenía la actitud que hubiera deseado? ¿Los rasgos serios y decididos? Se sentía

³²⁹ Las obras de Bonhoeffer traducidas al español son: *El precio y la gracia*. Sígueme, Salamanca, 1968. *Ética*. Estela, Barcelona, 1968-*Resistencia y sumisión*. Ariel. Barcelona, 1969. *Sociología de la Iglesia*. Sígueme. Salamanca, 1969. *¿Quién es y quién fue Jesucristo?* Ariel. Barcelona, 1971. *Crear y vivir*. Sígueme. Salamanca, 1974. *Vida en comunidad*. La Aurora, Buenos Aires, 1975.

Santo Domingo Tandil



extraordinariamente a gusto con el pensamiento que acariciaba, ante la majestad de su confesión y la nobleza de su oficio. Se daba cuenta de que había puesto al profesor en un apuro, pero éste le miraba amablemente. El gozo aumentaba, los muros de la clase se ensancharon sin límites. Estaba en medio del mundo, predicador y doctor de sus conocimientos y de su ideal, todos debían escucharle en silencio; la mirada del Eterno se posaba sobre sus palabras y sobre su cabeza. Después sintió vergüenza. porque veía su miserable vanidad.

Cuántas veces había pensado en dominar esta vanidad. Pero siempre se le escurría y ahora venía a corromper el gozo de este momento.»

Dietrich Bonhoeffer hizo sus estudios de teología en la Universidad.

Sus biógrafos están de acuerdo en distinguir tres etapas en su vida: primero será «teólogo», marcado por el sentido de la Iglesia. Después se hará «cristiano», convertido por la palabra de Dios. Terminará su vida como «contemporáneo» de hombres sumidos en un infierno terrestre.

Su primera etapa quedó marcada por un viaje a Roma a los dieciocho años. El joven Dietrich descubre en Roma la Iglesia universal, la Iglesia en el corazón del mundo. Asiste, el Domingo de Ramos, en San Pedro, por primera vez, a la Misa Pontifical. «Los seminaristas, los monjes, los rostros blancos, negros, amarillos. El sentimiento de la universalidad de la Iglesia es inmensamente fuerte.» Por la tarde va a Vísperas a la Trinidad del Monte: «Este día ha sido maravilloso. El primero en el que he visto algo de la realidad del catolicismo, que no tiene nada que ver con el romanticismo; creo que he empezado a comprender la noción de la Iglesia.» Esta noción de la Iglesia no le abandonará nunca. En uno de sus primeros sermones decía:

«... la desdicha mayor de nuestra época es que ignoramos lo que significa "la Iglesia", lo que ardía con tanta pasión en el corazón de Cristo al despedirse de los apóstoles y, sobre todo, lo que Pablo nos ha escrito con incomparable belleza en la epístola de los efesios... Pero no basta comprenderlo: necesitamos ser nosotros la Iglesia, lo que Pablo llama ser el cuerpo de Cristo. Pablo escribe a la comunidad cristiana de -Corinto, gentes atormentadas con toda clase de problemas, a una comunidad en la que el pecado hace estragos, como hoy entre nosotros, porque la fe es débil. A una comunidad así escribe san Pablo: "sois el cuerpo de Cristo". No dice "seréis", sino sencillamente "sois", y las mismas palabras se dirigen claramente a nosotros también.»

La Iglesia es para Bonhoeffer la respuesta a la pregunta: «¿Cómo ser cristiano en la vida actual?» Para un protestante luterano esta pregunta requería una fuerza extraordinaria. El problema de la existencia cristiana no puede resolverse, según él, sino en la Iglesia. En la comunidad concreta e histórica, tal cual es, con sus fallos y sus taras, se realiza el encuentro del hombre con Dios. Protesta sin cesar contra los que pretenden una Iglesia de puros, de perfectos, y rechazan de ella a los tibios, a los anónimos, a los indiferentes. En este momento escribe:

«No se cree en una Iglesia invisible, no en un Reino de Dios en una Iglesia considerada como la reunión de los elegidos en el cielo. Se cree que Dios ha hecho su comunidad de la Iglesia empírica y concreta, en la que se ejerce el ministerio de la palabra y del sacramento. Se cree que esta Iglesia es el cuerpo de Cristo, es decir, la presencia de Cristo en el mundo. Se cree que, según la promesa, el Espíritu de Dios actúa en ella.»

Santo Domingo Tandil



El joven estudiante pasa un año en Barcelona para un curso de teología práctica. Más tarde va a los Estados Unidos. Si en San Pedro de Roma había recibido el impacto de la Iglesia, que le acompañará hasta el fin, desde Nueva York escribe:

«En Nueva York se pueden oír sermones prácticamente sobre todos los temas. Solamente hay uno que nunca se trata o se hace tan pocas veces que no he conseguido oírlo en ninguna parte: el Evangelio de Jesucristo, la cruz, el pecado y el perdón, la muerte y la vida... ¿Qué encontramos en lugar del mensaje cristiano? Un idealismo ético y social que hace alarde de su fe en el progreso, y que por una razón bastante oscura se arroga el derecho de llamarse cristiana. Y en lugar de la Iglesia como comunidad de cristianos creyentes, aparece la Iglesia como institución social. Quien haya visto el programa semanal de una de las grandes Iglesias de Nueva York, con sus actividades de cada día y casi para cada hora, sus téis de etiqueta, sus conferencias, sus conciertos, sus ventas de caridad, sus deportes, sus juegos, sus partidas de bolos sus bailes para personas de toda edad; quien haya oído hablar de los esfuerzos que se hacen por atraer un nuevo prosélito a la Iglesia, presentándole el espejismo de una introducción especial en la sociedad; quien haya observado la dolorosa inquietud con que el pastor hace publicidad y hasta presiona para obtener un adepto, éste puede hacerse cierta idea del carácter de tal Iglesia.»

Para el joven teólogo, hombre ya de pensamiento y de estudio, la Iglesia es Cristo encarnado como comunidad. Este es el primer fundamento del pensamiento de la vida cristiana de Bonhoeffer.

Durante sus primeros tiempos de ministerio como pastor en Berlín, Bonhoeffer descubre la Biblia. El teólogo, cargado de diplomas, se hace cristiano.

«Me había lanzado al trabajo de un modo muy poco cristiano. Una ambición, señalada por muchos, me hacía la vida difícil... Después algo pasó, algo que cambió y transformó mi vida: por primera vez cogí la Biblia... Había predicado con frecuencia, había visto muchas cosas de la Iglesia, había hablado y predicado sobre ella, y todavía no me había hecho cristiano. Sé que durante todo este tiempo había buscado mi provecho personal a expensas de la causa de Jesucristo. Pido a Dios que no se repita. Nunca o casi nunca había orado. Estaba muy satisfecho de mí mismo y rebosando confianza. La Biblia me ha liberado de todo esto, en particular el Sermón de la Montaña. Desde ese momento todo ha cambiado. Lo he visto palpablemente, y algunos de mis amigos también. Ha sido una inmensa liberación. He comprendido que la vida de un ministro de Jesucristo debe pertenecer a la iglesia. Y paso a paso se ha ido precisando esta exigencia absoluta.»

Su pregunta permanece igual: «¿Cómo puedo llevar una vida cristiana en este mundo concreto? ¿Dónde está la autoridad que manda en esta vida, la única digna de ser vivida?» Siempre la misma búsqueda. Descubre la respuesta: es la Biblia, la palabra de Dios que se hace la luz de su vida. Escribe entonces varias cartas a su hermana y al marido de ésta:

«En primer lugar, y lo confieso sencillamente, creo que sólo la Biblia es la respuesta a todas mis preguntas. Necesitamos abiertamente pedir sin cesar, y con humildad recibir esta respuesta. No hay que contentarse con leer la Biblia como los otros libros. Hay que prepararse a interrogarla. Sólo así se nos revelará. Sólo si esperamos de ella la respuesta definitiva que recibiremos. La razón está en que en la Biblia nos habla Dios. No basta con reflexionar sobre Dios apoyándonos en nuestras propias fuerzas, hay que preguntar por El. Sólo si le buscamos responderá.»

Santo Domingo Tandil



Si yo determino dónde debe hallarse Dios, encontraré siempre un Dios que me corresponde de alguna manera, un Dios complaciente en relación con mi propia naturaleza. Pero si es Dios el que determina dónde debe ser hallado, será donde no es inmediatamente agradable a mi naturaleza ni totalmente de acuerdo conmigo. Este lugar es la cruz de Cristo. Y el que quiera encontrarlo debe ir al pie de la cruz, como lo exige el Sermón de la Montaña.»

Descubre que acaba de vivir el combate de Jacob: «Entonces Jacob reúne sus últimas fuerzas; no le deja marchar, lucha contra el ángel, pero entra en la tierra prometida.»

Llega así a la «sencilla obediencia», al precepto de Cristo en la Escritura, la obediencia sencilla a la fe sencilla:

«La obediencia reside enteramente en una fe sencilla, y la fe no es verdadera si no en la obediencia. La fe debe ser sencilla, de lo contrario provoca la reflexión y no la obediencia.»

Con la palabra de Dios en la mano, y yendo hasta el fondo en la exigencia de esta palabra, Bonhoeffer descubre la fuerza del «corazón limpio», porque tiene la experiencia de su corazón, aún no limpio y tan oscilante.

«Dios y el mundo, Dios y los bienes, quieren apoderarse de nuestro corazón, y no son lo que son sino después de haberse adueñado de él.

Es preciso que el corazón del discípulo se dirija sólo a Cristo. Si el corazón se ata a las apariencias, a la criatura más que al Creador, el discípulo está perdido.»

Y cita una frase en la que se reconocería san Juan de la Cruz³³⁰:

«Hay que caminar como peregrinos, libres, desprendidos, realmente vacíos... Viajamos después de habernos despedido, contentos con poco.»

Esta etapa de la Biblia es para Bonhoeffer la etapa de la trascendencia de Dios. La grandeza de Dios le deslumbra. Es el momento del «Dios solo», el momento también del «combate incesante y diverso del espíritu contra la carne», como le llama san Pablo.

Estamos en 1932-33. Hitler llega al poder: un viento de locura sopla sobre Alemania. En la catedral de Magdeburgo, en torno al altar, hay un bosque de estandartes con la cruz gamada; el predicador, desde el pulpito, comenta este espectáculo, como lo harán otros muchos eclesiásticos:

«Es el símbolo de la esperanza alemana. Quien insulte a este símbolo, insulta a Alemania. En torno al altar, estas banderas de la cruz gamada irradian esperanza: ¡pronto amanecerá!»

En ese mismo momento, en la iglesia de la Trinidad, Bonhoeffer declara:

«En la Iglesia tenemos un solo altar, el altar del Altísimo, ante el cual toda criatura debe doblar la rodilla... El que quiera otra cosa que se retire, no puede estar con nosotros en la casa de Dios. En la Iglesia también tenemos un solo pulpito, en el que se proclama la fe en Dios, y ninguna otra fe, ninguna otra voluntad, por buena que sea.»

Momento crucial en la vida de Bonhoeffer; antes que el hitlerismo haya llegado a sus peores consecuencias, da cuenta a los hermanos de Iglesia de sus reacciones ante la toma del poder por Hitler. La mayoría de sus colegas encuentran utópicas las ideas de Bonhoeffer:

³³⁰ Véase el artículo de RACCAT, M. A.: "Transcendance de Dieu et relation au monde: Jean de la Croix et Dietrich Bonhoeffer", en la *Revue de recherche spirituelle: Carmel*.



«Me encontré en una oposición radical e incomprensible con todos mis amigos: mis ideas sobre esta cuestión me aislaban cada vez más, -aunque personalmente estaba en relación íntima con ellos. Todo esto me dio miedo, me hacía dudar, temí equivocarme por la manía de tener razón. Además, no veía ningún motivo para pensar que yo juzgaba con más verdad y claridad sobre estos asuntos que tantos pastores concienzudos y buenos, a quienes miro con deferencia. Pensé que era mejor retirarme al desierto por algún tiempo... El peligro de armar un escándalo en la situación del momento me pareció mayor que el de retirarme a la soledad.»

Puesto que encuentra dificultades en participar en la vida de sus colegas, Bonhoeffer se marcha a Londres por dos años: de 1933 a 1935. Es llamado después a Alemania para fundar el extraordinario seminario pastoral y comunitario de Finkenwaide, para la formación de jóvenes pastores que, a ejemplo de Bonhoeffer, querían ser testigos de Dios en un mundo sin Dios. Sólo podrá realizarlo una Iglesia realmente capaz de unir a sus pastores en la Palabra, en la vida fraterna y en la Cena. A esto se dedica durante cuatro años. Este seminario sería un foco de resistencia. El mismo Bonhoeffer, en su admirable, aunque breve, libro. *Vida en comunidad*, nos da toda su esencia. En 1939, disuelto el seminario por el régimen, Bonhoeffer entra en la resistencia activa. En 1932 encontró su vocación; en 1939 encuentra su destino.

Poco a poco, Bonhoeffer y algunos otros llegan a la convicción de que sólo lo que muchos llamarían una traición era el verdadero amor a Alemania. En el grado a que se había llegado en la exterminación de judíos, en las matanzas de enfermos, en el cierre de iglesias, en la situación de los soldados abandonados en Rusia, donde morían en situaciones espantosas, en la multitud de muertos por la megalomanía y la incompetencia de Hitler, se imponía la resistencia activa y audaz. Bonhoeffer sabe a lo que le expone el compromiso con la resistencia, con todo lo que suponía, hasta entrar en la red de contraespionaje del almirante Canaris, de Oster y de tantos otros alemanes que serán asesinados con él. Escribe en 1942:

«¿Somos aún utilizables en el ministerio? Hemos sido testigos de muchas malas acciones, las hemos visto de todos los colores; hemos aprendido el arte del disimulo y de la palabra equívoca; nos hemos vuelto, por experiencia, desconfiados con los hombres.

Con frecuencia hemos privado de la verdad a nuestro prójimo o de una palabra libre que le debíamos. Algunos conflictos insoportables nos han hecho desengañados y hasta cínicos. ¿Somos aún utilizables? Nuestra fuerza interior, ¿será suficiente para resistir a lo que se nos impone? Nuestra franqueza con nosotros mismo, ¿se mantendrá lo bastante despiadada para hacernos encontrar el camino de la sencillez y de la rectitud?»

En estas horas de sangre, de miseria y de barro, encuentra Bonhoeffer una muchacha de dieciocho años —él tiene treinta y cinco—, María von Wedemeyer, de gran belleza, distinguida y valiente. En el infierno en que se encuentra, María adquiere para Dietrich un valor único. La ama. Y la respuesta de María a este amor es casi inmediata y radiante. El 17 de enero de 1943 tiene lugar la petición de mano. Bonhoeffer sabrá a qué se compromete y a qué compromete a María. Su matrimonio le parece entonces «un sí a la tierra de Dios».

«Jeremías dice a su pueblo, en el momento de su gran despojo, que cada hombre debe comprar en el país casas y campos como señal de confianza en el futuro. Lo mismo ocurre donde hay fe. Quiera Dios dárnosla cada día. No pienso en la fe que huye del mundo, sino en la que se prueba, ama y permanece fiel, a pesar de todos los sufrimientos que supone. Nuestro matrimonio será un sí a la tierra de Dios.

Santo Domingo Tandil



Fortalecerá nuestro valor para realizar algo sobre la tierra. Temo que los cristianos que sólo se sostienen aquí abajo con un pie, se mantengan también con un solo pie en el cielo.»

El 5 de abril de 1943, la Gestapo descubre ese foco de resistencia y detiene a Bonhoeffer y a sus compañeros. Sólo durante tres meses había podido hablar con su novia: de enero a abril.

Empieza el último período de la vida de Bonhoeffer, que durará dos años. En la cárcel descubre hasta qué punto los hombres que le rodean habían dejado de ser cristianos y hasta de ser religiosos. En este compartir total de dolores con los hombres se da cuenta de que para gran parte de ellos, y quizá mañana para la mayoría, «Dios ha muerto».

Se ha interpretado tan diversamente lo que Bonhoeffer escribió durante estos dos años de cautiverio, que hay que tener cuidado con no endurecer nada. Dios nunca ha estado muerto para Bonhoeffer, pero comprueba que Dios ha muerto para los que le rodean: Dios no existe ya para el hombre, que puede prescindir de El y que se cree el único responsable del mundo; que sólo espera de sí mismo la felicidad y que cree que Dios era invocado en otros tiempos porque no se sabía a qué santo encomendarse frente a los secretos de la naturaleza o frente a las dificultades de la vida. Ante esos hombres, por otra parte, de gran valor y talla, Bonhoeffer se hace la misma pregunta que se planteó desde el principio: «¿Qué es el cristianismo y qué es Cristo para nosotros hoy? Esta pregunta me preocupa constantemente.» Para él, la pregunta no es—lo dice él mismo—: «¿Qué es lo que todavía es aceptable para la fe hoy?», sino:

«¿Quién es este Cristo hoy para nosotros y qué debe ser para estos hombres? ¿Cómo Cristo puede llegar a ser el Señor de los irreligiosos? ¿Cómo hablar de Dios sin religión, es decir, sin los datos previos y contingentes de la metafísica y de la espiritualidad? En definitiva, ¿cómo hablar a gentes para las que el lenguaje de la fe y de la religión no tiene ya sentido? ¿Cómo se puede hablar a los hombres de hoy—de la autoridad de Cristo? ¿Cómo identificarse plenamente con el mundo moderno sin perder la identidad cristiana?»

El medio que permitirá a Bonhoeffer conservar la identidad cristiana, dentro de su encarnación en el mundo, será el que define con una expresión que emplea con frecuencia: «la disciplina del arcano». Es una palabra técnica tomada de los primeros cristianos, que tampoco decían a los de su alrededor lo que vivían porque no eran comprendidos; era la aplicación de las palabras de Jesús:

«No echéis perlas a los puercos, ni las cosas santas a los perros.» Por disciplina del arcano, Bonhoeffer entendía todo lo que tiene poder para profundizar y sostener en nosotros la vida cristiana, la oración, la meditación, el culto en común, los sacramentos, las experiencias de vida comunitaria, como las que había vivido en Finkenwaid; de hecho, todo lo que contribuye a adaptar al cristiano a una vida de amor vivido con Dios y con sus hermanos. La disciplina del arcano significaba también que las verdades del Evangelio pueden y deben ser compartidas entre cristianos, pero de una manera diferente a como debe ser comunicada a los otros.

Dietrich Bonhoeffer, que era músico, se expresó con una comparación cogida de la música polifónica. En esta música hay una melodía principal, el *cantus firmus*—el canto fuerte—, y alrededor de él otras que se traban:

«Todo amor grande lleva consigo el peligro de hacernos perder de vista lo que yo llamaría la polifonía de la vida. Me explico: Dios y su eternidad quieren ser amados por nosotros plenamente; pero este amor no debe ni perjudicar ni debilitar a un amor

Santo Domingo Tandil



terreno. El amor de Dios debe ser algo así como el *cantus firmus*, la melodía central en torno a la cual cantan las otras voces de la vida.

El amor terrestre es uno de estos temas a contrapunto que, aunque con plena independencia, se refieren al *cantus firmus*. Donde el *cantus firmus* es claro y distinto, el contrapunto puede abrirse tan fuerte como pueda. Los dos son inseparables y, sin embargo, diferentes, hablando el lenguaje de Calcedonia, como las naturalezas humana y divina de Cristo.»

Se comprende cómo Bonhoeffer se ha hecho el «contemporáneo» de sus hermanos, un contemporáneo surgido en el infierno de la guerra, de los campos de concentración, del exterminio de millones de hombres. Es el período del «impacto» del mundo ateo y de la bestia del Apocalipsis. Recordemos que todo cristiano que se enfrenta con un universo nuevo, lo quiera o no, y sea cual fuere su fuerza y su talla, tiene que sentir este impacto. ¿Cómo volver a encontrar en este universo de Apocalipsis la permanencia de la presencia de Dios? Bonhoeffer dirá, sin dejar de adherirse a lo que había descubierto y vivido en las dos etapas anteriores, vivir como cristiano en el mundo, en este mundo; vivir la multitud de trabajos, de problemas, de éxitos, de fracasos, de experiencias, de perplejidades; vivir todo esto produce en nosotros tal retorcimiento del ser y del espíritu, que nos introduce en el «sufrimiento de Cristo».

«Cristo crea en nosotros un tipo de hombre, pero de hombre nada más. No es el acto religioso lo que hace al cristiano, sino su participación en el sufrimiento de Dios en la vida del mundo.»

Participando en el sufrimiento del mundo en que está inmerso, el cristiano va a hacerse hombre nada más, como se dirá de Jesús en la cumbre de su Pasión: «He aquí el hombre.» No hay que pensarlo en las propias miserias, problemas, pecados y angustias, sino dejarse arrastrar al camino de Jesús donde se realiza el siervo doliente de Isaías.

Ahora, aunque su pensamiento queda inacabado, puede decirse que la vanidad está definitivamente vencida en Bonhoeffer.

«He comprendido y sigo aprendiéndolo que viviendo plenamente la vida terrestre se llega a creer. Cuando se ha renunciado completamente a hacerse alguien—un santo, un pecador arrepentido, un hombre de Iglesia, un justo o un injusto, un enfermo o un sano—para vivir en la multitud de tareas, problemas, éxitos y fracasos —que a esto se llama vivir en el mundo—, entonces se pone uno plenamente en las manos de Dios; se toma en serio no los sufrimientos propios, sino los de Dios en el mundo; se vela con Cristo en Getsemaní. Tal es, creo yo, la fe, la *metanoia*. Así se hace un hombre cristiano. ¿Cómo los éxitos pueden hacernos insolentes, ni turbarnos los fracasos, si sufrimos el sufrimiento de Dios?»

Así es la última carta enviada a sus amigos. Qué decir, sino que todos, nosotros también, tendremos que vivir en un mundo secularizado y que será necesario que el *cantus firmus*, la melodía profunda de nuestra vida, sea suficientemente fuerte en Dios para que podamos vivir plenamente en medio de los hombres nuestra vida de hombre.

Los caminos de la libertad

Algunos meses antes de su muerte, cuando toda correspondencia iba a ser imposible, Bonhoeffer escribió este poema, que tituló: *Estaciones en el camino de la libertad*.

Son misterios dolorosos más que gozosos, pero todos relacionados con los gloriosos: son la Pascua de un hombre inmerso en el Viernes Santo que ve o, más exactamente, que vive la

Santo Domingo Tandil



Resurrección en esta Pasión. La libertad, la liberación de que habla, son las de los apóstoles al servicio de sus hermanos, al servicio de Dios.

Cuando escribe san Pablo a los gálatas: «Hermanos, habéis sido llamados a la libertad, sólo que no toméis de esa libertad pretexto para la carne; antes al contrario, servios por amor los unos a los otros»³³¹, se trata de la libertad cristiana que nos arranca de nuestro egoísmo para abrirnos al amor de todos. En la primera epístola de san Pedro, el verdadero contenido de la libertad cristiana es la posibilidad de servir a Dios: «Obrad como hombres libres y no como quienes hacen de la libertad un pretexto para la maldad, sino como siervos de Dios».³³²

Hay que leer este poema de Bonhoeffer como el de un cristiano que da parte a sus hermanos de su más alto descubrimiento y como el de un hombre que nos entrega sus últimas palabras.

Estaciones en el camino de la libertad

Disciplina

Si partes para buscar la libertad aprende, ante todo, la disciplina de tus sentidos y de tu alma, para que tus deseos y tu cuerpo no te lleven a la aventura.

Que tu espíritu y tu carne sean castos, sometidos a ti enteramente, y que, dóciles, busquen el fin que les está asignado.

No sondee nadie el misterio de la libertad, si no es en la disciplina.

Acción

Hacer y atreverse no ya a cualquier cosa, sino a lo que es justo.

No planear en lo posible, sino emprender con valor lo real.

No en los pensamientos que huyen, sino sólo en la acción está la libertad.

Rompe el círculo de tus dudas ansiosas para afrontar la tempestad de los acontecimientos;

guiado sólo por la ley de Dios y por la fe, la libertad acogerá tu espíritu, en el júbilo.

Sufrimiento

Metamorfosis maravillosa. Fuertes y activas, he aquí tus manos atadas. Impotente y solitario ves el fin de tus actos. Pero respiras y dejas lo que es justo en manos más fuertes, y tú te serenarás.

Un solo instante llegaste al gozo de la libertad, después la entregaste a Dios para que la perfeccionara magníficamente.

La muerte

³³¹ Gá., 5, 13

³³² I P., 2, 16



Acércate, fiesta suprema en el camino de la libertad.

Muerte: rompe las cadenas y los muros importunos de nuestro cuerpo pasajero y de nuestra alma ciega para que al fin podamos ver lo que aquí abajo se nos ha negado ver.

Libertad: te hemos buscado mucho en la disciplina, la acción y el sufrimiento.

Muriendo te reconocemos en el rostro de Dios.

«Nadie hace la experiencia de la libertad si no es por la disciplina.» Pero exactamente, ¿qué entiende Bonhoeffer por disciplina? Esta etapa, necesaria y primera estación en el camino de la libertad, es una regla de conducta que se impone. Según la perfección a que aspiramos, la disciplina será diferente: la disciplina del pianista, del deportista, del artesano, que llegan a perfeccionarse en su arte, y aun la disciplina del peón, que exige que las tablas o los montones de sacos estén bien alineados». La disciplina es, por tanto, lo que se opone a la negligencia; es la seriedad y el peso de la tarea del hombre.

La crisis de la fe de hoy es también la crisis de la calidad humana, la de la casa construida sobre arena. La fe no puede sostenerse sobre arena. Debe estar fundada sobre roca, y esta roca, dura y compacta, es la disciplina. Podemos decir, como el salmista: «Señor, llévame a la roca, que es demasiado alta para mí», pero yo tengo que adherirme a la roca. Bonhoeffer conoce, en la intimidad de su conciencia, como en la clausura de su corcel, la prueba que amenaza con «arruinar la fecundidad de la inteligencia y del hombre». La nostalgia, palabra que existe en muchas lenguas, y que los teólogos llaman en latín *acedía*, es cierta desgana en el esfuerzo espiritual, nacido de la tristeza, el rencor o la amargura. La *acedía* se opone a la alegría. Bonhoeffer la describe con precisión:

«Es el triste destino y la ruina de toda fecundidad intelectual. No existe peor tormento, y durante estos meses la he sentido muchas veces de una manera horrible... La primera consecuencia de estos períodos nostálgicos es el deseo de abandonar la marcha normal del día, implantando en la vida un desorden caprichoso. A veces he estado tentado de no levantarme a las seis, como acostumbro—lo que me hubiera sido perfectamente posible— y de seguir durmiendo. Hasta ahora he logrado siempre forzarme renunciando a ello, porque estaba seguro que hubiera sido el principio de una capitulación de fatales consecuencias. Una disciplina puramente externa y física—gimnasia, ducha fría—ayuda a mantener la disciplina psíquica. Además, nada hay más falso que tratar de compensar lo irremplazable.»

Hay que aceptar la mutilación en que nos encontramos:

«Creo que es nefasto en este momento hablar de nuestra situación a los extranjeros. Esto sólo puede destruirnos más; importa, en cambio, abrirse todo lo posible a las miserias de los otros hombres.»

Como decía Teresa del Niño Jesús cuando veía a las novicias algo desalentadas: «Daos prisa en correr a las obras de caridad.» «Sobre todo, no ceder nunca a la *selfpity*, a la compasión de uno mismo», dice Bonhoeffer.

Cuando escribía Bonhoeffer: «Que tu espíritu y tu carne sean castos», la esencia de la castidad no era para él la renuncia del placer, sino la orientación de la vida hacia una meta. «Es necesariamente ridícula en una existencia que no esté así orientada.» Porque corro, como decía san Pablo, para alcanzar la meta, trataré de someter mi espíritu y mi carne. ¿Qué interés tiene la castidad para una vida mediocre? «Sin castidad no hay ideas claras y dominantes.»

Santo Domingo Tandil



En este combate, el cristiano que está arraigado en el mundo con todas sus fibras, como el árbol aprisionado en la tierra, «es disciplinado y el conocimiento de la muerte y de la resurrección están siempre ante él».

El hombre que se ha disciplinado para alcanzar la libertad puede ya pasar a la acción, una acción muy realista, como él la define: «No planear en lo posible, sino emprender con valor lo real.» Vivir en lo real, en lo de cada día, Bonhoeffer lo vive a través de dos acontecimientos de signos opuestos: el primero, el fracaso de la conjuración que le lleva a la cárcel donde se encuentra, y el peligro de muerte que le amenaza; y el segundo, su amor por María y su noviazgo. Dos acontecimientos tan distintos, que quiere vivirlos en lo «real».

El fracaso. De él habla con su cuñado, Hans von Donhanyi, principal promotor de la conjuración y que, en cierto sentido, llevó a Dietrich a la cárcel. Preso también, escribe a Bonhoeffer: «Perdóname; en buen lío te he metido», y recibe esta contestación:

«Quiero que sepas que mi espíritu está exento del menor átomo de reproche o de amargura respecto a lo que nos ha ocurrido a ti y a mí. Estas cosas vienen de Dios y sólo de El. Sé que estamos unidos tú, Christel—la hermana de Dietrich—y yo en la convicción de que ante El sólo existe la sumisión, la perseverancia, la paciencia—y el agradecimiento—. Esto es lo que acalla toda pregunta respecto al "¿por qué?". No. No debes preocuparte por nosotros. Otro te ha quitado esta carga.»

En cuanto a sus relaciones con María, escribe en la misma carta:

«...tengo que anunciarte—para que participes en mi alegría—que desde enero soy novio de María. Estoy seguro que esta experiencia es buena para los dos, aunque por el momento nos resulta aún incomprensible.»

Bonhoeffer cita después un canto, que repite en la cárcel como oración: «La alegría y el sufrimiento llegan por la noche; luego se marchan sin enterarte tú para decir al Señor cómo los has vivido.»

Recordamos que escribía a su novia que, como Jeremías, su matrimonio sería un «sí a la tierra de Dios»:

«Hay que encontrar a Dios a través de todo lo que nos da en el momento presente. Si quiere colmarnos de una felicidad terrestre avasalladora, no seamos más piadosos que El y no estropeemos esa felicidad con pensamientos presuntuosos o provocantes o por una imaginación religiosa desbordante, incapaz de contentarse con lo que Dios nos da.»

Dar gracias al Señor, aceptar lo que viene de El, es lo que decía Pascal: «Todas las cosas son como señores que vienen de la mano de Dios. Hay que saber obedecerles.»

Si en la prisión conoció Bonhoeffer la nostalgia, que no puede curarse sino con una estricta disciplina, en la acción descubre un equivalente de la nostalgia: los deseos del futuro. Es una pseudoacción que no es «real», porque no actúa en el presente y vive de sueños. Conoce la fuerte tentación de la imaginación cuando llegan hasta la cárcel las canciones del exterior:

«Estoy sentado en mi celda, en el último piso dentro todo está en silencio; algunos pájaros cantan todavía y se oye de lejos la llamada del cuco. Estas tardes largas y cálidas, que vivo aquí por segunda vez, me pesan un poco. Se siente uno atraído por lo de fuera, sería uno capaz de hacer disparates.»

¿Qué hacer entonces? ¿Desechar los deseos? Existe el peligro de que estallen algún día:

«Ves, concretamente, no me atrevería esta tarde a figurarme sentado con María, a vuestro lado en el jardín, junto al agua, discutiendo con vosotros hasta que cayera

Santo Domingo Tandil



la noche. Esto sólo sirve para torturarnos y para perjudicarnos físicamente. Por eso me refugio en mis pensamientos o en la correspondencia y aparto mis deseos para protegerme a mí mismo.»

Bonhoeffer conoce su flaqueza, siente que el hombre no debe aferrarse a sus deseos. Para él, la libertad no está en los «pensamientos que huyen», sino en la acción. El hombre más libre es el que adquiere el mayor dominio no del universo ni de sus opciones, sino el que mejor se libera por dentro: «Rompe el cerco de tus dudas ansiosas para afrontar la tempestad de los acontecimientos.»

También el sufrimiento es camino de libertad, pero a condición de ponerle precio, y alto precio. Cuando el suelo desaparece bajo los pies, cuando sólo hay tristeza y desolación, escribe san Pablo: «Más aún, nos gloriamos hasta en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación engendra la paciencia; la paciencia, virtud probada; la virtud probada, esperanza, y la esperanza no falla»³³³

Para Bonhoeffer el sufrimiento es la acción alta y peligrosa, tan necesaria, en la que se había comprometido, y que había fracasado. Sin volver sobre lo que hubiera podido ser y no sería nunca, sin minimizar por eso mismo la necesidad y la importancia de lo que había emprendido, «abandona su acción en las manos de Dios», como el salmista y Jesús entregaron su espíritu en las manos del Padre. Bonhoeffer está seguro de que Dios terminará su acción magníficamente.

Dejas lo que es justo
en manos más fuertes y tú te serenas.
Un solo instante llegaste al gozo de la libertad,
después la entregaste a Dios...

Llegado aquí descubre la diferencia entre cristianos y paganos y lo expresa en otro poema de la cárcel, escrito en la misma época:

Los hombres van a Dios en su miseria y piden socorro, felicidad y pan.
Piden librarse de la enfermedad, del pecado y de la muerte.
Todos lo hacen; todos, cristianos y paganos.
Unos hombres van a Dios en su miseria,
lo encuentran pobre y despreciado, sin asilo y sin pan;
lo ven maltrecho bajo el pecado, la flaqueza y la muerte;
los cristianos están con Dios en su Pasión. Dios va a todos los hombres en su miseria, Dios sacia sus cuerpos y su alma con su pan. Por los cristianos y por los paganos, Dios sufre la muerte de la cruz, y su perdón es para todos, cristianos y paganos.

Bonhoeffer abandona a Dios todo lo que él ya no puede hacer, pero el Dios que encuentra es Jesús en Getsemaní. Es el Dios de la Pasión, el que «pierde su vida».

En definitiva, para Bonhoeffer la libertad nace de la concentración sobre lo esencial. Lo mismo en la disciplina, en la acción y en el sufrimiento, que en la muerte, la libertad resulta de la mirada sobre lo único necesario. Escribe aún esta frase extraordinaria sobre un trozo de papel: «¿Qué es la libertad? Formalmente, el amor de la libertad en la cárcel.»

Y esta libertad nadie se la puede quitar porque es interna. En un último texto: *Resistencia y sumisión*, Bonhoeffer resume no sólo su pensamiento del momento, sino su vida entera:

³³³ Rm., 5, 3-4.



«Jesús está ante Dios como quien obedece en libertad. En obediencia cumple la voluntad del Padre observando a la letra la ley que le es impuesta, En libertad dice sí a la voluntad divina por una decisión totalmente personal, con los ojos abiertos y el corazón alegre. Es como si El creara por segunda vez esta voluntad partiendo de sí mismo. La obediencia sin libertad es esclavitud; la libertad sin obediencia es arbitraria. La obediencia ata la libertad, ésta ennoblece la obediencia. La obediencia ata la criatura a su Creador, la libertad la pone cara a cara con El, que la ha creado a su imagen.»

Si el pensamiento de Dietrich Bonhoeffer queda inacabado, su vida termina con su presencia ante los hombres y Dios, libre y obediente, comprada al precio de estas cuatro estaciones: de la disciplina, de la acción, del sufrimiento y de la muerte, cada una de ellas preludio de la resurrección.

Orar, ¿qué es para Bonhoeffer?:

«Prepararme a recibir la Palabra como un mensaje personal en las tareas que me corresponden, en mis decisiones, mis pecados y mis tentaciones.»

Lo que enseñaba a los futuros pastores de Finkenwalde, Dietrich Bonhoeffer lo vivió.



EGO 14 Andar en la presencia de Dios

Quisiera terminar con una sola actitud todo lo que hemos dicho acerca de la oración en la escuela de los Grandes Orantes. Quizá hagamos ante ella lo que hizo Naamán, el sirio, al rechazar bañarse en el Jordán, tan pequeño comparado con los grandes ríos de su país, porque para curarse de su lepra era demasiado sencillo. Tenemos que comprender que los medios que nos ponen en el camino del encuentro con Dios son muy sencillos, lo que no quiere decir que sean simples, ni siempre fáciles.

Escuchemos, una vez más, la palabra divina en el pasaje de la Biblia tan conocido del encuentro de Elías en el Horeb con Dios. Elías está pasando por una prueba.

Desalentado por los ataques de los enemigos de Yavé y por su propia flaqueza—«no soy mejor que mis padres»—huye, y sostenido milagrosamente por el alimento encontrado después de su sueño, camina por el desierto cuarenta días y cuarenta noches hasta la montaña de Dios: el Sinaí—llamado aquí Horeb—, donde Dios reveló su nombre en la zarza en llamas y dio su ley a Moisés. Elías vuelve al origen de la fe de sus padres, va al encuentro de su Dios. Cuarenta días de camino, que recuerdan los cuarenta años del Éxodo y preludian los cuarenta días de tentación de Jesús. A Dios no se le fija la cita ni en el tiempo ni en el lugar, se camina hacia su encuentro humilde y pacientemente. Y Dios sostiene nuestro lento caminar, aunque no veamos cómo.

Llegado al Horeb, «díjole Yavé: "Sal afuera y ponte en el monte ante Yavé." Y he aquí que Yavé pasaba. Hubo un huracán tan violento que hendía las montañas y quebrantaba las rocas; pero no estaba Yavé en el huracán. Después del huracán, un temblor de tierra; pero no estaba Yavé en el temblor. Después del temblor, fuego; pero no estaba Yavé en el fuego. Después del fuego, el susurro de una brisa suave. Al oírlo, Elías cubrió su rostro con el manto, salió y se puso a la entrada de la cueva. Le fue dirigida una voz». En este texto³³⁴ como dice la nota de la Biblia de Jerusalén, «el susurro de una brisa suave» simboliza la espiritualidad de Dios y la intimidad de su trato con su profeta, pero ¡atención!, hay también huracán, viento, tempestad y temblor de tierra, que simbolizan las órdenes terribles que va a recibir el profeta. Si Dios habla en un susurro, su acción no es suave, sino terrible a veces. Es fuego devorador.

Me gusta mucho leer en le *bel aujourd'hui* de Julien Green, una preciosa frase de un antiguo autor espiritual, un tal Duguet; preciosa como comentario de este texto:

«Como sólo Dios debe ser escuchado, habla bajo y como quiere. El menor ruido ahoga su voz.»

No se trata tanto de ruidos exteriores—inevitables a veces—, como del estrépito, que podía ser apagado, y, sobre todo, del barullo interno y personal.

Para entrar en este encuentro con Dios veremos tres cosas. Primero, la verdad de base, fundamental, de toda presencia de Dios, que la Biblia llama la mirada, el rostro de Dios. Después, la actitud, no menos fundamental, que esta realidad exige de nuestra parte, buscar incesantemente esta presencia de Dios: «Es preciso orar siempre», dirá Jesús³³⁵. Por último, trataremos sobre algunos de los humildes medios de este encuentro.

³³⁴ 1R., 19, 11-13

³³⁵ Lc., 18, 1.



La mirada siempre presente de Dios

En primer lugar, la omnipotencia continua de Dios. Es el tesoro común de la humanidad, traducida en un proverbio árabe muy expresivo: «Sobre una piedra negra. Dios ve una hormiga negra en una noche negra.» Es la verdad más ecuménica de todas las religiones y de todas las filosofías que han sostenido la idea de un más allá del hombre. Es igualmente el patrimonio común de la humanidad de los patriarcas de antes del diluvio, en los primeros capítulos del Génesis.

«Andar en la presencia de Dios» son las palabras que emplea la Biblia para caracterizar a dos hombres anteriores al diluvio, dos justos en medio de una humanidad pervertida. No pertenecen al pueblo de Israel porque no existe aún y, sin embargo, la tradición judía considerará a Henoc y a Noé como amigos de Dios, dos santos del Antiguo Testamento, dos «santos paganos», dice el padre Daniélou³³⁶.

La Biblia hace a Henoc un sitio aparte: es el séptimo personaje mencionado después de Adán³³⁷. Siete es un número especial, el número perfecto, y los trescientos sesenta y cinco años de la vida de Henoc no son tampoco una cifra dada al azar: trescientos sesenta y cinco años, es decir, un año de años, tantos años como días hay en nuestro año solar. Pero, sobre todo, dice el Génesis en una síntesis impresionante: «Henoc anduvo con Dios», lo que significa que vivió en familiaridad con Dios, introducido en el secreto de Dios. Después «desapareció, pues se lo llevó Dios». Este personaje marcará la tradición judía: no sólo los creyentes adornarán su historia, sino que el autor de la epístola a los hebreos se refiere a él al hablar del testimonio de la fe de los antepasados: «Henoc había agradado a Dios. Ahora bien, sin fe es imposible agradarle, pues el que se acerca a Dios ha de creer que existe y que recompensa a los que le buscan»³³⁸.

De Noé se dice lo mismo: «Noé era un varón justo y perfecto entre sus contemporáneos. Andaba con Dios»³³⁹. También él vivió familiarmente con Dios. Llegamos a Abraham: «Yavé se le apareció y le dijo: "Yo soy el *ShaddaJ*. anda en mi presencia y sé perfecto"»³⁴⁰. Lo mismo dice Dios a Abraham, a Noé y a Henoc. ¿Ha disminuido la familiaridad con Dios de los primeros tiempos? Ellos «andaban con Dios» como se anda el camino con un compañero. Abraham andará «en la presencia» de Dios. Quizá haya en esta expresión algo más lejano, pero la realidad permanece, y muy clara.

¿Y nosotros? ¿Estamos previstos para este andar ante Dios? Sí, porque en nosotros tiene que perpetuarse y cumplirse la profecía de Zacarías del *Benedictus*, la «alianza santa, el juramento que juró a Abraham, nuestro padre, darnos que sirvamos a Dios en santidad y justicia en su presencia todo nuestros días»³⁴¹. Fuerte es y segura la fe del padre de Juan Bautista, que actualiza para su generación y la nuestra la promesa hecha a su padre Abraham dieciocho siglos antes.

³³⁶ DANIÉLOU, J.: *Les saints paiens de l'Ancient Testament*. Le Senil, París.

³³⁷ Gn., 5, 23

³³⁸ Hb., 11, 5.

³³⁹ Gn., 6, 9.

³⁴⁰ Gn., 17.

³⁴¹ Lc., 1,72.



Dieciocho siglos, pero no dieciocho siglos de silencio. Como punto de unión entre los patriarcas y Zacarías tenemos el texto inagotable de Miqueas sobre el proceso de Israel:

«Escuchad ahora lo que dice Yavé:

"¡Levántate! y pleitea con los montes y oigan las colinas tu voz. Escuchad montes, el pleito de Yavé..."

Yavé hace el proceso de su pueblo, y el pueblo le responde: "¿Con qué me presentaré ante Yavé? ¿Me inclinaré ante el Dios de lo alto? ¿Me presentaré con holocaustos?... ¿Daré mi primogénito por mi prevaricación? ¿El fruto de mis entrañas por el pecado de mi alma?"

La respuesta de Dios barre todo esto con un haz de su luz: "Se te ha declarado, ¡oh hombre!, lo que es bueno, lo que Yavé de ti reclama; tan sólo practicar la equidad, amar con ternura y andar humildemente con tu Dios".»

De nuevo andar en la presencia de Dios. Literalmente habría que traducir: «y hacer humilde tu andar ante Dios».

Ya que la presencia de Dios es el tesoro permanente de la humanidad, detengámonos en ella. Los Salmos lo hacen tantas veces... Mientras nosotros buscamos su mirada, El nos mira: «Mira Yavé desde los cielos y ve a todos los hijos de los hombres». ³⁴² «Están los ojos de Yavé sobre los que le temen, sobre los que esperan en su misericordia, para salvar sus almas de la muerte» ³⁴³. Es la gran verdad. Dios nos mira sin cesar. Un niño lo sabe, , pero cuando se hace realidad en nuestra vida todo cambia:

«Guárdame, ¡oh Dios!, en ti está mi refugio» ³⁴⁴. Para Dios, su bendición es su mirada: «De este modo habéis de bendecir a los hijos de Israel. Diréis: Que Yavé te bendiga y te guarde; que Yavé haga resplandecer su faz sobre ti y te otorgue su gracia; que vuelva a ti su rostro y te dé la paz» ³⁴⁵.

La mirada de Yavé, puesta siempre sobre nosotros, es generadora de su presencia de inmensidad y de intimidad. Es la presencia—que podría llamarse cósmica—de Dios. Hay mucho que reflexionar sobre este misterio, que es el misterio del ser. Misterio hallado no en Aristóteles, ni en santo Tomás de Aquino, sino en nuestra vida misma. El mundo es una creación continuada. El universo pende de Dios día y noche, segundo a segundo. La llama de una vela, lo mismo que la galaxia más inaccesible, no existirían si Dios no las conservase, no las mantuviera en su existencia. No es esto alta filosofía, sino la trama del cosmos, la verdad primera. Y tan sencilla. Veréis cómo ha sido descubierta por un muchacho: el mismo me lo contó. Había crecido en medio de todas las miserias posibles e imaginables; era uno de esos niños y de esos adolescentes de que se ocupan todas las asistentes sociales de barrio. Por último, había terminado en lo que se llamaba entonces «un correccional». Y allí estaba solo, sin fe ni cultura. Pero un día de morriña, mirando su bolígrafo; pensó: «Está nuevo, un día estará viejo.» Después, viendo una casa en construcción: «Esta casa está nueva, un día estará vieja y en ruinas.» Se le ocurrió entonces a este chico, que jamás había abierto un libro, la siguiente reflexión: "Pero ¿hay en el mundo algo que no envejezca?" Había llegado al centro más profundo de la filosofía.

³⁴² Sal., 33, 13.

³⁴³ Sal., 33, 18

³⁴⁴ Sal., 16, 1.

³⁴⁵ Nm., 6, 22-26



¿Hay en el mundo algo que no envejezca? Descubría este ignorante tan inteligente todo el misterio del ser. No somos nosotros sino seres contingentes, como dicen los filósofos, que habrían podido no existir. Ninguno de nosotros es obligatorio. Si yo fuera obligatorio, «necesario», como dicen los filósofos, habría existido siempre y existiría siempre. Pero como no he existido siempre, ni existiré siempre, no soy un ser obligatorio, y mis padres no lo eran tampoco más que yo; ni nada en el mundo, ni el mismo mundo es obligatorio. Habría podido no existir.

Un ser que no es obligatorio, pero existe, tiene que depender de un ser que sea obligatorio. ¿Cómo tomar conciencia de esto? Que en cada instante, el ser relativo y dependiente, que soy yo—no hablo de la vida, sino de lo más hondo de mí—; el ser no necesario, que yo soy, necesita un ser que sea obligatorio. Una comparación —que no es una demostración—nos pondrá en la pista. Podemos imaginar miles de millones de espejos que reflejan la luz. Se envían la luz uno a otro, pero es necesario un foco inicial, porque los espejos no son la luz, la reciben. Sin una luz inicial que fuera pasando de uno a otro, no habría más que oscuridad. Sólo son receptores y transmisores, no son luz sino por participación. Así, en el ser, recibimos la existencia y el ser, no lo somos. Es lo que buscaba ese muchacho, un ser que no sólo no pudiera envejecer, sino que la existencia fuera su misma definición, que no pudiera no existir.

Dios estaría empequeñecido y amputado si no quedara patente esta diferencia entre El y nosotros. Sólo Dios es, sólo Dios no puede no ser, y todo lo que existe fuera de Dios recibe de El ser distinto de la nada. El es la existencia y yo *tengo* la existencia, la recibo. Es algo muy sencillo, pero en lo que hay que pensar. Hay que tomar conciencia de que no somos obligatorios, de que sólo Dios nos hace salir de la nada. Mi fragilidad se hace entonces muy rica: existo, cuando nada en mí me llama a la existencia. El día en que esto se hace luz en nosotros —y no problema filosófico—, se establece una relación constante entre Dios y nosotros, se nos manifiesta el amor de Dios. Si existo en este momento, si estoy presente ahora, si duro todavía un poco, es porque Dios me sostiene ahora, minuto a minuto, en la existencia. Es como un cordón umbilical que me une con Dios. Este reloj, este papel, el canto de un pájaro, todo esto, duradero o fugitivo, no existe sino porque Dios le da el ser. El Salmo 104 lo expresa magníficamente y de un modo mucho más sencillo que el mío, pero lo que os he dicho ha sido para hacéroslo gustar mejor.

Escondes tu rostro y todos los seres se anonadan, les retiras su soplo y expiran, envías tu Espíritu y son creados, y renuevas la faz de la tierra.

Esta es la presencia del ser y de la inmensidad de Dios, de la que yo me descubro partícipe: «En El vivimos, nos movemos y somos», dice san Pablo.³⁴⁶ ¿Olvida una flor el tallo que la sostiene y que le da el ser cada minuto? Soy una miguita permanente del pan indestructible de Dios, o según un profundo pensamiento de Maritain: «Yo existo sin ninguna importancia para el mundo, pero no existo sin importancia ante Dios.» Por esta razón, y sólo por ella, para mí mismo, soy la persona más importante. Si estoy aquí, soy un pensamiento de Dios. El padre del hijo pródigo esperaba la vuelta de éste, pero nada podía hacer; Dios me trae sin cesar a la existencia en todas las fibras de mi ser.

Sobre este profundo pensamiento del ser y de la inmensidad de Dios viene a injertarse, surgiendo de El, otra presencia, la presencia de la gracia. Dios me hace entrar en su intimidad.

³⁴⁶ Hch., 17, 28.



Dios, que me hace ser, hace de mí un hijo con el Hijo, por lo que soy capaz de decir «Padre nuestro». Soy hecho morada del Espíritu Santo.

Los santos y los místicos nunca han separado, y menos opuesto, estas dos presencias: siempre han unido la presencia de la gracia a la presencia de la inmensidad de Dios. En santa Teresa de Avila, en san Juan de la Cruz, en san Francisco de Sales o en san Francisco de Asís «encontramos siempre el mismo tema expresado con fuerza: Dios está presente en lo más íntimo de los seres y, por consiguiente, lo encontramos cuando entramos en nosotros mismos», dice Cognet³⁴⁷.

Estas dos presencias, de las que una va hacia lo que hay de más tangible en el mundo, y la otra lleva a la presencia de la Trinidad en nosotros, producen una inmensa paz.

Cada uno lo expresa a su manera. San Pablo afirma:

«Sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman, de aquellos que han sido llamados según su designio»³⁴⁸.

«¡Oh Trinidad!, siempre tranquila: Dios tranquilo, que aquietas todo», dice un poema latino de la Edad Media. La palabra del salmista, «me refugio en tu mano», es mucho más verdadera para nosotros que para un pájaro acurrucado en la mano de un hombre, porque en lo íntimo de nuestro propio ser estamos en la mano de Dios. Podemos llegar a estar, como decía sor Isabel de la Trinidad, «inmóviles y serenos, como si ya estuviéramos en la eternidad». En la fe me uno a Dios, que está ahí presente. Y aun cuando hay tempestades y desalientos, cuando «estoy hart» o «hasta el borde», me sereno. No puedo dudar de la presencia de Dios porque existo, y Dios me guarda en su mirada. Mi fuerza estará en ser un buscador del rostro de Dios: «Dice de ti mi corazón: "Busca mi rostro." Sí, Yavé, tu rostro busco»³⁴⁹.

«¿Cuándo podré ir a ver la faz de Dios?»³⁵⁰. «Buscad a Yavé y su fuerza; id tras su rostro sin descanso»³⁵¹.

En esta búsqueda me ayuda Dios, porque siendo el primero en toda iniciativa, su mirada precede a mi mirada. Soy atraído a la órbita del rostro de Dios como invisiblemente arrebatado. Al Hallaj, santo y místico musulmán, lo dice de un modo incomparable: «Te llamo... No, eres tú quien me llamas a mí. ¿Cómo te hablaría a ti, si tú no me hubieras hablado a mí?» Cuando decimos «tu rostro busco. Señor», podríamos decir, y hasta estaría mejor, «buscas tu imagen, Señor, en el fondo de mi corazón», porque Dios busca en nosotros su imagen y semejanza.

Existe otro camino infinitamente seguro: encontramos el rostro de Dios en la faz de Cristo. Lo mismo que la presencia de gracia, inserta en la presencia del ser, nos lleva a lo más íntimo de Dios, el rostro de Dios de todo el Antiguo Testamento lo hallamos ahora mirando a Cristo: «Quien a mí me ve, ve al Padre», decía Jesús a Felipe³⁵². Desde ahora tenemos que buscar «el conocimiento de la gloria de Dios, que resplandece en la faz de Cristo»³⁵³. Sí, la gloria de Dios resplandece en la faz de Cristo, porque nos dice san Juan: «A Dios nadie le vio jamás; el Hijo único, que está en el seno del Padre, ése nos lo ha dado a conocer»³⁵⁴. El es el «esplendor de la gloria del Padre, imagen de su sustancia y el que con su poderosa palabra sostiene todas las

³⁴⁷ COGNET, L.: *Les problèmes de la spiritualité*, Le Cerf, París.

³⁴⁸ Rm., 8, 28.

³⁴⁹ Sal., 27, 8

³⁵⁰ Sal., 42, 3.

³⁵¹ Sal., 105.

³⁵² Jn., 14, 9

³⁵³ II Co., 4, 6

³⁵⁴ Jn., 1, 18.

Santo Domingo Tandil



cosas»³⁵⁵. Nosotros somos transformados en El: «Todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen, cada vez más gloriosos, conforme a la acción del Señor, que es Espíritu»³⁵⁶. La vida eterna será esto: «Verán su rostro y llevarán su nombre en la frente»³⁵⁷.

San Juan de la Cruz vivió el misterio de la mirada que transforma:

Cuando tú me mirabas,
su gracia en mí tus ojos imprimían.
Por eso me adamabas,
y en eso merecían
los míos adorar lo que en ti veían.
No quieras despreciarme,
que si color moreno en mí hallaste,
ya bien puedes mirarme,
después que me miraste,
qué gracia y hermosura en mí dejaste.

Los humildes medios para el encuentro

Estas verdades divinas no están fuera de nuestro alcance. Medios muy humildes—acordémonos de Naamán el leproso—nos permiten andar en la presencia de Dios. El primero es el que los monjes del Císter, con toda la tradición benedictina, llaman «las miradas a Dios». No hay nada más sencillo: miro a Dios, que me mira. Mirar a Dios está bien, pero es mucho mejor mirar a Dios, que me está mirando. No es sólo tratar de decir algo a Dios, sino, contemplar a Dios, que me mira. Como las madres que pasean a su bebé en el cochecito, le miran extasiadas y le sonríen, aunque el pequeño duerma o la mire. No hay mujer que no se transfigure con esa sonrisa. ¡Y cuando se trata de Dios, y yo capto su sonrisa!... Mi mirada se cruza con la de Dios y, como en un espejo, recibo sobre mí la mirada de Dios, Cuando paso por delante de un espejo, me arreglo un poco la corbata. Al mirar a Dios, que me mira, arreglo un poco mi corbata interior.

¿Qué hacer para acordarme de mirar a Dios, que me mira? Si lo queremos sinceramente, tenemos que hacer, a nuestro modo, lo que el autor de los Números ordena por boca de Moisés: poner un hilo de púrpura en los flecos del manto, y cuando el pueblo vea los flecos recordar las palabras de Yavé «para ponerlas por obra» y «ser hombres consagrados a Dios». El fleco y el hilo de púrpura recordaba el carácter sagrado de esta comunidad creada por Dios: un pueblo de sacerdotes, eso que cantamos a veces sin saberlo. El hombre es inconstante y debe aceptar humildemente estas llamadas, pues de lo contrario «seguirá los caprichos de su corazón y de sus ojos». Cuando cerremos una puerta o subamos la escalera podemos hacer de estos movimientos un recuerdo, una llamada, una ocasión de «mirar a Dios». Los monjes tienen una campana que se lo recuerda; para nosotros, la sirena de una fábrica o un reactor que pasa, nos hacen «mirar a Dios, que me mira». Diréis que no es muy natural. Nada es pequeño cuando lo que se pretende es grande, y en este caso es el mismo Dios. Según nuestro horario, nuestro ritmo, nuestros medios de transporte—por ejemplo, al abrir las puertas del autobús o

³⁵⁵ Hb., 1, 3

³⁵⁶ II Co., 3, 18

³⁵⁷ Ap., 22, 4.

Santo Domingo Tandil



del metro—, podemos mirar a Dios y el autobús quedará transformado. Si tenemos fe debemos creerlo. Los santos no imaginan cosas complicadas. Creen en las cosas sencillas y humildes, y porque son así se aplican a hacerlo.

Una variante de estas miradas a Dios es la oración del corazón en la que se piensa siempre en el nombre de Jesús: «Todo el que invocare el nombre del Señor se salvará»³⁵⁸. La oración del corazón es la gran oración de la tradición oriental: «Señor Jesús, Hijo de Dios vivo, ten piedad de mí.» Es el grito del ciego de Jericó³⁵⁹, la oración del publicano: «¡Oh Dios!, ten compasión de mí, que soy pecador»³⁶⁰. Repetir esto a lo «largo del día» es lo que llaman los monjes de Oriente «la respiración del nombre de Jesús». Respirar el nombre de Jesús es como el perfume del Cantar de los Cantares que se derrama y que agrada aspirarlo, Una respiración del nombre de Jesús puede llegar a ser la «aspiración del corazón». Puede también serlo físicamente si la oración se ajusta a nuestro ritmo respiratorio: «Señor Jesús, Hijo de Dios vivo, ten piedad de mí, que soy pecador.»

Pero nada, ningún método, ningún carisma, nada reemplaza a la humildad de corazón. Todos estos medios, y todos los esfuerzos de atención o respiración del nombre de Jesús, no tienen valor sino por la humildad de corazón que los acompaña. Escuchemos los consejos de un monje de Oriente, Silouane³⁶¹, nacido en Rusia en 1866, monje del monte Atos en 1892 y muerto en 1938. Casi un contemporáneo nuestro. Era un aldeano, sedujo a una joven, mató a un hombre y después se hizo monje. En su tierra no querían saber nada de él, por lo que se fue al monte Atos. Silouane escribe así:

«Si quieres orar en tu corazón y no eres capaz de hacerlo, conténtate con decir la oración con los labios y mantén tu espíritu atento a lo que dices. El Señor, poco a poco, te dará la gracia de la oración interior y podrás entonces orar sin distraerte. No trates de hacer oración con medios técnicos, perjudicarías a tu corazón y, al final, sólo orarías con los labios.»

Es necesario que nuestra oración brote de la profundidad de Dios, que está presente:

«Reconoce el orden de la vida espiritual: Dios concede sus dones al alma humilde y sincera. Sé obediente y guarda medida en todo: en el alimento, en la palabra, en toda diligencia. Entonces, el mismo Señor te dará la gracia de la oración interior.»

Y Silouane añadía:

«El alma del humilde es como un mar. Si alguien tira una piedra en el mar, la superficie del agua se agita un momento y después la piedra se hunde en el abismo. Así desaparece toda dificultad en el corazón del humilde, porque está en él la fuerza de Dios.»

Porque la humildad de corazón supone también la amorosa adhesión a los acontecimientos. Así lo enseñaba el padre De Caussade³⁶²: «Cada momento trae un deber que hay que vivir con fidelidad.» Solía hacer la comparación con la aguja del reloj que recorre cada minuto el espacio que debe, sin inquietarse por el siguiente ni por el que le precede. Es la sencilla respuesta de María, «hágase en mí según tu palabra».

³⁵⁸ Hch., 2, 21

³⁵⁹ Lc., 18, 38

³⁶⁰ Lc., 18, 13

³⁶¹ SILOUANE: *Spiritualité orientale. Pro Manuscrito*. Abadía de Bellefontaine

³⁶² CAUSSADE, J. P. de: *L'abandon á la Providence divine*. Desclée de Brouwer, París.



Esta adhesión a la voluntad de Dios se aplica también a las cosas pequeñas. «La virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra», pero esta sombra es la forma, oscura a veces y desconcertante, bajo la que se presenta—y se esconde—la presencia de Dios. Será algo que parecerá una sombra; lo visible será semejante a lo que le ocurre a todo hombre, pero lo invisible, a lo que la fe se adhiere, es la presencia de Dios. Dios presente. Madeleine Delbré³⁶³ vivió esto también, a su modo de mujer, de poeta y de hija de Dios:

«No se trata de aprender a matar el tiempo. Hay que aprender a estar solo cada vez que la vida 1103 ofrece una pausa.

Y la vida está llena de pausas, que podemos descubrir o malgastar.

Hasta en el día más pesado y más gris, qué maravilla para nosotros prever todos éstos cara a cara desgranados.

Qué alegría saber que podemos levantar los ojos hacia tus ojos mientras el caldo cuece, mientras suena el teléfono, mientras esperamos en una parada el autobús que no llega, mientras subimos la escalera, mientras vamos a buscar a la huerta algo para echar en la ensalada.»

Qué extraordinarios «desiertos» nos descubre... Cuentan que santa Juana de Cnantal preguntó un día a san Francisco de Sales si había hecho oración. El le contestó: «No, hija mía, hoy no»; pero señalando un paquete enorme de cartas, añadió: «He hecho esto, que bien la vale.» Este hecho ocurría al final de la vida de san Francisco. Había hecho oración durante muchos años y podía juzgar que contestar sus cartas equivalía a una oración. Nosotros no deberíamos decir con demasiada facilidad, «trabajo, luego hago oración»; aún no somos Francisco de Sales.

Ayer, hoy y mañana, hombre ignorante o culto, monje, labrador o electricista, la vida de cada día en presencia de Dios es el secreto de la oración y de la paz. ¿Cómo no citar al hermano Laurent de la Resurrección³⁶⁴, carmelita converso, cuya vida entera ha sido una mirada a la presencia de Dios? «Desde mi noviciado—dice—trataba de convencerme de la realidad de este Ser divino —que la presencia de Dios no era una idea vaga—, y así ,penetrado como estaba de la grandeza de este Ser divino, me marchaba a encerrarme en el sitio que la obediencia me había señalado, que era la cocina.» Algunas veces cantidad de pensamientos extravagantes ocupaban violentamente el sitio de Dios, pero él los apartaba con suavidad. «El tiempo de la acción—decía—no es diferente del de la oración. Poseo a Dios con la misma tranquilidad en la cocina, donde varias personas me piden a un tiempo cosas distintas, que si estuviera de rodillas ante el Santísimo Sacramento.» Esto supone que había llegado a vivir en la presencia de Dios. «Y—decía—en el camino de Dios los pensamientos cuentan poco, el amor hace todo.» Dios no pesa la cantidad de cosas que hagamos, pesa el amor con que las hemos hecho.

«No es necesario hacer grandes cosas. En la cocina doy la vuelta a la tortilla por amor de Dios; cuando está terminada, si no tengo nada que hacer, me postro en tierra y adoro a Dios, de quien me ha venido la gracia para hacerla, y después me levanto más contento que un rey. Cuando no puedo otra cosa, me basta con recoger un papelito del suelo por amor de Dios.»

Sus superiores lo enviaron desde París a Borgoña para traer vino. Pero el hermano Laurent tenía una pierna mala y no podía andar en el barco más que arrastrándose sobre los

³⁶³ DELBREL, M.: *Nosotros, gente de la calle*. Estela. Barcelona, 1971.

³⁶⁴ LAURENT DE LA RESURRECTION: *L'expérience de la présence de Dieu*. Seuil, París

Santo Domingo Tandil



toneles; pero no se preocupaba por eso, porque sabía que Dios estaba presente allí. Una paz tan grande en la acción nos viene de medios humildes para actuar la presencia de Dios.

«Anda en mi presencia y sé perfecto»... ¿Por qué estar en la presencia de Dios lleva a la perfección? Porque inyecta incansablemente a lo largo de cada día de nuestra vida, sin escapatoria posible, la palabra de Jesús: «El que no renuncia a todo lo que posee no puede ser mi discípulo.» Hay que «dejar el estar en algún sitio, apegarse a un lugar, a una persona, a una cosa, a una esperanza», comenta Gustavo Thibon³⁶⁵. No es indiferencia, sino la alta libertad del amor que ama en verdad y más que nadie a los seres, a las cosas, a las palabras, al mundo, pero a la luz de Dios, que «usa como no usando», semejante a la zarza que arde y no se consume.

Nos hacemos entonces aparatos emisores de ondas teologales. Los acontecimientos que se presenten, sean cuales fueren, se viven en fe y en esperanza:

«Dios mío, creo..., espero...

—¿Por qué?

—Porque tú lo has dicho, porque tú lo has prometido, porque tú eres verdadero, porque tú eres fiel.»

Sucedá lo que suceda, nuestro punto de apoyo está en este «porque», *porque Dios es Dios.*

¿Y la caridad?

««Porque Jesús me amó, se entregó por mí»³⁶⁶. *Porque* Jesús me amó, se entregó por mí, «el Hijo, su único Hijo, para que todo hombre que crea en El no perezca, sino que tenga la vida eterna»³⁶⁷.

³⁶⁵ THIBON, G.: *L'ignorance étoilée*. Fayard, París

³⁶⁶ Gá., 2, 20.

³⁶⁷ Jn., 3, 16